

SERIE BERGMAN 5

# CASTIGOS JUSTIFICADOS

HJORTH & ROSENFELDT

# Índice

Portada  
Sinopsis  
Portadilla  
Estimado redactor...  
Treinta segundos...  
Durante toda su vida...  
Normalmente, el nivel de ruido...  
Vanja estaba sentada...  
Sebastian no sabía muy bien...  
Ursula se sorprendió...  
Como siempre, Billy ignoró...  
Cartas al director...  
El hotel no tenía nada...  
Ursula regresó al hotel...  
Vanja y Billy habían salido...  
Giré a la derecha...  
Llegaron, tal como había prometido...  
El parvulario Nyckelpigan...  
Torkel estaba sentado...  
Ebba había estado todo el día...  
Universidad Real de Tecnología...  
Torkel...  
Ursula bajó del coche...

Billy había conseguido entrar...  
Torkel se frotó los ojos...  
Definitivamente, académico...  
Primero había pensado en cancelar...  
La vida era frágil...  
Los dos habían llegado...  
Noche. O, como mínimo, última hora de la tarde...  
Volvieron a casa paseando...  
El pronóstico del tiempo...  
¿Sabemos quién es?...  
Tenía la sensación...  
Ursula informó a Vanja y a Billy...  
Cuando llegaron a Homicidios,...  
Llegó, dejó el coche...  
No solía beber...  
El dolor. Fue lo primero...  
Torkel los había citado...  
Vino caminando por ahí...  
Fue una alegría...  
Después de la visita al hospital...  
Hola, adelante. Dejó entrar a Billy  
Era la imagen perfecta...  
No eran ni las nueve y media,...  
Vanja giró el volante...  
Tratar de encontrar...  
Era como un viejo proyector...  
Axel Weber había dedicado...  
No puedo seguir así...  
Axel Weber miró el sobre...  
Estaban de nuevo en la sala...  
Weber había solicitado un coche...  
La pista la había dejado alguien...  
Torkel aparcó en su plaza...

Estaba tumbado mirándola...  
Las paredes de la elegante sala...  
El teléfono no había aportado más huella...  
Billy llegó con un poco de retraso,...  
Henning Lindh iba con retraso...  
¿Dónde estaba y qué hizo en estas fechas?...  
Por fin. Las primeras señales del despertar...  
En realidad, Vanja se había decidido...  
La E-4 en dirección norte...  
Había un despliegue masivo...  
Sebastian llevaba casi dos horas...  
Vanja intentó desprenderse...  
De nuevo en la sala...  
¿Cómo? ¿Queréis hacer una entrevista en exclusiva?...  
Sebastian estaba cansado...  
Vanja salió del baño...  
Un KWC Chardonnay 2014...  
Torkel llamó una hora después...  
En la mesa de la cocina...  
Torkel estaba contento...  
La sensación de expectación en la sala...  
Sebastian había llamado a Vanja...  
Lo primero que Sebastian notó...  
El Volvo rojo de Christian Saurunas...  
Cuando lo localizaron estaba en mal estado...  
Torkel volvió a entrar en su despacho...  
David Lagergren estaba sentado a la mesa...  
Las puertas se abrieron...  
Sebastian no había odiado...  
Prácticamente estaban colgando...  
Muchos ciudadanos opinaban...  
Sebastian no podía creer...  
Condujo deprisa...

Por fin había conseguido reunirlos a todos...

No estaba borracha...

Faltaban dos días...

Agradecimientos

Créditos

**Gracias por adquirir este eBook**

Visita [Planetadelibros.com](http://Planetadelibros.com) y  
descubre una  
nueva forma de disfrutar de la lectura

---

**¡Regístrate y accede a contenidos  
exclusivos!**

Primeros capítulos  
Fragmentos de próximas publicaciones  
Clubs de lectura con los autores  
Concursos, sorteos y promociones  
Participa en presentaciones de libros

**PlanetadeLibros**

---

Comparte tu opinión en la ficha del libro  
y en nuestras redes sociales:



**Explora**

**Descubre**

**Comparte**



# Sinopsis

Una estrella de televisión es hallada muerta de un tiro a la cabeza en una escuela abandonada. Su cuerpo se encuentra de cara a la pared y, atadas a una silla del aula, unas hojas de examen. A juzgar por el número de respuestas incorrectas, la víctima suspendió el examen más importante de su vida.

Este horrible asesinato es el primero de una serie de muertes que tendrán como víctimas a personajes famosos. La Brigada Criminal de Torkel Hölgrund se encargará del caso y sólo gracias a la pericia de Sebastian Bergman lograrán, siguiendo las pistas halladas en chats de internet y en cartas anónimas publicadas en los periódicos, resolver el misterio.



MICHAEL HJORTH & HANS  
ROSENFELDT

CASTIGOS JUSTIFICADOS

Traducción de Pontus Sánchez

 Planeta

*Estimado redactor jefe Källman:*

*Durante muchos años he leído su publicación. Primero en forma de diario físico, pero desde hace unos años en internet.*

*No siempre simpatizo con sus opiniones, y de vez en cuando he cuestionado tanto la elección de temáticas sobre las que se escribe como el enfoque que se da al reportaje, pero aun así casi siempre he encontrado cierto placer en leer su periódico.*

*Sin embargo, ahora me siento en la obligación de hacerle esta pregunta, al ser usted el responsable de la edición: ¿por qué su publicación rinde homenaje a la más pura idiotez?*

*¿En qué momento se decidió que la más absoluta estupidez iba a ser destacada y convertida no sólo en norma, sino, además, en algo deseable y envidiable?*

*¿Por qué informan y conceden espacio a personas que ni siquiera saben en qué año estalló la segunda guerra mundial, que no tienen ni los conocimientos más básicos de matemáticas y que sólo de forma excepcional logran componer una frase completa? Personas cuyo único talento es hacer morritos con la boca en los llamados selfies y cuyo único mérito es haber hecho oficialmente el ridículo manteniendo relaciones sexuales en alguno de los muchos realities que inundan nuestros canales de televisión noche tras noche.*

*En mi trabajo me cruzo con mucha gente joven. Diligente, inteligente, implicada y ambiciosa. Personas jóvenes que siguen los debates, absorben*

*conocimiento, piensan de modo crítico y estudian para conseguir, a la larga, un trabajo interesante y desafiante con el que contribuir a la sociedad. Jóvenes que tienen aspiraciones. Que tienen conocimiento.*

*Es a ellos a quienes deberían dar espacio. Es a ellos a quienes deberían intentar convertir en modelos. No a esos seres ausentes de empatía, egoístas, obsesionados por la apariencia que, con chatarra en la lengua y el cuerpo cubierto de vulgares tatuajes, alardean de su bajo coeficiente intelectual y su inexistente cultura general.*

*Así que repito mi pregunta y esperaré atentamente su respuesta en el periódico: ¿en qué momento se decidió que la más absoluta estupidez iba a ser destacada y convertida no sólo en norma, sino, además, en algo deseable y envidiable?*

*Reciba un cordial saludo,*

CATÓN EL VIEJO

Treinta segundos a partir de ahora.

Mirre ya apenas percibía el clic metálico cuando empezó a contar el cronómetro. ¿Cuánto iba a durar esto? ¿Qué había dicho el hombre?

Iba a hacerle sesenta preguntas.

¿Por cuál iban? Mirre no tenía ni idea. Le parecía que llevaban una eternidad. Todavía seguía intentando comprender lo que había sucedido.

—¿Quieres que te repita la pregunta?

El hombre estaba sentado cerca de él.

Al otro lado de la mesa.

Su voz era tranquila y profunda.

La primera vez que Mirre escuchó esa voz había sido hacía un par de semanas, cuando hablaron por teléfono. El hombre había llamado y se había presentado como Sven Catón, un periodista independiente. Quería hacerle una entrevista. O más bien un retrato. Aunque Mirre no hubiese ganado, había sido uno de los participantes que había recibido mayor atención por parte de la prensa y de las redes sociales. La gente se había hecho una idea de cómo era él a partir de lo que habían visto. Sven quería profundizar un poco en esa imagen. Mostrar otros lados, la persona que había detrás. ¿Acaso podrían verse?

Habían quedado. En el hotel Kurhotellet. Sven lo había invitado a comer. Habían decidido tomarse una cerveza cada uno a pesar de que eran poco más de las once y media de la mañana de un martes. Pero era verano. Tiempo libre. Sven había colocado una pequeña grabadora en la mesa que los

separaba y había empezado a preguntar. Mirre fue contestando.

Al parecer, el hombre que tenía ahora delante interpretaba su silencio como un sí.

—¿Qué tipo de palabras son las que describen las relaciones entre personas, objetos y lugares, como por ejemplo, *encima, junto a, delante y dentro*?

—No lo sé —dijo Mirre, y notó lo agotado que sonaba.

—Aún te quedan diez segundos para pensarlo.

—¡No lo sé! ¡No sé la respuesta a tus malditas preguntas!

Durante unos segundos se hizo un silencio, luego un clic cuando paró el cronómetro y otro clic cuando se puso a cero.

—Siguiente pregunta: ¿cómo se llamaba el buque insignia de Cristóbal Colón con el que hizo el viaje en el que descubrió América en 1492? Treinta segundos a partir de ahora.

Clic.

El cronómetro había vuelto a empezar su cuenta atrás.

La entrevista había ido bien. Aunque Sven era igual de viejo que el padre de Mirre, o incluso mayor, y no acababa de controlar algunos temas, se mostraba realmente interesado, o al menos eso parecía. Era divertido hablar con él. Cuando Mirre regresó del baño, Sven le había pedido otra cerveza.

Debía de haber sido eso. La segunda cerveza. Le debía de haber echado algo, porque enseguida Mirre se había empezado a sentir un poco mal. Perdió la concentración. Se sintió débil.

Sven se había ofrecido a llevarlo a casa.

Habían salido del restaurante. Se habían dirigido al aparcamiento.

Y se había despertado aquí.

La cabeza sobre el duro tablero de la mesa.

Se había incorporado y había tardado algún segundo en darse cuenta de que no podía ver nada. Al intentar quitarse lo que le tapaba los ojos descubrió que sólo podía mover las manos algunos centímetros. Un ruido sordo y metálico cuando lo intentaba. Cadenas. Esposas.

Había empezado a gritar y a tirar de las esposas, pero al oír y reconocer la voz se calló de golpe.

—Nadie te puede oír y no te podrás soltar.

Nuevos gritos. ¿Qué coño estaba pasando? ¿Qué cojones estaba haciendo? Las amenazas y las súplicas se intercalaban. Sobre todo, amenazas.

—Tranquilízate. Podrás salir de aquí en poco más de media hora. Eso suponiendo que apruebes, claro.

—¿Cómo que si apruebo? —había preguntado Mirre—. ¿El qué? Sesenta preguntas.

Treinta segundos para responder cada una.

Una tercera parte de las respuestas debían ser correctas.

—Y si no, ¿qué pasa? —había planteado Mirre.

—Vamos a empezar —había contestado el hombre que probablemente no se llamaba Sven Catón—. La primera pregunta: ¿qué significan las siglas de la OTAN? Treinta segundos a partir de ahora.

El clic que ponía en marcha el cronómetro era seguido por un tictac más suave y rápido a medida que avanzaba la cuenta atrás de los segundos.

Mirre había pasado olímpicamente de las primeras diez o quince preguntas. Seguía tirando de las esposas, preguntando al hombre qué coño estaba haciendo, qué quería, prometiendo que le haría pagar por eso o que le daría lo que quisiera si lo soltaba.

Amenazas y súplicas.

El hombre no se había dejado influir. Con la misma voz tranquila había continuado con su interrogatorio, poniendo en marcha su cronómetro, preguntando si debía repetir la pregunta y esperando una respuesta. Al cabo de un rato había puntualizado de manera muy sobria que sus posibilidades de aprobar se estaban reduciendo de manera drástica y que Mirre haría bien en concentrarse un poco más y en amenazarlo un poco menos.

Entonces, Mirre empezó a escuchar.

—¿Qué es un número primo? ¿Qué animales forman parte de los cinco grandes? ¿En qué década se formó la isla Surtsey, ubicada cerca de la costa sur de Islandia? ¿Cómo se llama la unidad del Sistema Internacional de Unidades que se utiliza para medir la intensidad luminosa?

Tal vez iban por la mitad cuando Mirre se percató de que, cuando se movía, se oía un ruido de plástico. Estaba sentado sobre un plástico. Un cojín

blando envuelto en plástico. En el mundo de Mirre sólo podía haber dos motivos para eso.

Uno era que el cojín fuera nuevo.

El otro, que se quisiese proteger el cojín.

De manchas. Salpicadura. Sangre.

Con un subidón de adrenalina considerable decidió que iba a conseguirlo. Se iba a enterar ese capullo. Intentó escuchar, intentó pensar. Joder, tenía que aprobar.

—¿En qué estado norteamericano se encuentra la ciudad de Chicago? ¿Cuál es la denominación química del fósforo? ¿Quién se convirtió en rey de Suecia después de Óscar I?

Pregunta tras pregunta con la misma voz tranquila y profunda. Joder, Mirre no se sabía ni una...

—Última pregunta: ¿a qué familia de mamíferos pertenece el glotón?

Clic.

¿Qué familia? ¿Cómo que qué familia? Mirre sabía cómo se decía glotón en inglés. *Wolverine*. Lobezno en las películas de Marvel. Pero ¿familia?

—¿Quieres que repita la pregunta?

—No.

Silencio. El tictac suave y rápido. Clic.

—Pues se ha acabado el tiempo. Vamos a ver...

Mirre suspiró profundamente, apoyando la frente en la mesa. Era imposible que hubiese acertado veinte. Ni siquiera había respondido a tantas preguntas.

Oyó cómo el hombre se ponía de pie al otro lado. Mirre levantó despacio la cabeza de encima de la mesa, siguiéndolo con el oído. Parecía como si se acercara. De repente, Mirre sintió algo frío y metálico en la frente.

—Has suspendido —dijo el hombre que, en efecto, no se llamaba Sven Catón.

Mirre no tuvo ni tiempo de apartar la cabeza antes de que el aire comprimido de la pistola de sacrificio eyectara el fino perno, que atravesó de inmediato su hueso frontal hasta penetrar en su cerebro.

Durante toda su vida había estado rodeada de mentiras. Invisibles. Durante más de treinta años, las sombras habían estado ahí sin que ella las viera. Pero ahora ya no. Ahora las veía por todas partes. Mirara donde mirara, se topaba con ellas.

Las mentiras y los engaños.

Nadie había dicho la verdad.

Nadie.

Ni Anna ni Valdemar ni Sebastian.

Su madre, su padre y su padre.

Ahora se negaba a pensar en ninguno de ellos como su familia. Era demasiado cariñoso. No pensaba concedérselo. Ahora sólo eran personas con nombres, nada más.

Anna. Valdemar. Sebastian.

Poco a poco, su vida había empezado a desmoronarse. Una investigación policial sobre delitos financieros había llevado a la detención de Valdemar. Al principio, había asumido que él era inocente, víctima de unas circunstancias desafortunadas. Al fin y al cabo, se trataba de su padre. Pero él había confesado. El mundo se había tambaleado.

En aquel momento no sabía que sólo estaba viendo la punta del iceberg.

El verdadero precipicio se abrió cuando supo que Valdemar no era su padre biológico. Esa revelación casi la dejó fuera de combate. Febrilmente intentó navegar por su nueva existencia y averiguar la verdad. Se confrontó a Anna, pero nunca habría podido imaginar la capacidad de engaño que tenía



su madre.

Se había inventado un padre.

Un hombre muerto.

Una nueva mentira.

Vanja no lograba comprender por qué no le había contado la verdad acerca de Valdemar. Comprender y tal vez incluso llegar a valorar. Él había ejercido de padre durante toda su vida en todos los aspectos relevantes. El mejor padre que podía imaginar. ¿Por qué quitárselo? ¿Por qué destruir su relación cuando no había necesidad alguna de hacerlo?

¿Y ahora? Cuando ya sabía quién era, o, más bien, quién no era. ¿Por qué continuar con las mentiras? ¿Por qué negarle la verdad a estas alturas? Era algo que no se podía explicar ni defender ni comprender, y el resultado había sido un muro de separación gélido y frío. Un hielo emocional que Vanja no tenía ninguna necesidad de intentar descongelar.

No era ella la que había mentido.

Ella era inocente.

Pero luego, cuando todo a su alrededor ya se tambaleaba, de repente Sebastian Bergman surgió de las sombras.

Él era su padre.

Era por eso que había decidido volver a la Unidad de Homicidios otra vez.

La motivación de Sebastian era clara como el agua. Todas sus acciones habían tenido un único objetivo: acercarse a ella, convertirse en su amigo.

Él la había despertado la noche después de la boda de Billy. Ella aún estaba medio dormida cuando él le dijo que le tenía que explicar algo y que no, no podía esperar. Vanja no sabía muy bien de qué iban a hablar cuando se sentó a su lado en la cama deshecha, pero lo que escuchó la sorprendió, eso seguro.

—Yo soy tu padre, Vanja —le había dicho, cogiéndola de las manos.

Al menos se había esforzado para revelarlo con cierto cuidado. Había intentado ser lo más cariñoso posible. Le había explicado cómo se había enterado y que, cuando lo supo, no quiso estropear su relación con Valdemar, que Anna se lo había prohibido, y que él, a pesar de todo, siempre había

mirado por el bien de ella.

Parecía sincero.

Vanja lo había apreciado. Pero en realidad eso no cambiaba nada. Un engaño era un engaño.

Habían jugado con su vida.

Como en esa película con Jim Carrey, *El show de Truman*.

Todo había sido un montaje y todos habían sido actores, excepto ella.

Ella, que siempre se enorgullecía de ser racional y lógica, había perdido el norte. Era como si estuviese en una casa en la que cada puerta llevaba a un callejón sin salida. Por mucho que buscase, no lograba encontrar la salida.

Había cogido la baja durante dos semanas. Se quedó encerrada en el piso intentando poner orden en sus sentimientos. No le había servido de nada, sólo le había llevado a darse cuenta de lo sola que estaba realmente.

Durante toda su vida adulta había puesto toda su energía en dos cosas: el trabajo y la familia.

Ser una buena policía.

Ser una buena hija.

Ahora, sin familia, sólo le quedaba el trabajo.

Pero allí estaba el hombre que había resultado ser su padre. Sus dos mundos chocaban. En ningún sitio conseguía librarse de los pensamientos que la atormentaban. Pero era lo que necesitaba.

Construirse una vida más allá de las sombras.

Una vida propia. La suya.

Pero no tenía ni idea de cómo hacerlo.

Normalmente, el nivel de ruido era muy distinto cuando casi doscientos alumnos se juntaban en torno a las taquillas colocadas en las paredes. Pero las vacaciones de verano habían empezado el jueves pasado, y Lise-Lotte González estaba sola en la vacía escuela. Algunas tareas administrativas se habían retrasado durante las últimas semanas, antes del final de curso, y había decidido dedicar todo el tiempo necesario para ponerlas al día, para luego poder descansar con la conciencia tranquila. El día anterior sólo había estado en la oficina unas horas, hasta que el espléndido tiempo la había hecho desistir, pero ese día había decidido quedarse al menos hasta las cuatro.

En realidad, no le importaba retrasar sus vacaciones una semana o dos. Le gustaba poder trabajar concentrada sin el sonido de los teléfonos, los compañeros que no paraban de entrar y el buzón del correo electrónico que enseguida se llenaba.

Sobre las dos decidió tomarse un descanso bien merecido. Fue a la sala de profesores, puso en marcha la tetera eléctrica y se preparó una taza de Nescafé. Rebuscó en los cajones de debajo de la encimera y encontró una vieja caja de galletas de almendras. Tendría que contentarse con eso.

Después de la pequeña pausa decidió salir a dar una vuelta. Le gustaba pasear por las salas recién reformadas de su escuela.

Así era como pensaba en ella.

Como su escuela.

Aunque no era suya, por supuesto. Hildingskolan era el último centro educativo que había abierto el consorcio de escuelas privadas Grupo Donner

para los cursos que iban desde los once hasta los quince años.

Les había ido bien.

Una buena afluencia de alumnos, buena reputación; todos los profesores estaban certificados y habían obtenido unos resultados muy por encima de la media en las pruebas nacionales. Por lo tanto, Lise-Lotte dudaba que la dirección del consorcio se hubiese arrepentido en ningún momento de haberle dado a ella el puesto de directora.

Dobló la esquina y entró en el pasillo donde principalmente se impartían las asignaturas de ciencias naturales. Lise-Lotte se detuvo. Una de las puertas lacadas en blanco, que contra todo pronóstico había sobrevivido el curso entero sin ser pintarrajeada, estaba entreabierta. Debían estar cerradas con llave, ya que estas salas tenían productos químicos, ácidos, bombonas de gas y otros materiales costosos y peligrosos.

Justo iba a cerrarla cuando decidió echar un vistazo dentro.

¿Qué era eso?

Abrió la puerta por completo. Sí, había visto bien. A la izquierda de la pizarra digital había una figura sentada, con el torso desnudo y de espaldas a la sala.

—Hola...

No reaccionaba. Lise-Lotte entró en el aula.

—Hola, ¿todo bien?

Seguía sin obtener respuesta. Nada que indicase tan siquiera que la persona la hubiera oído. ¿Estaría drogada? Por la forma en que estaba sentada en la silla, parecía estar inconsciente o, como mínimo, profundamente dormida.

Lise-Lotte avanzó entre las mesas, que tenían las sillas colocadas con las patas hacia arriba, a la espera del comienzo del semestre de otoño, que tendría lugar dentro de ocho semanas.

—Hola... ¿Me oyes?

Se trataba de un hombre joven, por lo que podía ver. Atlético. Tatuado. Pero ¿qué era eso que llevaba en la cabeza? ¿Era una de esas coronas que se ponen los niños por Santa Lucía? ¿Y qué era eso que tenía en la espalda? Si estaba drogado o inconsciente, Lise-Lotte esperaba que no fuese con nada del

laboratorio de química. Daría muy mala imagen que algún adolescente de la zona hubiese conseguido entrar a robar y drogarse o envenenarse en su escuela.

Lise-Lotte se detuvo, frunciendo la frente. Ahora veía lo que el joven tenía pegado en la espalda.

Dos hojas de papel.

Tamaño DIN-A4.

Y con algo escrito. Manchas de sangre en los lugares donde estaban fijadas con dos grapas grandes en la piel desnuda. Lise-Lotte sospechó lo peor mientras daba los últimos pasos y se agachaba para verle la cara.

Si la mirada al vacío no le dejaba bastante claro que el joven estaba muerto, el pequeño orificio redondo que tenía en la frente le borró cualquier atisbo de duda.

Vanja estaba sentada en el sofá del despacho de Torkel, esperando.

O ella había llegado pronto o él llegaba tarde.

Probablemente lo primero. Torkel era conocido por su puntualidad. Se descubrió a sí misma estando nerviosa sin comprender por qué.

Torkel ya conocía la verdad acerca de Sebastian. Ella se lo había explicado cuando él la había llamado para ver cómo estaba. Torkel no sabía por qué había pedido la baja. Debía de pensar que tenía la gripe o algo pasajero. Como era natural, se había sorprendido, pero al mismo tiempo se había mostrado comprensivo, le había dicho que se tomase el tiempo que necesitase y que ya sabía dónde encontrarlo si quería hablar con alguien.

Ahora lo necesitaba.

No tenía a nadie más y había llegado a la conclusión de que sola no iría a ninguna parte.

Vio a Torkel acercarse a través del cristal. Se incorporó para aserenarse. Se maldijo a sí misma por ese movimiento instintivo. Era con Torkel con quien iba a hablar. Su amigo y mentor, y los sucesos de los últimos tiempos no lo habían cambiado.

Iría todo bien.

Él estaba de su lado.

Entonces ¿por qué se comportaba como una novata de primer curso a la que llamaban al despacho del director?

Cuando le faltaban algunos metros para llegar a su despacho, Torkel se percató de su presencia, le dedicó una afable sonrisa y alzó la mano a modo

de saludo, pero a Vanja le pareció ver cierta preocupación en su mirada. Entonces se le ocurrió que tal vez él estaba igual de nervioso que ella ante la reunión.

Él no sabía para qué estaba allí.

¿Pensaría que estaba a punto de perderla?

¿La estaba perdiendo? ¿Por qué estaba allí, en realidad?

Ni ella misma lo sabía. Había perdido el control. No era propio de ella. Ése era el motivo por el que estaba nerviosa.

—Hola, Vanja, me alegro de volver a verte —dijo al entrar, y se acercó a saludarla con un abrazo—. ¿Cómo has estado?

—No muy bien. —De repente, sintió un gran alivio porque alguien a quien le importaba le hiciese esa pregunta. Que alguien se preocupase por ella—. No logro asimilarlo del todo.

—Ya me imagino —contestó Torkel tranquilo, sujetándola de los hombros con los brazos extendidos—. Ha sido demasiado para ti.

—Pues sí, la verdad...

Torkel esbozó una débil sonrisa, le apretó un poco más los hombros antes de soltarla y se sentó en uno de los sillones para las visitas. Con la cabeza le hizo un gesto para que Vanja se sentase en el sofá de enfrente.

—Ayer vi a Sebastian un momento —dijo cuando ella se hubo acomodado—. Él tampoco ha venido mucho por aquí —continuó.

—¿Le dijiste que lo sabías? —preguntó Vanja.

Torkel negó con la cabeza. Pero ¿qué se esperaba? Ella le había pedido que no lo hiciese. Y debería saber que él no traicionaría su confianza de esa manera.

—¿Ahora qué hacemos? —prosiguió él, inclinándose hacia delante y juntando las puntas de los dedos—. ¿Qué quieres que hagamos? Tú decides.

Ella lo miró a los ojos, abiertos y amables, y deseó tener una respuesta mejor.

—No lo sé.

—Ni siquiera está contratado, tiene un acuerdo de consultoría. Lo puedo romper hoy mismo si es lo que quieres.

Eso la cogió por sorpresa. Vanja no sabía muy bien qué decir. Ni siquiera

se había planteado esa posibilidad. Le parecía que Sebastian era parte del equipo, igual que ella. Y de repente tenía la oportunidad de cambiarlo. Echarlo a la calle.

Pero no era algo sencillo.

Una parte de ella no quería verlo nunca más. Otra parte estaba más insegura. Más confundida.

—No lo sé —consiguió decir al final. Ésa era la falta de respuesta que cada vez usaba con mayor frecuencia. La que dejaba que los demás tomaran las decisiones.

—Lo puedo echar de forma inmediata. Es decisión tuya —repitió Torkel.

Ella asintió agradecida con la cabeza, pero la incertidumbre era tan grande como el agradecimiento. Si no mayor.

Ella no odiaba a Sebastian Bergman. Con él no estaba enfadada como con Anna y Valdemar. Todo lo contrario. En realidad, no quería hacerle ningún daño. Habían logrado tener cierta confianza el uno con el otro, eso no lo podía negar. Y a una parte de ella incluso le gustaba.

—Necesito pensar. De alguna manera, me parece una salida casi demasiado fácil —dijo ella.

—A veces lo más fácil es lo mejor —respondió Torkel.

Cierto, pero eso equivaldría a huir de las dificultades. Esconderlas debajo de la alfombra. No era propio de ella. Ella no quería evitar los problemas. Quería solucionarlos. Sin rodeos. O al menos intentarlo antes de abandonar.

Negó con la cabeza.

—Que se quede. Si cambio de opinión, te aviso.

Torkel asintió en silencio. Era imposible ver en su rostro lo que opinaba acerca de la decisión que Vanja había tomado. Justo iba a decir algo cuando el timbre de un teléfono lo interrumpió, y esta vez la expresión de su cara no dejó lugar a dudas. Irritación. Se levantó y rodeó el escritorio al mismo tiempo que descolgaba el teléfono fijo.

—No quería que me molestasen —dijo secamente. Luego escuchó, y cogió una libreta que había sobre el escritorio y un lápiz—. ¿De dónde dices que llamaba?

Torkel empezó a escribir. Vanja se levantó del sofá. No sabía quién



llamaba ni de dónde, pero comprendió que les acababa de llegar un nuevo caso.

Sebastian no sabía muy bien cómo había ido a parar a la isla de Adelsö. O, más bien, se maldecía a sí mismo por haberse permitido ir a parar a Adelsö. Era cierto que siempre jugaba en campo contrario, pero solía ser lo bastante inteligente como para asegurarse de que fuese relativamente fácil irse de allí cuando quisiera. Por lo general, antes de que la mujer con quien se había acostado se despertase. El que esta vez no hubiese sido tan previsor lo atribuyó al hecho de que en los últimos tiempos su consumo se había disparado. La necesidad de conquistar casi se había adueñado de su existencia.

Después de lo de Värmland.

Después de Maria y su hija Nicole.

La niña había sido testigo de cómo habían asesinado a sus primos, la tía y el tío, y se negó a hablar cuando la policía la había encontrado. Sebastian se había comprometido a ayudarla para que superara el trauma. Durante el proceso les había cogido cariño a la niña y a la madre. Demasiado cariño. Se habían ido a vivir con él. Habían formado una pequeña familia. Nicole había llenado el vacío que había dejado su hija muerta.

No era sano.

No había forma de sostenerlo.

Y así fue.

Acabó con que Maria le dejó claro que no quería volver a verlo nunca más.

Pero él las quería ver a ellas.

Así que había dedicado un tiempo a intentar encontrarlas. No fue demasiado difícil. Se habían mudado del piso de Enskede a una casa pareada en Åkersberga. Sebastian había ido hasta allí, pero una vez que se encontró delante de la casa le habían entrado las dudas.

¿Qué iba a hacer?

¿Qué podía hacer?

Quería dar explicaciones. Contar cuánto habían significado para él. Lo mucho que deseaba tenerlas cerca otra vez. Que de alguna manera habían conseguido que se sintiese más completo de lo que había estado desde el día de San Esteban del año 2004.

Pero él les había mentado. A sí mismo. O, como había dicho Vanja, él se había aprovechado de ellas en su momento más vulnerable. Maria también lo sabía, así que ¿qué pensaba que iba a lograr presentándose de golpe en sus vidas de nuevo? Nada. Y lo había dejado estar. Había abandonado el barrio de casas pareadas.

Había dejado atrás a Maria y a Nicole.

Había huido a los vínculos sexuales esporádicos y sin sentido.

Como el de la isla de Adelsö.

El sueño lo había despertado justo antes de las seis. Como siempre, tenía la mano derecha apretada en un puño. Estiró los dedos a la vez que se daba cuenta de que no valía la pena levantarse e irse a escondidas. Aunque hubiera conocido el camino, cosa que no ocurría, no le apetecía nada caminar una distancia de siete kilómetros hasta el ferri para luego verse obligado a sentarse en un autobús durante una eternidad con tal de poder regresar a Estocolmo. Así que se quedó tumbado mirando el techo hasta que oyó cómo la mujer a su lado, Kristina... no sabía qué más, se empezaba a despertar. En el mismo instante en que ella abrió los ojos, él le sonrió y le hizo una rápida caricia en la mejilla.

—Buenos días.

Ella se despezó, y justo iba a deslizar una mano para pescarlo por debajo de la manta cuando él se apartó y se incorporó en la cama.

—Voy a darme una ducha. ¿Te importa si cojo prestada una toalla?

Le pareció que Kristina se había quedado un poco decepcionada por la repentina escapada. Pero realmente le parecía impensable practicar más sexo. Era la tensión, el desafío de dirigir los acontecimientos durante la seducción, el hecho de jugar la partida, lo que hacía que él, por un breve rato, pudiese olvidar el dolor y la culpa que poco a poco lo iban envenenando. Era todo cuanto necesitaba. Sin eso, más sexo era una mera tortura.

Cuando salió de la ducha vio que Kristina le había preparado el desayuno. No tenía hambre. Solía intentar evitar ese tipo de situaciones a cualquier precio. Esa falsa sensación de unidad, la ilusión de que tenían algo en común —por su parte, no albergaba ninguna intención de volver a quedar—, le ponía de los nervios.

—¿Quieres dar un paseo después de desayunar? —preguntó Kristina mientras le ponía mantequilla a un panecillo casero que había calentado en el microondas.

—No, me gustaría que me llevaras hasta el ferri —dijo Sebastian con sinceridad—. O incluso mejor si me llevas hasta la ciudad.

Kristina dejó el cuchillo de la mantequilla y le esbozó una pequeña sonrisa de sorpresa, como si lo que acababa de oír no encajase en absoluto con sus planes del día.

—Anoche dijiste que hoy no tenías mucha prisa por volver.

—Anoche dije cualquier cosa con tal de echar un polvo.

Era verdad, pero decirlo en esa situación tuvo consecuencias.

La positiva fue que el desayuno no deseado terminó de golpe.

La negativa, que Kristina no quiso llevarlo en coche ni hasta la esquina.

Así que ahora Sebastian iba caminando por algo que llamaban la circunvalación de Adelsö, esperando que le llevase hasta el muelle.

Lo llamaron por teléfono.

Se descubrió a sí mismo deseando que fuese Vanja.

Hacía casi un mes, la noche después de la boda de Billy, se había visto obligado a contarle lo que sabía desde hacía un tiempo.

Que él era su padre.

Por supuesto, Vanja se había quedado perpleja. Al principio no lo quiso creer, y luego, cuando ya estaba convencida de que decía la verdad, le había dicho que se fuera. No en el sentido de «no quiero verte nunca más», sino más bien por una necesidad de estar sola.

Necesitaba tiempo para digerirlo.

Ya lo llamaría.

No lo había hecho.

Sebastian la conocía lo suficiente como para saber que si quería que su relación, ya de por sí bastante frágil y muy reciente, tuviera alguna posibilidad de sobrevivir, a partir de ese momento todo debería transcurrir según las condiciones que ella pusiera. Vanja debía decidir el ritmo. La más mínima insinuación de que él intentaba forzar algo haría que ella se pusiese en su contra para siempre.

Así que Sebastian estaba solo.

No se le daba bien estar solo.

Por eso estaba deambulando por Adelsö.

Y no era Vanja la que llamaba. Era Torkel.

Era hora de volver al trabajo.

Ursula se sorprendió al ver a su compañera de trabajo más joven cruzando las puertas de la terminal. Torkel no estaba seguro de si Vanja lo acompañaría, pero al parecer había logrado convencerla. Ursula habría comprendido perfectamente que Vanja hubiese escogido pasar de este caso. Ni ella misma sabía si quería volver a trabajar con Sebastian. No sólo porque fuese un mentiroso adicto al sexo, sino porque además había resultado ser el padre de Vanja.

Ursula tenía sus propios motivos.

Había perdido el ojo derecho por estar cerca de él.

Ellos dos solos en casa de Sebastian.

Se podía respirar sexo en el ambiente.

Tal vez algo más, al menos por parte de ella, aunque ahora jamás lo reconocería. Una exnovia con una pistola apuntando a través de la mirilla. Después, Sebastian ni siquiera la había visitado en el hospital. Había pedido disculpas descorazonadas y había pretendido retomar lo donde lo habían dejado. Como si no hubiese pasado nada.

Ursula se dirigió hacia Torkel, que estaba a pocos pasos.

—¿Viene también Sebastian?

—Sí, dijo que vendría.

—¿Y a Vanja le parece bien?

—Sí.

—¿No lo podemos votar? —dijo al mismo tiempo que saludaba con la mano a Vanja, que se había detenido justo al cruzar las puertas de cristal y los

buscaba con la mirada.

Ésta le devolvió el saludo y caminó hacia ellos arrastrando su habitual maleta de cabina negra, sorprendentemente llena, le parecía a Ursula. Tal vez estaba un poco más pálida de lo normal. Y también parecía haber perdido algunos kilos.

—¿Supone algún problema que él también venga? —preguntó Torkel, y sintió que la miraba con curiosidad.

Había algo en su tono de voz... Ursula pensaba que él ya habría superado el hecho de que ella estuviera en casa de Sebastian cuando le dispararon. Que los celos iniciales ya eran un capítulo cerrado. Pero tal vez no. A pesar de que tanto ella como Sebastian hubieran explicado que había sido una cita inocente. Una cena agradable. Nada más.

—Sebastian siempre es un problema —dijo ella encogiéndose de hombros para desdramatizar el asunto.

—¿Para ti personalmente?

Claramente sin cerrar.

No —respondió ella con un suspiro—. Al menos no más de lo normal —añadió.

Vanja se acercó a ellos, y Ursula, para sorpresa de ambas policías, le dio un abrazo. Nunca abrazaba a nadie. Ni siquiera a su hija.

—Hola, compañera, ¿cómo estás? —preguntó.

Vanja miró a Ursula con cariño. Agradecida por la inesperada consideración.

—Estoy mejor. Me irá bien volver a trabajar.

Se volvió hacia Torkel y desvió la conversación de su vida privada hacia el trabajo.

—Sólo me ha dado tiempo de echarle un primer vistazo al informe en el taxi —contestó disculpándose un poco—. ¿Sabemos algo más?

—No demasiado —contestó Torkel—. Dos asesinatos. Espectaculares. Idénticos. Las víctimas han sido disparadas en la frente, las encontraron en un aula y llevaban un cucurucho de papel en la cabeza y una especie de... examen grapado en la espalda. La primera, en Helsingborg la semana pasada. La segunda, antes de ayer en Ulricehamn.

—Entonces ¿el asesino se desplaza?

—Eso parece —respondió Torkel—. Por desgracia, el primer informe de la policía de Helsingborg está un poco incompleto.

Ursula negó con la cabeza.

—Pues tendremos que volver a empezar en los dos sitios, como siempre —dijo con cierto sarcasmo.

—Aún no lo sabemos. Fuera de Homicidios también hay buenos policías —comentó Torkel.

—Qué pena que nunca me los haya encontrado —contraatacó Ursula con una sonrisa—. Ya sé que quieres defender a los pueblerinos, pero incluso tú tendrás que admitir que lo del informe de la policía de Helsingborg no tiene nombre.

Miró a Vanja para recabar su apoyo, pero descubrió que la compañera tenía toda su atención puesta en otra parte. Ursula se volvió y vio lo que Vanja ya había advertido. Sebastian estaba entrando por las puertas giratorias con la pachorra de quien no tiene ningún problema en la vida. Justo detrás de él, Ursula vio a Billy salir de un taxi e ir corriendo hacia las puertas.

Ya estaba todo el equipo reunido...

Sebastian se paró en seco cuando vio a Vanja, y de repente sus aires de despreocupación parecieron esfumarse.

—Voy a hablar con él —indicó Vanja en voz baja, y soltó la maleta.

—¿Quieres que te acompañe? —preguntó Torkel en un tono de voz casi paternal.

—No hace falta.

Empezó a caminar hacia Sebastian, quien dejó su bolsa en el suelo y, al parecer, decidió esperar a que ella se acercase. Billy pasó de largo. Saludó a Sebastian con un breve gesto con la cabeza y continuó hacia Ursula y Torkel sin detenerse. Sebastian conocía los oscuros secretos que se ocultaban tras la fachada de indiferencia. Él sabía lo que Billy ocultaba. Pero ahora apreciaba que el compañero hiciese como si nada. Necesitaba concentrarse en su hija.

—Hola, Vanja —dijo tranquilo cuando ella se hallaba a pocos metros—. No estaba seguro de si vendrías.

—Aquí estoy.



—Dijiste que me llamarías...

Vanja dio los últimos pasos y se le acercó tanto que él pudo oler la fragancia de su champú. Parecía como si intentase crear una esfera de intimidad en medio de la multitud.

—Hoy he pasado por la calle Grev Manigatan —empezó a decir ella en voz baja de forma que ninguna de las personas que rondaban por su lado pudiera oír de qué estaban hablando—. Pero no estabas en casa.

—No, estaba en casa de... un amigo.

De nuevo, Sebastian maldijo haber acabado en Adelsö. Si no hubiese salido del área metropolitana, seguro que no se habría perdido la visita de Vanja.

—Tú no tienes amigos —constató Vanja con una brusquedad innecesaria—. Supongo que te estarías follando a alguien —continuó, demostrando de nuevo que lo conocía demasiado bien.

Sebastian comprendió que había momentos mejores y peores para mentir. Éste era uno de los peores.

—Perdona —se disculpó con sinceridad—. No sabía que ibas a pasarte por casa. Deberías haber llamado primero.

—Fue algo repentino —dijo Vanja encogiéndose de hombros—. Había estado hablando con Torkel y quería que supieses que les he contado a todos los miembros del equipo nuestro... nuestro parentesco.

—Que yo soy tu padre.

Ella lo contempló con cierta frialdad. A él le resultaba tan fácil, a ella tan difícil... No era justo.

—Te gusta llamarte a ti mismo así, ¿verdad?

—Sí, me gusta —asintió él—. Estoy orgulloso de ti. Pero, si te molesta, dejaré de hacerlo.

Miró a su alrededor en la terminal. Un poco más allá estaban Torkel, Ursula y Billy, uno al lado del otro y con las miradas puestas en él y Vanja. Sebastian tenía la sensación de que al menos dos de ellos, tal vez los tres, preferirían que diese media vuelta y regresase a su casa. Que los dejara para siempre. Pero a él le daba igual lo que pensarán. Tenía delante a la única persona que de verdad le importaba.

—Haré lo que tú quieras, siempre y cuando no te pierda —dijo él, y sin pensárselo demasiado alargó la mano y tomó la de ella. Para su sorpresa, ella no la retiró—. No estabas preparada para esto —continuó con franqueza. A lo mejor, ésta podía ser la conversación más importante que tuviera jamás. Tal vez la más importante de su vida. No pensaba jugársela por distanciarse emocionalmente—. Comprendo que estés enfadada conmigo. Enfadada con todos. Lo entiendo...

Se quedó callado. Midió sus palabras. Ahora mismo estaba intentando mantener el equilibrio sobre un puente a punto de desplomarse. A ambos lados había precipicio, y en cualquier momento su hija podría lanzarlo al vacío.

—Desde que sé quién eres, mi mayor miedo ha sido vernos un día en esta situación y que tú decidieras irte. Que no me dejaras entrar nunca más. Me daba pánico pensarlo. Me *da* pánico pensarlo.

Respiró hondo antes de continuar. No tenía ni idea de si estaba consiguiendo llegar a ella. El rostro de Vanja no desvelaba nada de lo que estaba pasando por su cabeza. Pero él aún le sostenía la mano.

—Pero es tu vida. Tiene que ser elección tuya.

Calló. Había otras cosas que quería decir, pero era complicado, asuntos demasiado grandes para tratar en un aeropuerto ruidoso y lleno de vida. Así que Sebastian esperó. Lo que le pareció una eternidad.

—Puedes ser mi compañero de trabajo —contestó al final ella. Tranquila y contenida—. Lo otro... —Se quedó en silencio. También ella parecía medir bien sus palabras. Lo miró profundamente con sus preciosos ojos azules—. Tú no eres mi padre. No en ese sentido. No en plan «celebremos juntos la Navidad y te llevo flores en el día del Padre».

Sebastian asintió con la cabeza. Esto iba mejor de lo que se había atrevido a esperar.

—Ahora mismo no puedo con eso —prosiguió Vanja como si esperase oposición por parte de él—. Tal vez nunca pueda hacerlo. Sólo podemos ser compañeros. ¿Crees que podrás?

Sebastian dio un gran suspiro de alivio. Al menos aceptaba una pequeña parte de él, y una pequeña parte era mejor que nada.

—Lo haré lo mejor que pueda —respondió con dignidad.

—Haz más que lo mejor que puedas —dijo Vanja consiguiendo esbozar una sonrisa—. Yo ya he visto lo mejor que puedes hacer.

Y tras esas palabras se apartó y regresó con los demás.

Una voz anunciaba por megafonía que los viajeros con destino a Gotemburgo debían dirigirse a la puerta de embarque 37. Sebastian tomó su bolsa de nuevo y siguió los pasos de su compañera.

Como siempre, Billy ignoró por completo todos los límites de velocidad y las cámaras de tráfico en los aproximadamente ochenta kilómetros que había entre el aeropuerto de Landvetter y Ulricehamn, de modo que apenas cuarenta y cinco minutos después de haberse sentado en el coche tras salir de la terminal de llegadas vieron el lago de Åsunden extenderse ante ellos. Sebastian creyó recordar que allí había tenido lugar una batalla importante sobre el hielo en algún momento de la historia. Pero no tenía ni idea de cuándo, entre quiénes, quién ganó ni qué consecuencias tuvo.

Pasaron por la punta sur del lago y por delante de un gran camping que hervía de vida, y el GPS les indicó que debían girar a la derecha y luego de nuevo a la derecha por Boråsvägen, una calle que según Sebastian era exactamente igual que el resto de las calles principales de todas las ciudades de provincias que había visitado. Mucho verde. Viviendas viejas que se alternaban con algunas tiendas y pequeñas fábricas. Luego, en el lado derecho, aparecieron algunos bloques de pisos desde los que, al menos en las plantas superiores, debían de tener buenas vistas del lago, cosa que debía de notarse en el precio. Y por fin llegaron a comisaría. Con el sol de mediodía parecía recién construida. La planta baja era de obra vista, y la planta superior estaba revocada y pintada de amarillo. Soportal verde y la insignia de la policía a los dos lados de la entrada. Billy giró a la izquierda y aparcó junto a un trozo de césped en forma de círculo sobre el que había tres piedras apoyadas entre sí componiendo una especie de Stonehenge en miniatura.

—¿Torkel Höglund? —oyeron que decía una voz a sus espaldas en

cuanto se bajaron del coche.

Todos se volvieron y vieron a una mujer de unos cuarenta y cinco años que se les acercaba a pie al mismo tiempo que apuntaba hacia atrás con un llavero; las luces de un Passat verde que estaba un poco más abajo en el aparcamiento parpadearon.

—Eva Florén, de la policía de Borås, provincia de Västra Götaland. He sido yo la que os ha llamado esta mañana.

Torkel le dio un apretón de manos y presentó al resto del equipo.

—Justo vengo de ver al médico forense de Gotemburgo —continuó Eva mientras los invitaba a pasar dentro del edificio—. Tenemos una identificación confirmada por parte del padre de la víctima.

Los guio por la recepción, donde había dos agentes uniformados detrás del mostrador mirando fijamente una pantalla cada uno. No había visitas. Eva Florén deslizó la tarjeta de acceso y, tras un zumbido de la cerradura, accedieron a la comisaría.

—¿Café? —preguntó Eva cuando pasaron por delante de la cocina de los empleados, en la que todo, bancos, armarios y mesa, había sido fabricado con madera de color claro.

Una cocina esquinera con un armario que colgaba del techo separaba el rincón con la nevera, el congelador, el fregadero, la cafetera, el microondas y las encimeras del resto de la sala, donde unas sillas acolchadas de color fucsia rodeaban la mesa. Había cortinas blancas con topos de colores alegres en todas las ventanas. Alguien había puesto mucho empeño en crear en la habitación un ambiente de trabajo moderno, y con bastante éxito.

—Sí, gracias —respondió Sebastian a la pregunta sobre el café, mientras que todos los demás dijeron que no—. Solo, pero con un poco de azúcar, si tienes.

Vanja le echó una mirada. Por supuesto, podía ser que sólo le apeteciese una taza de café, pero ella sospechaba que la respuesta afirmativa y la cálida sonrisa que la siguió eran únicamente el principio de un intento de seducir a la inspectora jefe de Borås, que en ese instante bajaba una taza de uno de los armarios con una mano en la que llevaba bien visibles tanto un anillo de compromiso como una alianza de matrimonio. Como si eso marcara alguna

diferencia para Sebastian.

—Muchas gracias —dijo cuando, un minuto más tarde, Eva le entregó la taza con la bebida humeante.

De nuevo una sonrisa, y Vanja observó con un suspiro hastiado cómo él se las apañaba para rozar la mano de Eva al coger la taza. Si antes había tenido sus dudas, ahora ya se habían esfumado por completo. En realidad, no era nada nuevo y era lo que ella ya se esperaba de Sebastian, pero su comportamiento le molestaba mucho más ahora que sabía quién era. Pensar en él sólo como un compañero de trabajo en una situación así le resultaba difícil. Se planteó si debería hablarlo con él.

Eva los guio hacia la sala de reuniones de la comisaría. Pizarra blanca en una de las paredes, sillas en color fucsia como las de la cocina y las mismas cortinas blancas con topos en las ventanas.

—Ésta será vuestra sala. Es lo único que tenemos aquí. Si queréis algo más, tendréis que venir a nuestras oficinas en Borås.

Las mesas estaban colocadas de dos en dos en tres filas, orientadas hacia la pizarra blanca en lugar de estar todas juntas en el centro, como estaban acostumbrados los de Homicidios cuando les asignaban una sala.

—Es perfecta —dijo Torkel—. Es más grande que las que nos suelen dar.

—Ahora parece un aula escolar, así con las mesas en filas —continuó Eva casi a modo de disculpa—. Pero distribuidlas como queráis.

Tomaron asiento. Ursula, Vanja y Torkel se sentaron en la primera fila. Sebastian y Billy se situaron a sus espaldas. Todos tenían una carpeta de color verde oscuro delante.

—¿Habéis tenido tiempo de revisar el material? —preguntó Eva.

—Algunos más que otros, pero igualmente nos gustaría que nos lo explicases —contestó Torkel.

Eva asintió con la cabeza, abrió una carpeta idéntica a la que tenían ellos y les mostró una foto de un joven musculado que sonreía relajado hacia la cámara.

—Miroslav Petrovic, veintiún años, fue hallado muerto en el laboratorio de química de la escuela Hildingskolan ayer por la tarde —empezó Eva.

—Mirre —dijo Billy, como si de repente hubiese visto a un viejo

conocido.

—Sí, así es como lo llamaban.

—Hasta ahora no había caído —admitió Billy negando con la cabeza.

—¿En qué no habías caído? —inquirió Torkel mirando a Billy con curiosidad.

—Quedó tercero en «Paradise Hotel» —respondió Billy, como si eso lo explicase todo.

Los otros se conformaron con su respuesta.

—Ayer por la mañana nos informaron de que la semana pasada tuvo lugar un asesinato similar en Helsingborg —continuó Eva—. Fue entonces cuando decidimos contactar con vosotros.

—Patricia Andrén —añadió Torkel.

—Exacto, aunque eso es prácticamente todo lo que sabemos. Fue hallada en una escuela, cucurucho de papel en la cabeza, disparo en la frente y algún tipo de examen grapado al cuerpo, igual que Petrovic. Un informe más detallado está de camino, espero.

—Bien —asintió Torkel—. ¿Qué más sabemos acerca de Petrovic, aparte de que está muerto?

—Lo dicho, un famosillo después de su participación en ese *reality*. Según el padre de Miroslav, Gabriel Petrovic, su hijo había quedado con un periodista para una entrevista el martes. A mediodía. Nadie lo ha visto desde entonces.

—¿Sabía el padre cómo se llamaba el periodista? —preguntó Vanja, participando por primera vez en la reunión.

—Sí, Sven Catón. Hay seis personas con ese nombre en Suecia. Nadie que lo tenga como nombre de pila.

—¿Y alguno de ellos es periodista? —continuó Vanja, segura de la respuesta. Si la cosa hubiese sido tan sencilla, no habrían llamado a la Unidad de Homicidios.

—No, se está comprobando, como es natural, pero estamos asumiendo que era falso.

—¿Y sabemos si realmente se vieron y, en tal caso, dónde? —terminó Vanja.

—Todavía no, por ahora hemos conseguido mantener su identidad fuera de la prensa, así que no hemos recibido aún ninguna pista por parte de la ciudadanía.

—¿Y ha sido eso buena idea? —preguntó Torkel con un claro descontento en su tono de voz.

Era probable que a Petrovic lo hubieran asesinado hacía más de cuarenta y ocho horas. Los importantísimos primeros dos días. Los datos de los testimonios del martes serían cada vez menos valiosos cuanto más tiempo esperaran.

—Posiblemente no, pero fue una petición del padre.

Torkel suspiró apesadumbrado y asintió con la cabeza. Siempre era difícil tomar una decisión en casos así.

—Si la prensa no lo averigua por su cuenta, tendremos que dar la noticia mañana. Tenemos que mapear sus últimas horas lo mejor que podamos.

—Ahora el caso es tuyo —sostuvo Eva—. Lo puedes anunciar cuando quieras. Yo sólo os explico por qué no lo hemos hecho todavía.

—¿La escuela? —interrumpió Ursula—. ¿Alguna pista?

Eva negó con la cabeza al empezar a hablar, cosa que ya era respuesta suficiente para Ursula.

—El aula fue el lugar del hallazgo, pero no la escena del crimen.

—¿Y el resto de la escuela?

—Una puerta en la planta baja había sido forzada. Nada indica que fuese allí donde lo asesinaron.

Nada de lo que había encontrado la policía local de Ulricehamn, quiso corregirla Ursula, pero recordó que Torkel le había pedido que se guardase su inexistente confianza en la policía rural para sí misma.

—¿Alarma? —preguntó en su lugar, aunque creía saber ya la respuesta.

Un nuevo gesto con la cabeza lo confirmó. Ursula suspiró.

—Quiero echar un vistazo.

—Claro, cuando acabemos aquí te llevo.

Sebastian repasaba las fotos del lugar del hallazgo. La silla, la cuerda alrededor de la barriga que mantenía a la víctima erguida, de cara a la esquina, con el cucurucho blanco en la cabeza. Un asesino en serie



minucioso, con un mensaje.

Por lo general, Sebastian escuchaba las reuniones a medias, pero había algo en aquel escenario macabro que le resultaba atractivo. Continuó mirando el material de la carpeta y encontró lo que estaba buscando. Una copia de los papeles que habían estado grapados a la espalda de la víctima. Algunas partes en las que la sangre cubría el texto eran difíciles de leer, pero Sebastian le echó un vistazo rápido.

—¿Qué dices, Sebastian, así de forma espontánea? —preguntó Torkel, volviéndose a medias hacia atrás.

Sebastian se enderezó, levantó la mirada de la carpeta y deseó haber llevado unas gafas para poder subírselas a la frente como un experto o ponérselas en la punta de la nariz. Tal vez debía comprarse unas. Cultivar un poco el aspecto de intelectual. Dirigió una débil sonrisa hacia Eva, quien esta vez no correspondió con otra sonrisa.

—Varón. Mayor. No mucha gente con menos de cincuenta sabe lo que significa sentarse en el rincón de la vergüenza o sabe lo que es un cucurucho de tonto. —Sebastian volvió a mirar las fotos—. Opina que este joven debería avergonzarse. Al parecer, por su poca cultura general.

—En «Paradise Hotel» del año pasado había una parte en la que los participantes tenían que hacer unos ejercicios de educación primaria, y daba vergüenza ajena. Por decirlo de alguna manera, no eran muchos los que acertaban algo.

—El que ha hecho esto seguro que se puso en contacto con Petrovic y, de alguna forma, le comunicó su desprecio.

—¿Habéis encontrado su móvil? —interrumpió Billy de nuevo.

Eva negó otra vez con la cabeza.

—Tenemos su ordenador...

—Buscad en su correo electrónico, campos de comentarios si tenía un blog, cuentas de Instagram, de Twitter —dijo Sebastian—. Este hombre se ha comunicado con él por algún canal.

—¿Sabes?, a estos chicos los adoran tanto como los odian. Hay unos cuantos de ellos.

Torkel se había vuelto de nuevo hacia Sebastian.

—¿Qué es lo que buscamos?

Sebastian continuó contemplando la foto del joven atado y con el cucurucho en la cabeza.

—Una entrada elocuente, que exprese desprecio. Nada de amenazas. Nada de insultos. Sin faltas de ortografía. —Miró a todos los demás y volvió a echar de menos sus gafas—. Una cosa más, pero a lo mejor eso ya lo habéis deducido vosotros. —Hizo una pausa un poco dramática. Esperó a tener la atención completa de todos antes de proseguir—: Si lo ha hecho dos veces en una semana, es que piensa volver a hacerlo.

*Eskilstuna – Kuriren  
Cartas al director  
Apartado de correos 120  
63102 Eskilstuna*

*Tienen que estar en todas partes.*

*Sin ser capaces de contribuir con nada.*

*Todas estas personas de los realities y los blogs. Físicamente casi idénticos, con sus cuerpos tatuados (hombres y mujeres), y labios y pechos rellenos de silicona (mujeres). Todos con el nivel intelectual de un niño de dos años.*

*Cada día nuestros canales de televisión nos bombardean con la idea de que la superficialidad, la ignorancia y la más pura estupidez son las cualidades que aseguran el éxito en los nuevos tiempos.*

*¿Cuidamos a aquellos que son inteligentes y realmente saben algo? ¿Se propicia que se junten entre ellos? No, tanto jóvenes como viejos con inteligencia y unas sólidas bases de conocimiento son cínicamente despreciados.*

*No son «televisivos».*

*No generan «clics».*

*No se convierten en «trending topic».*

*Éstas son personas que no saben nada, que están orgullosas de ser así y*

*a quienes nuestros tiempos convierten en iconos e ídolos.*

*Tal como dice el sabio Kristian Luuk en el programa que, gracias a Dios, aún es un refugio entre tanto homenaje a la ignorancia: ¿en qué nos estamos convirtiendo?*

CATÓN EL VIEJO

El hotel no tenía nada de malo. La habitación no tenía nada de malo.

Aun así, Billy sólo quería salir de ahí y largarse.

Se había propuesto empezar por el ordenador de Petrovic. Un Acer Aspire, pantalla de 17,3 pulgadas, 4 GB de RAM, disco duro de 500 GB. La idea era hacerse una visión de conjunto. Hacerse una idea de cuánto trabajo tendría cuando se pusiese a buscar de verdad. Ya sabía que Mirre estaba tanto en Instagram como en Twitter, pero ¿estaba en Facebook, tenía blog, o tal vez una cuenta en Flickr, aunque no fuese tan común?

Sin embargo, la concentración se negaba a presentarse. A él le encantaba ese tipo de trabajos. Se le daba bien. El equipo esperaba que él se encargase de hacerlo, y su valoración significaba mucho para él. Aun así, la cabeza se le fue a otra cosa nada más empezar la búsqueda.

Pensaba en Jennifer. Se enfadó consigo mismo por pensar en Jennifer en lugar de en su mujer. Así que pensó en My. En su viaje de novios, diez días muy buenos en Turquía, y luego pensó en la boda.

La noche de bodas.

La mañana siguiente.

Después ya no hubo remedio.

Tuvo que cerrar el portátil y levantarse con un suspiro. Se acercó a la ventana y miró al lago. ¿Qué iba a hacer ahora? El hotel tenía un pequeño gimnasio, lo había dicho la recepcionista cuando se habían registrado. ¿Entrenar? No le apetecía. Y, en todo caso, sería más agradable correr fuera. ¿Llamar a alguien? De nuevo le vino el nombre de Jennifer. No sabía por

qué. Sólo se habían besado una vez, un mes antes de la boda. Eso fue todo. Probablemente, los dos habrían querido ir más allá, pero Billy le puso freno. Se había casado con My. Él quería a My, así que si necesitaba hablar con alguien debería ser con ella. Pero todo era más sencillo con Jennifer. Eran más parecidos. Tenían más en común. Ella lo entendía de un modo diferente.

Pero sobraba decir que ella no sabía nada de la noche de bodas. De la mañana siguiente. Nadie podía entender eso.

Ni siquiera él mismo.

Pero nada iba a mejorar porque él estuviese demasiado caliente en la habitación de un hotel dando rienda suelta a sus pensamientos. Cogió su chaqueta y salió de la habitación.

Un minuto más tarde bajó por la escalera y llegó al vestíbulo. Miró a su alrededor y vio a Sebastian leyendo en uno de los sillones marrones de detrás de la recepción. En el mismo instante en que Billy deseó poder salir a escondidas, Sebastian levantó la vista del periódico y sus miradas se cruzaron. Billy maldijo en silencio. ¿Por qué estaba Sebastian sentado en el vestíbulo? ¿Por qué no estaba en su habitación o fuera, intentando encontrar a alguien en Ulricehamn con quien acostarse? Eso era lo que solía hacer. ¿Acaso Sebastian lo estaba vigilando?

—¿Adónde vas? —Oyó a Sebastian gritar a través del vestíbulo a la vez que se levantaba del sillón y se le acercaba mientras se ponía la chaqueta.

—Afuera.

—Pues te acompaño.

Una constatación, no una pregunta. Al parecer, Billy no tenía nada que decir al respecto.

—No necesito niñera.

—Considérame mejor un... un amigo de los animales.

Billy no tenía ni fuerzas para contestar, así que se limitó a empujar la puerta y a salir a la explanada redonda de adoquines que había a la entrada del hotel. A pesar de que afuera aún hacía calor, se abrochó la fina chaqueta y empezó a alejarse del hotel sin mediar palabra. Giró hacia la derecha

cruzando un trozo de césped y luego de nuevo a la derecha.

Sebastian se apresuró a alcanzarlo y juntos cruzaron la calle principal. Siguieron en dirección al lago. Una vez allí, Billy optó por ir hacia la izquierda, de espaldas al viento. Sebastian caminaba en silencio a su lado.

Que tantas cosas hubiesen pasado ese mes era culpa de Billy.

Él había averiguado el parentesco entre Vanja y Sebastian. El tradicional trabajo policial sumado a la recogida de muestras de ADN había confirmado la sospecha que le rondaba desde hacía un tiempo.

Amenazó con explicarle a Vanja lo que sabía si Sebastian no olvidaba lo que había visto.

Que Billy había estrangulado a un gato en su noche de bodas.

Que lo había disfrutado.

Sexualmente.

Aunque Sebastian hubiese preferido olvidarlo, no podía. Le había explicado de inmediato a Vanja que era su padre, y con eso Billy se había quedado sin la pequeña ventaja que tenía. Luego, Sebastian se había visto obligado a meditarlo. Decidirse. Si hablar con Torkel o no.

Acerca de Edward Hinde.

Charles Cederkvist.

Dos personas a las que Billy se había visto forzado a matar en acto de servicio. Sebastian se había sorprendido ante la ausencia de reacción de Billy en los dos tiroteos mortales, pero nunca habría imaginado que Billy había conectado el acto de matar con el placer y que esa conexión ahora lo empujase por un camino peligroso.

La barrera natural que hace que normalmente no hagas realidad tus fantasías se había derrumbado. Billy necesitaría construirla de nuevo. Porque las fantasías seguirían siempre allí. Lo importante era aprender a saber cuál era su lugar, que eso eran simplemente fantasías y que Billy no tenía que actuar sobre el impulso que le generaban.

Sebastian había insistido en que Billy debía ocuparse de ello. Buscar ayuda. Por el momento, no había hecho nada al respecto, que él supiera.

Habían avanzado ya un trozo por la playa cuando Sebastian rompió el silencio.

—¿Por qué has salido?

—Joder, ¿acaso no puedo salir de la habitación del hotel?

—¿Inquieto?

Billy no respondió, cosa que Sebastian interpretó como un sí.

—¿Qué tal con My?

Billy no contestó. No hacía falta. Estaba claro que con My la cosa estaba complicada. Los secretos pesaban y aquél era uno de los más grandes que podía tener. Billy estaba en pleno proceso de reevaluación de todo lo que creía saber acerca de sí mismo, y en medio de todo eso debía hacer su trabajo y cuidar de una relación amorosa.

—¿Has hablado ya con alguien? —preguntó Sebastian, y sintió que empezaba a perder el aliento. Billy caminaba deprisa, y él no estaba en forma para paseos rápidos. Vio que se acercaban a otro camping un poco más adelante. ¿Cuántos podía haber en ese agujero?

—Si no hablas conmigo, hablaré con Torkel, ya lo sabes.

Le pareció que Billy reducía un poco la velocidad de sus pasos.

—¿Y por qué no lo haces y ya está?

Una pregunta completamente lógica. Sebastian se lo había planteado. ¿Por qué no decía nada? No tenía sentimientos demasiado profundos por Billy, pero a Vanja le gustaba. No sabía cómo reaccionaría ella si era él quien daba la noticia que rompería el equipo. No se podía permitir que a ella se le ocurriese culpar al mensajero. Además, era agradable tener un poco de ventaja, eso era innegable. Saber lo que había hecho Billy lo colocaba en una buena posición para negociar en el caso de que alguna vez precisase un favor o a alguien de su lado. Seguro que Billy lo sospechaba, pero no era nada que necesitase que le confirmasen.

—Entonces ¿qué tal con My? —repitió Sebastian.

Por un momento, pensó que esta vez tampoco obtendría respuesta a la pregunta, pero luego oyó que Billy cogía aire, soltaba la mayor parte en forma de suspiro y decía:

—Está en casa de sus padres y me alegro de no tener que verla cada día.

Sebastian asintió en silencio con la cabeza.

—Me resisto a llamarla —continuó Billy—. Estoy recién casado y no



quiero hablar con mi mujer. ¿Responde eso a tu pregunta de qué tal con My?

—Sí —afirmó Sebastian.

—Bien.

Siguieron caminando.

Ursula regresó al hotel sobre las ocho y media de la tarde. Estaba absolutamente claro que a Miroslav Petrovic no lo habían matado en el aula. De alguna manera habían transportado hasta allí el cuerpo. Cómo y cuándo, en cambio, tendrían que intentar averiguarlo con ayuda de las cámaras de vigilancia, si es que había alguna. Eso sería trabajo de Billy.

Había dado un paseo por los alrededores de la escuela Hildingskolan para situarse, pero a primera vista no encontró nada. Los pasillos, la puerta blanca, el laboratorio de química, la puerta forzada en la planta baja. Tuvo que reconocer a regañadientes que parecía que la policía de Borås realmente había hecho un buen trabajo. Los lugares que ella consideraba relevantes ya los habían visitado e inspeccionado, y el informe estaba bien redactado. Por la noche lo volvería a leer y lo primero que haría por la mañana sería llamar al técnico responsable. El contacto en persona con quien había hecho el examen inicial era importante. En principio, siempre heredaba los casos de otra persona, pocas veces era ella la primera en llegar al lugar. El material documentado era la base de todo, pero el contacto en persona solía dar un conocimiento más profundo. Sólo así podía comprender cómo habían trabajado los técnicos, cómo habían pensado, y de ese modo tal vez podía encontrar detalles que no habían buscado o, en el peor de los casos, que habían pasado por alto.

Además, a veces la policía elegía demasiado pronto seguir una pista determinada e intentaba que las pruebas confirmasen su teoría en lugar de dejar que les hicieran de guía, que fueran la base objetiva a partir de la cual la

teoría iba tomando forma. En esos casos era mejor ir bien preparada. Para ella, las pruebas técnicas eran indiscutibles, todo lo demás podía ser interpretado, tergiversado y falseado, pero las pruebas eran definitivas y reales.

Probablemente, por eso le gustaban más las pruebas que las personas.

Dejó su pequeña maleta sobre un lado de la cama y se tumbó en el otro sin quitarse los zapatos. Había sido un día largo, estaba cansada. Notaba la prótesis seca y parpadeó un par de veces para humedecerla. Había empezado a acostumbrarse. Jamás se lo habría imaginado.

Lo más difícil no era llevar la prótesis ni manipularla, sino la ausencia total de visión en el lado derecho. Le afectaba al equilibrio, tenía que estar siempre volviendo la cabeza para captar el mundo que la rodeaba, y todo iba mucho más lento.

Pero podría haber sido peor. Mucho peor.

Respiró hondo.

Le gustaba estar de vuelta con el equipo y en plena acción. Lo había echado de menos. Este tipo de viajes era su razón de vivir. Cuanto más complicados eran los casos, mejor. Le brindaban un tipo de concentración que echaba de menos en el día a día. La hacía sentirse viva. Había trabajado durante la convalecencia, pero no era lo mismo estar en casa delante del ordenador que poder hacer trabajo de campo. En casa, el día a día estaba demasiado cercano, demasiado invasivo. En el campo eso no pasaba, ahí todo giraba en torno a la investigación.

Se sentó y miró a su alrededor. El hotel Bogesund parecía tener predilección por los empapelados de colores vivos. Unas flores grandes y rojas entrelazadas con hojas verdes cubrían la pared de la cama. Era la antítesis de su propio estilo espartano y tenía algo de liberador. Estaba tan lejos de casa, en tantos sentidos...

Se preguntó si Torkel tendría paredes parecidas en su habitación. Hacía un tiempo que no compartían cama, Torkel y ella. En otros tiempos, antes de que Sebastian apareciese de nuevo en Homicidios, solían acabar a menudo en la habitación de Torkel. Fácil y natural. Para ella nunca se había tratado de amor. Pero sí le había supuesto un sentimiento de pertenencia, y cada vez lo

echaba más de menos.

Habían llegado a un acuerdo.

Sólo en el trabajo.

Nunca en casa.

Nada de planes de futuro.

A ella le había ido perfecto. Durante el día, su atención estaba puesta en la investigación, y por las noches se podía entregar a una relación sin exigencias. No necesitaba nada más.

Torkel esperaba otra cosa, ella lo sabía.

Algo más permanente.

Una relación.

Mientras ella estuvo casada, él se había conformado con lo que le daba. Pero luego, cuando Micke la dejó y ya no había en realidad ningún impedimento, quedó muy claro. Curiosamente, ella ya no lo deseó tanto tras quedarse sola de verdad. No porque echase de menos a Micke. En esa relación tampoco había un derroche de amor, según tuvo que reconocer cuando se analizó a fondo a sí misma. Al menos no por su parte. Pero la voluntad clara de Torkel de dar el paso de algo sin compromisos a algo serio no encajaba con quien ella era y con lo que quería. Al final, las fricciones habían estropeado sus encuentros regulares.

Pero tal vez podrían encontrar alguna solución.

Cogió el móvil. Se planteó enviarle un mensaje. Sólo para preguntar cómo se encontraba. Si estaba despierto. Él lo entendería.

Un mensaje de texto y todo volvería a ser como siempre.

Él estaría allí al cabo de treinta segundos.

Era tentador, pero a la vez estaba realmente cansada. Había algo emocionante en permitirse fantasear un rato más. Al día siguiente se acercaría un poco a él. Lo tocaría, tomaría la iniciativa. Mostraría un lado del todo nuevo de sí misma.

Lo iba a seducir.

Vanja y Billy habían salido en dirección a Helsingborg justo después de terminar un desayuno temprano. Según el GPS iban a tardar dos horas y cuarenta y cinco minutos en ir desde Ulricehamn hasta el número 25 de la avenida Berga, en Helsingborg, que era donde estaba la comisaría; pero, como era Billy quien conducía el coche de alquiler, seguro que conseguirían hacerlo en poco más de dos horas. Al menos eso era lo que él sostenía.

Cuando ya se habían alejado un poco de la ciudad en dirección sur, Vanja sacó el nuevo informe de la policía de Helsingborg que habían recibido por la mañana y empezó a repasarlo.

La víctima se llamaba Patricia Ellen Andrén, nacida en Malmö en 1989. Soltera, un hijo. Trabajaba de peluquera. Había varias fotos de ella en el dossier, la mayoría del lugar del crimen, pero dos eran de cuando estaba viva, por lo visto ambas tomadas con fines profesionales. Una en biquini en la playa. A Vanja le pareció que le sonaba. O tal vez era el tipo de mujer lo que reconocía. Una morena con curvas, tatuaje en la zona lumbar, pechos operados y una sonrisa demasiado blanca tras unos labios inyectados.

—¿Encuentras algo interesante? —preguntó Billy.

Vanja le mostró una de las fotos. La de Patricia en bañador. Billy le echó un vistazo rápido.

—Joder, a esa también la reconozco —dijo sorprendido.

—¿Estás seguro?

—Búscala en Google. Estoy seguro de que ella también ha salido en algún programa de televisión.

Vanja cogió el móvil y buscó rápidamente a Patricia Andrén. Billy tenía razón. Cómo no. La foto del bikini fue de las primeras en aparecer. Dos años antes, Patricia había participado en el programa de citas «Madre soltera busca». Vanja suspiró. Eso no les iba nada bien. En cuanto saliese la noticia, se iban a pasar la mitad del tiempo gestionando y parando a la prensa. En realidad, eso era trabajo de Torkel, pero una intensa cobertura mediática los pondría a todos bajo presión.

—Parece que alguien está matando a famosillos de segunda —dijo mostrando el teléfono a Billy.

—Entonces la prensa estará contenta —respondió Billy con resignación, dejando claro que había pensado lo mismo que Vanja—. Pero seguro que Torkel será capaz de mantener el tipo.

—Seguro.

—¿Pone algo más? Debería estar el informe de la autopsia —continuó Billy tranquilo mientras aceleraba y adelantaba a un camión. El indicador de velocidad se acercaba a ciento sesenta kilómetros por hora.

—Sí, debería, pero esos inútiles no lo han incluido.

Vanja volvió a repasar el poco material que había. La mayor parte era del lugar del hallazgo. Habían encontrado a Patricia en Tollsjöskolan, una escuela pública de primaria a unos quince minutos del centro de Helsingborg. El profesor que por lo general daba clases en el aula la había descubierto en la escuela, que permanecía cerrada por vacaciones de verano, a las ocho y media de la mañana antes del Midsommarafton, la fiesta del solsticio. El cuerpo había sido colocado en una silla en uno de los rincones junto a la tarima. Una cuerda atada a la barriga para mantenerlo erguido. Un cono en la cabeza, de cara a la pared, y dos folios con preguntas pegados con grapas a la espalda desnuda. La escuela no tenía alarma, y la policía había hallado una puerta forzada en la parte de atrás. Era como leer otra vez lo de Mirre Petrovic y la escuela de Hildingskolan.

—Al menos tienen a un sospechoso —dijo Vanja al cabo de un rato.

—¿Quién?

—El exnovio. Stefan *Steffe* Andersson. Padre de su hijo. Se ve que la había amenazado.

—¿Eso es todo lo que tienen?

—Pone que lo llamaron a declarar... —Vanja buscó entre lo poco que quedaba del material—. Pero el interrogatorio tampoco lo han incluido.

Billy negó con la cabeza.

—Parece que le hayan dado el caso al mejor agente que tienen.

—Ni que lo digas.

—Suerte que no viene Ursula. Los habría hecho pedazos.

Vanja se imaginó a Ursula llamando al pobre desgraciado que había preparado el informe y diciéndole lo que pensaba de él en particular y de todos los policías fuera del área metropolitana en general. Se le escapó una sonrisa.

—Me alegra que esté de vuelta —indicó Billy con sinceridad.

—La última vez te las apañaste bien sin ella —comentó Vanja con franqueza—. No sé si te lo dije.

—Gracias, me sienta bien que lo digas.

Echó una mirada agradecida hacia Vanja, y ella asintió con la cabeza para terminar de animarlo. Era verdad. Billy había madurado mucho en los últimos tiempos. Era una pena que se hubiesen distanciado. Durante un tiempo habían sido más como hermanos que compañeros de trabajo, y, aunque ya lo habían aclarado casi todo entre ellos, no habían conseguido recuperar lo que tenían.

Probablemente, nunca lo harían.

El tráfico era ahora más denso y Billy tuvo que reducir la velocidad.

—Te tengo que preguntar... —empezó Billy, y a Vanja le pareció que tomaba carrerilla para continuar—. ¿Cómo te sientes al saber de repente que Sebastian es tu padre? Tiene que ser raro de cojones.

Vanja soltó una carcajada un poco resignada.

—No soy capaz de pensar en él como padre. Sólo es un colega.

Billy le echó una mirada fugaz, desconcertado.

—O sea, que todo sigue igual que antes, quieres decir.

—No, claro que no, pero... de alguna manera tiene que serlo. —Se quedó en silencio contemplando el paisaje cada vez más llano que pasaba volando—. Necesito más tiempo. No puedo con todo a la vez.

—Pero sigues aquí y te ves con él, eres muy fuerte.

—Me planteé dejarlo.

—¿Qué te hizo cambiar de opinión?

—Era demasiado fácil. Demasiado cobarde. Ésa no es mi manera de solucionar los problemas.

Se quedaron en silencio. Billy se mantenía concentrado, la mirada puesta en la carretera, que se deslizaba a toda prisa. Vanja quería aprovechar la ocasión para seguir hablando. Pero no de trabajo ni de problemas suyos. En la vida de Billy también habían pasado cosas importantes.

—¿Y tú qué tal estás? —preguntó ella, esforzándose en sonar alegre—. ¿Qué tal la vida de recién casado?

—Bien, todo bien —asintió Billy con una sonrisa—. Es fantástico.

—Háblame de Turquía —pidió ella, acomodándose en el asiento para escuchar.

Billy empezó a explicar el viaje, pero Vanja no tardó en perder la concentración. Lo estaba observando. Parecía que Billy se había olvidado de algo ahora que ya no tenían una relación tan estrecha.

Que a Vanja se le daba muy bien notar cuándo la gente estaba mintiendo. Era uno de sus puntos fuertes.

Y Billy mentía.

No iba todo bien. Vanja tuvo la sensación de que todo estaba muy lejos de ir bien.



«Giré a la derecha. Después de trescientos cincuenta metros, vuelva a girar a la derecha.» La voz femenina del GPS guiaba al coche por calles cada vez más estrechas entre bloques de pisos que, según Sebastian, eran todos idénticos. Se estaban acercando a su destino y se arrepintió de no haberse opuesto de forma más contundente cuando tuvo la oportunidad.

Estaba terminando de desayunar cuando Torkel había ido a sentarse a su mesa. Sebastian lo había mirado con cierto asombro. Ursula estaba instalada en una mesa junto a la ventana, un poco más allá, con vistas y una silla vacía delante.

—¿Problemas en el paraíso?

Torkel lo había mirado sin entender, y Sebastian había señalado la ventana con la cabeza. Torkel se había dado la vuelta, había contemplado a Ursula y luego otra vez a Sebastian.

—No, ¿qué quieres decir?

—¿Qué piensas, que porque no desayunéis juntos nadie sabe que estáis liados?

—Yo ya he desayunado.

—¿Sabes? Es menos sospechoso que os sentéis juntos como compañeros que el hecho de no hacerlo —continuó argumentando Sebastian—. Es decir, si no queréis que se sepa que os estáis acostando.

—No nos estamos acostando.

—¿Por qué no?

—¿Has terminado? —preguntó Torkel haciendo un gesto hacia el plato

con restos de comida y la taza de café a medias, con una clara intención de poner fin a la conversación acerca de Ursula—. Vamos a ver al padre de Petrovic.

—En la boda de Billy se la veía bastante interesada en ti —siguió Sebastian, poco dispuesto a dejar el tema que de forma tan clara incomodaba a Torkel—. ¿Cómo se te pudo escapar?

¿Era imaginación suya o había visto más bien una sombra de nostalgia en lugar de rabia en los ojos de Torkel antes de levantarse de la silla?

—Venga, va, levántate.

—¿Adónde vamos?

—Ya te lo he dicho. —Un rastro de cansancio e irritación en la voz de Torkel—. A ver al padre de Petrovic. Quiero hablar con él antes de la rueda de prensa.

—Pero ¿por qué tengo que ir yo?

—Porque yo lo digo.

A Sebastian no le gustaba nada que Torkel utilizase su cargo como único argumento para hacer valer su voluntad. Se había reclinado en la silla para dejar claro que no tenía ninguna intención de levantarse. En realidad, todo lo contrario. Pensaba seguir ahí sentado.

—Llévate a Vanja o a alguien que...

—Vanja y Billy se han ido a Helsingborg —lo interrumpió Torkel—. Vendrás tú. Cinco minutos. Te espero en el coche.

Sebastian había observado a Torkel dar media vuelta y salir del comedor del desayuno. Por un momento había sopesado la posibilidad de volver a su habitación y dejarlo allí, esperando en el coche, hasta que se cansase y se fuese solo. Pero ese día Torkel no parecía estar de humor para ese tipo de marcajes. Sebastian no tenía ni idea de si era porque había sacado el tema de Ursula, pero sólo estaban al principio del segundo día de la investigación. Ya tendría más ocasiones para enfrentarse a Torkel. En cuestiones más importantes. Se había terminado de un trago el café frío que le quedaba y se había puesto de pie.

«Gire a la derecha. Después de doscientos metros, vuelva a girar a la derecha.»

—Así que eres el padre de Vanja —constató Torkel mientras una vez más giraba el volante siguiendo las indicaciones del GPS.

Sebastian le echó una mirada rápida.

Ahí estaba.

Sin ningún tipo de preaviso.

Se había preguntado cuánto tiempo tardaría Torkel en comentar el asunto.

—Sí —dijo Sebastian conciso.

Era imposible interpretar si Torkel tenía alguna opinión al respecto. La constatación vino acompañada con el mismo gesto que haría si estuviese comentando el tiempo.

—¿Cuánto hace que lo sabes? —continuó Torkel reduciendo la velocidad un poco más al hacer el último giro a la derecha hacia la calle Luktärtsvägen.

—Un tiempo, lo supe tras nuestro encuentro en Västerås.

—Eso explica una parte de tu comportamiento.

—Sí, supongo.

«Final de trayecto. Su destino está a la derecha.»

Torkel paró y apagó el motor del coche. Sebastian echó un rápido vistazo por la ventana hacia la casa de obra vista blanca con un cuidado jardín que iban a visitar, y después se volvió hacia Torkel.

—¿A ti qué te contó?

—Solamente eso. Que tú eres su padre.

—¿Y tú qué le dijiste?

—Que podía decidir si quería seguir trabajando contigo o no.

Sebastian no pudo ocultar una sonrisa de satisfacción. Vanja había tenido la posibilidad de distanciarse de él y no lo había hecho.

Le habían dado la posibilidad de elegir.

No era que se hubiese visto obligada a aguantarlo. Ella había elegido tenerlo presente. Algo era algo. En realidad, era más que «algo», era bastante genial. Era una buena señal de lo que podía traer el futuro.

—Pero sólo para que lo sepas, si alguna vez me veo obligado a elegir... —dijo Torkel, abrió la puerta y salió sin terminar la frase.

Tampoco hacía falta. Sebastian sabía muy bien quién saldría perdiendo si alguna vez se encontraban en esa situación, y no sería Vanja.

El hombre que guio a Torkel y a Sebastian hacia la sala de estar mostraba todas las señales de ser un hombre abatido. Parecía que llevaba varios días con la misma ropa. Bolsas oscuras bajo los ojos y barba sin afeitar. Hablaba en voz baja, y la cabeza pareció quedar colgando entre los hombros cuando de forma letárgica levantó la mano señalando hacia los sillones de una sala de estar sobrecargada de muebles. «Menos es más» no parecía ser un lema que hubiese tenido demasiado éxito en casa de la familia Petrovic. Las paredes estaban atiborradas de cuadros, pequeños espejos y fotos, desde el suelo hasta el techo, y sobre todas las superficies planas había un mantel, una figurita, un candelabro, un cuenco o una planta. Sebastian contó rápidamente hasta once sitios donde sentarse, y eso sin tener en cuenta los reposapiés que había delante de los dos sillones de cuero, frente al televisor.

—¿Por qué está implicada la Unidad de Homicidios? —preguntó Gabriel Petrovic al sentarse en uno de los cuatro sillones que había en la habitación, enfrente de Torkel y Sebastian, que habían tomado asiento en el sofá.

Torkel reflexionó un momento y escogió decir la verdad. Igualmente, saldría en la rueda de prensa un poco más tarde ese mismo día.

—Creemos que su hijo fue víctima de un asesino en serie. Ha sido la segunda víctima.

—¿Quién fue la primera?

—Una mujer de Helsingborg, Patricia Andrén.

Gabriel negó con la cabeza, al parecer era un nombre que no le decía nada. Se inclinó hacia delante y puso una mano sobre uno de los tres álbumes repletos que había en la mesita de centro.

—He guardado todo lo que se ha escrito acerca de él. Pensaba que a lo mejor lo querrían ver.

Sebastian estuvo a punto de preguntar por qué iban a querer verlo, pero se detuvo al cruzarse con la mirada del hombre.

La había visto antes.

En el espejo, mucho después de la muerte de Lily y Sabine. La pena sin fondo. La lucha por conseguir tan sólo pensar, dar con un motivo para salir

de la cama por la mañana. Aquél era un hombre que necesitaba que lo dejaran hablar de su hijo, así que Sebastian se limitó a asentir con la cabeza.

—Mirre era un buen chaval —continuó Gabriel mientras abría la primera página del álbum—. No os creáis lo que visteis en la tele.

—Yo no lo vi en la tele —dijo Sebastian.

—Yo tampoco —respondió Torkel cuando Gabriel se volvió brevemente hacia él con una mirada inquisitiva.

—Ahí representaba un papel. Para ganar. Era muy competitivo.

Algo que la página abierta del álbum parecía confirmar. Un recorte de periódico un poco amarilleado, la foto de un equipo de fútbol. Chicos de nueve o diez años pasándose los brazos por los hombros, sonriendo hacia la cámara. El titular hablaba de la victoria en una copa en Borås. Miroslav Petrovic como el vencedor del partido.

—No lo tuvo fácil. Su madre murió cuando él tenía nueve años —explicó Gabriel mientras seguía pasando las páginas del álbum. La mayoría de los recortes eran de fútbol, pero al parecer más tarde el hijo empezó a practicar también deportes individuales. Tenis y esquí—. La escuela no le iba demasiado bien. Pero era un buen chaval. Se mantenía alejado de las drogas, las bandas y mierdas. Entrenaba mucho.

Sebastian echó una mirada hacia Torkel con la esperanza de que él lo interpretase como cuánto tiempo iba a dejar que el padre prosiguiese con su viaje sentimental. Al parecer, Torkel la supo interpretar. Carraspeó un poco.

—¿Sabe si recibió amenazas?

—Constantemente —asintió Gabriel con la cabeza—. O tal vez no amenazas directas, pero sí sintió mucho odio. Muchas personas malas. Hará un mes o así quitó la posibilidad de hacer comentarios en su blog.

—¿Hubo algo especial que lo llevara a ello?

—Se cansó, y punto. Se hartó de que todo el mundo pensase que él era tal como se mostraba en televisión. Era un papel.

—Sí, lo ha comentado antes.

—Para ganar.

Gabriel dejó reposar la mano sobre una página abierta. UN TALENTO DE ULRICEHAMN LLEGA A LA FINAL NACIONAL, decía el titular, y debajo había

una foto de Miroslav, de unos trece años, con ropa de tenis blanca y una raqueta en la mano.

—Ganó los regionales en la copa Pato Donald y llegó hasta la final en Båstad.

—Ese periodista con el que se iba a encontrar... —empezó Torkel para dirigir de nuevo la conversación hacia el presente.

—¿Sí?

—¿Dijo algo más sobre él? ¿Algo más que el nombre?

Gabriel pensó un momento y negó con la cabeza.

—No.

—¿No dijo dónde habían quedado?

—En algún sitio en Ulricehamn. Él lo iba a invitar a comer y luego iban a ir a algún sitio a hacer fotos.

—Pero ¿no sabe adónde?

—No.

—¿Pudo habérselo contado a otra persona? —insistió Torkel—. ¿Compañeros de trabajo, novia, o alguien así?

Gabriel volvió a negar con la cabeza.

—Ahora mismo no estaba trabajando. Abandonó el instituto y empezó a trabajar en una empresa de pintura aquí en la ciudad, pero lo dejó para participar en «Paradise Hotel».

—¿Ningún contacto con sus antiguos compañeros de trabajo?

—No demasiado. La mayoría eran mayores y... creo que le tenían un poco de envidia. Mirre se hizo famoso y empezó a ganar más dinero.

—¿Cómo lo hizo? —preguntó Sebastian sinceramente sorprendido.

—Acababa de firmar un contrato con el periódico *Expressen*, iba a empezar a llevar un blog en sus páginas de ocio. Y luego le entraba bastante dinero de *Llenar la camioneta*.

—¿Qué es eso?

—Una canción que grabaron él y una de las chicas de «Paradise Hotel». Consiguieron un Disco de Platino. —El orgullo en su tono de voz no pasaba desapercibido.

Gabriel comenzó a pasar las páginas de uno de los otros álbumes hasta

que encontró lo que buscaba. Una lista impresa de los discos más sonados en Suecia en el mes de mayo. Unas pocas semanas antes de que el tráfico de la mayoría de las ciudades del país casi se paralizara por culpa de las lentas y ruidosas carrozas de estudiantes borrachos que se acababan de sacar el bachillerato.

*Llenar la camioneta*, de Mirre y Chiao, ocupaba el tercer puesto aquella semana concreta.

—Iban a volver al estudio otra vez y los dos tenían prevista una gira de DJ por la costa oeste en julio.

—¿Novia? ¿Otros amigos? —intentó Torkel de nuevo.

Gabriel volvió a negar con la cabeza.

—Ninguna novia, y la mayoría de sus amigos se han ido a vivir a otro sitio. O habían perdido el contacto.

No llegaron más lejos. Torkel sacó su tarjeta de visita y la deslizó sobre la mesa mientras recitaba la habitual cantinela de que Gabriel podía llamarlos en cualquier momento si surgía cualquier cosa.

—Vamos a celebrar una rueda de prensa —dijo Torkel mientras se levantaban del sofá—. Habrá bastante alboroto. Es probable que la prensa se ponga en contacto contigo.

—¿Tengo que hablar con ellos? —preguntó Gabriel, que parecía sinceramente interesado en obtener una respuesta de sus invitados.

—Haga lo que considere —indicó Torkel—. A algunas personas les sienta bien poder compartir, a otras no. Pero averiguarán dónde vive e irán a verle.

—Puedo ir a casa de mi hermano. Vive en Uddevalla.

—Lo dicho, haga lo que quiera.

Se estrecharon las manos y Gabriel los acompañó hasta la puerta.

—Era un buen chaval —les insistió Gabriel cuando estaban saliendo—. Cumplía con lo que le tocaba, trabajaba, entrenaba... ¿Pueden decir eso en la rueda de prensa? ¿Que era un buen chaval?

—Claro —asintió Torkel.

Y lo pensaba hacer, pero seguro que no sería eso lo que dirían los periódicos al día siguiente. En ese tipo de situaciones la prensa seguía su

dramaturgia particular, y los buenos chavales no vendían tanto como los participantes de *realities* sexualmente promiscuos. Torkel cerró la puerta y dejaron solo al hombre con sus álbumes y unos recuerdos que no interesaban a nadie.



Llegaron, tal como había prometido Billy, dos horas y catorce minutos después de haber dejado Ulricehamn. La comisaría de Helsingborg era un edificio de dos plantas ubicado en una zona que podía describirse como un barrio industrial. Aparcaron y entraron en la recepción acristalada. El recepcionista les dijo que los estaba esperando el inspector Peter Berglund para atenderlos en persona, y les pidió que lo siguieran.

Enseguida los acompañó hacia el interior del edificio; cruzaron unos pasillos anodinos y subieron una escalera antes de que los hicieran pasar a una sala de reuniones estrecha y sobria. La sala necesitaba ser redecorada con urgencia, igual que el hombre que los estaba esperando. La cara de Peter Berglund tenía el mismo tono que las paredes de color gris pálido de la habitación. Una mancha de café en la camisa arrugada, otra sobre la estrecha mesa de madera, y al saludarlo Vanja notó un ligero olor agrio del alcohol del día anterior. Berglund aparentaba bastante más de los cincuenta y cinco años indicados en su ficha de empleado. Su estilo de vida debía de pasarle factura, supuso Vanja.

—¿Ha ido bien el viaje? —preguntó con un marcado acento del sur, sin mostrar demasiado interés por la respuesta.

—Sí, gracias —respondió Vanja, y tomó asiento.

Billy se sentó a su lado y sacó el portátil para hacer anotaciones. Como era habitual, Vanja dirigió la conversación.

—Necesitamos que nos pasen el informe del caso de Patricia Andrén. Tenemos un asesinato prácticamente idéntico en Ulricehamn que...

—Sí, me lo dijeron —la interrumpió Berglund—. Pero nuestro caso está casi resuelto. Tenemos un sospechoso. —Vanja miraba estupefacta al hombre que ahora parecía remarcar su falta de interés dejando que su mirada se desplazase hacia la ventana y las vistas del aparcamiento que había fuera, a la vez que se reclinaba en el asiento y entrelazaba las manos encima de su barriga, un tanto demasiado prominente.

—¿Vuestro sospechoso está detenido? —preguntó Vanja.

—Sí, tenemos sospechas fundadas.

—Entonces ¿cómo pudo cometer un asesinato en Ulricehamn el martes?

—No pudo.

—Hay varias pruebas que indican que se trata del mismo autor —dijo Vanja, y sintió que empezaba a estar de verdad molesta con la actitud de Berglund—. ¿Has hablado siquiera con la policía de Ulricehamn?

—No, yo me centro en mi caso. Éste es mi trabajo —respondió Berglund escueto y conciso—. Es para lo que me pagan.

Vanja se descubrió a sí misma deseando que la hubiese acompañado Ursula.

—¿Te estás refiriendo al novio, Stefan Andersson? —intervino Billy, cerrando de nuevo el ordenador.

Albergaba la sensación de que el hombre que tenían delante no les daría nada que mereciese la pena apuntar.

—Su exprometido, para ser más correctos —asintió Berglund hacia Billy, seguro de sí mismo—. Como policía es bueno ser correcto, ¿verdad?

Billy miró hacia Vanja. No podía creer lo que acababa de escuchar. ¿Estaba aprovechando una ridícula ocasión para criticarlos?

—¿Te estás refiriendo a Stefan Andersson? —repitió Billy con firmeza. Empezaba a estar igual de enfadado que Vanja.

—Exacto. La ha maltratado en otras ocasiones y ha amenazado con matarla. La ha llamado de todo, desde puta hasta imbécil. Tenemos varios testigos que lo confirman. No tiene coartada. —Se inclinó hacia delante como para remarcar su convicción—. Por la forma en que ella hablaba de él en televisión, casi lo puedes entender. En mi opinión, ella era una auténtica harpía. —Berglund hizo tintinear su acento del sur y se reclinó de nuevo en la

silla. El mueble crujió bajo su peso y su actitud—. Así que lo tenemos todo controlado. La verdad, no sé muy bien qué podríais aportar los de la capital a estas alturas.

—¿Tal vez un poco de profesionalidad al trabajo policial?

Vanja se inclinó hacia delante. Estaba hirviendo por dentro. Sabía que a veces podían encontrarse con incompetencia y resistencia, pero nunca antes había sido a este nivel. Pero si él quería jugar duro, ella también podía hacerlo. Había aprendido de los mejores.

—El informe que recibimos es de los peores que he leído en mi vida. Además, el prometido no puede haber matado a nadie en Ulricehamn. — Lanzó una mirada furiosa a Berglund—. Pero a lo mejor también tienes una respuesta para eso.

Berglund la contempló con hostilidad y se encogió de hombros.

—Pues no habrá sido él.

Billy miró a Vanja. Solía tener la mecha más larga, pero ahora él también estaba en pie de guerra.

—A lo mejor no sabes cómo funciona la Unidad de Homicidios —dijo, las palabras como proyectiles—. Cuando nos derivan un caso, eso significa que nos encargamos nosotros. Podemos trabajar contigo o apartarte. La elección es tuya.

Berglund no contestó. Cruzó los brazos sobre el pecho con un gesto que claramente mostraba que había optado por lo segundo. Con cierto esfuerzo fijó una mirada rebelde en Billy, a quien de repente se le ocurrió que tal vez el olor de alcohol que también él había notado no era del día anterior.

—No, no lo es. —Vanja ya estaba harta—. No es tu elección. Puedes irte.

—Yo no he pedido que vengáis. Por ahora sigue siendo mi caso. ¡Da igual lo que digáis! —Tras proferir esas palabras, Berglund se levantó con cierta dificultad y abandonó furioso la habitación. Al salir dio un fuerte portazo.

Vanja y Billy se miraron.

—Todavía iba borracho, ¿verdad? —soltó Billy.

Vanja asintió con la cabeza y de repente ya casi no se pudo aguantar la risa.

—Esto tiene que haber sido el récord del mal traspaso —dijo él.

—Récord mundial —añadió Vanja con una sonrisa.

Veinte minutos más tarde estaban los dos sentados en el despacho del jefe de policía escuchando unas excusas llenas de arrepentimiento.

Peter Berglund se encontraba mal.

Su mujer lo había dejado.

Sus hijos habían roto el contacto.

Estaba dispuesto a pedirles disculpas.

El jefe de policía era un hombre delgado y nervioso del que no emanaba ningún tipo de autoridad. Parecía preocuparle más que Billy y Vanja fuesen a echarle la bronca que el hecho de que uno de sus policías fuese alcohólico y que hubiese desatendido una investigación por asesinato.

—Pero si está tan mal, ¿por qué lo pones a investigar un asesinato?

La pregunta parecía dolerle físicamente al jefe de policía. Se retorció con incomodidad a la vez que empezó a sudar.

—Tal vez me equivoqué, pero no tenía ni idea de que...

—¿De que bebe? —lo cortó Vanja. No iba a conseguir escabullirse de ésta. Vanja se había levantado demasiado temprano y había viajado demasiado lejos como para estar ahí sentada escuchando tonterías—. Nosotros hemos tardado dos minutos en darnos cuenta. Y me juego lo que quieras que si salgo a hablar con los de recepción y el personal de limpieza ellos también lo sabrán.

El jefe de policía bajó avergonzado la mirada.

—No es tan fácil. He hablado del tema con el sindicato. Pero él es delegado y es necesario presentar pruebas... —El jefe de policía tragó saliva y se enderezó un poco en la silla—. No es tan fácil cambiarlo de puesto de trabajo.

—Qué pena me das —dijo Vanja con frialdad—. No dejaremos que esto quede así.

—¿Es de verdad necesario? —preguntó el hombre de enfrente, que tenía pinta de estar sufriendo una repentina dificultad para respirar—. Os daremos

toda la ayuda que preciséis. Fue un error, estoy de acuerdo, pero hay tantas necesidades que satisfacer en esta comisaría...

—Por eso hay un jefe de policía —constató Vanja.

—Tendremos que repetir prácticamente toda la investigación —añadió Billy. Más controlado, aunque igual de enfadado—. Tendremos que revisar cada interrogatorio. Cada informe. Todo. ¿Entiendes cuánto tiempo hemos perdido?

El jefe de policía asintió cansado.

—Comprendo. Voy a conseguir todo el material. —Alargó la mano hacia el teléfono y levantó el auricular—. Voy a ver si Berglund me puede ayudar.

Vanja no podía creer lo que estaba oyendo. Se inclinó hacia delante y le clavó la mirada.

—No, a Berglund lo apartas por completo y te aseguras tú mismo de que nos den todo el material. Ahora. No queremos volver a ver a ese idiota. Nunca más.

El jefe de policía colgó el teléfono, con una mano que temblaba de nerviosismo.

—Claro, claro. No sé en qué estaba pensando.

Una taza de café más tarde les llegó el material a la sala gris pálida de la planta superior. Era un batiburrillo de cosas metidas en una caja de cartón. Arriba del todo, Billy encontró el informe de la autopsia realizada por el Departamento Forense de Lund, escrito por la jefa de servicio, Frida Hansson, a quien Billy consideraba una persona minuciosa y competente. Empezó a leérselo a Vanja en voz alta. Se centró en lo esencial.

—Es probable que llevara muerta entre doce y dieciséis horas cuando fue hallada por la mañana. La causa de la muerte fue una penetración violenta en la frente.

—¿Un disparo?

Billy negó con la cabeza.

—No. No había ni restos de pólvora, ni orificio de salida, ni bala en el cráneo. —Levantó la mirada del papel—. Cree que el asesino usó una pistola de sacrificio. Las lesiones y el diámetro del orificio de entrada así lo indican.

—¿Una pistola de sacrificio?

—De esas que se usan para sedar a caballos y vacas en el matadero. Un pistón de acero que se dispara con la ayuda de aire comprimido o de pólvora. ¡Paf! —soltó a modo de ilustración—. Justo en el hueso frontal.

Vanja hizo una mueca cuando imaginó esa imagen tan terrible.

—Marcadas señales de esposas —prosiguió Billy—. Parece que Patricia luchó para liberarse, presentaba tejido morado y magulladuras alrededor de las muñecas. Y esto es interesante... —Alzó la vista hacia Vanja, que seguía rebuscando en la caja de cartón—. Tenía rastros de benzodiazepinas en el estómago.

—Drogada.

—No me sé los límites, pero es una buena dosis. Debería ser suficiente, si no para dormirla, sí al menos para hacer que fuese bastante dócil. Seguro que Ursula controla este tema.

Vanja sacó una bolsa con pruebas del fondo de la caja, marcada con fecha pero sin número de referencia. Era el examen que habían encontrado en la espalda de Patricia. Vanja se lo enseñó a Billy.

—Aquí está el examen. Joder, ¡qué desastre! Alguien de aquí que sea competente nos tendrá que ayudar a catalogarlo, o nos llevará una eternidad.

Puso el examen ensangrentado sobre la mesa. Arriba del todo ponía «13/60» escrito con lápiz rojo. Vanja se inclinó y leyó la primera pregunta en voz alta.

—«¿Qué significan las siglas de la OTAN?»

Billy se encogió de hombros.

—Yo no lo sé, ¿y tú?

—Organización del Tratado del Atlántico Norte.

—¿Para qué necesito saberlo? —preguntó Billy a la vez que levantaba la bolsa con el examen—. Mira esto: ¿a qué categoría de palabras pertenece blablablá? ¿Qué quiere decir *pochar*? ¿Cómo se llamaba el buque insignia de Cristóbal Colón? —Dio la vuelta a la bolsa—. ¿Quién se convirtió en rey de Suecia después de Óscar I?

Dejó de nuevo la bolsa sobre la mesa y se volvió hacia Vanja.

—En serio, ¿de qué me sirve saberlo? Puedo buscar cualquier respuesta

en Google en menos de diez segundos.

—Se llama cultura general.

—Vale, entiendo que tenía sentido cuando tenías que ir a casa corriendo a coger una enciclopedia para saber la respuesta, pero ¿ahora? Ahora sólo es conocimiento innecesario.

—No creo que todo el mundo esté de acuerdo en que exista algo llamado conocimiento innecesario —dijo Vanja divertida.

Billy estaba encendido de verdad. Sospechaba que, simplemente, no acertaría demasiadas respuestas en el examen que acababa de mirar por encima.

—¡A la mierda! —exclamó Billy—. Al menos no necesitamos seguir especulando si es el mismo autor. Las preguntas son idénticas a las que encontramos en la espalda de Petrovic.

Vanja asintió en silencio, no podía hacer otra cosa que estar de acuerdo.

—Si tú pones a Torkel al día, yo seguiré intentando poner un poco de orden a este desastre. Envíale el examen y el informe de la autopsia.

—Sí, claro —admitió Billy, y cogió los papeles y salió enseguida de la sala.

Vanja continuó con el contenido de la caja, sacándolo todo y empezando a darle un orden rudimentario. Había bastantes cosas interesantes.

Un interrogatorio a una tal Ragnhild Torsson de la escuela infantil a la que iba Max, el hijo de cinco años de Patricia. Había sido ella quien había contactado con la policía. Al ver que Patricia no aparecía para recoger al niño, sobre las siete de la tarde Ragnhild se lo había llevado a casa y había llamado a la policía. Al día siguiente salió la orden de búsqueda y enviaron una patrulla al piso de Patricia y a la peluquería en la que trabajaba. Ni los vecinos ni los compañeros de trabajo la habían visto.

Cuando descubrieron un cuerpo en la escuela Tollsjöskolan conectaron la desaparición con el hallazgo. Hasta ahí habían trabajado de forma profesional y efectiva. Los informes estaban bastante bien escritos por policías rasos y daban una buena visión general. Aún había esperanza para la policía de Helsingborg. Fue cuando Berglund tomó el relevo de la investigación cuando todo se empezó a torcer. Dirigió de inmediato sus sospechas hacia Stefan

Andersson. Los informes comenzaron a ser esporádicos e inacabados. Faltaban interrogatorios bien hechos a compañeros de trabajo, de la escuela infantil y amigos. Todos los esfuerzos se pusieron en conseguir que Stefan Andersson confesase. Él había negado todo crimen de forma consecuente.

El enfoque inusual de Berglund hizo pensar a Vanja que éste debía de haberse cruzado antes con Andersson en su carrera profesional. Un conflicto, algún asunto difícil, algo personal. No había otra manera de explicar la convicción ciega que había manifestado Berglund.

Así era. Stefan Andersson, treinta y tres años, obrero de construcción en baja médica, era conocido de antes por la policía. Varias sentencias por maltratos y amenazas. Él y Patricia se habían conocido cuando ella tenía diecinueve años, y habían iniciado una compleja relación que había llegado a su fin el año anterior, cuando Patricia había entrado en «Madre soltera busca». Al parecer, dentro del programa Patricia había revelado llorando cómo Stefan la había maltratado tanto física como psíquicamente durante varios años. Había sido televisión «buena y conmovedora» que según toda la dramaturgia mediática había llevado a poner el foco sobre la violencia en las relaciones afectivas, sobre todo en la prensa.

Esto, a su vez, había conducido a que Stefan atacara en varias ocasiones de forma violenta a Patricia, a quien acusaba de haberle destrozado la vida con sus calumnias.

Al final, ocho meses después de la emisión del programa de televisión, llegó la prohibición de visitas.

Parecía que había dado resultado y las intervenciones de la policía disminuyeron hasta cesar por completo. Patricia, por su parte, había logrado sacar provecho a su fama recién conseguida y empezó a escribir posts y a dejarse ver en diferentes contextos. Apareció como invitada en algunos programas de tertulia y debates en los que siguió hablando de Stefan y de la lucha por liberarse de él. Después del verano iba a participar como copresentadora en una serie acerca de la codependencia, y también participaría en el *reality* «Estrellas en la finca».

Una ganadora y un perdedor en la actual sociedad obsesionada por los medios, pensó Vanja con tranquilidad. Sobraba decir que podía comprender



por qué Berglund había sospechado del hombre. Pero los interrogatorios no explicaban la historia de un policía que había dejado que una sospecha se transformase en convicción sin ningún tipo de pruebas concretas.

Sin embargo, una cosa sí que se le podía agradecer a Berglund: había conseguido mantener el nombre de Patricia fuera de la prensa. Había formado parte de su estrategia en los interrogatorios a Stefan. «Si cuento que se trata de Patricia, tu vida estará realmente jodida. Todo el mundo te juzgará, con independencia de si hay demanda y juicio o no», dijo en varios interrogatorios. Pero eso era lo único que podía agradecerle a Berglund, pensó al mirar de nuevo el desorden en la mesa. Por ahora se habían librado de los medios de comunicación. Que hubiese sido hallada el día antes de Midsommarafton y que empezase sus vacaciones después del fin de semana había ayudado un poco. Nadie la había echado realmente de menos.

Excepto Max.

Vanja no quería ni pensarlo.

Billy regresó. De Ulricehamn no había en verdad nada nuevo sobre lo que informar, pero pronto iban a celebrar la rueda de prensa, así que sólo era cuestión de tiempo que el caso se convirtiese en el centro de todas las miradas. Y no, Torkel no se había alegrado al oír la conexión entre *famosos*...

Vanja y Billy se pararon un momento a pensar. Tenían que hacerse una idea mejor del caso, más precisa y detallada de lo que podían sacar del material que tenían delante, y decidieron empezar con la profesora del parvulario. Intentarían hacer todo lo posible antes de la rueda de prensa. Los recuerdos de las personas se veían afectados por lo que leían y escuchaban, y querían dar con Ragnhild antes de que lo hiciesen las teorías de los periódicos.

El parvulario Nyckelpigan quedaba a quince minutos de la comisaría. Era un edificio de una sola planta de color amarillo pálido, con dos alas y un gran patio. Los niños estaban fuera, jugando en el arenero, columpiándose y escalando la gran estructura que había en el centro del patio. El aire estaba repleto de voces infantiles agudas y alegres. Billy y Vanja se presentaron ante una chica de unos veinte años que tenía dos niñas pequeñas colgadas de las perneras y le explicaron el motivo de su visita. Ragnhild Torsson estaba en una reunión de planificación. ¿Era importante? Sí, lo era.

Los hicieron pasar dentro y los acompañaron a un despacho pequeño. Al cabo de unos minutos apareció Ragnhild, una mujer con pecas, de unos treinta y cinco años, pelo rojo rizado, vestida con tejanos y una camiseta Adidas de color azul. Cerró la puerta tras de sí y se sentó.

—¿Saben algo más? —preguntó con una mezcla de preocupación y curiosidad en la voz después de que los policías se hubieran presentado de nuevo.

—No, pero nos gustaría hacerle algunas preguntas más —dijo Vanja.

—Claro —contestó Ragnhild—. Es todo tan terrible... —Ragnhild bajó el tono de voz como solían hacer las personas empáticas cuando se les recordaba una tragedia.

Les pareció que la maestra era una persona válida, tranquila y casi maternal. Vanja se descubrió a sí misma sintiéndose aliviada por que Ragnhild hubiese estado con Max cuando los servicios sociales fueron a explicarle lo que había ocurrido.

—¿Cómo está Max? —preguntó.

Ragnhild se encogió de brazos un poco resignada y soltó un leve suspiro.

—Es difícil de decir. Tiene cinco años. No sabe muy bien qué es la muerte. Pero echa de menos a su madre, como es obvio.

—Claro...

—Ahora mismo vive en casa de una familia de acogida, pero los servicios sociales prefieren que venga aquí unas horas durante el día. Para tener un poco de continuidad. Llegará dentro de un rato, si quieren hablar con él.

Vanja asintió y, con una expresión inquisitiva, miró a Billy. ¿Debían hablar con Max? Un niño de cinco años. No estaban preparados para interrogar a niños.

—Gracias, a lo mejor lo hacemos —respondió Vanja—. ¿Recuerda algo que haya dicho Max que nos pueda servir de ayuda? —continuó—. Cualquier cosa.

—No. Lo he pensado desde que... sucedió, pero... no. Nada.

—¿Puede hablarnos del día que desapareció Patricia? ¿Algo en especial que pensase? —Billy probó por otra vía.

—No. Patricia iba a pasar a recogerlo un poco más tarde de lo habitual. Solía venir a las cuatro, pero esta vez llegaría hacia las cinco, pensaba. Es lo único.

—¿Dijo por qué?

—No, pero habló más con Yasmin cuando vino a dejarlo por la mañana. Así que a lo mejor ella lo sabe.

Vanja echó un vistazo a la investigación de Berglund. No habían interrogado a ninguna Yasmin, al menos que ella recordase.

—Yasmin, ¿qué más? —preguntó rebuscando en el deficiente material.

—Asghari. Si quieren, puedo ir a buscarla.

—Sí, por favor.

Ragnhild se levantó y salió de la sala, podían oír su voz en el pasillo cuando llamaba a Yasmin.

Billy se reclinó en el asiento y miró a Vanja. Estaba pensando lo mismo que ella.

—¿Qué crees? ¿Debemos hablar con Max? —preguntó él.

—No lo sé, tal vez un momento, sólo decir hola. Establecer un primer contacto por si más tarde queremos profundizar. ¿Tú qué piensas? —contestó Vanja.

—No lo sé. Tendremos que hablar con los servicios sociales, a ver qué opinan que es mejor.

—Joder, imagínate tener cinco años y despertarte con esto. Tu madre asesinada y tu padre con las visitas prohibidas. Hace que contemples tus propios problemas con un poco de perspectiva.

Al principio, Billy no respondió. Tenía una mirada que era difícil de interpretar. Su voz, apagada.

—Tus problemas son tus problemas, por mucha perspectiva que tengas. —Vanja lo miró con cierta sorpresa.

—Si estás recién casado, ¿qué problemas puedes tener? ¿Demasiado sexo?

La broma cayó como un planchazo. Vio algo muy distinto a la risa en los ojos de Billy. Preocupación. Definitivamente, había algo que no le estaba contando.

No tuvo tiempo de pensar más en ello. Ragnhild abrió la puerta y entró acompañada por una chica de pelo corto, tatuada y de unos veinticinco años. Llevaba gafas y una blusa de cuadros por encima de una falda que le llegaba hasta la rodilla.

—Ésta es Yasmin.

Se dieron la mano y la chica tomó asiento.

—Quiero empezar por preguntar si te han interrogado antes.

—No. Tenía el día libre cuando vino la policía y luego no habéis vuelto más. Me parecía un poco raro.

Vanja logró reprimir el suspiro, pero no el pensamiento. Berglund ni siquiera había interrogado a la última persona que vio a Patricia. Decir que era un poco raro era quedarse muy corto. Era una auténtica negligencia profesional.

—Entonces, ya va siendo hora de que lo hagamos —dijo Vanja intentando no perder los papeles.

Quince minutos más tarde estaban sentados en el coche, hablando con Torkel a través del manos libres. Ambos concentrados, pero entusiasmados.

Tenían un primer punto de inflexión.

Sven Catón había vuelto a aparecer.

Según Yasmin, era con él con quien Patricia tenía una cita. Por eso iba a llegar un poco tarde a recoger a Max. Iban a una sesión de fotos. En el periódico *Sydsvenskan*. Se lo había contado orgullosa a Yasmin un minuto antes de salir de la escuela y desaparecer. Yasmin estaba segura.

—De acuerdo. Por lo tanto, es el mismo *modus operandi* que con Petrovic —concluyó Torkel con voz seria—. ¿Sabéis dónde se reunieron?

Vanja negó con la cabeza, a pesar de que él no podía verla.

—No, los responsables de por aquí han perdido el oremus por completo. Tenemos que repetirlo todo casi desde el principio, lamentablemente.

—Entiendo —suspiró Torkel, pero intentó ser constructivo—. Llamaré a Christiansson en Malmö, a ver si os puede echar una mano. Tendremos que saltarnos Helsingborg.

—¿Qué tal la rueda de prensa? —preguntó Billy.

—Estamos a punto, empezará dentro de treinta minutos. —El cansancio de Torkel no dejaba lugar a dudas. Vanja y Billy sabían lo mucho que detestaba la parte pública de su trabajo—. Luego hablamos.

—Suerte —le deseó Vanja.

Billy colgó el móvil. Respiró hondo.

—Vale, pues nos dividimos —dijo él—. Yo me encargo de la lista del móvil, su ordenador, correo electrónico, todo. Tú te ocupas de sus compañeros de trabajo y vecinos. Y del exnovio si te da tiempo.

Vanja asintió. Esperaba que Billy arrancase el coche para ponerse en marcha, pero se quedó allí sentado, con la cabeza apoyada en el reposacabezas. Tenía la sensación de que quería decirle algo.

—Lo he echado de menos —admitió al final—. Solos tú y yo. Como en los viejos tiempos.

Vanja sonrió, una sonrisa sincera y satisfecha. Ella se echaba gran parte de la culpa de que ambos se hubieran distanciado. Había sido ella quien en un

momento de debilidad había herido a Billy.

—Lamento que nos hayamos distanciado —empezó ella.

—No es sólo culpa tuya —la interrumpió él.

—Para empezar, sí —objetó ella, aunque en realidad estaba de acuerdo.

Desde que había aparecido My, Billy había cambiado. Su relación era diferente. Ahora ya nunca se veían fuera del trabajo. Probablemente, algo muy natural cuando uno se enamoraba. Pero qué sabía ella, siempre había puesto al trabajo y a los compañeros en primer lugar.

—¿Amigos? —preguntó ella ofreciéndole una mano.

—Siempre hemos sido amigos —respondió él, estrechándola—. Sólo tengo que mejorar mi forma de demostrarlo.

Torkel estaba sentado en la sala de conferencias. Habían juntado las mesas formando una pequeña isla en el centro de la sala, como solían hacer, tal como les gustaba estar. Habían elaborado un eje temporal preliminar de los últimos días de Petrovic, completado con imágenes del lugar del crimen. Pronto habría otro. El de Patricia. A Torkel le preocupaba que hubiese más. Había trabajado el tiempo suficiente como para saber que Sebastian debía de estar en lo cierto. Lo más probable era que el autor volviera a asesinar.

Estaba demostrando una tesis.

Quería decir algo.

El *modus operandi* era demasiado elaborado como para que se pudiera dar ninguna otra explicación. Una motivación así no desaparecía de golpe. Al contrario, la atención solía incendiarla más, dar la sensación de que la gente estaba escuchando.

Sensación de éxito.

El éxito llama al éxito.

Eso era lo que tenía preocupado a Torkel. No la rueda de prensa en sí, sino el alboroto que causaría. ¿Tal vez provocaría al asesino, aceleraría la decisión de volver a atacar? Quizá, pero en realidad no había nada que él pudiera hacer al respecto. Tarde o temprano, la prensa averiguaría la conexión entre los dos asesinatos, pero contando algo al menos podría intentar controlar el flujo informativo.

Sebastian entró en la sala. Con el mismo rostro de despreocupación que había tenido antes. De repente a Torkel le resultó irritante. Después de todo lo

que había pasado, después de saber lo cerca que había estado de que lo echasen de Homicidios para siempre, seguía siendo capaz de pasearse como si nada.

—¿Has visto a Eva? —dijo sentándose en el borde de la mesa más cercana.

—No, ¿por qué?

—Pensaba preguntarle si quería cenar conmigo esta noche.

—Está casada.

—¿Y las casadas no comen o qué?

Torkel no tenía fuerzas para contestar. Recogió sus notas. Solía apuntarse algunas palabras clave como apoyo. Por un momento, había considerado mantener oculta la identidad de las víctimas, pero enseguida lo había descartado. Necesitaban saber dónde habían estado Andrén y Petrovic en sus últimas horas, dónde se habían reunido con Sven Catón. Eso no lo conseguirían si no revelaban los nombres. La prensa los averiguaría de todos modos. Era un pequeño milagro que no se supiesen ya.

—¿Estás preparado? —preguntó Sebastian impassible—. Tu prefe ya está aquí.

—¿Tengo un prefe?

—Weber.

Axel Weber, periodista de investigación del *Expressen* y un auténtico sabueso que era capaz de descubrir casi todo lo que Torkel quería mantener en secreto. Demasiado a menudo los llamaba para soltarles datos que había averiguado y así conseguir la confirmación de Torkel, sólo para obtener la respuesta de «sin comentarios», aunque ambos sabían que eso era sinónimo de una confirmación.

¿No podrían haberle dado ya vacaciones en el periódico? ¿No podrían mandar en su lugar a un sustituto de verano recién licenciado, alguien que fuese más fácil de manejar?

Pensamientos ilusorios.

Torkel suspiró, se levantó y se puso la americana. Pronto empezaría la rueda de prensa.

—¿Cómo crees que lo llamarán? —prosiguió Sebastian tranquilo.



—¿Quiénes?

—La prensa. Les encantan los buenos titulares. Yo apuesto por «*Famosos asesinados*».

Torkel resopló.

—La verdad es que me importa poco.

—Lo sé, pero es divertido intentar adivinarlo. Es lo más evidente que tienen en común las víctimas. Además de que no sabían responder a sesenta preguntas del Trivial.

—Ese detalle lo vamos a mantener fuera de la prensa todo el tiempo que podamos —respondió Torkel con un tono de advertencia que no dejaba lugar a dudas. No porque Sebastian tuviese la costumbre de filtrar cosas a la prensa, pero nunca iba mal un recordatorio.

—De todos modos, tampoco queda bien. El «asesino de la cultura general»... Difícil, no suena bien —continuó Sebastian.

Torkel no parecía divertirse lo más mínimo.

—Para, no tiene ninguna gracia, Sebastian.

—Podrías preguntarle a Weber cómo lo van a llamar.

Torkel miró cansado el reloj. Faltaban cinco minutos para salir a escena. Fue hacia el pasillo. Sebastian lo siguió. La rueda de prensa se celebraría en la sala de reuniones que había justo al lado de la recepción. Al pasar por delante de la cocina se encontraron con Ursula. Torkel intuyó que traía buenas noticias.

—He recibido un informe preliminar del médico forense de Gotemburgo —dijo enseñando un montón de papeles—. Es casi idéntico al de Patricia. Benzodiacepinas en el estómago, sólo que una dosis un poco más alta, y la misma penetración letal en el hueso frontal.

Sebastian llegó hasta ellos.

—¿Pistola de sacrificio? —preguntó.

Ursula respondió rápido sin necesidad de consultar los papeles.

—El médico forense de Gotemburgo no hace declaraciones al respecto, pero descarta el arma de fuego. Yo creo que le daremos la razón a Hansson, de Lund, cuando yo misma pueda estudiar las heridas. Con toda probabilidad, se trata de una pistola de sacrificio.

Sebastian asintió despacio y le cogió el informe de las manos.

—Encajaría con el perfil. Se considera superior a ellos —dijo Sebastian—. Como si fuesen ganado.

—¿Hay alguna manera de rastrear una pistola de sacrificio? —continuó Torkel. Ursula negó con la cabeza.

—No hay registros ni permisos, pero podemos mirar si es posible averiguar de qué modelo se trata, ya que sabemos el diámetro del perno.

—Sí, hazlo, por favor. —Torkel volvió a consultar el reloj—. Ahora tengo que ocuparme de la prensa, hablaremos luego —precisó, y se puso de nuevo en marcha.

Un poco más rápido pero sin correr. No quería llegar jadeando.

Debía parecer que lo tenía todo bajo control.

Parecer que sólo iban unos pasos por detrás del asesino.

Aunque no fuese cierto en absoluto.

Un suave murmullo lo recibió al entrar en la sala. No eran demasiados. Seis, para ser exactos. Saludó con la cabeza a dos que reconoció. Axel Weber, como siempre en primera fila con su grabadora en la mano, y un poco por detrás de él alguien del periódico *Göteborgs-Posten* cuyo nombre no lograba recordar en aquel momento. Visén, Wilén, Widén, algo así.

El resto debían de ser talentos locales.

Las víctimas aún eran cuerpos anónimos. La próxima vez habría más periodistas. Muchos más. La gente famosa siempre atraía a un gran público, tanto si estaban vivos como muertos, era algo que había aprendido con los años. Además, la tendencia era más clara cada año que pasaba. El mundo moderno parecía rebosar de personas que se dedicaban a hacerse ver, que construían su existencia a base de resultados, *likes* y seguidores. Torkel no podía entenderlo.

Tanto Wilma como Elin tenían cuentas aquí y allá, él lo sabía. Pero se cuidaba mucho de criticar o cuestionar sus vidas en las redes sociales. ¿Acaso alguna vez un cincuentón había opinado que lo que hacían los adolescentes era algo razonable y lleno de sentido? Sólo tenía que recordar su propia

infancia, a sus propios padres.

Torkel se acercó a la pequeña mesa que alguien había preparado, apartó la silla y se sentó. Era él quien había pedido la mesa. Se le hacía más natural estar sentado que simplemente quedarse de pie delante del grupo de periodistas. Más fácil para conservar la calma, le parecía.

El murmullo cesó.

Como siempre, empezó por saludar a todos y darles la bienvenida, se presentó a sí mismo como jefe de la Unidad de Homicidios e inició la rueda de prensa. Intentó que fuera lo más breve y concisa posible.

—Hoy por hoy tenemos dos asesinatos que consideramos que están conectados. Uno aquí en Ulricehamn que tuvo lugar el martes, y uno de hace nueve días en Helsingborg. Las dos víctimas han sido encontradas en aulas de escuelas en sus ciudades de residencia.

—¿En escuelas? ¿Tanto aquí en Ulricehamn como en Helsingborg? —Se oyó decir a una joven mujer, con un marcado acento de la provincia de Västgötaland y un vestido azul, sentada en un extremo de la segunda fila.

Tenía un *smartphone* en la mano y parecía que estaba grabando el acontecimiento. Torkel se volvió hacia ella. Con una mirada fija y de confianza. Con los años había aprendido que funcionaba.

—Exacto. Lo que sabemos es que, poco antes de morir, alguien que decía ser periodista contactó con ambas personas. Supuestamente, se citaron con esta persona y poco después fueron asesinadas.

—¿Cuánto después? —preguntó un hombre calvo que estaba apoyado contra la pared al fondo de la sala.

—El mismo día, aunque fueron halladas al día siguiente —aclaró Torkel.

—¿Qué sabéis acerca de ese periodista? —preguntó el de *Göteborgs-Posten*.

—No creemos que sea un periodista. —Torkel titubeó.

Entre sus notas había escrito Sven Catón. Pero ¿iba realmente a desvelar el nombre? Eso alertaría a todas las víctimas potenciales, pero también le revelaría al asesino cuánto sabían. Tal vez lo hiciese cambiar de nombre o de forma de proceder. Ir con más cuidado. Pero si morían más personas engañadas por Sven Catón y Torkel no había dicho nada, tendrían problemas

y, para ser sinceros, a él le sería difícil vivir con ello.

—En ambos casos se ha hecho llamar Sven Catón —continuó Torkel después de la pequeña pausa.

Oyó cómo anotaban rápido el nombre sobre papel o lo tecleaban en ordenadores o iPads. Pronto estaría circulando. El leve desinterés que se había podido percibir hasta ese momento en el grupo desapareció de golpe.

—¿Sabéis algo más, aparte del nombre? —quiso saber la periodista del vestido azul.

—No, es un seudónimo, hasta ahí estamos seguros, pero nos gustaría que la gente nos avisara si han sido contactados por alguien que haya usado ese nombre o si lo han oído en cualquier otro contexto.

Torkel pudo percibir cómo esto último fue devorado por la congregación, cada vez más atenta.

Les había dado un buen titular.

Una alerta en letras mayúsculas.

¿Se ha puesto en contacto contigo Sven Catón?

No se podían ni imaginar la guinda que les estaba a punto de brindar para el pastel.

—¿Creéis que va a volver a actuar? —preguntó una mujer, detrás de la periodista del vestido azul. Blusa blanca y falda.

—No queremos hacer especulaciones —dijo, sabiendo que con esas palabras era exactamente eso lo que les estaba sugiriendo.

Ahora se oyó por primera vez la voz de Weber. Profunda y relajada. Un hombre que sabía que no necesitaba alzar la voz para ser escuchado.

—¿Qué sabéis de las víctimas? ¿Hay alguna conexión entre ellas?

Torkel se volvió hacia Weber. Procuró que la respuesta sonara lo más seria posible.

—Hoy por hoy, la única conexión que hemos hallado es que ambas han participado en diferentes programas de televisión.

—¿Qué tipo de programas?

—Los denominados *realities*.

—¿*Realities*? —preguntó Weber con sorpresa al mismo tiempo que se hacía un silencio absoluto en la sala.

Todos se daban cuenta de lo que les acababa de regalar el jefe de Homicidios.

Un suplemento de verano.

Montones de artículos.

Se volcaron en ello. Todos. La periodista del vestido azul, el calvo, el de *Göteborgs-Posten*, Weber, la mujer con blusa blanca y falda y el que aún no había dicho nada.

—¿Qué *realities*?

—¿Quiénes son?

—¿Nos puedes dar nombres?

—¿Quiénes?

Las preguntas venían de todas partes. La del vestido azul incluso se puso de pie. Torkel intentó tranquilizarlos con las dos manos. No le hicieron demasiado caso, pero no habría esperado otra cosa.

Les acababa de pasar el testigo.

Ahora el show era suyo.

Pronto, los nombres de Miroslav Petrovic y Patricia Andrén ya estaban en la calle y vinculados con los programas «Paradise Hotel» y «Madre soltera busca». Las fotos saldrían enseguida. Cantidades de fotos. Sin demasiada ropa. Luego las especulaciones. ¿Quién y por qué?

Las teorías. ¿Quién era Sven Catón?

Las pistas y los avances de la policía, falsos y reales. Las entrevistas. Los retratos.

Torkel se había acordado de decir que Miroslav era un buen chaval.

La pena de los amigos. La desesperación de los padres. El asesino seguía suelto. Tantos participantes en los *realities* en todos estos años. El miedo.

Los artículos del tipo «imagina que yo soy la próxima víctima».

Las páginas de «así nos recuerdan».

Los presentadores de los respectivos programas les harían honores. El *shock*. La pérdida. La lucha por salir adelante.

Torkel sentía que iba a ser todo un viaje y se fue abriendo paso con gesto

acostumbrado entre aquellos que le querían hacer más preguntas. Weber no era uno de ellos. Estaba con el móvil pegado a la oreja, gesticulando y hablando, probablemente con su jefe de noticias. Consiguiendo más recursos. Fotógrafos y más colegas en Ulricehamn.

Torkel deseaba que hubiesen avanzado más en la investigación por su propia cuenta. Ahora pedían pistas y las obtendrían. A raudales. Torkel tendría que reunir mucha gente, y muchos policías no siempre era algo positivo. La calidad profesional variaba. Helsingborg era un buen ejemplo de ello. Además, incrementaba el riesgo de filtraciones.

De repente, oyó una voz a sus espaldas.

—Torkel...

Se dio la vuelta y descubrió a la mujer que había pronunciado su nombre. Rubia, de su misma edad, tal vez algo más joven. Ojos azules. Un sencillo vestido de verano y bailarinas en los pies. Un bolso pequeño y un casco de ciclista en la mano. Le pareció reconocerla. Pero no era una de las periodistas que habían estado en la rueda de prensa.

—Torkel, soy yo —anunció con una sonrisa cálida y personal, no profesional—. Lise-Lotte. Lise-Lotte Patriksson. De la escuela Älvsjöskolan —continuó explicando al comprender que él seguía sin ubicarla.

—Lise-Lotte... —dijo, y esbozó una sonrisa al reconocerla.

Ahora podía ver que era ella. El mismo pelo rubio que entonces, incluso más largo. Los ojos azules igual de vivarachos, aunque rodeados de algunas arrugas. Su sonrisa no había envejecido en absoluto.

—¿Qué haces tú aquí? —continuó Torkel, sintiendo de repente cómo sus pensamientos sobre el caso se apartaban por un instante y eran reemplazados por la pura alegría. Lise-Lotte Patriksson. Dios santo, había pasado una eternidad.

—Vivo aquí. En Ulricehamn. Trabajo como directora en la escuela. —Su sonrisa se ensombreció un poco—. Yo encontré el cuerpo.

—Leí el informe... —dijo Torkel frunciendo pensativo la frente—. Pero no reconocí el apellido, ¿no era español?

—González —asintió Lise-Lotte—. Me casé con un chileno. —Su voz sonaba distraída, aún tenía la mente en el descubrimiento del muerto, supuso

Torkel maldiciéndose a sí mismo.

—¿Estás bien? —consiguió decir—. ¿Era uno de tus estudiantes?

Sobraba decir que ésa debería haber sido su primera pregunta, cómo se sentía, haber mostrado un poco de consideración. No intentar aclarar los diferentes apellidos. Llevaba demasiado tiempo siendo policía.

—No, pero me conmocionó, como es obvio —respondió cauta—. Sólo iba a dar una vuelta por la escuela y...

No terminó la frase, sus ojos se cruzaron con los de Torkel, que miró a su alrededor hacia la recepción, que estaba relativamente concurrida.

—Sígueme. Aquí hay mucha gente —indicó guiándola hacia la puerta que separaba los espacios públicos del resto de la comisaría.

—Pero tú debes de tener un montón de cosas que hacer.

—Sí, pero pueden esperar. ¿Hace cuánto que no te veo, treinta años?

Lise-Lotte soltó una carcajada.

—Algo así. El tiempo pasa.

Torkel le sonrió y pasó la tarjeta por el lector. La puerta hizo un zumbido.

—Pero tú sigues igual que siempre —dijo Torkel mientras le sujetaba la puerta para dejarla pasar al mismo tiempo que se daba cuenta de que esa constatación tan sincera podía ser interpretada como un piropo—. ¿Cuánto tiempo llevas casada? —preguntó enseguida para minimizar las posibles interpretaciones de lo que acababa de decir.

—Hace diez años que nos divorciamos. ¿Y tú?

—También divorciado. De hecho, dos veces —contestó Torkel mientras le mostraba uno de los espacios de empleados—. Dos hijas, Wilma y Elin. Dieciocho y catorce.

—Nosotros tenemos una hija, Theresa, ahora tiene veintiuno.

Se quedaron en silencio al entrar en el comedor para empleados. Se había terminado la rápida puesta al día. Ahora sería más difícil. ¿Por dónde empezarían? ¿Recuerdos comunes o intentar conocerse mejor? A pesar de todo, habían pasado treinta años. ¿Qué quería? ¿Por qué lo había ido a buscar?

—Oí que eras el responsable de la investigación y pensé en venir a saludarte —dijo ella como si le hubiese leído el pensamiento.

—Buena idea —admitió él—. Seguramente, nos habríamos encontrado, solemos ver a todos los testigos —añadió, pero se dio cuenta de que de esa labor solían encargarse los demás miembros de la unidad. Lo más probable era que él se la hubiese perdido—. Pero estoy muy contento de que hayas venido —manifestó con total sinceridad.

Ella asintió con la cabeza y le sonrió brevemente. Se volvieron a quedar en silencio.

—¿Quieres café?

—Sí, gracias.

Él señaló las mesas mientras se metía por detrás de la isla de la cocina curvada para acercarse a la cafetera. No había preguntado cómo lo quería, pero cogió una taza, la puso en la cafetera y apretó el botón de café normal.

Mientras se preparaba la bebida, Torkel echó un rápido vistazo hacia Lise-Lotte, que se acababa de sentar en una de las sillas rosas junto a la mesa más cercana. Muchos recuerdos, pero, con franqueza, no podía decir que hubiese pensado en ella en... una eternidad.

Habían estado saliendo los últimos dos años del instituto. Jóvenes y enamorados, pero se habían distanciado cuando Torkel hizo la mili y ella empezó a estudiar en Linköping. La separación o las ambiciones. Él nunca supo en realidad cuál había sido el motivo. En cualquier caso, la relación había terminado. En una extraña fiesta de estudiantes en la Universidad de Linköping.

Él se había ido de allí solo bajo la lluvia.

Enfadado y decepcionado.

Retiró la taza de café y colocó una nueva, vacía. Apretó otra vez el botón de café normal. La máquina empezó a zumbar al tiempo que se le acercaba Eva Florén.

—¿Tienes un momento?

—Sí.

—Ha llegado gente tanto de Borås como de Jönköping, pensaba que querrías hablar con ellos.

Torkel asintió con la cabeza. Habían llamado a personal de reserva para atender los teléfonos de atención al público, que probablemente empezarían a



sonar más pronto que tarde. Con un poco de suerte, todo el mundo sabría a qué debían estar atentos y sobre qué preguntar, pero más valía informarles. Miró rápido a Lise-Lotte y de nuevo a Eva.

—Dame un minuto.

—Estamos arriba —dijo indicando con un gesto de la cabeza la planta superior, y se fue.

Torkel cogió las dos tazas de café y se acercó a Lise-Lotte.

—Lo siento, pero tengo que volver al trabajo.

—No pasa nada, lo comprendo.

—Pero puedes quedarte a tomar el café, si quieres.

—Me apetecía más la compañía que el café —admitió ella con una sonrisa, se levantó y con un acto reflejo se estiró el vestido por encima de los muslos—. Pero si tienes tiempo, a lo mejor podemos cenar algún día mientras estés por aquí.

—Me encantaría —dijo, deseando haber sido él quien hubiese hecho la sugerencia—. Me aseguraré de abrirme un hueco.

—Bien. Llámame.

—Lo haré.

Él estiró el brazo para darle un cordial apretón de manos, pero ella lo ignoró y le dio un abrazo. Olía a lirios blancos.

—Me ha alegrado verte otra vez —añadió ella al terminar el abrazo, y cogió su bolso y su casco de la silla de al lado.

—Sí, a mí también —afirmó Torkel—. Pero te llamo.

Una sonrisa y un pequeño saludo con la mano, y salió de la sala.

Torkel cogió su taza de café y subió la escalera hasta donde lo estaban esperando los policías. Él no era consciente de ello y nadie dijo nada, pero todos se sorprendieron al ver al jefe de la Unidad de Homicidios tremendamente contento.

Ebba había estado todo el día con una canción en la cabeza.

*Can't Hold Us*, de Macklemore y Ryan Lewis. Casi siempre se despertaba con una canción en la cabeza. Podía ser una nueva, podía ser una vieja. Muchas veces ni siquiera la había oído en mucho tiempo, simplemente aparecía.

Cada mañana.

Casi.

Pensó en crear «La canción del día» en el blog y subir un archivo de audio o un enlace a Spotify. Pensaba que era algo que podía gustar a sus lectores. Lo único que en verdad la frenaba era que entonces probablemente Sara también querría subir una canción al día, o al menos una de vez en cuando, y ella tenía un gusto musical horroroso.

Se había confirmado el sábado pasado. En el Summer Blog Awards. Alguna emisora de radio las había cogido por banda justo después de la alfombra roja y les había preguntado qué estaban escuchando en ese momento. Ebba no podía ni pensar en ello sin que le subieran los colores...

Nunca se avergonzaba de su hermana. Era impensable. Sería como avergonzarse de ella misma. Así de unidas estaban. Sara era mayor, pero desde que había nacido Ebba, once minutos más tarde, habían permanecido unidas. Habían sido inseparables. Ebba sabía que sus padres de vez en cuando se preocupaban porque no hacían otros amigos íntimos, pero nunca habían necesitado a nadie más, se tenían la una a la otra.

Aún compartían habitación, a pesar de haber tenido la posibilidad de

disfrutar de una para cada una. Iban a la misma clase en el instituto. Iban al mismo grupo de baile, entrenaban en el mismo gimnasio. Y tenían el blog.

Cuando lo empezaron en 2011 se llamaba «Cara o Cruz» y consistía en escribir sobre el mismo acontecimiento desde dos perspectivas diferentes.

Sara opina, Ebba opina.

Luego se empezaron a aburrir, tenían que esforzarse demasiado y demasiado a menudo con tal de que sus vivencias fuesen distintas. Claro que había divergencias, pero casi siempre opinaban lo mismo acerca de lo que hacían y de lo que les sucedía. Así que cerraron el viejo blog y comenzaron uno nuevo: «Almas gemelas».

Si lo pensabas un poco, en realidad era bastante evidente.

En lugar de crear algo sobre lo diferentes que eran, debían construirlo sobre lo mucho que se parecían.

Sobre lo unidas que estaban.

Sobre lo excepcional que era su poderoso vínculo.

Cualquiera podía escribir sobre su día a día, pero no muchos podían dar la perspectiva de su vida de gemelas. Ése era su fuerte y funcionaba tremendamente bien.

Despertaron interés y se convirtieron en una parte de la blogosfera, cada vez más personas enlazaban a su página, tenían más seguidores, y el sábado anterior habían ganado la categoría de Lecturas veraniegas obligatorias de los premios Summer Blog Awards.

El lunes las habían llamado de Nivea para preguntarles si querían publicar que utilizaban sus productos de cuidado de la piel y así convertirse en la cara —o caras— oficial de la marca. Les iban a pagar por ello. Si más empresas se lo planteaban, pronto podrían vivir del blog. Melinda, una de sus amigas, había añadido en su página un enlace de «ponte en contacto para colaborar» a una dirección de Hotmail donde se ofrecía a exponer marcas en su blog o en Instagram a cambio de unos honorarios. El año anterior había abierto una empresa y podía emitir facturas exentas de impuestos.

Era lo que deberían hacer Sara y ella, pensó Ebba.

Llamó a la puerta antes de abrirla. En realidad, era innecesario, lo sabían absolutamente todo la una de la otra, pero si la puerta de su habitación estaba

cerrada, debía llamar. Era así.

Sara estaba sentada al escritorio con el portátil abierto delante de ella.

—Acabo de actualizar el blog.

—¿Sobre qué has hablado?

—Sobre lo mucho que odiamos Arriva.

Arriva era la compañía encargada del servicio de autobuses allí donde vivían. No era la primera vez que Sara escribía sobre su pésima calidad, sus conductores malhumorados, líneas con retraso y trayectos cancelados. Arriva no sería una de las empresas que las llamaría cuando les empezasen a ofrecer colaboraciones, supuso Ebba.

—¿Qué te vas a poner esta noche? —preguntó abriendo el armario.

—¿Qué vamos a hacer esta noche?

Ebba suspiró un poco para sí misma. En verdad, había una cosa en la que sí que eran diferentes. Sustancialmente diferentes. Para Sara, desayunar por la mañana podía venirle de sorpresa. Planificar, mantener el orden y ser previsor no era lo suyo. Ebba imaginaba que debía de ser culpa suya. Enseguida se había responsabilizado de que los trabajos de la escuela se entregaran a tiempo, que cumplieran los horarios y que la vida estuviera planificada.

Ella era la responsable.

Sara era la desordenada.

—Nos van a entrevistar.

—¿Quién?

—Ese que nos llamó después de los Summer Blog Awards.

Sara se dio la vuelta con una expresión en la cara que decía que aquélla era, sin duda, la primera vez que oía hablar de alguien que las hubiera llamado después de los Summer Blog Awards. Ebba no solía enfadarse con su hermana, pero si lo hiciera, ésta habría sido una de esas ocasiones.

—Ya te lo dije —explicó con paciencia—. Un autónomo. Sven no sé qué...

*Universidad Real de Tecnología  
Registrador  
SE-100 44 Estocolmo*

*Recurso de apelación por la decisión de nombramiento de nuevo profesor  
(VL-2914-00071)*

*Con este escrito interpongo una apelación al hecho de nombrar a otro candidato profesor para la plaza VL-2914-00071 anunciada.*

*El dictamen del comité de candidaturas expresa que yo reúno todos los requisitos del perfil de empleo en lo que a habilidades pedagógicas y científicas se refiere.*

*Además, según indica el comité de candidaturas en la página 8 del protocolo 4/2003, el departamento «busca a alguien que no sólo pueda crear un equipo de investigación, sino que además tenga la capacidad de conectar las distintas actividades del departamento, dirigir la enseñanza y atraer financiación externa».*

*Yo me encuentro sobradamente cualificado en lo referido a todos estos criterios (ver CV adjunto) y, por lo demás, soy un colaborador y pedagogo popular y bien valorado, con contactos tanto dentro como fuera de la URT.*

*Lo que además tengo, a diferencia de la persona que ha sido nombrada*

*para la plaza, es una amplia cultura general, un ardiente interés por transmitir conocimientos y la conciencia de lo importantes que son la enseñanza y la cultura para nuestro futuro. No sólo dirigiría el centro de forma ejemplar, sino que además me convertiría en un excelente embajador de toda la URT y en un contrapeso importante y visible ante el desprecio al conocimiento y la cultura de la superficialidad que se está extendiendo por la sociedad.*

*Es por ello que soy el aspirante más adecuado para el cargo y demando, por lo tanto, que la decisión de nombramiento en referencia al puesto VL-2914-00071 sea modificada a mi favor.*

—Torkel.

Levantó la mirada de su comida, tibia y a medio comer. Ni siquiera se había esforzado en servírsela en un plato, estaba comiendo directamente de la bandeja de aluminio. *Järpar*, las albóndigas alargadas, patata cocida y salsa de nata y soja, pero lo único que en verdad sabía a algo era la mermelada de arándanos rojos que había encontrado en un bote en la nevera. Eva Florén se le acercó.

—Hemos recibido una llamada...

Torkel comprendió que quería decir una llamada especial. Porque no habían recibido *una* llamada. Habían recibido una llamada cada quince segundos durante la última hora. Los teléfonos habían empezado a sonar prácticamente en cuanto se había terminado la rueda de prensa y desde entonces no habían parado.

Se habían visto a hombres misteriosos que «parecían periodistas» en las calles. Se habían observado coches delante de escuelas, todas las escuelas, no sólo la Hildingskolan. Había personas que creían haber oído gritos en edificios abandonados, y otras que pensaban que los vecinos actuaban de forma extraña últimamente. Muchos estaban seguros de haber visto a Miroslav Petrovic el martes. En varios lugares y con hombres diferentes.

Lo sorprendente era que muchos lo habían visto también el miércoles, aunque entonces ya estuviera muerto.

Lo mismo ocurría con Patricia Andrén. Pero cuando se trataba de ella, los datos eran aún más diversos. Había pasado más tiempo desde su asesinato y

en muchos casos la memoria es un producto que acaba caducando.

El personal de reserva, que en su mayoría eran asistentes de policía y algún que otro aspirante, escuchaba a todo el mundo, tomaba nota y entregaba los datos a un grupo de mandos que, a su vez, los analizaba y clasificaba según su nivel de relevancia. Eva Florén dirigía el grupo de mandos.

Sacó una silla y se sentó frente a Torkel.

—Hemos recibido información sobre dónde podrían haber comido Petrovic y Catón.

Torkel tragó el último trozo de los *järpar*, bastante secos, y la miró con interés.

—¿Fiables?

—Dos de las camareras y un cliente —respondió Eva asintiendo con la cabeza—. Han indicado el mismo lugar y la misma hora de forma independiente. Petrovic con compañía.

Entregó una nota a Torkel, que la empezó a leer.

—Tienes un poco de salsa ahí —comentó Eva, y Torkel levantó la mirada.

Eva señalaba la comisura de su propia boca. Torkel deslizó la mano hacia la boca.

—El otro lado —dijo Eva, y Torkel optó por asegurarse el tanto y se limpió los dos lados a la vez con el índice y el pulgar.

—¿Quieres que envíe a alguien u os encargáis vosotros?

Torkel dejó la nota sobre la mesa y pensó unos instantes. Se arrepentía un poco de haber dejado ir tanto a Billy como a Vanja. Habría estado bien tener aquí a uno de los dos. Sebastian y Ursula no eran ningún *dreamteam*, y enviar a uno de ellos solo no era la solución óptima. En el caso de Sebastian era impensable. Ursula se las apañaría, pero interrogar a testigos no era su punto fuerte. Por un momento se planteó ir él mismo junto con Ursula, pero desechó la idea. No podía dejar la comisaría. Ahora no, cuando apenas habían pasado unas horas desde que habían avivado de nuevo el caso. Pero tampoco quería enviar facultades locales de las que no sabía nada.



—Nos encargamos nosotros —dijo apartando la bandeja de aluminio—. Gracias.

Se levantaron a la vez. Eva salió de la cocina y volvió a subir la escalera hasta los teléfonos, que no dejaban de sonar. Torkel se quedó de pie, se terminó el agua que le quedaba en el vaso, fue a tirar la bandeja de aluminio, puso el resto en el lavavajillas y se dirigió hacia el despacho improvisado.

Al entrar, Sebastian levantó la mirada del informe del caso y de los otros papeles que tenía esparcidos delante.

—Tengo algo parecido a un perfil criminal —comentó reclinándose en la silla—. Todavía es un borrador, pero aun así...

—Tendrá que esperar. Tengo un trabajo para ti.

Ursula bajó del coche y miró hacia el Kurhotellet. O el Nuevo Kurhotellet, como al parecer se llamaba. No tenía ni idea de qué había pasado con el viejo. En todo caso, ahora era una casa de madera de una sola planta de color amarillo y en forma de T, con detalles en las ventanas y puertas de color burdeos. La percepción del color de Ursula no estaba demasiado desarrollada, pero le parecía que tenía un aspecto horroroso.

Oyó que Sebastian ajustaba la puerta del copiloto y cerraba el coche con llave. Juntos empezaron a caminar por el camino de grava que llevaba al hotel entre franjas de césped bien cuidadas.

—¿Qué tal con Torkel? —preguntó Sebastian a medio camino.

—¿Cómo que qué tal con Torkel?

—Parecíais bastante unidos en la boda de Billy. Lo oí salir de tu habitación por la noche...

—¿Celoso?

Imposible saber si estaba bromeando o no.

—Curioso. No hay que ser psicólogo para darse cuenta de que, sea lo que sea lo que tenéis, Torkel quiere más.

—Eso no es asunto tuyo —dijo ella concisa.

No tenía ninguna intención de explicarle a Sebastian que su plan era darle a Torkel un poco más esa misma noche.

—Me importáis, quiero que seáis felices.

—Y una mierda —resopló Ursula.

—No, vale, quiero que tú seas feliz. La verdad es que Torkel me da igual.

Ursula paró en seco y se volvió hacia él. De repente, sus ojos estaban oscuros de rabia contenida.

—Nada de lo que haces o de lo que jamás hayas hecho indica que quieras que yo sea feliz.

—Oh, vamos, eso no es del todo justo... —intentó Sebastian, completamente desprevenido ante el giro que había tomado lo que, a su modo de ver, era una conversación intrascendente.

—¿Ah, no? ¿Cuándo has querido que yo sea feliz? ¿Cuando me engañaste con mi hermana? ¿O cuando tu exnovia me disparó en tu casa y tú ni siquiera te dignaste a venir al hospital para ver cómo estaba?

—Lo siento. Es que no podía... Ya te lo conté en la boda.

—Demasiado tarde, Sebastian.

Ursula dio media vuelta y empezó a caminar hacia el hotel. Al cabo de unos pasos se detuvo y se volvió de nuevo hacia Sebastian.

—En lugar de ser un capullo y luego pedir disculpas, ¿te has planteado alguna vez dejar de ser un capullo?

Continuó caminando hacia la entrada a paso ligero.

Sebastian se quedó parado, sorprendido de cómo su inocente charla, un poco fastidiosa, podía haber llevado a esto. Claro, Ursula había tenido unos meses muy duros. Micke la había dejado, la mala relación con su hija le pesaba, la pérdida del ojo. En algún momento debía de haber llegado al límite y ahora lo pagaba con él. La verdad, no pensaba que él la hubiese herido o fallado tantas veces, pero —supuso mientras empezaba a avanzar de nuevo por el camino de grava— si los desengaños eran lo bastante grandes, a lo mejor no hacía falta que fueran tantos.

La recepcionista guio a Sebastian y a Ursula a una sala al lado del restaurante y les pidió que se sentasen en uno de los sofás de cuero negro mientras ella iba a buscar a las chicas. No se dijeron nada mientras esperaban. A Sebastian no le apetecía retomar la conversación y Ursula no parecía tener ninguna intención de continuarla. Cuando la recepcionista regresó con dos chicas, una en torno a los veinte, la otra unos años por debajo de los treinta, se pusieron

de pie para presentarse y explicar el motivo de la visita.

Las mujeres se sentaron en sendos sillones frente a ellos. Ursula sacó la punta de su bolígrafo con un clic y la apoyó en una pequeña libreta que tenía sobre las rodillas.

—¿Las dos trabajasteis aquí el martes pasado? —empezó.

—Sí —afirmaron ambas mujeres también con la cabeza.

—Explicadnos.

—¿El qué? —preguntó Cissi, la más joven de las dos.

—Miroslav Petrovic estuvo aquí comiendo a mediodía, dijisteis. Con alguien más.

—Sí.

—¿Dónde estaban sentados? —intervino Sebastian.

—Ahí dentro —contestó Emma.

Se volvió y señaló a través de las puertas de cristal hacia el restaurante, que con sus mesas en filas rectas, sillas de madera y manteles blancos daba más la sensación de ser un comedor escolar que un lugar donde celebrar congresos.

—La mesa de la esquina del fondo, junto a la ventana. Mirre estaba sentado mirando hacia la pared y el otro enfrente.

—¿Qué aspecto tenía?

—Se había cortado el pelo —dijo Cissi enseguida, incapaz de contener una sonrisa infantil al pensarlo—. Muy guapo, y llevaba una camiseta azul y...

—Pero, joder —la interrumpió Sebastian con un profundo suspiro—. Nos da igual el aspecto de Petrovic. El otro. El tipo con el que estaba comiendo. ¿Qué aspecto tenía?

—¿Era el asesino? —preguntó Emma con una mirada curiosa mientras Cissi se reclinaba en el sillón, un tanto cohibida por la reprimenda.

—¿Qué aspecto tenía? —repitió Sebastian.

Ninguna de ellas respondió de inmediato, se miraron la una a la otra; Cissi se encogió un poco de hombros y Emma se volvió de nuevo hacia Ursula y Sebastian.

—Era... viejo.

—¿Cómo de viejo?

—No sé, tal vez unos cincuenta y cinco.

—Era mayor —intervino Cissi—. Mi abuelo tiene setenta y se parecía a él.

Ursula miró las cifras en su libreta y suspiró por dentro. Había una enorme diferencia entre tener cincuenta y cinco y más de setenta. Añádele unos cuantos y quítale otros tantos y estaban hablando de una franja de edad de unos veinte años. Desde el punto de vista de la identificación era un dato inservible.

—¿Cuántos años creéis que tengo yo? —preguntó Sebastian, que al parecer estaba pensando lo mismo.

Las mujeres del otro lado de la mesa lo escudriñaron.

—¿Sesenta, sesenta y cinco? —indicó Cissi titubeante, y miró a Emma buscando apoyo. Lo recibió cuando Emma dio su conformidad asintiendo con la cabeza.

Sebastian no dijo nada. Tal vez fuese hora de empezar a cuidarse un poco, a pesar de todo. Echó un rápido vistazo hacia Ursula y juró ver en ella un cierto regocijo.

—Barba —dijo de repente Emma—. Tenía barba. Barba gris.

Eso podía explicar por qué les había parecido que era mayor, pensó Ursula mientras anotaba «barba gris» debajo de las cifras que había apuntado antes. Pero Sebastian no llevaba barba y aun así creían que tenía casi diez años más de su edad real.

—Llevaba gorra todo el rato. Una boina de esas de abuelo.

Ursula asintió y lo anotó. Bien, esto empezaba a tomar forma. Con los detalles suficientes, tal vez la edad indefinida no importaría tanto.

—Y gafas —dijo Cissi.

—Es verdad, unas de esas de montura fina —añadió Emma—. De las que se pueden comprar en una gasolinera.

—¿Algo más? —preguntó Ursula alentándolas.

—No.

—¿Acento? —inquirió Sebastian—. ¿Lo oísteis hablar? ¿Recordáis algo de su voz?

Las dos mujeres se miraron. Negaron con la cabeza.

—¿No fue él quien pidió? —insistió Sebastian.

—Sí, pero no recuerdo nada especial. O sea, era una voz normal, nada más.

—¿Recordáis cómo pagó? —interrogó Ursula.

No se atrevía a esperar una tarjeta de crédito, pero a veces hasta los criminales más listos cometían los errores más estúpidos.

—En efectivo —respondió Emma, demoliendo rápidamente esa pequeña esperanza.

—¿No recordáis nada más?

Nueva mirada, nueva negación con la cabeza.

—Así que era un hombre barbudo con boina y gafas, que tenía el mismo aspecto y sonaba igual que cualquier hombre de entre cincuenta y setenta años —resumió Sebastian con una decepción inequívoca.

Cissi y Emma se volvieron a mirar, asintiendo esta vez con la cabeza.

—Sí...

—Pues gracias.

Cissi y Emma se levantaron y salieron. Ursula cerró su libreta y se reclinó en el sofá. Reflexionó sobre si valdría la pena solicitar un dibujante de la policía para hacer un retrato robot, pero concluyó que esa decisión le correspondía tomarla a Torkel.

Sebastian se levantó y se acercó a las puertas de cristal que separaban la sala en la que estaban del restaurante.

Podían emitir un aviso para que se pusiera en contacto con la policía cualquier persona que hubiera comido aquí el martes a mediodía. Tal vez alguno de los otros clientes podría hacer una descripción más buena. En el mejor de los casos, alguien podría haberle hecho una foto a Petrovic en la que también apareciese el asesino.

Pero Sven Catón era inteligente.

Habría contado con esa posibilidad.

La mesa del rincón, dando la espalda al resto del local.

Con suerte, obtendrían una foto de una nuca y una espalda.

Así que seguían sin tener nada.

Billy había conseguido entrar en el portátil de Patricia Andrén.

No había sido especialmente difícil. No pedía contraseña y, una vez dentro del sistema operativo, pudo encontrar en la memoria caché las páginas que la mujer solía visitar. Primero abrió Facebook, donde entraba más a menudo, y tuvo suerte nada más empezar.

Suerte de la buena.

Patricia no había cerrado su sesión. Animado, empezó a deslizarse por su muro. Los efectos de la rueda de prensa eran impresionantes. Las entradas no habían parado de llegar durante todo el día.

A mares.

Cantidades absurdas.

Todo el mundo parecía sentirse obligado a decir algo personal y a escribir alguna condolencia. A hablar del vacío que sentían por la pérdida de alguien que sólo habían conocido a través de una pantalla de televisión. Era un poco extraño y a la vez un poco banal. Los 7.187 seguidores de Patricia estaban de duelo, con independencia de lo poco que la habían conocido. A juzgar por las entradas y los comentarios, iba a ser más conocida y querida tras su muerte de lo que jamás lo fue en vida.

Billy empezó a deslizar la página hacia abajo, pasando los últimos posts, y al cabo de un rato llegó a la última entrada de Patricia. Había escrito desde el móvil a las 14.46 el día en que fue asesinada. Un *selfie* hecho en el salón de belleza y debajo el texto: «Pronto toca entrevista, deseadme suerte».

Continuó, siguió buscando hacia atrás entre cantidades de entradas

cotidianas y repetitivas que de una forma u otra explicaban lo bien que le iba todo, lo rico que sabía todo y lo genial que era todo siempre, hasta que encontró algo que despertó su interés. El 8 de junio, a las 13.24, bajo otro *selfie* hecho desde el trabajo, había escrito: «Me acaban de llamar del periódico *Sydsvenskan*. ¡Graaan entrevista en marcha! Os mantendré informados».

Billy anotó «8/6, 13.24» en su propio portátil.

El paso siguiente era encargar los listados de llamadas del móvil de Patricia a la compañía telefónica. Ver qué números la habían telefoneado antes de las 13.24 aquel mismo día. El asesino debía de estar ahí. Si era tan listo y cuidadoso como había demostrado ser hasta ese momento, probablemente habría llamado con un teléfono de prepago, pero merecía la pena comprobarlo.

Billy volvió a la última entrada que había publicado Patricia y empezó a revisar los comentarios que había debajo. Tal vez había respondido a algún comentario explicando algo más acerca de su encuentro inminente. Una serie de buenas suertes y unos cuantos pulgares hacia arriba. En ningún sitio aparecía alguna respuesta o un gracias por parte de Patricia. Hasta el final del todo.

Publicado a las 3.16. Desde su teléfono.

Muy breve.

«Trece de sesenta. Suspendida.»

Billy dio un respingo. Las 3.16 de la madrugada. Unas cinco horas antes de que su cuerpo fuese encontrado. Hojeó rápido el informe de la autopsia. Le parecía recordar que los forenses de Lund habían determinado la hora de la muerte entre las 21.00 y la 1.00. Encontró la página y vio que tenía razón.

Definitivamente, el post había sido escrito después de su muerte.

Trece de sesenta.

El examen que habían encontrado en la espalda de las dos víctimas tenía sesenta preguntas.

Billy respiró hondo y dejó los papeles a un lado. Su cabeza iba a toda prisa. ¿Había comunicado el autor también los resultados de Mirre después de su muerte? No que ellos supieran. Pero la policía local no empezaba



siempre por mirar las redes sociales. Billy sabía que la vertiente digital de una investigación dividía a los colegas en dos grupos. Los que veían la nueva tecnología como un recurso y los que apenas la tenían en cuenta.

Cogió su móvil y abrió Twitter. Buscó Mirre Petrovic, lo encontró y optó por seguirlo. Apareció toda la actividad de Mirre. Nada. No había estado muy activo. Un tuit cada dos o tres días. Nada después de haber muerto.

Billy abrió su cuenta de Instagram, hizo una búsqueda y encontró el nombre correcto; tal como había imaginado, la cuenta de Mirre no era privada. De inmediato se dio cuenta de que no iba a necesitar revisar todo su historial.

Billy sintió un escalofrío.

La primera foto en aparecer, la última imagen. El test de Mirre sobre lo que parecía ser un pupitre de colegio ocupaba gran parte de la foto, pero en una de las esquinas se veía un trozo del suelo. Y, en el suelo, un zapato con su correspondiente pie, hecho que indicaba que la persona a quien pertenecía estaba sentada. Billy reconocía los zapatos. Eran de Mirre. Muchos detalles apuntaban a que ni siquiera estaba vivo cuando se hizo la foto. Debajo ponía:

«Suspendido. 3/60.»

1.884 *likes*.

366 comentarios, la mayoría preguntando qué cojones había colgado. Parecía un examen. ¿Acaso no se había enterado de que era verano, que no había clase?

Tres aciertos.

Tres sobre sesenta.

Suspendido.

Billy cogió el móvil para llamar a Torkel y explicarle lo que había encontrado.

Torkel se frotó los ojos y miró el reloj. Sólo eran poco más de las seis, pero había sido un día intenso. Era hora de hacer un resumen.

¿Qué sabían?

¿Qué debían hacer a partir de ahora?

La respuesta a la primera pregunta era: alarmantemente poco. En consecuencia, la respuesta a la segunda era: casi todo.

Seguía entrando alguna que otra llamada al teléfono de atención al público, ahora que la gente llegaba a casa después de trabajar y escuchaba las noticias, pero el ritmo había bajado bastante.

Las llamadas que habían llegado durante el día no habían dado mucho de sí, excepto la que trataba sobre la comida en el Kurhotellet y la relacionada con dos coches, que podían ser interesantes. Ambos habían sido vistos en los alrededores de la escuela Hildingskolan el martes por la tarde y por la noche. Habían conseguido localizar al propietario de uno de los coches, y éste tenía una explicación completamente válida de por qué había estado en la zona a esa hora. Además, no iba solo en el coche y su acompañante había confirmado esa versión. El otro coche era un Volvo V70 rojo, pero el testigo debió de confundir las letras o los números de la matrícula porque AYR393 se correspondía con un Skoda blanco de Sundsvall y el coche seguía contando con las dos placas. Torkel tampoco tenía demasiada esperanza con las cámaras de vigilancia de la ciudad. Las calles de alrededor de la escuela no estaban vigiladas, la cámara más cercana estaba a más de seiscientos metros de distancia, en una calle bastante transitada por la que ni siquiera

había que pasar para ir a la escuela. Había al menos tres formas alternativas de llegar hasta allí.

Durante un rato, Torkel había tenido la esperanza de que hubiese cámaras en la carretera que llevaba al Kurhotellet. Estaba al final de un callejón sin salida. Después del hotel sólo había bosque. Las grabaciones del martes de alrededor de las dos de la tarde les habrían sido de gran ayuda. Pero pasaba lo mismo. La calle no tenía ningún tipo de vigilancia.

Habían interrogado a la tercera persona que les había dado la pista de la comida de Petrovic, pero no habían conseguido una descripción más clara de su acompañante. La persona en cuestión se había cruzado con Mirre cuando éste regresaba al restaurante tras una visita al baño. Habían emitido un comunicado pidiendo fotografías de Petrovic, hechas a escondidas o no, durante la comida, pero hasta ahora no había dado resultado.

En Helsingborg tampoco habían logrado avanzar. Las compañeras de trabajo en el salón de belleza donde trabajaba Patricia Andrén no sabían nada más, aparte de que iba a conceder una entrevista por la tarde, ni dónde ni exactamente cuándo.

Habían recibido un aviso de un restaurante donde el informante recordaba haber visto a Patricia el mismo día que desapareció, pero cuando Vanja fue hasta allí no había nadie del personal que se acordara de que Patricia Andrén hubiese estado en el restaurante, y eso que varios la habían reconocido en una foto que Vanja les había enseñado.

Stefan Andersson seguía sin coartada para el día de la desaparición de Patricia Andrén, pero tenía una mucho mejor para el asesinato de Petrovic: había estado en el calabozo.

Habían discutido brevemente si podía tratarse de más de un autor, pero no había nada en el *modus operandi* que lo sugiriera. Todo lo contrario.

—Sabemos que ha publicado los resultados de los exámenes con los teléfonos de las víctimas en sus propias cuentas después de los asesinatos. — Torkel finalizó su repaso, un tanto deprimente, y se frotó de nuevo los ojos.

¿Estaría mal ventilada la habitación? ¿O demasiado bien? Tenía los ojos secos.

—¿Es posible rastrearlos? —interrogó Sebastian.

—No están encendidos, según Billy, pero si los volviese a utilizar...

—No lo hará —dijo Sebastian tajante—. Sería un error tonto, y si algo no es nuestro autor es tonto.

—Vale, pues entonces ¿quién o qué es? —preguntó Torkel, sacando una silla y estirándose para alcanzar una de las botellas de agua mineral que había sobre la mesa antes de sentarse—. Dijiste que habías elaborado un perfil.

—Un borrador, no está acabado en absoluto.

Torkel hizo un gesto indicando que eso daba igual y que lo explicase de todos modos.

—Lo dicho, es un hombre, por encima de los cuarenta, a quien le ha disgustado o no ha comprendido la modernización durante mucho tiempo, pero no ha actuado hasta ahora.

—¿Por qué ahora? —inquirió Ursula.

Sebastian abrió las manos en un gesto que indicaba que la suposición que ella hiciese valdría tanto como la suya.

—Porque se ha divorciado, lo han echado del trabajo, ha perdido un ascenso, algo puede haber pasado que haya colmado el vaso. O tal vez se ha hartado, sin más. Cansado de la atención que recibían Petrovic y Andrén y que él opina que de alguna manera no se merecían.

—Últimamente les habían ido bien las cosas —intervino Ursula—. Trabajos en blogs, giras, presentador de programas, nuevos trabajos en televisión, interés por parte de la prensa...

—Lo más seguro es que nuestro hombre sea algún tipo de académico —continuó Sebastian—. Defiende la vieja imagen del conocimiento. Visto desde fuera parece un colega tranquilo, valorado y erudito. Es probable que no haya cambiado de trabajo demasiadas veces y lleva mal los cambios.

Llamaron a la puerta. Sebastian se calló y apareció la cabeza de Eva Florén.

—Perdonad que os moleste, pero tienes una visita —dijo dirigiéndose a Torkel.

—Tendrá que esperar.

—Es importante; de lo contrario, no os habría interrumpido —indicó Eva con firmeza en la voz—. Dice que tiene noticias del asesino.

—¿Quién lo dice?

—Un tal Axel Weber.

Torkel salió a la recepción y miró a su alrededor. Bastante gente, pero nadie que reconociese de la rueda de prensa, excepto a Weber, que al ver a Torkel guardó el móvil en el bolsillo, se levantó de una de las sillas que estaban delante del mostrador de entrega de pasaportes y le hizo un gesto con la mano.

—Pasa por aquí —señaló Torkel, y abrió la puerta que separaba la recepción del resto de la comisaría—. ¿Catón ha contactado contigo? —preguntó en cuanto cerró la puerta tras ellos.

—Conmigo no.

Weber introdujo la mano por dentro de la americana, y del bolsillo interior sacó un papel guardado en una funda de plástico. Se lo entregó a Torkel, que le echó un vistazo rápido. Una copia de una carta.

—Mi jefe la recibió hace unas semanas. No pensó más en ello, ya sabes, otro de esos tipos de «antes todo era mejor». Pero luego empezamos a escribir acerca de Sven Catón...

—Catón *el Viejo*.

—Sí, bastante parecido, ¿no?

—Necesitaríamos el original —constató Torkel.

—Lo siento, esto es lo que te puedo dar...

Torkel levantó la mirada del papel.

—¿Piensas escribir acerca de esto?

Una pregunta. Nada más. Torkel llevaba tiempo suficiente en ese trabajo como para pretender prohibírselo.

—¿Quieres que escriba sobre ello?

—Preferiría que no.

—Pues dame otra cosa. En exclusiva.

Torkel pensó rápido. Por supuesto, no tenía por qué darle nada a Weber, pero también era verdad que los había ayudado. No sólo ahora, sino también en el último caso. Les había pasado información de antemano sobre datos que

su periódico pensaba publicar, gracias a lo cual habían tenido tiempo de trasladar a un testimonio. Incluso le podría haber salvado la vida con aquel gesto.

—Es probable que el arma homicida haya sido una pistola de sacrificio —dijo Torkel tras haber repasado mentalmente qué datos afectarían menos a la investigación si se hacían públicos y que, con toda probabilidad, alguien de la prensa acabaría por descubrir de todos modos en un futuro cercano.

—Vale, ¿me lo has dicho tú?

—No.

Era innecesario que corriese la noticia de que el jefe de la Unidad de Homicidios ofrecía datos en exclusiva a un periodista en particular. Además, era un dato que Weber podría haber sacado de varios sitios. Era el informe del médico forense de Lund el que había nombrado la pistola de sacrificio como posible arma homicida. Un informe al cual había tenido acceso Peter Berglund, y seguro que en muchas ocasiones no había tenido ni idea de dónde estaba o de quién lo tenía.

—Puedes escribir que te lo ha dado una fuente de la policía de Helsingborg.

—¿Estás seguro?

—Sí, y si por casualidad mencionas alguna vez el nombre de Peter Berglund tampoco pasaría nada.

—¿Quién es Peter Berglund?

—Es policía en Helsingborg.

Weber miró a Torkel un poco sorprendido, pero también con cierto divertimento.

—¿Y qué ha hecho para provocar la ira de la Unidad de Homicidios?

—Por lo que parece, acaba de filtrar datos sobre el arma homicida —dijo Torkel y sonrió, levantó la funda de plástico a modo de saludo y regresó a la sala con Ursula y Sebastian.

—Definitivamente, académico —dijo Sebastian señalando el escrito que le había dado Torkel—. «En mi trabajo me cruzo con muchos jóvenes.» Creo que pertenece a algún tipo de centro de enseñanza.

—Puede ser profesor de autoescuela o *boy scout* o cualquier cosa, ellos también tienen contacto con jóvenes —argumentó Ursula.

—No —comentó Sebastian negando con la cabeza. Siguió leyendo—: «Absorben conocimiento, piensan de modo crítico y se forman para conseguir, a la larga, un trabajo interesante y desafiante». Está en un centro. Con toda probabilidad, una universidad o una escuela superior.

—¿Por qué se hace llamar Catón *el Viejo*? —preguntó Torkel—. ¿Por qué no Sven Catón?

Ursula se acercó el portátil de Torkel, que estaba abierto sobre la mesa, a la vez que Sebastian lo miraba con fingida sorpresa.

—¿No sabes quién era Catón *el Viejo*?

—No.

—Ahí lo tienes. Saberlo es muestra de conocimiento. Cultura general.

—¿Y tú sabes quién era?

—Pues sí, la verdad es que sí. Fue el que decía: «Cartago debe ser destruida».

—¿Por qué decía eso? ¿Por qué no le gustaba Cartago?

—No lo sé.

—Catón *el Viejo*, nacido el año 234 antes de Cristo —empezó a leer Ursula de la pantalla después de haberlo buscado en Google—. Fue senador

en Roma y terminaba todos sus discursos, con independencia del tema, con un deseo de que Cartago fuese destruida. Opinaba que la ciudad norteafricana amenazaba la posición de poder de Roma en el Mediterráneo.

—Se podría interpretar como que nuestro Catón opina que la obsesión superficial por los famosos de los tiempos actuales amenaza a la antigua sociedad del conocimiento —resumió Sebastian.

Se hizo un silencio en torno a la mesa.

—¿Qué más? ¿Algo, antes de dejarlo por hoy?

Sebastian volvió a coger el papel.

—Ha escrito a otras personas —dijo levantando de nuevo la mirada de la lectura—. Deberíamos preguntar a otros periódicos y a la televisión, especialmente en los canales que hayan emitido los programas en los que han participado las víctimas. A lo mejor, incluso alguna vez haya llamado al programa de radio «Ring P1». Antes de empezar a matar.

—Me aseguraré de que lo hagan —indicó Torkel reclinándose en la silla y frotándose de nuevo los ojos—. Será lo primero que haré mañana.

—Cuando hables con los periódicos, pídeles que revisen también sus páginas de cartas al director —pidió Sebastian—. Catón es de los tipos que envían cartas. Medios de comunicación clásicos. Periódicos en papel. Sobre y sello.

Torkel asintió. Ursula cerró el portátil. Torkel tomó el último sorbo de la botella de agua mineral. Los dos se levantaron. Sebastian permaneció sentado. Seguía con el escrito en la mano.

—¿Algo más?

—No, idos vosotros —dijo Sebastian sin levantar la vista.

Le interesaba Catón. Más que ningún otro de los criminales de las investigaciones en las que había trabajado desde que llegó a la Unidad de Homicidios.

Inteligente, planificador, comunicativo, determinado.

Un contrincante digno.

Por desgracia para todos los jóvenes participantes en *realities* que había en el país, difícilmente lo podrían parar hasta que cometiese un error.

Y podía tardar en hacerlo.



Mucho.

Primero había pensado en cancelar.

La policía había anunciado su alias. El que había usado al contactar con las hermanas Johansson.

No porque pensase que ellas podrían haber leído algún periódico o escuchado las noticias a lo largo del día, pero aun así era algo de lo que podrían haberse enterado de alguna manera.

Los famosillos muertos debían de estar al nivel adecuado, a juzgar por los que se beneficiaban del flujo de noticias.

Pero, aunque se hubiesen enterado de lo que había hecho en Helsingborg y en Ulricehamn, no era seguro que hubiesen empezado a sonar las alarmas. No tenían ningún motivo para sentirse amenazadas. Eran blogueras y, que él supiera, nunca habían salido en televisión. Además, sólo había dicho su «nombre» una vez. Cuando llamó a Ebba Johansson la primera vez, se presentó y dijo que llamaba del periódico *Svenska Dagbladet*. Era muy poco probable que recordara su nombre.

Había leído el Twitter de las dos hermanas, las había seguido en Instagram y había lidiado con su blog totalmente insustancial, y en ningún sitio habían comunicado que iban a reunirse con un tal Sven Catón, ni siquiera que tuviesen una cita con un periodista.

Quedaba la posibilidad de que hubiesen sabido lo sucedido, reconocido el nombre, ido a la policía y dicho que tenían una cita con Catón aquella noche.

Posible.

Pero no probable.

Aun así.

Una cierta precaución no estaría de más.

Iban a verse a las ocho en una pizzería en Sundbyberg. El lugar había sido escogido con cuidado. Un sitio familiar para las hermanas, pero con el mínimo riesgo de encontrarse con alguien conocido. Sería fácil para él aparcar lejos, fuera del alcance de los medios de transporte públicos, un rato de espera para un taxi.

Cuando Ebba preguntó por qué se iban a ver precisamente allí, él había contestado que quería llevarlas al barrio donde se habían criado. Había sido necesaria cierta persuasión. Ebba opinaba que no tenían mucho que decir sobre Sundbyberg, pues se habían mudado cuando tenían cinco años, pero él había insistido. Iba a ser un buen enfoque para el artículo, ¿quiénes se imaginaban que habrían sido hoy si hubiesen seguido viviendo allí? ¿Se habrían desarrollado de modo diferente si su madre no se hubiese vuelto a casar y no se hubiesen trasladado a Djursholm? Ese tipo de preguntas le interesaban. Ir a lo profundo. Encontrar a las personas que había detrás de las identidades del blog. Ebba había intentado explicarle que no había tantas «personas detrás», que ella y su hermana escribían sobre sus vidas reales y que no fingían ser otras personas cuando lo hacían. Pero al final había conseguido concertar la cita en la pizzería.

Todo iba según lo previsto.

Y entonces su alias salió a la luz.

Pero él estaba al corriente de lo que sabía la policía y era más listo que ellos.

Más listo que la mayoría.

Así que conservó el plan, pero lo modificó un poco.

Si las hermanas habían avisado a las autoridades, imaginaba que estarían allí esperándolo cuando llegase, poco antes de las ocho. Así que había ido muy pronto, a las tres, para hacer una comida tardía. Se había quedado un poco más de una hora, había memorizado las personas que estaban en el local. Dejó el sitio durante una hora y luego regresó con la excusa de haberse olvidado la gorra. Ninguno de los clientes que habían estado allí a las tres seguía cuando regresó. Pero eso tampoco tenía por qué significar nada. Tal

vez estaban en la cocina, en un coche fuera o en un edificio colindante.

Tomó una decisión. Llamó a Ebba y preguntó si podrían verse en un restaurante chino que había cerca. No dio ningún motivo para el cambio y ella no preguntó. Tampoco le pareció que la chica tuviese que fingir y parecer indiferente al hablar con él. Sonaba exactamente igual que la primera vez que habían hablado.

Esto reforzaba su convicción de que ella no había relacionado la conversación del primer día con las últimas noticias. Él no sabía muy bien cómo trabajaba la policía, pero si hubiese sido policía —y habría sido un excelente policía— ahora trasladaría la vigilancia de la pizzería al restaurante chino, y eso debería implicar un cierto movimiento delante y en los alrededores del nuevo emplazamiento. Pero no hubo ningún indicio de actividad policial durante el rato que estuvo inspeccionando el nuevo lugar de encuentro, y cuando el reloj dio las ocho menos cuarto estaba convencido de que la policía no sabía nada del encuentro inminente, así que entró en el restaurante.

Miró a su alrededor. Ninguna reacción ante su presencia. Lo guiaron a una mesa, pero pidió que lo cambiaran a una en el rincón y se la dieron. Se sentó de espaldas al resto del local y esperó.

Veinte minutos más tarde llegaron las hermanas Johansson.

Habían empezado bien, opinaba Ebba.

El hombre de la mesa del rincón se había levantado en cuanto entraron por la puerta del restaurante y las había saludado de lejos con la mano. Fueron hacia él.

—¿Ebba y Sara? —preguntó cuando se acercaron, y estaba claro que sabía quién era quién.

No todo el mundo era capaz de distinguirlas. La mayoría incluso lo solían destacar. ¡Se parecían tanto! A Ebba le molestaba cada vez que pasaba. Aunque se pareciesen, había diferencias. Eran dos individuos distintos. No tratar de averiguar quién era quién era cuestión de pereza. Pero el hombre barbudo con la gorra tan baja en la frente que rozaba la montura metálica de

sus gafas sabía quiénes eran. Sólo con eso ya había ganado un punto.

—Sören, hablamos el otro día por teléfono —dijo volviéndose hacia Ebba y alargando la mano para darle un apretón.

Lo había estado pensando y había decidido cambiar de nombre cuando se viesen. A algo parecido, algo que ella pudiese haber entendido mal por teléfono. Sería desafiar al destino seguir usando Sven Catón, un nombre que podrían haber oído en algún sitio o visto impreso a lo largo del día, aunque no lo hubiesen conectado con su propia cita.

—Ah, perdona, pensaba que tenías otro nombre —dijo Ebba al estrecharle la mano.

Sara asintió también con la cabeza.

—No, me llamo Sören, pero no pasa nada. Sentaos.

Les indicó el sofá y se instalaron la una al lado de la otra. Un camarero les llevó las cartas. Dedicaron un rato a escoger lo que querían.

—Invito yo, sobra decirlo —indicó él mientras intentaban decidirse—. Así que pedid lo que queráis.

Sara optó por dos rollitos de primavera vegetarianos, Sören pidió costillas de cerdo con salsa de soja. Por su parte, a Ebba le apetecían unas gambas con verduras en salsa de tamarindo y, a pesar de que las dos eran mayores de edad, se abstuvieron de pedir alcohol y optaron por una Coca Cola light y agua con gas. Sören pidió una cerveza de baja graduación. Tenía que conducir...

Mientras esperaban la comida, él empezó la entrevista. Al principio, Ebba sentía que estaba un poco a la defensiva. Había conocido antes a hombres de la edad de Sören, y al explicar a qué se dedicaban ella y Sara solía verse obligada a justificarse.

¿Para qué servía un blog?

¿Acaso necesitaban siempre el reconocimiento de los demás?

¿Por qué querría uno exponer toda su vida al escrutinio público?

Pero pronto se dio cuenta de que Sören venía con otro enfoque. En realidad, se trataba de un retrato. Ir a lo profundo. Venía increíblemente preparado, hacía que se sintiesen especiales, preguntaba cosas que pocas personas habían planteado antes. Personales, pero no privadas. Las tomaba en

serio.

Llegó la comida. Comieron y siguieron hablando. Sören iba tomando notas. Sara preguntó por qué no grababa la entrevista. Parecía mucho más fácil que apuntarlo todo. Sören explicó que la experiencia le decía que las personas se ponían más tensas si sabían que las estaban grabando. Eran menos espontáneas, estaban en alerta.

—Por supuesto, podréis leer el texto antes de que lo publique, y si queréis cambiar alguna cita, siempre podréis decir que lo he oído mal o malinterpretado —dijo con una sonrisa—. Eso no sería posible si grabase la conversación.

Una actitud agradable por parte de un hombre agradable, pensó Ebba.

El camarero acudió y se llevó sus platos, las dos dijeron que no querían postre, pero sí café.

Mientras tomaban café hablaron de los Summer Blog Awards, la fiesta, el premio, lo que significaba para ellas, lo que significaba para otras chicas, cuánta atención habían recibido después de ganarlo.

—A un alumno mío le dieron una beca para el MIT el otoño pasado —dijo de repente Sören—. No recibió ninguna atención en absoluto.

Ebba intercambió una mirada con su hermana, las dos sorprendidas de que ese hombre tan educado y casi tímido las hubiera cortado con aquel comentario.

—Vale... —dijo Sara—. Felicidades.

—Perdona, te he interrumpido —profirió Sören, y miró la mesa—. Te pido disculpas.

—No pasa nada —aclaró Sara.

Tras un breve silencio, durante el cual pareció que Sören hubiese perdido un poco el hilo, Ebba se disculpó y preguntó si sabía dónde estaba el baño. Él señaló la entrada y hacia la derecha. Ella se levantó y se fue.

—¿Quieres otra Coca Cola? —preguntó Sören al quedarse a solas con Sara.

Era hora de poner fin a la noche. Al menos en el restaurante chino.

—Sí —respondió ella con la vista clavada en su teléfono.

Típico, pensó él, y se levantó. En cuanto se producía una pequeña pausa,

directa a la pantalla. Habían estado hablando más o menos una hora y cuarto. ¿Qué podía haber pasado en ese tiempo que fuera tan importante como para no ser capaz de esperarse tal vez unos veinte minutos más?

Pero ése era justo uno de los problemas de su generación. No sabían esperar. No tenían paciencia. Anhelar algo era impensable.

Todo tenía que suceder ahora.

En el acto.

Preferiblemente, de forma gratuita.

Pero él estaba satisfecho con su decisión de cambiar de nombre, por si ahora se le ocurría actualizar algún sitio diciendo que estaba con un tal Sören. De camino hacia la pequeña barra del bar que había en el centro de la sala se maldijo a sí mismo por haberse dejado provocar. La murga de lo importante que era el blog, que si les servía a otros de inspiración y que si se veían a sí mismas como ejemplos que seguir, había sido demasiado para él.

Pero no sólo eso.

Había bajado la guardia, se había distraído porque, tenía que reconocerlo, era bastante agradable hablar con ellas. Al menos con una de las dos. La más joven. Ebba. No parecía tan perdidamente superficial como su hermana.

—Otra Coca Cola light y un agua con gas, por favor —pidió al camarero que apareció detrás de la barra mientras echaba un vistazo hacia la mesa donde Sara seguía absorta por su teléfono.

—Ahora os lo llevo.

—No hace falta, prepáralo y ya me lo llevo a la mesa.

Mientras el camarero llenaba un vaso con Coca Cola de surtidor y sacaba una botella de la nevera, él extrajo las pastillitas del bolsillo y las repartió entre ambas manos.

—Aquí tiene —dijo el camarero, y colocó los vasos sobre la barra, con cara de no entender por qué no le dejaba llevarlos hasta la mesa.

—Gracias.

Cogió los dos vasos desde arriba y dejó caer la benzodiacepina en la bebida. Burbujeó un poco al ir hacia el fondo, pero las pastillas se disolverían pronto, habrían desaparecido cuando él dejase los vasos sobre la mesa. Con Patricia y Miroslav había sido muy fácil. Fueron al baño, una bebida

adulterada los esperaba a su vuelta, empezaron a sentirse mal y él se ofreció para acercarlos a casa.

Con dos era más complicado. Tal vez había sido mala idea. Pero no tenía tiempo para pensarlo. Justo se acababa de sentar cuando Ebba regresó a la mesa.

—Te he traído más agua.

—Gracias, pero estoy bien.

Eso no se aplicaba a la hermana, que ya dio dos buenos tragos a la bebida en cuanto la dejó delante de ella. ¿Qué pasaría si una no bebía? Aunque seguro que podía funcionar igualmente. Juntos ayudarían a Sara a salir. Incluso podía salir mejor, parecería menos sospechoso que si ambas de repente se ponían enfermas y soñolientas.

—¿Qué planes de futuro tenéis?

Ebba empezó a explicar lo que había estado pensando por la tarde. Crear una empresa. Hacer más texto publicitario en el blog. Intentar que creciese de esa manera.

—¿No tenéis intención de buscaros un trabajo de verdad? —preguntó haciendo comillas con los dedos al decir «de verdad» para que no pensasen que lo que hacían en la actualidad no se cualificaba como un trabajo.

—¿Por qué íbamos a hacerlo? —inquirió Sara—. Si podemos ganar dinero escribiendo, también es un trabajo, ¿verdad?

—Y tú, ¿también es eso lo que quieres?

—No lo sé —respondió Ebba más pensativa—. Tal vez por un tiempo. Ver qué tal va, pero me cuesta verme escribiendo posts con treinta años.

—Entonces ¿qué harás?

—No lo sé. Primero tenemos que acabar el instituto, luego ya veremos.

Se oyó un pequeño gemido a la izquierda de Ebba y ésta se volvió hacia allí. Sara estaba con los ojos entrecerrados y se había puesto pálida en tan sólo unos segundos.

—No me encuentro bien... —consiguió decir y gimió de nuevo, respirando hondo como para despejarse un poco, pero sin conseguir el efecto deseado.

—¿Algo que has comido? —preguntó Sören con compasión.



—No lo sé. Tal vez...

—En cualquier caso, ya hemos terminado, ¿verdad? Voy a pagar.

Se levantó y sacó la cartera del bolsillo de atrás mientras se alejaba de la mesa.

—¿Puedes llamar también a un taxi? —pidió Ebba a sus espaldas.

—Os puedo llevar a casa, voy en esa dirección y tengo el coche aquí fuera.

—Vale.

Su hermana estaba mal de verdad.

Al salir al aire libre pareció que se espabilaba un poco, pero tras dar unos pasos fue como si las piernas cedieran bajo su peso y tuvo que apoyarse en Ebba.

—Tengo el coche allí —dijo Sören—. Te ayudo a llevarla —se ofreció pasando el brazo por la cintura de Sara sin esperar una respuesta.

Avanzaron unos pasos y torcieron hacia la derecha por un callejón sin salida. El edificio en el que estaba el restaurante chino era el último de la calle. Al otro lado del callejón sin salida había un parque visiblemente desolado. Siguieron caminando por la calle a lo largo de una fila de coches aparcados. La calle acababa en un solar vacío. Basura, arbustos secos, botellas, un carrito de supermercado viejo y un cartel grande que anunciaba la construcción de 51 viviendas nuevas iluminado por dos bombillas naranjas, a pesar de que aún no había oscurecido. Unos metros detrás del cartel había una autocaravana blanca y grande aparcada.

—¿Tienes una autocaravana? —preguntó Ebba de forma un poco innecesaria, ya que era obvio que se dirigían hacia ella.

—Sí, tu hermana se puede tumbar detrás y descansar mientras yo conduzco.

Siguieron avanzando hacia el vehículo. Ebba no sabía por qué, pero el vehículo blanco y grande a la sombra del cartel iluminado la hizo dudar. Ralentizó los pasos. Al parecer, él se dio cuenta porque se volvió y la miró desconcertado.

—¿Qué pasa?

—Es igual, cogeremos un taxi.

—No hace falta, si me va de camino.

Él siguió caminando con Sara, que no parecía reaccionar en absoluto a lo que estaba sucediendo a su alrededor. La duda que había sentido Ebba se transformó en inquietud.

—No, para, suéltala, vamos a coger un taxi.

Pero Sören no se detuvo. Continuó avanzando sujetando a Sara. Pasaron por delante del cartel iluminado. Ya sólo faltaban unos metros hasta alcanzar la autocaravana. Ebba vio cómo el hombre sacaba unas llaves del bolsillo con la mano que tenía libre.

Miró a su alrededor.

La inquietud se estaba convirtiendo en puro pánico.

Un lugar completamente vacío de gente perdido en la periferia. Ni una ventana que diera al callejón por el que habían llegado. El parque, desierto. Un lugar a evitar incluso con el calor del verano y las noches claras. Un lugar elegido con esmero.

Su mente se aceleró de golpe. Intentaba atar cabos. ¿Cómo sabía él que Sara se pondría enferma? Que no iban a correr. La bebida. El segundo vaso. Ella no había tocado el suyo. Sara se lo había bebido todo. El hombre que seguro que no se llamaba Sören había ido a buscarla a la barra del bar. Lo había visto dejar los vasos cuando volvía del baño.

Sara estaba drogada.

La conciencia de lo que era probable que estuviera sucediendo le dio a Ebba una fuerza inesperada. La adrenalina, supuso ella. Sin tan siquiera pensarlo fue corriendo hacia el hombre que seguía sujetando a su hermana mientras intentaba abrir la puerta de la autocaravana. No tenía nada para golpearlo, ni conocimientos de lucha cuerpo a cuerpo; lo único que tenía era su cuerpo y la inercia.

Lo embistió en el costado con toda la fuerza que pudo reunir. Él no estaba preparado para el ataque, a pesar de haberla visto venir corriendo. El hombre se tambaleó hacia atrás, se golpeó la cabeza en el lateral de la autocaravana, soltó a Sara, que se dobló en silencio hasta el suelo y casi a cámara lenta.

Ebba la alcanzó en un abrir y cerrar de ojos. La cogió por debajo de los brazos en un intento de levantarla. Enseguida se dio cuenta de que no iba a poder, y, aunque Sara lograra levantarse, no llegarían a ninguna parte. El hombre ya había recuperado el equilibrio y se volvió hacia ellas.

Ebba soltó a su hermana, dio media vuelta y salió corriendo.

Con un poco de suerte encontraría a alguien en la calle de delante del restaurante chino, pararía un coche o conseguiría que alguien del restaurante llegara a tiempo para evitar que el hombre se llevase a su hermana.

—¿Piensas dejar a tu hermana? —oyó que él gritaba.

Ebba siguió corriendo.

—¿Podrás vivir con ello? ¿Sabiendo que la dejaste? ¿Conmigo?

Ebba paró en seco. Le costaba respirar. Sintió cómo las lágrimas brotaban de sus ojos. No quería, no se atrevía a volverse, pero oyó cómo la llave giraba en la puerta de la autocaravana, cómo ésta se abría, y los gemidos contenidos del hombre mientras con cierta dificultad lograba meter a Sara en la autocaravana.

—¿Qué es lo que dice vuestro blog? —continuó él. La voz tranquila cortaba el silencio veraniego—. La una sin la otra somos una mitad.

Sentía cómo sus ojos rebosaban. Una lágrima solitaria se deslizaba por su mejilla.

No podía. No podía dejar a Sara.

Ella era la aplicada. La que hacía las cosas como tocaba.

Dio media vuelta y empezó a caminar hacia la autocaravana aparcada.

La vida era frágil.

Todo podía desaparecer en cualquier momento.

Un par de centímetros más a la izquierda y la bala que le había hecho perder el ojo la habría matado. Si había aprendido algo con los acontecimientos de los últimos tiempos era que debía aprovechar mejor la vida.

Atreverse. Arriesgarse. Apostar.

Decidirse.

En realidad, no sabía si ella y Torkel podrían ser una pareja de verdad. Nunca se había permitido tan siquiera pensarlo. No era propio de ella.

No era lo que ella quería.

Nunca iba a funcionar.

Pero ¿cómo podía saberlo? No podía. No hasta que lo hubiese intentado.

De modo que ahí estaba, con una blusa blanca nueva y sus tejanos habituales en el pasillo de delante de su habitación. Para la ocasión se había puesto un poco de perfume. Por lo general bastaba con jabón y desodorante, pero era el perfume que había llevado al principio de los encuentros y la idea era transmitir la señal de un nuevo inicio. Eso si él se daba cuenta. Torkel era un excelente policía, pero los gestos románticos y las insinuaciones sutiles no eran su fuerte. De hecho, tampoco ella se defendía bien en ese aspecto. Una parte de Ursula se sentía ridícula y un poco desesperada, pero esa parte ya la había perdido. Le quería enseñar que lo había echado realmente de menos, por lo que debía ser muy clara, a pesar de su lado más tímido.

Empezó a avanzar por el pasillo, pero se percató de que no sabía adónde se dirigía. Torkel solía darle el número de habitación. A veces de forma verbal, normalmente por SMS.

Simple y fácil de entender. Dos personas que querían.

Tal vez debería probar y enviarle un mensaje y preguntarle en qué habitación estaba, pensó. Eso lo haría todo más fácil. Pero le quería dar una sorpresa. Ésa era la clave de todos los preparativos. Hacer las cosas de manera diferente, por una vez. Se dirigió hacia el ascensor.

En la recepción sabrían en qué habitación estaba.

El ascensor no estaba en su planta, por lo que decidió bajar por la escalera. De todos modos, era tan lento que ella ya estaría abajo antes de que le diese tiempo de llegar arriba. Cuando aún faltaban unos pocos escalones, pudo ver la recepción y gran parte del bar que había al lado. Torkel estaba allí. De espaldas a ella, cerca de una mujer que tenía una melena larga y rubia. Él se reía. La mujer también se rio y posó una mano con suavidad en el antebrazo de Torkel, cubierto por la americana. Los ojos le brillaban cuando se arrimó a él.

Parecían conocerse. Estar a gusto juntos.

Ella alzó su copa, brindaron y bebieron.

Ursula se quedó parada valorando si debía acercarse a ellos. Presentarse. Averiguar más. Averiguar quién era.

Pero ¿qué iba a conseguir con ello? En el mejor de los casos, un par de frases de cortesía y la pregunta de si quería una copa de vino. La mujer volvió a poner la mano sobre el brazo de Torkel, y él se inclinó hacia ella y le dijo alguna cosa cerca de la oreja. Ella se rio otra vez. Estaba radiante.

Ursula dio media vuelta y subió de nuevo la escalera rápidamente.

Podía notar los azotes del perfume que se había puesto.

Tendría que volver a ducharse.

Los dos habían llegado temprano. Lise-Lotte ya estaba en el bar cuando él bajó. Estaba todavía más guapa ahora que se había arreglado el pelo, largo y rubio, y llevaba un vestido de verano sencillo pero elegante y un chal sobre los hombros. Torkel se alegraba de haberse tomado un tiempo para ducharse y cambiarse de ropa, habría sido extraño que Lise-Lotte hubiese sido la única en arreglarse. Se acercó a ella y se dieron un breve abrazo. Lise-Lotte propuso ir a un restaurante que quedaba a un paseo de distancia y Torkel sugirió que empezaran con una copa de vino en el bar; iban bien de tiempo. Lise-Lotte aceptó y pidió vino tinto. Tardaron poco en pedir otra copa cada uno. La timidez inicial que había sentido Torkel desapareció. Lise-Lotte era de conversación fácil. Abierta y rebotante de energía. Se contagió. Los recuerdos ayudaban, tenían un pasado en común y pronto estuvieron hablando como buenos amigos, no como unos colegas que llevaban treinta años sin verse. Lise-Lotte tenía una memoria increíble, lo cual simplificaba las cosas. Aunque al cabo de un rato Torkel comenzó a sentirse un poco senil.

—¿Cómo puedes recordarlo todo? —dijo al final, cuando ella acabó de explicar lo que él había llevado puesto la noche que empezaron a salir—. Yo no recuerdo nada. ¿Cómo lo haces?

—Siempre se me ha dado bien recordar cosas, pero... tengo que reconocer que te estuve mirando toda la noche —respondió ella con una risita—. Y antes de eso también, algunas veces. O bastantes... —Torkel casi habría jurado que la vio sonrojarse un poco cuando volvió la cara y tomó un sorbo del vino—. ¿Recuerdas qué canción sonaba cuando bailamos por primera

vez? —preguntó ella al dejar otra vez la copa.

—Pues sí, la verdad es que sí —respondió Torkel sacando un poco de pecho, orgulloso—. Roxy Music.

—Ajá, de ésos sí que te acuerdas —dijo Lise-Lotte fingiendo estar un poco ofendida, aunque sonreía—. Supongo que será porque te gustaban.

—Pues en realidad no.

Lise-Lotte lo contempló sorprendida.

—Y ya puestos a hacer confesiones... —continuó Torkel, y la miró a los ojos—. Fingía que me gustaban porque a ti te gustaban. Incluso me compré sus discos para tenerlos en casa por si algún día me acompañabas.

—Es broma, ¿no?

—No.

Él soltó una carcajada. Ella también, y apoyó la mano con suavidad sobre el antebrazo de Torkel, cubierto por la americana. Los ojos de Lise-Lotte brillaron cuando se arrimó un poco a él.

—Qué mono.

Ella alzó su copa, brindaron y bebieron. Torkel estaba disfrutando.

Iba a ser una noche agradable.

Noche.

O, como mínimo, última hora de la tarde.

Habitación de hotel. Solo.

Un auténtico fracaso de combinación.

La tele estaba encendida, pero esperar que algo fuera a captar su atención era esperar demasiado. Sebastian se levantó de la cama, dio unos pasos errantes hasta la ventana y la abrió. La templada temperatura veraniega sobre su dorso desnudo. Un suspiro de aburrimiento. Había repasado el material de la investigación, que ahora estaba tirado a un lado de la amplia cama individual. El material no daba más de sí, ni ahora ni antes en comisaría.

Y no había encontrado nada más.

Cuando Torkel había salido para ir a ver a Axel Weber, Sebastian había aprovechado para acompañar a Eva Florén con la excusa de rellenar su taza de café.

¿Pensaba volver luego a Borås?, le había preguntado.

Sí, iba a volver.

¿Le apetecía ir a comer algo con él antes de irse?

No, no le apetecía.

Así que ahí estaba, en la habitación del hotel.

Solo. Impaciente.

Una sensación muy familiar, pero ahora reforzada por el hecho de no tener a Billy bajo control. Estaba en Helsingborg. Si él también estaba solo e impaciente en su habitación, la cosa sería peor. O al menos podría serlo.



Tuvo que obligarse a dejar de pensar en ello. Concentrarse en otra cosa. Otra persona. Sebastian cogió la camisa del respaldo de la silla y se la puso, y entonces sonó el teléfono. Miró la pantalla. Como siempre deseando que fuese Vanja.

Un número desconocido de Estocolmo.

Por un instante se planteó dejar que saltase el buzón de voz. Siempre existía el riesgo de que fuera alguien con quien se había acostado y que hubiese conseguido su número. A veces pasaba. O un vendedor. Igual de malo. Pero, por otra parte, si contestaba, al menos pasaría algo. Fuese quien fuese. Respondió a la llamada apretando el «Sí».

—¿Sebastian?

—¿Quién es?

—Anna. Anna Eriksson. La madre de Vanja —añadió por si acaso conocía a varias Anna Eriksson.

—¿Qué quieres? —preguntó Sebastian sonando más asombrado que reacio. Era la última persona que se esperaba que lo llamara.

—Hablar. De Vanja.

—Ah.

Sebastian enmudeció.

Era ella la que lo llamaba a él. Ella quería hablar.

No pensaba empezar él.

—Ha roto todo contacto conmigo —dijo Anna, y a Sebastian le pareció oír cómo se le quebraba la voz.

—¿Te sorprende? —De nuevo sorpresa—. Le has mentado toda su vida.

—Por su bien.

—Tal vez al principio, pero no al final.

Sintió cómo la sorpresa y la curiosidad iban dando lugar a una creciente irritación. Ella era quien había dirigido todo el asunto. Lo había decidido todo. Desde que lo fue a buscar la primera vez tras enterarse de que Vanja era su hija, hasta la boda de Billy. Él había hecho lo que ella quería. Siempre. Y ahora que su plan no había dado el resultado deseado, lo llamaba a él.

—Cuando supo que Valdemar no era su padre, ¿por qué no le dijiste que era yo? —preguntó, dándose cuenta de que la rabia incipiente empezaba a

notarse en su voz—. ¿Por qué te inventaste un tío que estaba muerto?

—Porque tú eras una alternativa peor.

Estaba claro que no había telefoneado para camelarlo.

—¿Nos podemos ver?

—¿Por qué? Soy la peor alternativa.

—Sebastian...

—A ti te odia y a mí me soporta. —La interrumpió él—. ¿Por qué iba a arriesgar eso?

—Por favor. Valdemar vuelve a estar ingresado y yo... ahora mismo no puedo con todo.

—¿Otra vez el cáncer?

Sebastian sintió cómo la rabia perdía fuerza. Valdemar era quien, en muchos sentidos, se había equivocado menos en aquella historia, y a pesar de eso era quien más caro lo había pagado.

Anna tardó en responder. Una inhalación profunda, que no era el inicio de una nueva frase, y volvió a soltar el aire en una sonora exhalación. Sebastian se la imaginó delante de la ventana, mirando a la nada, mordiéndose las uñas y luchando por contener las lágrimas. Tuvo la sensación de que no era el cáncer que había vuelto, que era algo peor. Si es que pudiera haberlo.

—No, está... está deprimido —dijo por último en voz muy baja—. Ha intentado quitarse la vida.

Vale, peor. Sebastian sintió que lo poco que le quedaba de enfado se esfumaba. No le tenía demasiado cariño a Anna, pero esto no se lo deseaba a nadie.

—¿Cómo está?

—Tomó pastillas, pero lo encontré a tiempo. Está en el hospital Karolinska, su vida ya no corre peligro.

—Lo siento —logró decir—. Estoy en Ulricehamn —continuó como para explicar por qué no se podían ver.

—¿Está Vanja también allí?

—No, está en Helsingborg. El mismo caso.

Anna volvió a enmudecer. No quedaba mucho más que añadir. Nada que se pudiese resolver por teléfono.

—¿Podrías llamarme cuando regreses a Estocolmo?

Más que una pregunta, una súplica.

—Ya veré...

—Por favor, hazlo. Necesito... Necesito recuperarla. Necesito algo que funcione en mi vida.

Estaba llamando a Sebastian Bergman porque necesitaba algo que funcionase en su vida.

Realmente, no le quedaban más alternativas.

—Ya veré —repitió él—. No te prometo nada.

Y colgó. Se quedó un rato con el teléfono en la mano. No menos impaciente después de la conversación. ¿Podría afectar esto a su relación con Vanja? El nuevo padre era reemplazado por un antiguo padre deprimido. Los viejos sentimientos volvían a salir a la superficie. No era imposible. ¿Sabía ella lo que había pasado? Había olvidado preguntárselo a Anna. ¿Debía llamar a Vanja? Pero ese tipo de noticias no quería darlas por teléfono. Ni tampoco quería que Vanja pensara que él mantenía el contacto con su madre.

Por lo tanto, llamarla quedaba descartado.

Pero no podía seguir en la habitación.

Se abrochó la camisa y salió del cuarto en busca de alguien con quien acostarse.

Volvieron a casa paseando por la pequeña ciudad.

Algunos turistas deambulaban por la calle peatonal, y en la estación de autobuses había un grupo de adolescentes, pero por lo demás era una noche bastante tranquila. Lise-Lotte había escogido un restaurante excelente. Buena comida, íntimo y agradable. Habían hablado sobre todo tipo de cosas. Se habían puesto al día de sus respectivas vidas y de vez en cuando se habían entregado a los viejos recuerdos.

Treinta años.

Era mucho tiempo, muchísimo, pero, mientras estaban ahí sentados, a veces parecía que sólo hubiesen pasado algunos años desde que se habían visto por última vez. O menos tiempo incluso. Era fascinante lo fácil y rápido que habían conectado de nuevo. Torkel estaba de fábula. No podía recordar la última vez que había estado tan relajado y feliz.

Pasaron por delante de algunas tiendas cerradas, doblaron la esquina y de repente vio, para su gran decepción, que faltaba muy poco para llegar al hotel. Miró a su alrededor deseando encontrar una excusa para dar un rodeo y que el paseo durase un rato más.

—Tal vez podría acompañarte hasta casa —probó él contemplando a Lise-Lotte.

—Gracias, pero vivo fuera de la ciudad —dijo ella—. Tomaré un taxi, está demasiado lejos para ir caminando.

Torkel sintió de nuevo cómo lo engullía la decepción, pero intentó disimularlo. Ofrecerse a acompañarla en el taxi no era una alternativa. En

todo caso, esa propuesta debería salir de ella.

—No te imagino viviendo en el campo —dijo él—. Siempre fuiste una urbanita. Incluso Linköping te parecía un agujero.

Ella esbozó una sonrisa y lo cogió del brazo como si fuese la cosa más natural del mundo. Torkel no tenía nada que objetar.

—Sí, pero la verdad es que me gusta. Será la edad... Tampoco yo me podía imaginar que acabarías siendo jefe de policía.

—No, creo que eso sorprendió a bastantes personas.

—Recuerdo cuando Helena me dijo que habías empezado en la academia de policía, me sorprendió un montón.

La distancia hasta el hotel iba menguando. La entrada iluminada estaba cada vez más cerca. Él sabía lo que quería que sucediese pero se sentía demasiado tímido y torpe para intentarlo. Igual que cuando él y Lise-Lotte salieron por primera vez. La preocupación palpitando en el corazón y la sensación de no ser suficiente. No atreverse. El miedo a ser rechazado.

Aquella vez había sido ella quien había dado el primer paso. Fue ella la que se inclinó hacia delante para darle el primer beso. Esta vez deseaba ser él quien tuviera el valor para atreverse. Podía percibir el cálido cuerpo de Lise-Lotte a través de la tela de la americana. Siguieron avanzando en silencio. Sus pasos provocaban el eco sobre el asfalto. Ella lo dejaba estar cerca. Y, a pesar de eso, Torkel no lograba reunir el valor suficiente para hacer lo que en el fondo más deseaba.

Tocarla.

Besarla.

El hotel estaba cada vez más próximo. Cada vez faltaban menos pasos. Las posibilidades de que ocurriera algo más se iban reduciendo con cada metro que avanzaban. ¿Qué estaba esperando? No lo entendía. No iba a tener más ocasiones ni mejores que ésa. Era ahora o nunca. Pronto estarían delante de la entrada despidiéndose.

—He pasado una noche muy agradable, Torkel —manifestó ella, y de repente se paró y se volvió hacia él.

—Yo también.

Y fue como la primera vez, tantos años atrás. Ella se inclinó hacia delante

y lo besó. Él se relajó y se encontró con ella. Sus labios sabían a vino tinto. Se besaron con intensidad y durante mucho rato, pero, aun así, cuando se soltaron él no deseaba otra cosa que continuar.

—Vaya —dijo ella mirándolo con amor a los ojos a la vez que daba un pasito hacia atrás—. No había contado con esto.

Torkel se sentía un poco desconcertado.

—¿Con qué? —logró decir.

—Sentirme así... —contestó ella, y se quedó en silencio hasta que añadió casi en susurros—: Todo esto.

—Yo tampoco.

—¿Nos llamamos mañana? —sugirió ella.

Torkel asintió, aunque en realidad quería cualquier cosa menos dejar que se fuera.

—Por supuesto —respondió él—. Nos llamamos mañana.

Él se inclinó y le dio un último beso. Más suave que el primero.

Ella se estaba reprimiendo.

Él también.

¿Qué otra cosa podía hacer?

El pronóstico del tiempo que había escuchado en el coche había prometido entre veinte y veinticinco grados durante el día. Aún era pronto, apenas eran las seis pasadas, pero el sol ya calentaba a través de los cristales mientras conducía la furgoneta de carga por el aparcamiento. Y sólo era finales de junio. Roger Levin cruzaba los dedos para que no fuese a hacer el mismo calor que el verano anterior. Tal vez un poco injusto para todos los ansiosos que iban a iniciar sus vacaciones en el próximo mes y que fantaseaban con días soleados y calurosos, y tardes cálidas y plácidas, ideales para hacer barbacoas, pero sus deseos eran puramente egoístas.

A él le tocaba trabajar.

Bajo techo.

Todo el verano.

O al menos hasta mediados de agosto. Cuando las escuelas volviesen a empezar tenía que haber terminado. Su familia no se había alegrado demasiado al saber que, por su parte, no tendría unas vacaciones de verdad este año, pero al mismo tiempo lo entendían.

Construcciones y electricidad Levin había existido desde el año 1999, cuando Levin comunicó su cese en NCC y abrió su propia empresa. Al principio había pasado unos años muy duros. Había muchas pequeñas constructoras que peleaban por los encargos en un mercado donde los trabajos en negro eran frecuentes. Luego se introdujeron las desgravaciones por reformas, reconstrucción y ampliación en 2008, y las cosas habían ido a mejor. Una desgravación por el cincuenta por ciento de los costes de

construcción hacía que ya no fuese tan seductor contratar a personal en negro. Construcciones y electricidad Levin recibió más encargos e incluso pudo contratar personal nuevo. Roger empezó a tantear la idea de bajar el ritmo. Pero entonces su empresa se convirtió en el contratista principal de las reformas que iba a comenzar ahora. Un trabajo grande e importante que tenía que hacer bien y respetando los plazos. Un trabajo que podría generar otros encargos si el resultado era satisfactorio. Por eso iba a dirigir en persona la obra durante todo el verano.

Bajó de la furgoneta, la rodeó, abrió las puertas traseras y sacó la gran caja de madera que llevaba. Una cafetera, dos termos, leche, pan, mantequilla, queso y jamón. Bollos, varios paquetes de galletas y algunas bolsas de chucherías de frutas Gott & Blandat y de cochecitos Ahlgrens.

Los chicos no llegarían hasta las siete, pero para entonces Roger quería tener preparados los bocadillos y el café. No tendrían ese tipo de bienvenida cada día, pero iba a ser un verano largo —y tal vez caluroso— para todos, y nunca estaba de más intentar alegrarles un poco el día. Ellos también iban a sacrificar su vida familiar y las vacaciones.

Se acercó a la puerta de doble de cristal, la abrió con las llaves que le habían dado y entró en el vestíbulo, vacío. La sala de profesores estaba en la planta de arriba. Debería haberse hecho profesor, pensó él mientras subía la caja de madera por la escalera. Diez semanas de vacaciones en verano, Semana Santa, una semana en otoño, la semana blanca y Navidades. Aunque cuando no estaban de vacaciones estaban rodeados de críos todo el día. Treinta. Y sus padres. Roger había colaborado unos años con el club de atletismo cuando sus hijas eran más jóvenes y querían jugar al fútbol. Nunca había dejado de sorprenderle cómo se comportaban los padres de las chicas al otro lado del campo. Gritaban, criticaban, tenían broncas, se cabreaban, cuestionaban todo lo que hacía el entrenador. Ser profesor debía de ser lo mismo elevado a la enésima potencia, pensó él. Sería incapaz de soportarlo, por muchas vacaciones que le dieran.

Llegó a la primera planta y se dirigió hacia la sala de profesores. Cuando iba a girar a la izquierda por el pasillo que conducía al despacho del director se detuvo.



Una de las puertas del pasillo estaba abierta. Desde donde se había parado podía ver que el marco de madera había sido forzado.

Mierda.

Mejor echar un vistazo, documentar los daños e informar para que a nadie se le ocurriese pensar que había sucedido mientras él y su gente estaban en el edificio. Dejó la caja en el suelo y anduvo los pocos pasos hasta la puerta. Sus botas reforzadas con acero golpeaban el suelo de piedra.

Pues sí, enseguida constató que había sido forzada, ya que tanto el marco como la cerradura estaban destrozados. Sacó el teléfono e hizo unas cuantas fotos. La escuela Fiskåsskolan era municipal, así que asumió que debía llamar a alguien del ayuntamiento para explicar lo sucedido. Dio la vuelta manteniendo el teléfono delante de la cara para cambiar de ángulo. Echó una ojeada dentro de la clase, bajó el móvil y se encaminó titubeante hacia el interior del aula, dándose cuenta de pronto de que la primera llamada de la mañana no sería al ayuntamiento.

Marcó el 112.

—¿Sabemos quién es?

Sebastian entró por la puerta forzada y avanzó unos pasos mientras observaba la escena que, por desgracia, ya le resultaba demasiado familiar. La joven chica se mantenía erguida en la silla con ayuda de una cuerda atada alrededor del torso, justo por debajo de los pechos. Dos folios de un examen grapados a la espalda. El cono blanco y las orejas de burro en la cabeza, de cara a la pared. Estaba convencido de que, cuando examinara el cuerpo más de cerca, Ursula encontraría un orificio de entrada en la frente efectuado con una pistola de sacrificio.

—Todavía no —respondió Ursula mientras procesaba el lugar del hallazgo junto con dos técnicos asistentes.

Por supuesto que le sabía mal que otra joven hubiese perdido la vida de aquella forma brutal, pero también estaba contenta de ser, para variar, la primera en llegar al escenario del crimen. Esta vez, el examen científico se haría a su manera.

—Está yendo más rápido —dijo levantando por un instante los ojos de la cámara y mirando a Sebastian—. Casi una semana entre el primero y el segundo, tres días para el siguiente.

—Sí.

—¿Será que lo que llaman período de reflexión se está reduciendo?

—Nuestro hombre no tiene período de reflexión.

Sebastian dio un paso hasta la última fila de bancos que había en la clase y bajó la silla de la mesa que tenía más cerca. Ursula le lanzó una mirada y él

se detuvo, pero luego ella asintió con la cabeza. Sebastian tomó asiento, se balanceó sobre las patas traseras de la silla hasta que el respaldo tocó la pared y volvió a observar a la chica.

—Los asesinos que matan por una compulsión interna, que van construyendo fantasías hasta que ya no se pueden resistirse a ello, son los que tienen un período de reflexión —dijo Sebastian, y se descubrió a sí mismo pensando por un momento en Billy—. Sienten calma después de haber matado, a menudo conectada con la vergüenza y la culpa por lo que han hecho. Luego, la necesidad vuelve a crecer hasta que no se pueden contener más. Estadísticamente hablando, el período de reflexión se va acortando. Pero nuestro hombre...

Fijó la mirada sobre los papeles en la espalda desnuda de la chica.

—A nuestro hombre no lo mueve ni el deseo ni la compulsión. Mata porque quiere, no porque tenga que hacerlo. —Se quedó en silencio. No por el efecto dramático, sino para repasar mentalmente los casos en los que habían trabajado juntos a lo largo de los años. Llegó a la conclusión de que la idea que tuvo al ver la primera víctima estaba más que fundamentada—. Nunca nos hemos cruzado con nadie como él.

Tenía la sensación de que no lograba volver nunca a la clase. No es que quisiera meterse allí. Para nada. La chica joven en la silla.

Torkel era incapaz de mirarla sin pensar en Elin, su hija mayor, que acababa de empezar las vacaciones de verano tras su primer año en la Escuela de Hostelería de Estocolmo. Estudiaba para ser cocinera. Había conseguido un trabajo de verano en un restaurante en Hornstull. Sus notas de bachillerato habían sido regulares. Torkel la amaba más que a nada en el mundo, pero estaba bastante seguro de que no lograría acertar muchas de las preguntas que su autor hacía en sus exámenes caseros.

Eso no significaba en absoluto que fuese tonta, todo lo contrario, era lista, madura, empática y divertida, pero ese tipo de conocimiento enciclopédico no lo tenía. Igual que muchos de sus amigos, pensaba él, basándose en los que había conocido y con los que había hablado. Pero ella tenía otras cosas. Confianza en sí misma, curiosidad, no le daban miedo las nuevas situaciones, creía en que todo era posible y la empujaba una fuerza que la podía llevar muy lejos. Seguramente, más lejos de lo que la podría llevar el conocimiento que las víctimas tenían que demostrar tener. O como mínimo igual de lejos.

Sabía que ella miraba esos programas. Al menos algunos de ellos. Torkel quería pensar que era porque tenían el mismo encanto que los *freak shows* de tiempos pasados. Que lo bizarro, esperpéntico y extraño resultaba tan atractivo que no podías hacer otra cosa que mirar.

Pero a ella jamás se le ocurriría intentar participar en alguno.

Por lo menos eso pensaba Torkel.

A él le costaría mucho aceptar que su hija, borracha, se acostase con muchos hombres más o menos desconocidos en televisión. Con independencia de si ella, al igual que Miroslav Petrovic, estuviera interpretando un papel.

Pero pronto cumpliría dieciocho años y podría hacer lo que quisiese. Aunque ya era bastante autónoma. Hacía tiempo que no le pedía consejos a Torkel ni su opinión antes de tomar una decisión. La mayoría de las veces, él se encontraba con hechos ya consumados.

Así son las cosas, aprende a vivir con ello.

Daba por hecho que Elin discutía más las cosas con Yvonne. Sobre el papel tenían custodia compartida, pero en la práctica las hijas vivían con su madre. Había sido así desde el divorcio. Su trabajo hacía que instalarse con él cada dos semanas fuese inviable.

Tenía una buena relación con sus hijas, realmente lo sentía así, pero para que una relación fuese buena de verdad exigía tiempo y presencia, y de eso había dispuesto más bien poco. Se dio cuenta de que, en verdad, sólo había hablado con las chicas una vez desde que habían empezado las vacaciones de verano, y de eso hacía más de dos semanas. Decidió que las llamaría esa misma noche.

Sentía que necesitaba hablar con ellas.

Sobre todo después de haber visto a la chica en la clase.

Torkel había salido para pedir a los agentes uniformados que habían llegado que intentasen averiguar la identidad de la joven. Hasta ese momento, todas las víctimas habían sido halladas a la mañana siguiente de haberse reunido con el asesino. Les pidió que comprobasen si se había denunciado la desaparición de alguien que pudiese encajar con la descripción de la chica semidesnuda que estaba en el aula, como a primera hora de la tarde. Era un poco un tiro al aire. Si la víctima vivía sola, cosa que no era improbable, dado que parecía rondar los veinte años, podía ser que nadie la hubiese echado de menos todavía.

Pero Torkel cruzaba los dedos.

Habían recibido la llamada poco después de las siete de la mañana.

La alarma de su móvil estaba puesta a las 6.30, pero Torkel se había despertado de muy buen humor ya sobre las seis. Seguro que la cena de la noche anterior tenía algo que ver. Tras una ducha rápida había bajado a desayunar.

Tres cuartos de hora más tarde había aparecido Ursula en el comedor, justo cuando estaba pensando en si podía cometer el pecado de coger otro cruasán de chocolate para acompañar la segunda taza de café.

—Buenos días, sí que has madrugado... —dijo ella haciendo un gesto de la cabeza hacia su plato vacío.

—Me he despertado y he decidido levantarme.

—Entonces ¿no se te hizo tarde ayer noche?

Torkel levantó la vista. ¿Se estaba equivocando o le había parecido notar cierta satisfacción en la voz de Ursula?

—No...

—¿Con quién habías quedado?

Torkel la seguía mirando intrigado.

—Te vi en el bar. Con alguien —explicó Ursula.

—Ah, era una antigua compañera de clase. Fuimos juntos al instituto.

—Mira qué bien. ¿Qué hace por aquí?

—Vive aquí. Trabaja en la escuela en la que encontraron a Petrovic. De hecho, fue ella quien lo encontró.

—Vaya. Tiene que haber sido... duro.

—Sí.

Se hizo un breve silencio. Torkel se preguntó si debía contarle que durante un tiempo él y Lise-Lotte habían sido más que compañeros de clase, pero decidió no hacerlo. Seguro que Ursula no tenía ningún interés en saberlo. Hacía una eternidad de aquello.

—Voy a coger algo para desayunar —dijo Ursula poniendo fin al silencio; dio media vuelta y se dirigió al bufet.

—Ya que vas hacia allí, ¿me traes un cruasán de chocolate? —le pidió Torkel.

No tuvo tiempo de comérselo.

Ursula apenas se había alejado de su mesa cuando el teléfono comenzó a sonar.

Otro cuerpo.

Su caso.

Una escuela en Rosersberg, cerca de Estocolmo.

A continuación, Torkel efectuó tres breves llamadas.

La primera, a Vanja y a Billy para ver cómo iban y si se podían desplazar a Estocolmo.

Sí, podían.

Christiansson les había mandado dos hombres que parecían muy competentes. Si Torkel quería que volvieran, Vanja y Billy podrían dejarles la investigación a los agentes de Helsingborg.

Quería.

La segunda llamada fue a Eva Florén. Le explicó lo sucedido y le pidió que tomase el mando de la investigación en Ulricehamn y que lo mantuviese informado a diario o en cuanto sucediese algo que considerara relevante.

La tercera llamada fue a Sebastian.

Él estaba sentado desayunando en una cafetería a unas manzanas de distancia. Cuando Torkel preguntó por qué no comía en el hotel contestó que no había dormido allí.

—¿Eva Florén? —soltó Torkel con un suspiro hastiado.

—No.

Torkel no hizo más preguntas, le resultaba fácil saber lo que había pasado. Se podía contentar con que no fuera Eva Florén con quien se había acostado. Su mala costumbre de acostarse con mujeres vinculadas a sus investigaciones empezaba a ser un problema. Le dio la orden a Sebastian de mover el culo y volver al hotel a hacer la maleta. Se iban a Estocolmo.

A Rosersberg. Un pueblo que no destacaba por nada, a medio camino entre Estocolmo y el aeropuerto de Arlanda.

Al llegar a la escuela entraron los tres en el aula, pero enseguida constataron que, en efecto, se trataba de su caso, y Torkel dejó a sus compañeros para pedir a los agentes uniformados que le echaran una mano con la identificación de la víctima.

Luego se había ido a hablar con el constructor que había encontrado el cuerpo.

Estaba regresando cuando uno de los uniformados lo llamó.

Parecía como si nunca pudiera volver a la clase.

Sebastian estaba sentado en una silla al fondo del aula, apoyado contra la pared. Ursula y sus dos colegas trabajaban alrededor de la víctima. Todos se volvieron hacia Torkel cuando éste entró, al fin, por la puerta.

—Los padres de Sara y Ebba Johansson denunciaron su desaparición anoche —dijo en cuanto vio sus miradas llenas de curiosidad—. Mellizas. No regresaron tras la cena, no dieron señales de vida y no contestaban al teléfono, cosa muy extraña, por lo que se ve.

—¿Con quién cenaron? —preguntó Sebastian.

—No lo sé, sólo tengo sus datos personales.

—¿Habían salido en algún *reality*?

—No lo sé.

—¿Tenemos alguna foto?

—Está de camino.

—¿Mellizas?

—Sí, ambas declaradas desaparecidas poco después de medianoche.

Sebastian se dejó caer hacia delante y la silla volvió a tocar el suelo con las cuatro patas.

—Entonces ¿dónde está la otra?



Ursula informó a Vanja y a Billy por teléfono mientras éstos iban en taxi desde el aeropuerto de Bromma.

Todos los nuevos hallazgos concordaban con los casos de las otras víctimas. La colocación del cuerpo, el cono con las orejas de burro en la cabeza y el examen grapado en la espalda. Sara Johansson había acertado algunas más que Patricia y que Miroslav, dieciséis de sesenta, pero no había sido suficiente. Ebba estaba en paradero desconocido.

No parecía haber ninguna relación entre las víctimas y las escuelas en las que aparecían sus cuerpos, y en la zona de Estocolmo había muchas escuelas cerradas por vacaciones que se debían inspeccionar. Ebba podía estar en cualquier sitio. Ursula terminó diciendo que les mandaría lo que habían podido descubrir de las mellizas hasta el momento.

No habían encontrado el móvil de Sara, así que Billy empezó a buscar directamente ahí, sentado en el asiento trasero del taxi. No podía haber demasiadas mellizas que se llamasen Sara y Ebba Johansson. El teléfono de Vanja hizo un tintineo. Recibió el primer informe policial del día anterior, cuando había sido denunciada la desaparición. Según el documento, las dos tenían una cita con un periodista sobre las ocho de la noche. Ningún nombre, pero Sven Catón podía acercarse bastante a lo que sospechaban. Mientras Vanja intentaba contactar con el policía que había cumplimentado la denuncia, se preguntaba cómo podía ser que Sara y Ebba hubiesen ido a ese encuentro. Apenas doce horas después de que se hubiese hecho público el nombre. Era verdad que los jóvenes no solían leer los periódicos, pero algún

tipo de noticias debían de haber visto a lo largo del día. Al parecer, no había sido así.

Consiguió contactar con un tal Larsson, asistente de policía, quien le explicó que los padres estaban preocupados, pero que se mostraron serenos y atentos cuando fueron a denunciar la desaparición de las hijas, y cuando él les preguntó si sabían con quién se habían reunido las chicas, le habían dicho que sus hijas nunca mencionaron el nombre del periodista. Pero iban a encontrarse en un restaurante chino en Sundbyberg. No sabían nada más.

—¿Dijeron por qué las quería ver? —preguntó Vanja—. ¿Habían salido en televisión o algo así?

—Al parecer, habían ganado algo por su blog —respondió Larsson, y Vanja oyó cómo repasaba los papeles que tenía sobre el mostrador—. «Almas gemelas», se llamaba —dijo al retomar la conversación.

—Eso no sale en la denuncia —comentó Vanja, deslizándose por la pantalla del móvil.

—No me pareció que fuera relevante en relación con su desaparición —contestó Larsson con una voz que explicaba que pensaba que había hecho una valoración completamente correcta.

Vanja agradeció la ayuda y colgó.

—«Almas gemelas» —le dijo a Billy, que iba sentado en el asiento trasero.

Hizo una búsqueda en Google y pronto encontró tanto una cuenta en Twitter como en Instagram con ese nombre, al igual que un blog. Empezó por Twitter. Le mostró a Vanja la pantalla del teléfono, donde salía el último tuit publicado.

—Ayer noche. A las nueve y cuarto —dijo él.

—«Mi hermana y yo reunidas con un periodista. Divertido, y cena gratis» —leyó ella en voz alta—. De modo que a las nueve y cuarto las dos hermanas estaban vivas. ¿Algo más?

—Todavía no.

Billy cogió de nuevo su móvil y continuó el baile de dedos sobre la pantalla. Vanja miró por la ventana. Fuera del coche vieron la estación de metro de Alvik. Se estaban acercando a Estocolmo.

—Joder —oyó de repente desde el asiento trasero.

—¿Qué pasa? —preguntó ella.

—Campo de comentarios de la última entrada en su blog —dijo Billy inclinándose hacia delante para que ella pudiese volver a leer lo que había en la pantalla.

Sara, 16/60. Suspendida.

Ebba, 28/60. Aprobada.

—Aprobada. ¿Eso qué significa? —preguntó Vanja.

Cuando llegaron a Homicidios, Vanja y Billy subieron de inmediato a la sala de reuniones de la tercera planta, que nunca llamaban de otra forma que «la sala». A Vanja le gustaba estar de vuelta en Estocolmo y en la Unidad de Homicidios. Aquí tenían el espacio, la tecnología y los recursos que necesitaban para poder hacer bien el trabajo. Vanja nunca había participado en deportes de equipo, pero se imaginaba que la sala era para Homicidios lo equivalente a jugar en casa. Era imprescindible tener un lugar donde pudieran recopilar toda la información y conseguir una rápida visión global de todo el caso para poder ser creativos.

Billy dejó el portátil sobre la mesa. Justo cuando iba a seguir mapeando a las hermanas en la red entró Rosmarie Fredriksson, la jefa del DON, el Departamento Operativo Nacional, del cual dependía ahora la Unidad de Homicidios.

Los visitaba la jefa.

Eso significaba algo.

Las malas lenguas decían que únicamente solía aparecer cuando Torkel había sobrepasado el presupuesto, y que estaba más interesada en las horas extras que facturaban que en su porcentaje de resolución de casos. La mujer, de unos cincuenta años, saludó a Vanja y a Billy con un fugaz gesto de reconocimiento con la cabeza. Como siempre, iba bien vestida, con el pelo castaño recogido y una mirada gris férrea.

—¿Sabemos algo más? —preguntó directamente.

Billy seguía concentrado en su pantalla. Eso era algo que dejaba

encantado en manos de Vanja, a quien vio negar con la cabeza con el rabillo del ojo.

—Acabamos de volver de Helsingborg. Ursula está en el último lugar del hallazgo. Torkel está de camino —contestó esperando que «de camino» significase «llegará en cualquier momento». Torkel tenía mano izquierda para manejar a Rosmarie.

—¿Nada nuevo sobre la hermana? La que está desaparecida. Tengo la impresión de que en este momento nos están llamando los periodistas de toda Suecia —continuó Rosmarie.

—Hay doce patrullas revisando las escuelas al norte de Estocolmo, tomando Rosersberg como punto de partida —respondió Vanja tratando de sonar objetiva—. Por ahora, nada.

—Odio este caso. La jefa de la Policía Nacional ya me ha llamado hoy tres veces —prosiguió irritada.

De repente, Vanja comprendió de dónde venía el interés. No era preocupación por el bienestar de la hermana desaparecida, ni consideración por las víctimas. Era la llamada de la jefa suprema.

—Pues pídele que me llame a mí si te parece pesada.

Torkel apareció en la puerta y, sin duda, oyó ese último comentario mientras entraba en la sala. Saludó a Rosmarie con un breve gesto con la cabeza.

—Estamos haciendo todo lo que podemos —continuó con cierta irritación en la voz.

Billy levantó la mirada del ordenador.

—Mira esto. Saben que está desaparecida —dijo girando la pantalla hacia ellos. Una foto de una joven chica rubia compartía espacio con un gran texto en negrita.

REINA BLOGUERA MUERTA A MANOS DEL ASESINO DE LOS «REALITIES»  
LA HERMANA, DESAPARECIDA.

—¿Hemos comunicado nosotros eso? —inquirió Rosmarie enfadada, dando un paso para acercarse a la pantalla y observarla.

—Claro que no —dijo Torkel. El hastío en su voz era inconfundible.

—En cualquier caso, no es bueno —declaró Rosmarie, pero no le dio tiempo de decir nada más antes de que Sebastian entrara tranquilamente en la sala.

—¡Anda, visita de honor! —dijo al ver a Rosmarie—. ¿Han empezado a llamar los periodistas o es que de repente te interesa el trabajo policial?

Sin esperar respuesta, se dirigió a sus compañeros.

—Hola, Vanja, ¿cuándo has llegado?

—Hace un rato —respondió Vanja señalando la pantalla de Billy—. ¿Has visto esto?

—¿Es la hermana desaparecida?

—Sí, Ebba. Te han dicho que ella aprobó, ¿verdad? —preguntó Vanja.

—Sí, me lo dijo Torkel.

Sebastian dio unos pasos y observó a la chica rubia que aparecía en la pantalla. Dieciocho años. Mirada fija al objetivo de la cámara. Toda la vida por delante, como se solía decir. Por desgracia, Sebastian tenía grandes dudas de que eso sirviera para Ebba Johansson.

—Entonces ¿qué significa? —quiso saber Rosmarie, decidida a no seguir siendo ignorada más tiempo.

—Lo sabremos cuando la encontremos —precisó Sebastian con seriedad.

—Estas chicas no participaban en *realities* —continuó Rosmarie exigente y con la mirada clavada en Sebastian—. ¿Por qué ahora ha pasado a atacar a blogueras?, ¿lo sabemos?

—Lo que hacen no es lo más importante —contestó Sebastian tranquilo y forzando la voz como si le hablara a un niño pequeño—. Eran famosas. Exitosas. Sin merecérselo, a ojos de él. —Sebastian se volvió hacia Rosmarie y se llevó una mano a la barbilla, como si estuviera pensando profundamente—. Como..., a ver, ¿cómo decirlo? Como cuando a alguien la ascienden a jefa de policía sin realmente saber nada. Así es como él lo ve...

Rosmarie apretó los labios, y la oscura mirada que le lanzó a Sebastian antes de dirigirse hacia Torkel no dejó lugar a dudas.

—Mantenme informada todo el rato —dijo; se despidió de los demás con un gesto de la cabeza y salió de la sala.

Torkel dio un hondo suspiro cuando ella cerró la puerta tras de sí con un golpe.

—Buen trabajo, Sebastian.

—Gracias.

Torkel apartó una de las sillas y decidió pasarlo por alto. Sebastian había optado por no oír la ironía en su voz y, de todos modos, no estaría receptivo a su argumento de que siempre era más fácil tener a los jefes de tu lado. Incluido Torkel. Además, había conseguido que Rosmarie los dejara en paz. Con un poco de suerte, durante bastante tiempo. Siempre era algo.

—Vale, ¿ahora qué hacemos? —preguntó Torkel, dirigiendo de nuevo la atención al trabajo.

Billy estaba muy activo. Seguiría revisando la actividad de las víctimas en la red, completando el eje cronológico en la pizarra blanca, pero lo primero que tenía que hacer era encargarse de las listas de llamadas a las compañías telefónicas. Eran tres diferentes. Patricia Andrén tenía Tele2, Mirre era cliente de Tre y las hermanas Johansson estaban abonadas a Halebop. Billy sospechaba que tardaría un poco en conseguirlo todo.

Vanja volvería a repasar el material de Helsingborg y Ulricehamn de nuevo, por si había algún detalle que se les hubiera escapado o si encontraba nuevas pistas, aparte de que Christiansson no paraba de enviar nuevos datos que ella tenía que incorporar al material. Lo mismo con Eva Florén. Esperaba tener lista la recopilación por la tarde. Pero primero tenía que comer. No había tomado nada desde el desayuno.

—¿Y tú? —le preguntó Torkel a Sebastian—. ¿Tú qué vas a hacer?

—Yo le haré compañía a Vanja —dijo Sebastian, y salió con ella de la sala.

Sebastian estaba en la puerta de la cocina mirando cómo Vanja sacaba un plato preparado de la nevera y se dirigía hacia el microondas.

—¿Tú también quieres? —le soltó por encima del hombro.

—No, gracias —contestó él un poco ausente.

Sin prestarle atención, la vio arrancar la tira de cartón del embalaje del

molde, perforar la tapa de plástico y colocar la comida en el aparato. Tenía que tomar una decisión. ¿Se lo contaba? No se lo había podido quitar de la cabeza desde la llamada de Anna.

¿Qué debía hacer?

Sentía que tenía que gestionar el asunto sin cometer un solo error. En los últimos tiempos habían ocurrido muchas cosas en la vida de Vanja. No podía callarse lo sucedido. Tarde o temprano se enteraría. Y, entonces, si no se lo había explicado, ella lo viviría como otra traición. Como una falta de sinceridad. Pero Sebastian debía usar la información de manera que reforzara la frágil relación que tenían y que evitase que aumentara la distancia entre ellos.

El problema era que ella aún albergaba sentimientos hacia Valdemar. Cuando Sebastian entró en su vida tenían una relación muy cercana. Comían juntos una vez a la semana. Daban largos paseos juntos. Cenas, cine, conciertos. Sebastian lo sabía porque los había seguido y espiado lleno de envidia.

Las relaciones duraderas se construían a base de tiempo compartido. No con genes. Ésa era la verdad. Valdemar había pasado muchos años junto a ella y, en el fondo, su culpa no era tan grande. Más bien, lo que había hecho era humano. Había apoyado a su mujer y protegido a su hija. Eso una hija lo podía perdonar. En especial en situaciones extremas. Ése era el problema básico.

El intento de suicidio alteraba el tablero de juego.

Debilitaba la posición de Sebastian.

¿Qué haría ella al enterarse de lo sucedido?

¿Iría a ver a Valdemar?

Probablemente.

¿Debía acompañarla?

Sebastian se detuvo ante la idea. Tal vez merecía la pena valorarla. Dar su apoyo no sólo a Vanja, sino también a Valdemar. Dejar la envidia a un lado, quizá incluso mostrarle su agradecimiento por todo lo que él había hecho por su hija. Apoyarlo en un momento difícil. Ser un compañero, no un rival. Ésa era una estrategia posible.



—¿Vas a quedarte ahí? —la voz de Vanja interrumpió sus pensamientos y lo trajo de nuevo a la realidad.

Estaba junto a la encimera bebiendo un vaso de agua mientras aguardaba a que pasasen los diecisiete segundos que faltaban para que su comida estuviese lista.

—Pensaba que tú también ibas a comer.

—No... —dijo él dando unos pasos cautelosos hacia el interior del pequeño comedor—. Vanja, hay algo que te tengo que contar.

—¿Ah, sí? ¿El qué?

Se volvió hacia el microondas. Él se quedó de nuevo en silencio. Última oportunidad. Inventarse algo inocuo, dar media vuelta e irse, o contarlo.

—Anna me llamó ayer por noche —dijo al final.

Vanja reaccionó como él había esperado. Se volvió bruscamente. Sebastian sabía que sus ojos estaban oscuros de rabia antes incluso de verlos. Detrás de ella sonó un tintineo, pero Vanja parecía haber perdido todo el interés por la comida.

—¿Qué coño pretendes?

—Nada, te lo prometo. Fue ella la que me llamó a mí. Y...

Vanja lo interrumpió antes de que le diese tiempo de decir nada más.

—Si quieres que esto funcione, no puedes hablar con ella. Nunca.

Sebastian continuó todo lo tranquilo y cuidadoso que era capaz. Midiendo cada palabra, cada matiz, con máxima precisión.

—Vale, pero me llamaba para... para... —se detuvo.

Ella lo estaba mirando fijamente. Se había cruzado de brazos, los hombros encogidos hasta las orejas, y la cabeza un poco más baja. Lo contemplaba furiosa. Cada fibra de su cuerpo estaba lista para la batalla.

Pero la suerte estaba echada. Ya no podía retrasarlo más.

—Valdemar ha intentado quitarse la vida.

Las palabras la golpearon casi físicamente. Pudo ver cómo Vanja se sobresaltaba. La rabia y la desconfianza fueron barridas por una ola de sincera preocupación. Los brazos se le quedaron colgando a los lados. Su cara empalideció.

—¿Qué?! ¿Cómo? ¿Cuándo? ¿Cómo está? —Escupía una pregunta

detrás de otra. Ni ella misma sabía cuál era más importante.

Su respiración se hizo más pesada, y a Sebastian le pareció ver que los ojos se le llenaban de lágrimas. Tenía razón. Los sentimientos por Valdemar seguían ahí, por muy profundo que los hubiera intentado enterrar. No podía remediarlo y era algo de lo que no se sentía orgulloso, pero una parte de él se preocupó. ¿Lo apartaría a él de su lado? Ya era tarde para pensar en eso.

—Está bien. Tomó un montón de pastillas pero Anna lo encontró a tiempo —dijo él, procurando responder la mayor cantidad de preguntas a la vez.

Ella asintió con la cabeza y Sebastian pudo ver cómo iba procesando la información, intentando hacer que fuese comprensible.

—¿Dónde está? —consiguió decir al final.

—En el Karolinska —contestó él, sabiendo en ese mismo instante que ella iría a verlo.

Acertó. Sin mediar palabra, pasó junto a él corriendo y salió de la cocina.

Llegó, dejó el coche aparcado en doble fila y salió disparada hacia la entrada principal, con pasos rápidos y tensos. Estaba preocupada y se sentía acalorada, de repente el jersey negro era demasiado grueso. No era sólo por el estrés ante el encuentro con Valdemar, sino que estaba confundida por sus propios sentimientos. Había pretendido distanciarse de las personas que la habían herido. Quería empezar una nueva vida, una vida propia. Pero no tenía escapatoria.

Tiraban de ella.

Como siempre.

Tardó quince minutos en localizarlo. Lo habían trasladado de urgencias a la cuarta planta a la espera de poder ver a un psicólogo y decidir qué medidas debían tomar. Subió a uno de los grandes ascensores hasta la cuarta planta y se perdió por los largos pasillos. Al final, un auxiliar de enfermería le indicó el camino. La sección en la que estaba olía a una extraña combinación de desinfectante y comida. La puerta estaba cerrada y Vanja se detuvo un momento delante de ella para calmarse antes de abrirla.

Lo vio de inmediato.

Se encontraba en el lado derecho de la habitación, junto a la ventana. Las otras camas estaban ocupadas, pero ella sólo tenía ojos para el hombre que una vez fue su padre. Él estaba a años luz del hombre que recordaba. No era que hubiese envejecido. Era peor que eso. No sólo había perdido peso, parecía que le hubieran drenado toda la energía y la fuerza. El pelo, ralo y revuelto. Los labios, delgados y casi grises. Los ojos, hundidos. Sólo habían

pasado unos meses desde que lo había visto por última vez y aun así casi no podía reconocerlo. Era apenas una sombra del hombre que solía ser.

Parecía estar dormido. Avanzó los últimos pasos hasta él.

De pronto, no lograba movilizar más sentimientos que tristeza y melancolía. Se detuvo al final de la cama y se quedó ahí mirándolo un rato. Tenía tubos pegados en la nariz y en los brazos. Seguro que le habían hecho una limpieza de estómago.

—Valdemar —dijo con cuidado al cabo de un rato.

Él abrió los ojos con inseguridad. Tardó unos segundos en centrar la mirada en Vanja, como si no se atreviese a creer del todo lo que estaba viendo.

—Hola —saludó ella, y se encontró con su vista nublada.

—Vanja —consiguió decir al final. Su voz era rasposa y débil.

Ella cogió una silla y la colocó, a conciencia, un poco separada de la cama antes de sentarse. Necesitaba mantener cierta distancia, a pesar de lo que le dictaba el corazón.

—Pero ¿qué has hecho? —preguntó ella al sentarse, con más cariño que reproche.

—Has venido —repuso él. Lágrimas en sus ojos.

Era imposible seguir enfadada. Era incapaz de mantener la distancia que ella misma se había propuesto. Deseaba abrazarlo, pero se resistió al instinto y permaneció sentada, intentando hallar las palabras más adecuadas. Era difícil.

—¿Por qué? ¿Por qué has hecho una cosa así? —logró decir por último. Sus ojos brillaron de dolor o de vergüenza.

—No quiero que me veas así —declaró al final, pero sin dejar de contemplarla.

—Entonces no tendrías que haber intentado quitarte la vida —respondió ella. Dura pero sincera. Y aún no había contestado a su pregunta: ¿por qué?

Él la miró, parecía resignado. Un movimiento que se suponía que era un encogimiento de hombros recorrió el frágil cuerpo de Valdemar.

—Los médicos me dicen que tengo muchos motivos para vivir. Pero se equivocan —dijo él en un susurro con una voz que Vanja apenas pudo

reconocer.

Se hizo un silencio. Fuera se oían los pasos de alguien en el pasillo. Uno de los otros pacientes tosió. Las rígidas sábanas blancas de la cama de Valdemar crujieron cuando se volvió hacia ella.

—Siento muchísimo haberte hecho daño. Haberte mentido —continuó él con la voz quebrada. La miró con ojos suplicantes—. No sé qué voy a hacer sin ti.

Era difícil protegerse ante su miseria. Vanja se arrepintió de haberse sentado. No necesitaba todo esto. Estaba yendo demasiado rápido. Pudo sentir cómo las últimas palabras de Valdemar abrían una grieta en su determinación.

—No puedes hacer esto, Valdemar —dijo ella con voz aguda, sorprendiéndose a sí misma ante su tono cortante. Sonaba más duro de lo que había pretendido, pero tenía que decirlo—. No puedes hacerte daño a ti mismo para que yo regrese.

Valdemar bajó la mirada, las lágrimas mojaron la almohada cuando cerró los ojos. Era como una esponja a la que bastaba con apretar un poco para que soltara líquido.

—No he venido para oír cuánto lo sientes, lo mucho que te arrepientes —siguió diciendo de carrerilla, pero notando que más que sentirlo de verdad era un intento por mantener sus defensas en pie.

Era un alivio escuchar por fin a alguien disculparse. Asumir la culpa. Reconocer sus errores. Anna jamás lo haría.

Vanja vio la mella que hicieron sus palabras.

—¿Para qué has venido? —preguntó él sorbiéndose débilmente los mocos.

—Porque una vez fuiste alguien a quien yo quería muchísimo.

—Puedo volver a serlo, con el tiempo..., ¿no? —le suplicó él.

A pesar de todo, él le daba lástima. Era probable que estuviera siendo demasiado dura, pero le molestaba ese tono miserable y tanta autocompasión.

—No hablemos de eso ahora —dijo ella procurando detener sus sentimientos, tan contradictorios—. No he venido para pelearme.

Lo miró y dio un profundo suspiro. Casi se arrepentía de haber ido a

verlo, tenía que dejar los sentimientos a un lado, seguir aferrada a los hechos. A lo que podía gestionar. Lo que podía controlar.

—¿Qué dice el médico? ¿Te pondrás bien?

—Sí, dicen que tuve suerte. Anna me encontró a tiempo —respondió Valdemar en tono neutro, y Vanja vio que al menos lo estaba intentando.

Era todo tan extraño...

Los papeles intercambiados.

Él, el débil, miserable, necesitándola.

Ella, la fuerte, la que tenía el control.

Él, el niño, y ella, la adulta.

El Valdemar que ella conocía estaba muy lejos. Y, aun así, era él quien estaba ahí acostado. No lograba encajarlo.

—Joder, ¿cómo puede haber ido todo tan mal? —inquirió al final.

Valdemar la miró con tristeza.

—Porque me equivoqué, Vanja.

Ella asintió con la cabeza pero no dijo nada. Sentía que no había mucho más que añadir. Así que se quedó allí sentada en la silla.

Un poco demasiado lejos como para estar cerca.

Un poco demasiado cerca como para no sentir nada.

No solía beber.

Al menos no era el motivo por el que Laura lo había dejado. No sabía por qué lo había hecho, pero no era por eso. Lo que sí sabía era por qué estaba bebiendo esa noche.

Era por culpa de ella.

La chica. Ebba.

No solía tomar alcohol. De vez en cuando alguna copa de vino. Alguna que otra cerveza. Pocas veces tanta cantidad como para embriagarse. Esa noche estaba borracho. Hacía muchos años desde la última vez. No lograba recordar cuántos. La cabeza le daba vueltas. Era difícil poner orden a los pensamientos.

Había reglas.

Él les daba una oportunidad honesta.

Si acertaban una tercera parte de las preguntas, aprobaban.

Si no lo conseguían, los dejaba en edificios en los que deberían haber sido formados, donde se les debería haber transmitido unos conocimientos básicos, armado para el futuro, pero donde en la actualidad se estaba fracasando de forma estrepitosa.

Suecia había caído como una piedra en la lista del último informe PISA.

Ningún otro de los treinta y cinco países de la OCDE había sufrido una caída semejante en los resultados como Suecia. La peor región era Escandinavia con gran diferencia. A escasos puestos por delante de países como México y Chile.

En el debate que siguió había visto y oído un montón de excusas, explicaciones y teorías de por qué los alumnos suecos sacaban tan malos resultados. Pero la respuesta era muy sencilla.

La sociedad ensalzaba la superficialidad y la estupidez.

Saber cosas era esnobismo. Estudiar era pesado. De tontos. Innecesario, a menos que el conocimiento diese ventajas económicas de forma inmediata o algún tipo de privilegio en la vida. No se premiaba el talento, ya que el conocimiento no era ni deseable ni era motivo de prestigio.

No se prestaba atención a los éxitos a menos que tuviesen lugar en algún campo deportivo.

El declive era especialmente claro en las generaciones más jóvenes, pero la suya propia no estaba en absoluto libre de idiotas. El comité de contratación, el rector, todo el departamento de Recursos Humanos y el comité de apelación de la Universidad Real de Tecnología eran la viva muestra de ello.

Por completo incapaces de valorar su trabajo, de comprender el valor de sus buenos contactos en otros centros, de interpretar su investigación, de ver su capacidad como pedagogo y entender el valor de sus amplios conocimientos. Ciegos ante cualquier tipo de éxito que no se pudiese medir en cantidad de publicaciones en canales establecidos y en revistas prestigiosas.

Al parecer, que año tras año fuese el profesor más querido del centro y, además, el que tenía más estudiantes que de verdad completaban sus estudios no tenía ninguna importancia. Que sus conocimientos pedagógicos fuesen un recurso del cual podían sacar provecho como institución también parecía ser irrelevante.

¿Por qué iba alguien a estudiar?

¿Por qué iba alguien a querer dedicar años a aprender algo cuando a diario se les decía que bastaba con publicar algunos vídeos en YouTube, escribir cosas sin sentido en un blog o beber y follar en televisión para no sólo ser famoso, sino también conseguir vivir de ello?

Y por si hacían falta más pruebas de lo aceptado y normalizado que era el declive, bastaba con mirar la casa real. El príncipe, casado con una chica de



portada que había participado en «Paradise Hotel».

Un príncipe que había solicitado su ingreso en la Asociación Republicana el mismo día que se prometieron.

Superficialidad y estupidez.

No se podía negar que el hombre que había logrado el puesto de profesor en lugar de él era un experto en su materia. Tal vez más que él mismo. Pero sólo en eso. Todas las conversaciones sobre cultura general o de carácter filosófico o psicológico se quedaban cortas cuando resultaba sorprendentemente claro que al hombre le faltaba todo tipo de profundidad.

Pero el nuevo profesor era bueno en conseguir contactos, en atraer fondos para su investigación, en empezar sus discursos con anécdotas divertidas, en ser visto y oído.

Se estaba rompiendo la cabeza.

Se dio cuenta de que se estaba rompiendo la cabeza.

Laura había dicho que ya no estaba implicado. Su ardiente devoción, su entusiasmo por enseñar, por propagar el conocimiento, era una de las cosas de él que la habían enamorado en su día. Pero, al parecer, eso ya no era implicación. Ahora era un defecto, una fijación.

Ya no ardía, ahora era un amargado. Un fontanero.

¿Cómo coño podía haberse ido con un fontanero?

En realidad, no había nada malo en la profesión en sí. Un viejo oficio de lo más honrado que requería sus conocimientos. Pero también era un oficio que, tal como el nuevo marido de Laura demostraba con total claridad, cualquier idiota podía aprender con un poco de tiempo y un pico de loro.

Había reglas.

Si aprobaban, tenían que ser liberados.

Nunca había pensado que fuera a suceder, pero entonces llegó Ebba Johansson. Casi la mitad correctas. A punto, un par de preguntas más.

Matarla era impensable. Las reglas eran las reglas. Pero le había visto la cara. Había estado sentada delante de él más de una hora.

Lo había visto. Había visto la autocaravana.

Tenía que soltarla, estaba claro, pero era demasiado pronto para arriesgarse a que hicieran correr una descripción detallada de él. Aún le

faltaba mucho para acabar.

Lo que había hecho había recibido cierta atención. Titulares, reportajes en televisión, actualizaciones constantes en la red. Pero el foco seguía todavía sobre los jóvenes muertos, sobre lo inocentes que eran ellos y el monstruo que era él. Aún no había conseguido llevar la cuestión al siguiente nivel. No había logrado hacerlos comprender que estaba denunciando un problema social. Pero sólo era cuestión de tiempo hasta que algún redactor valiente o algún tertuliano se pusiese de su lado. Alguien que entendiese que no podíamos seguir así por mucho tiempo. Que no podíamos continuar desfilando hacia el precipicio con los ojos abiertos de par en par. Alguien que se atreviese a alzarse contra el desprecio al conocimiento y a defender que, siendo objetivos, lo que él hacía —aunque fuese un suicidio mediático simpatizar con el método— no dejaba de ser bueno e importante.

Lo necesitaban.

Ahora no podía dejarse atrapar.

Pero ella lo había visto. Y la autocaravana.

Había tenido que actuar. Había actuado.

Ahora bebía. Era por su culpa.

La chica. Ebba.

El dolor.

Fue lo primero de lo que se percató. Incluso antes de darse cuenta de que había despertado del estado de inconsciencia.

Un dolor de cabeza ardiente y pulsante, diferente del que había sentido nunca, que arrasaba con todos los sentidos, excluía a todo lo demás. La respiración en fracciones cortas, gemidos breves y tormentosos, como si una inspiración profunda le pudiera hacer estallar la cabeza.

Intentó moverse. Alguien gritó. ¿Era ella? Nada más pensarlo, vomitó. Sin previo aviso, todo fuera. Por un momento, sintió que el cálido contenido de su estómago caía sobre su pecho antes de que el repentino movimiento enviase una nueva ola ardiente a través de su cuerpo hasta la cabeza.

Volvió a tumbarse de espalda. Respiraciones cortas y jadeantes.

¿Qué había pasado? No lo sabía, le era imposible pensar con sensatez con aquel dolor.

Sara.

Su hermana.

¿Dónde estaba? ¿Y dónde estaba ella misma?

Intentó concentrarse y eludir el dolor. Focalizar. Sobreponerse. Apartar lo doloroso a un lado para orientarse. Tenía que hacerlo.

Ella era la aplicada.

Sara, la desastrosa.

Volvió despacio la cabeza. No se atrevía a moverse más que eso. No consiguió nada. La habitación estaba a oscuras. Todo negro.

Sólo negro.

Extrañamente negro, pensó de pronto.

Movió de nuevo la cabeza y con mucho esfuerzo se llevó las manos a la cara. Cerca, tan cerca que las puntas de los dedos rozaron su frente, y se dio cuenta de que su respiración se aceleraba, como si su cerebro torturado hiciese la conexión por su cuenta.

La habitación no estaba a oscuras.

Era ella la que no veía nada.

Él la había dejado ciega.

Torkel los había citado para hacer una puesta al día antes de terminar la jornada. Le parecía percibir una ligera sensación de desespero en la sala. La reconocía. Solía aparecer de vez en cuando en la mayoría de las investigaciones, cuando todo el mundo sabía que en realidad no podrían aportar demasiado nuevo y que lo que tenían no les había acercado sustancialmente a un arresto.

Sobre todo Vanja parecía más apagada de lo habitual. Torkel le lanzó a Sebastian, último en llegar, una rápida mirada de reproche, convencido de que él era el responsable de los bajos ánimos de Vanja, pero Sebastian ni siquiera pareció darse cuenta.

—Ebba Johansson sigue desaparecida —empezó Torkel cuando todos estuvieron presentes—. Estamos intentando conseguir que personal de las escuelas de toda la zona de Estocolmo revisen sus espacios, pero son muchas, tanto municipales como privadas, así que aún no sé el resultado.

—Mata a los suspendidos —dijo Vanja—. ¿Eso significa que si apruebas, como Ebba, te deja vivir?

Nadie respondió de inmediato. Sebastian había pensado lo mismo. Pero, al mismo tiempo, parecía demasiado arriesgado. El autor había pasado horas con las víctimas. Dejarla ir sería estúpido.

Sebastian miró a su alrededor y vio que los otros esperaban que él respondiese la pregunta de Vanja. Se encogió de hombros.

—Es probable que haya tenido que improvisar. No sé cómo lo habrá solucionado.

Su aportación fue recibida con silencio y algún que otro gesto con la cabeza. Sencillamente tendrían que esperar hasta que encontrasen a Ebba, no tenía mucho sentido hacer especulaciones.

—Hemos recibido respuesta a la petición que le hicimos a los periódicos —continuó Torkel cambiando de tema—. Tres cartas firmadas por Catón *el Viejo*. —Dejó copias de los recortes sobre la mesa y todos se estiraron para coger una—. Y una carta enviada al redactor jefe de *Östersunds-Posten*. La misma firma.

Sebastian echó un vistazo al breve contenido de las cartas al director y a la carta un poco más larga. Concordaban bastante bien con la imagen que se había hecho del autor. De alguna manera, las cuatro versaban sobre lo provocador que era que se permitiese que la superficialidad y la estupidez se propagasen. Bien escritas y concretas. Gramaticalmente correctas. Las cartas al director habían llegado en papel por correo ordinario, ninguna de las redacciones conservaba ni el original ni el sobre. De la carta al redactor jefe sí que le habían entregado el original, pero la búsqueda de huellas no había dado resultado. Demasiadas personas habían manejado el papel desde que salió del sobre, que también habían tirado.

—Esta tal Frida Wester... —empezó Ursula, haciendo referencia a la carta—. ¿Deberíamos ponernos en contacto con ella?

Torkel comprendía lo que estaba pensando. La carta al redactor jefe había llegado después de que publicaran en diciembre un amplio reportaje sobre Frida Wester, de diecisiete años, de Frösön, que había conseguido más de cien mil seguidores en su canal de YouTube en el que daba consejos sobre cómo cuidar de las uñas y cómo pintarlas de forma imaginativa.

Torkel miró a Sebastian.

—¿Tú qué crees?

—Eso fue medio año antes de que empezase a asesinar —respondió Sebastian pensativo.

—Hace dos años que Patricia Andrén participó en «Madre soltera busca» —contraatacó Billy.

—Pero era ahora cuando le habían dado el trabajo de presentadora e iba a salir también en otro programa. Era tema de actualidad. Exitosa. Petrovic y

las hermanas Johansson también.

—¿De modo que Frida ya no corre ningún riesgo?

—No es nada que pueda jurar, pero sí, es lo más probable.

Torkel asintió con la cabeza. Aun así daría un telefonazo a la policía de Östersund y les pediría que hablasen con la familia Wester y les dijeran que debían vigilar a Frida un poco más de lo normal. Pedirles que los avisasen si algún periodista contactaba con ella y organizaba una cita o algo parecido.

—Ursula... —dijo volviéndose hacia la izquierda—. En realidad, nada. —Dio un leve suspiro—. Como ya sabéis, no se han encontrado huellas ni en las cartas ni en los lugares del hallazgo. Tampoco rastros de ADN, hasta ahora. Meticuloso y concienzudo.

Se inclinó hacia delante y se acercó dos papeles que tenía sobre la mesa.

—Nos ha llegado un informe de la científica —empezó—. Los cucuruchos en las cabezas de las víctimas eran de una cartulina que se puede encontrar en cualquier tienda de material de oficina o de manualidades. El papel sobre el que estaban impresos los exámenes es HP láser. La misma historia.

Pasó a la página siguiente.

—La cuerda que rodeaba los cuerpos es de polipropileno, trenzado de doce milímetros. Se encuentra en todas las tiendas de materiales de construcción. Los lazos de las cuerdas eran vuelta de escota.

—Lo cual podría significar que tiene cierta experiencia con barcos —intervino Torkel.

—Si tú lo dices... —Ursula se volvió hacia Billy, que justo estaba pensando en si debía remarcar que la vuelta de escota era un nudo, no un lazo, pero decidió no hacerlo—. No estoy ciento por ciento segura, pero por lo que he visto en las víctimas creo que tendríamos que seguir trabajando con la teoría de que usa una pistola de sacrificio.

—No he conseguido avanzar con eso —dijo Billy de inmediato—. Ese tipo de armas no requieren licencia y es imposible rastrear una compra. Tenía la esperanza de que alguna clínica veterinaria o una granja, o tal vez algún matadero pequeño, hubiesen denunciado algún robo, pero no hay nada en los últimos años.

El teléfono de Torkel vibró sobre la mesa. Miró la pantalla, se levantó y contestó mientras salía de la sala. Se hizo silencio. La sensación de desespero era cada vez más fuerte ante la evidencia tan clara de que no habían avanzado casi nada desde que relevaron del caso a las respectivas policías locales.

—¿Puedo coger eso? —le preguntó Billy a Ursula poniéndose de pie y haciendo un gesto hacia las hojas impresas que tenía ella delante.

Ursula asintió con la cabeza y le pasó los papeles a Billy, que se volvió hacia la pared y los enganchó junto al eje cronológico. Sebastian intentó establecer contacto visual con Vanja, pero ella lo estaba evitando premeditadamente.

—¿Qué vais a hacer esta noche? —inquirió entonces en voz alta pero con la mirada puesta en Billy, que estaba junto a la pizarra.

Con el rabillo del ojo vio que Vanja y Ursula reaccionaban. No solían hablar de asuntos privados en el trabajo, mucho menos cuando estaban en grupo, y nunca era Sebastian el que tomaba ese tipo de iniciativas. La charla de colegueo no era en realidad lo suyo.

—Nada especial —dijo Billy con brevedad cuando se dio cuenta de que ni Ursula ni Vanja pensaban contestar.

—¿My sigue de viaje? —continuó Sebastian, y Billy vio cómo Ursula reaccionaba.

¿Cómo sabía Sebastian dónde estaba la mujer de Billy? ¿*Por qué* sabía él dónde estaba la mujer de Billy? Billy comprendió adónde quería llegar Sebastian, pero ¿por qué no lo hacía cuando estaban a solas? Aquello sólo resultaba sospechoso y extraño.

—Sí —respondió conciso.

Para su gran alegría, la puerta se abrió y apareció Torkel, que, sin cruzar el umbral, anunció a la sala:

—Han encontrado a Ebba Johansson.



—Vino caminando por ahí —dijo el hombre del chándal con un acento que indicaba que era originario del norte de Suecia mientras señalaba el edificio pintado de rojo que se erigía en solitario al otro lado del campo—. En realidad, apenas podía caminar y estaba completamente empapada, debía de haberse caído allí, en la zanja. —Volvió a señalar un poco a la izquierda y en diagonal desde el cobertizo.

Estaban de pie en una pista forestal, poco más que dos roderos en la tierra, y más allá del cobertizo sólo había bosque. Daba la sensación de estar en el campo, pero a cien metros en la otra dirección empezaba el pueblo. Otro núcleo próspero y adormecido del norte. A treinta kilómetros de Rosersberg. Chalets y casitas. Un lugar al que te mudabas, si te lo podías permitir, para dar una infancia más segura a tus hijos. Donde se protegían los hogares con alarmas y vigilancia vecinal, donde se sabía que algunos jóvenes consumían drogas los fines de semana y se sospechaba que alguien era maltratado detrás de las cortinas cerradas, pero donde, en general, se libraban de crímenes más graves.

—¿Dijo algo?

—No, bueno, algo sobre una tal Sara y algo sobre sus ojos, pero era todo incoherente.

Torkel asintió con la cabeza. Con lo poco que sabía, no esperaba que Ebba pudiese ayudarlos demasiado. Un examen preliminar en el hospital había indicado que le habían quemado los ojos. Ahora estaba sedada y no podrían hablar con ella hasta el día siguiente como pronto. Quizá más tarde.

Ursula había enviado técnicos al hospital para asegurar las pistas que pudiese haber en su cuerpo y su ropa, si es que quedaba alguna prueba. Ella quería ocuparse del cobertizo desvencijado.

—¿Se le ocurre algo más? —preguntó Torkel al hombre cuyo entrenamiento había dado un giro inesperado.

—No, nada de ahora, de cuando la he encontrado.

—Pero...

—Antes había una autocaravana. Hoy por la tarde.

—Una autocaravana.

—Sí.

—¿Qué marca?

—Ni idea. Era... una autocaravana.

—¿Vio la matrícula?

—Era una matrícula extranjera, pero no sé de qué país.

—¿También salió a correr antes? —quiso saber Sebastian, que había permanecido en silencio hasta ese momento.

Había una pequeña posibilidad de que al hombre le gustase demasiado llamar la atención y que los quisiera «ayudar» más de lo que realmente podía.

Hacerse más importante de lo que realmente era.

Había pasado en ocasiones anteriores.

—No, vivo allí. —Volvió a señalar con el dedo, esta vez hacia una casa amarilla sobre un pequeño montículo que tenía vistas hacia el campo que acababa en el cobertizo—. La vi desde la ventana. Es raro que pasen coches por aquí, sobre todo si son tan grandes. El camino termina unos cien metros más abajo y se convierte en una pista para ir a caballo y para correr.

Torkel sintió una mezcla de esperanza e irritación. Eso era un dato importante, algo con lo que podrían trabajar, pero el hombre que tenían delante no parecía poder ayudar más de lo que ya había hecho. Aunque valía la pena intentarlo.

Llamó a Billy.

Tenía que sentarse con el hombre y revisar imágenes de autocaravanas. Con un poco de suerte, reconocería un modelo.

—Pero si esas autocaravanas son todas iguales —dijo convencido el

hombre y dudoso de si les podría ser de alguna ayuda, demoliendo por completo las esperanzas de Torkel.

Con esa actitud era poco probable que pudiese servirles de algo.

Billy llegó caminando desde el cobertizo, donde había estado ayudando a Ursula. Torkel le resumió lo que quería de él y le dijo que también debía investigar todas las vías de acceso posibles y controlar si podía haber cámaras de vigilancia. No debían de haber demasiadas autocaravanas moviéndose por la zona.

Sebastian dejó a Billy con el hombre del chándal y miró a su alrededor.

Aún era de día.

En realidad, no llegaría a hacerse del todo de noche.

Los pájaros cantaban en la cálida noche de verano. Sebastian era incapaz de conectar el gorjeo con el nombre del pájaro, pero había uno que sonaba más melódico y más alto que todos los demás, y le pareció recordar que alguien, en un paseo nocturno de camino a casa en otra noche cálida de verano, había dicho que era un mirlo. Pero ¿él qué coño sabía?

Vio a Vanja un poco alejada, contemplando el gran campo. Se acercó y se quedó a su lado. Ella ni siquiera se volvió hacia él.

—¿Va todo bien?

—Aquí tiene que haber muchos ciervos, ¿no crees?

Vale, no era la respuesta que se esperaba. De hecho, para ser sincero, no era ni siquiera una respuesta, pero decidió darle coba un rato.

—No lo sé, no sé nada de la naturaleza. No me gusta.

—¿Cómo no te puede gustar la naturaleza?

Sebastian pensó un momento, aunque en realidad ya sabía la respuesta.

—La naturaleza sólo existe, no piensa. Me disgustan las cosas que no piensan.

—Supongo que ésa es la razón por la que me gusta a mí —dijo Vanja en voz baja—. Simplemente, es. No piensa, no miente, no intenta quitarse la vida...

Sebastian volvió la cabeza para mirarla, pero ella seguía con los ojos clavados en la superficie abierta.

—Vanja, ¿hay algo que pueda hacer?

Ninguna respuesta.

—Como compañero de trabajo.

—No.

Y se fue.

Fue una alegría encontrarse el piso vacío cuando llegó a casa.

Contento con el hecho de que por fin no tenía que hablar con nadie, se quitó los zapatos, colgó la chaqueta, fue directo a la cocina, cogió una cerveza de la nevera y se tiró en el sofá.

Había sido un día muy largo.

Era casi imposible pensar que aquella misma mañana él y Vanja habían salido de Helsingborg. Habían pasado muchas cosas.

Por desgracia, ninguna que los acercara más al asesino.

El hombre que había encontrado a Ebba no los había podido ayudar. No habían sacado nada sobre la autocaravana. Ni marca ni modelo ni ningún detalle concreto que los pudiera haber conducido a algo. Tampoco habían aclarado el nombre del país del que provenía. Billy había mostrado imágenes de diferentes placas de matrícula y, por ahora, Polonia, Alemania y España eran los tres primeros en la lista de candidatos, pero en la práctica podía ser también un vehículo de Dinamarca. O Rumanía. O del espacio exterior. El hombre del chándal no tenía ni idea.

De modo que, por el momento, lo único que tenían era una autocaravana registrada en el extranjero.

No había cámaras de vigilancia en las carreteras de la zona y tampoco era necesario pasar por ningún peaje para moverse entre la escuela de Rosersberg y el cobertizo de Täby, pero Billy iba a comprobarlo igualmente con la Dirección de Tráfico al día siguiente y a pedirles las imágenes de todos los peajes. Quería creer que a finales de junio no podía haber muchas

autocaravanas paseándose por la zona de Estocolmo.

Sacó su teléfono móvil. Había estudios que indicaban que la gente joven podía mirar sus teléfonos y tabletas más de cien veces al día, y en este aspecto sentía que definitivamente pertenecía al grupo de «gente joven», a pesar de sus treinta y tres años. No tenía llamadas perdidas ni mensajes.

My había telefoneado cuando estaban en el cobertizo. Se avergonzaba un poco de lo bien que le había sentado poder decir que estaba trabajando fuera y que en ese momento no podía hablar. Para reforzar lo grave que era la situación, le había explicado lo de Ebba y había dicho que iban a tardar, que había mucho que inspeccionar, testigos a los que interrogar, de modo que era mejor que hablasen a la mañana siguiente.

Ella lo comprendía perfectamente.

Te quiero. Un beso y adiós.

Lo que no le había resultado tan fácil había sido deshacerse de Sebastian.

Cuando se dirigían hacia los coches, había alcanzado a Billy con la intención de ponerse un poco al día. A Billy no le había apetecido nada. Era tarde, estaba cansado, le quedaba trabajo por hacer, pero Sebastian había insistido. Habían convenido que Billy lo llevaría a casa. Charlarían en el coche. Apenas media hora. Suficiente. Sebastian había aceptado.

—Lo tengo bajo control —había dicho Billy cuando Sebastian le había preguntado qué tal había ido en Helsingborg y si había encontrado ya a alguien con quien hablar.

La respuesta por parte de Sebastian había sido una mirada con la que le había dejado claro que no se lo creía ni por un segundo.

—Es verdad —había insistido Billy—. Ya sabes, es como cuando haces algo muy estúpido sin pensarlo demasiado, lo haces y alguien lo descubre y entonces comprendes lo verdaderamente estúpido que has sido.

—¿Estúpido?

Había bastado con una palabra. Billy había comprendido que Sebastian opinaba que llamar a lo que había hecho en su noche de bodas «estúpido» era suavizar bastante el asunto.

—Ya sabes lo que quiero decir —había dicho encogiéndose de hombros—. Es como que puedo dar un paso atrás y ver desde fuera la locura que fue.

—Eso no es suficiente.

—Para mí sí que es suficiente. No volverá a pasar.

—No es tan sencillo —había respondido Sebastian con esa clarividencia que constataba que él tenía razón y todos los demás estaban equivocados, algo que irritaba enormemente a Billy—. No es como que te pongan una multa por exceso de velocidad y que a partir de eso vayas más despacio —había continuado—. El haber sido descubierto no te lleva a superarlo. Necesitas ayuda.

—¿Y tú qué sabes? ¿Tú qué vas a saber de superar las cosas? —Billy subió un poco la voz, harto de ser siempre el que tenía que defenderse—. Tú te acuestas de forma compulsiva con cualquier mujer que aún tenga pulso.

—Es diferente. Eso es una adicción.

—¿Cuál es la diferencia?

—Una adicción únicamente la superas si estás lo bastante motivado. Decidiendo ponerle fin. Solo o con ayuda. —Se volvió hacia Billy, que sujetaba el volante con fuerza, la mirada clavada en la carretera E-18 saturada de tráfico, en dirección a la ciudad. Todo su cuerpo había revelado lo poco que deseaba mantener esta conversación—. Tienes un trastorno psíquico. Estás roto. El hecho de entender a nivel racional que lo que haces está equivocado no será suficiente para cambiar el comportamiento.

—Si es tan fácil, ¿por qué tú no superas tu adicción? —preguntó Billy en un intento por redirigir la conversación más hacia Sebastian que a él mismo.

—No estoy lo bastante motivado.

Lo cual era cierto y suficiente. No tenía ninguna intención de explicarle los profundos agujeros que habían dejado en él Lily y Sabine, y lo que hacía para evitar que lo devorasen por completo.

—Yo estoy motivado. Lo tengo bajo control. No volverá a suceder —había zanjado Billy con firmeza.

—Por mucho que lo repitas, no harás que sea más cierto —había contestado Sebastian con frialdad, consiguiendo con la maniobra irritarlo aún más.

Billy le dio un trago a la cerveza.

¿Qué había pasado?

¿Qué coño había pasado?

El simple hecho de llegar a tener una conversación así con Sebastian Bergman era un completo absurdo. ¿Cómo se había dejado llevar hasta ahí?

Él no era así.

Él era policía. Un buen policía. De la Unidad de Homicidios, un departamento al que la mayoría de los policías soñaban con pertenecer, con compañeros que lo apreciaban y valoraban.

Estaba recién casado con la mujer que amaba. Que era lo mejor que le había pasado, pero a quien él ahora mantenía activamente alejada. Al final, My se daría cuenta. Preguntaría qué había sucedido, por qué la evitaba, y no lo dejaría en paz hasta saberlo. Entonces la perdería, estaba convencido de ello.

Eso no podía pasar.

Él era el chico que escuchaba hip hop, iba a ver las pelis más taquilleras y prefería leer cómics que libros. Él era sencillo. Un buen tipo. Él era a quien llamabas si necesitabas ayuda en una mudanza, con quien te ibas de fiesta en Midsommarafton, con quien salías a tomar una cerveza, en quien pensabas cuando querías un padrino para tu hijo recién nacido.

Ése era él.

Un buen hombre.

No un loco que mataba gatos.

Pero no le había mentido a Sebastian. Ahora lo tenía bajo control. Al menos por ahora. Ni siquiera se le había pasado por la cabeza salir por Helsingborg. Sus pensamientos no paraban de girar en torno a lo que había sucedido, no sobre lo que podría llegar a pasar en el futuro. La vergüenza, los remordimientos, el miedo a perder a My, a perderlo todo.

Lo peor era que en el fondo sabía que Sebastian tenía razón. Sabía que él estaba equivocado. Siempre lo había sabido. De forma racional había sido consciente de que estaba cruzando todos los límites, pero eso no había bastado para detenerlo.

La adrenalina, el poder, la sensación.

Era imbatible.

En el momento lo llenaba, luego lo asustaba. La manera en que podía



apoderarse por completo de él.

¿Cómo podían ser dos personas tan diferentes: aquel que deseaba ser y aquel en el que al final se había convertido? No conseguía entenderlo. Lo estaba matando.

Volvió a sacar el teléfono.

Tal vez fuera mejor que no pasase la noche solo.

Después de la visita al hospital había ido casi todo el tiempo en piloto automático, dispersa y perdida.

Tras echar un vistazo en el cobertizo en el que habían encontrado a Ebba y darse cuenta de que allí no estaba aportando nada, decidió irse a casa. Se excusó diciendo que le dolía la cabeza, lo cual de hecho era verdad.

Había intentado suicidarse.

Había realizado el acto más extremo que puede hacer una persona. Por mucho que se esforzaba por quitárselo de la cabeza, había sido como consecuencia de la actitud de Vanja. Ésa era la terrible realidad.

Nunca se podría librar de eso.

Casi sentía náuseas al pensarlo.

Paseó la mirada por el apartamento que él le había comprado. Las pruebas de que la quería como si fuera su hija estaban por todas partes. En la mesa que le había comprado al mudarse, en la cocina que le había ayudado a reformar, en las paredes que habían pintado juntos.

Vanja lo había querido tanto...

Se había visto obligada a descartar a los amigos entre sus prioridades. A los novios también. Por el trabajo. Con Anna había tenido una relación complicada toda la vida. Sólo le quedaba Valdemar. Era la única persona que le era realmente cercana.

Pero eso era antes.

Ahora estaba sola.

A decir verdad, ¿quién le quedaba? No mucha gente. Pero necesitaba a

alguien. Alguien alejado tanto de la familia como del trabajo. Alguien con quien pudiese tener otro tipo de relación.

Alguien normal.

Alguien que estuviese ahí para ella.

Sólo para ella.

La solución tendría que ser Jonathan. Habían roto hacía casi dos años; una ruptura larga, con muchas idas y venidas. Luego él la había llamado algunas veces.

Para verla, hablar con ella, había dicho él.

Para verla, acostarse con ella, había entendido ella.

De modo que quizá no fuera la mejor de las ideas, pensó Vanja al sacar el móvil, pero aun así buscó su número. Lo cierto era que no había mucha más gente, otras personas.

—Vanja —dijo él con su profunda voz, aunque en esa ocasión algo más sorprendido de lo habitual.

—Hola, Jonathan —saludó ella intentando sonar alegre—. ¿Qué tal?

—Bien. ¿Eres tú? —respondió él, al parecer seguía claramente sorprendido.

—Sí, ya sé que ha pasado un tiempo...

—Ni que lo digas... ¿Cómo estás?

—Bien, todo bien —contestó ella con cautela.

Se hizo un breve silencio, y ella se preguntó cómo de estúpido había sido llamarlo en una escala numérica.

—Ah, bueno, ¿querías algo en concreto...? —preguntó él al ver que Vanja no tomaba la iniciativa en la conversación.

Vanja titubeó un segundo. ¿Mentir, charlar un poco sobre nada y colgar, o...? Decidió ser sincera. A pesar de todo, no dejaba de ser eso por lo que lo había llamado.

—Bueno, no estoy tan bien, en realidad estoy un poco regular. He tenido problemas con la familia —dijo ella, y le pareció un buen comienzo.

—¿Le pasa algo a Valdemar? —preguntó él preocupado.

Casi lo había olvidado. Jonathan sabía que Valdemar había tenido cáncer. Por aquel entonces estaban juntos. La primera vez que lo tuvo. Los pulmones. La enfermedad de Valdemar, el trabajo en la Unidad de Homicidios, la relación con Jonathan, todo había sido demasiado. Lo más sencillo había sido poner fin a la relación. Pero se habían tenido cariño. Valdemar y Jonathan. ¿Cómo afectaría eso a Jonathan? En eso no había reparado. Por tanto, ¿hasta dónde debía explicar? Empezó por el principio, con eso tendría para un rato.

—Más o menos. Está bien del cáncer... Fue duro, o es duro...

Volvió a callarse.

—Me alegra oírlo —afirmó Jonathan—. Dale saludos de mi parte.

—Sí...

—Entonces ¿qué es? ¿Ha pasado alguna otra cosa? —insistió él de esa forma empática que, ahora recordaba Vanja, le salía de manera tan natural.

Sentía que no podría ocultar el acto de Valdemar por mucho tiempo. Ni siquiera sabía si quería hacerlo. Pero no podía contarle por teléfono.

—¿Nos podemos ver? —preguntó en voz baja.

Él no respondió de inmediato. Vanja justo iba a decir que había sido una mala idea, que se olvidase de todo, cuando él contestó:

—Ahora mismo es un poco complicado. Susanna y yo acabamos de volver, y ya sabes lo que ella siente hacia ti...

Por un momento, Vanja desvió el foco de sus propios problemas. ¿Había vuelto con Susanna? La novia a la que había dejado para salir con Vanja. Eso sí que era una noticia.

—Vaya —se le escapó—. ¿Y sigue igual de celosa que antes?

—Supongo que te parecerá raro que hayamos vuelto —advirtió él, en un tono un poco divertido y sin contestar a la pregunta.

Tampoco hacía falta. No se le podía llamar otra cosa que odio a eso que había manifestado Susanna las pocas veces que habían coincidido, y era poco probable que hubiese ido a menos. A ojos de ella, Vanja le había robado el novio y de eso no salías impune.

—Sí, un poco —contestó Vanja, aunque en realidad no estaba tan sorprendida.

Jonathan nunca había estado soltero. Si ponía fin a una relación era

porque sabía que había otra con la que seguir. Si lo dejaban, se ponía insistente, al límite de pesado, para conseguir que funcionase de nuevo. Se le daba extremadamente mal estar solo.

—Explica, ¿qué ha pasado? —preguntó él cambiando de tema.

—No sé. No quiero enredarte en todo esto —respondió ella con inseguridad.

—Sí que quieres, si no, no me habrías llamado.

Podían decirse muchas cosas sobre Jonathan, pero a ella la conocía bien. Vanja respiró hondo, su mirada recorrió el apartamento. De pronto, vio otra vez a Valdemar por todas partes.

—Valdemar ha intentado suicidarse —consiguió decir al final.

Habían hablado durante más de media hora. Jonathan había estado genial. Sentaba bien poder compartir el dolor con alguien que escuchaba de verdad.

Vanja salió a su pequeño balcón para que le diera un poco el aire. Se quedó de pie mirando el muelle de Frihamnen. Había empezado a anochecer, y el ferri grande y blanco estaba partiendo hacia la bahía.

Se descubrió a sí misma arrepintiéndose y alegrándose de la conversación al mismo tiempo.

Estaba claro que Jonathan seguía sintiendo algo por ella, y a lo largo de la conversación ella también había sentido de golpe que lo echaba de menos. Por unos instantes había vislumbrado una vida alternativa en la que ya no estaba sola. Lejos de las sombras.

Había sido él quien había propuesto quedar y, a pesar de que Vanja sabía lo de Susanna y de que no tenía ningunas ganas de desafiarla, le había dicho que sí.

Podía usar de excusa su estado de desconcierto.

Pero eso no explicaba que estuviese tan contenta.

Realmente contenta.

—Hola, adelante.

Dejó entrar a Billy en el piso y le dio un abrazo en cuanto hubo cerrado la puerta.

—He traído unas cervezas —dijo él pasándole una bolsa con seis botellas al mismo tiempo que se quitaba los zapatos.

—Bien. Pasa y siéntate. —Con la cabeza hizo un gesto hacia la pequeña sala de estar mientras ella se metía a la cocina.

—¿Qué tal la vida de recién casado? —preguntó en voz alta hacia la sala, abrió el armario que había al lado del extractor y sacó una bolsa de cacahuetes—. No te veo desde la boda.

—Bien, va bien —respondió él.

Ella esperó un momento, pero al parecer no había más que decir sobre el asunto.

—Y My, ¿dónde está esta noche? —se interesó mientras servía los frutos secos en un cuenco de plástico de Ikea.

—Está visitando a sus padres. En la provincia de Dalarna.

Jennifer asintió para sí. No tenía por qué significar nada que pasase la noche con ella y tomaran unas cervezas mientras su mujer estaba de viaje. Si lo había entendido bien, My no era celosa y Billy nunca le había dado motivos para estarlo. Había habido ocasiones... En el campo de tiro de la comisaría de Kiruna la había besado, pero eso había sido todo. No había pasado nada más.

Por desgracia.

Jennifer salió de la cocina con dos cervezas en una mano y el cuenco de cacahuets en la otra.

—¿Prácticas escalada? —preguntó Billy cuando ella entró, haciendo un gesto hacia el piolet colgado de una cuerda junto con algunos mosquetones coloridos, al lado de la pared del televisor.

—Solía hacer bastante, ahora ya no voy tan a menudo, pero me gusta su estética.

Dejó las cervezas y los cacahuets sobre la mesita redonda y se sentó al lado de Billy.

—¿Qué estás haciendo en el trabajo?

Billy se lo contó. Las aulas de la escuela, los cucuruchos de la vergüenza, los exámenes, el desastre de Helsingborg y que estaban esperando para interrogar a Ebba en el hospital. Jennifer prestaba atención. Claro que había leído sobre lo sucedido. La prensa de la tarde le dedicaba al menos seis páginas diarias e incluso los periódicos de la mañana y los noticieros televisivos se habían sumado. Pero ahora estaba descubriendo más. Descubriéndolo todo. Casi se sentía parte de la investigación.

Lo cual era una sensación maravillosa.

No había nada que desease más que pertenecer a la Unidad de Homicidios.

Hasta el momento, el trabajo policial había sido un poco decepcionante. Ella había entrado en la profesión buscando aventura y acción. Le gustaba que pasaran cosas. Siempre había sido así. Siempre en busca de retos, tanto físicos como mentales. Al terminar la academia de policía había ido a parar a Sigtuna. Y ahí seguía.

Muchos controles de velocidad y de alcoholemia, pocas persecuciones de asesinos.

Mucha administración, poca adrenalina.

Había muchas cosas que se le daban bien, pero la rutina no era una de ellas.

Dos veces había estado colaborando con la Unidad de Homicidios. Casos de asesinatos, reales y complicados. La primera vez terminó recibiendo un disparo en un cuartel abandonado en Södertälje, y la segunda vez Billy le

había pedido en persona que lo acompañase a Kiruna a investigar una desaparición. Para ser sinceros, allí no había pasado gran cosa. Excepto ese beso en el campo de tiro, claro.

A ella le gustaban todos los componentes de la Unidad de Homicidios, incluso Sebastian Bergman, a quien, por lo que había entendido, los demás no acababan de tragar. Pero sobre todo le gustaba Billy.

Billy le gustaba mucho.

Estar sentada en el sofá tomando cervezas y discutiendo sobre la investigación de un asesino en serie era para ella casi la noche perfecta. Cuando ya no quedaba absolutamente nada más por saber del caso, volvió a la cocina a buscar dos cervezas más de la nevera.

—¿Quieres que hagamos algo? —preguntó ella al regresar y darle una a Billy.

—¿Como qué?

—No sé. Cine. Bajar al centro... —Se calló y se sentó, dio un sorbo y pensó por un momento en si sería una insinuación demasiado directa—. Ir un rato al campo de tiro —soltó al final.

—No, yo... —dijo Billy negando con la cabeza. Si había entendido lo de la conexión con Kiruna, no hizo ningún gesto que lo diera a entender—. No —repitió él, rasgando un poco ausente la etiqueta de la botella con una uña.

Jennifer lo miró. En cuanto le había abierto la puerta lo había visto cambiado, pero se había quitado la idea de la cabeza, hacía mucho tiempo que no se veían. Tal vez estaba estresado en el trabajo. Tal vez se había peleado con My. Podía ser así de simple. Pero ahora volvió a tener esa sensación. Esta vez estaba segura. Estaba claro que algo no iba como debería. Él estaba cambiado.

—¿Ha pasado algo?

Tardó un rato en contestar. La miró. No era su mirada normal, amable y abierta que ella conocía. Era distinta. Observadora. Como si la estuviese evaluando. Intentando decidir si podía confiar en ella o no.

—¿Qué? —preguntó Jennifer.

Un tanto insegura e incómoda por el silencio. Podía ver cómo la respiración de Billy se hacía más profunda y se mordía el labio interior



cuando bajó los ojos a su propio regazo. Billy siguió rasgando la etiqueta. Luego respiró hondo y la contempló de nuevo.

—Tengo que contarte algo.

Cuando terminó, Jennifer guardó silencio.

No sabía muy bien qué había esperado cuando él le había dicho que le tenía que contar una cosa, pero esto no. Hinde y Cederkvist, el placer que había sentido, cómo todo lo demás se había difuminado, los gatos, la boda.

El impulso que iba cogiendo fuerza hasta que al final no podía pensar en otra cosa.

El caos.

El autodesprecio.

Jennifer comprendió que le tocaba a ella romper el silencio. Carraspeó con suavidad.

—Sólo son gatos —dijo, y vio que no era la reacción que él esperaba.

¿Qué podía decir? Apenas llegaba a comprender lo que había escuchado y al mismo tiempo, de alguna manera extraña, podía comprenderlo. No el hecho de matar en sí, sino el impulso, la búsqueda del subidón, podía identificarse con ello.

¿Cuántas veces en su adolescencia había robado? No porque de verdad lo necesitase, sino por la emoción. Había entrado a la fuerza en piscinas cerradas por la noche. Había saltado por las placas de hielo durante el deshielo. ¿Por qué había hecho escalada, los circuitos de aventuras por los árboles, las bajadas en BTT, había probado el ala delta y el submarinismo, sino para sentirse viva por un instante...? Hacer de la realidad algo un poco más irreal.

Grande. Excitante. Interesante.

Pero ¿por qué se lo había contado?

A medio camino entre la sorpresa y el desconcierto, se descubrió a sí misma sintiéndose un poco contenta y orgullosa. Aquello era algo que Billy no le había contado a nadie, ni siquiera a My. Pero se lo confesaba a ella. Eso quería decir que se sentía tan cerca de ella que quería compartir su secreto.

¿Significaría algo más?

—No se trata de los gatos —dijo él con un suspiro, y a Jennifer le pareció percibir cierta decepción en su voz—. Se trata de que... me salga hacerlo..., de que lo hiciera —rectificó enseguida.

—Lo entiendo, pero... Lo reconozco. El ansia por ese instante que hace que te sientas vivo.

—Pero esto no es un puto salto de *puenting*. Joder, esto es de enfermos.

—Sí, pero...

Ella se detuvo.

Era enfermizo. Le costaba imaginarse a Billy haciendo lo que había descrito. Pero si mirabas más allá del hecho en sí, como él había dicho, no se trataba de los gatos. Si mirabas la fuerza que lo impulsaba, lo que quería conseguir...

—Dime —le pidió Billy después de un silencio—. Dime lo que estás pensando.

—No sé... —empezó ella, y decidió exponer su teoría, a pesar de todo. La noche no podía llegar a ser más rara—. Tal vez hacer realidad tu fantasía es más importante que el resultado, por decirlo de alguna manera.

—¿Qué quieres decir?

—Dijiste que en el campo de tiro en Kiruna estabas... excitado. Pero allí no murió nadie. Viste cómo disparabas a personas. Era una fantasía. De mentira.

—Sí...

—Digamos que no se trata del hecho de matar en sí, sino del poder. La sensación de control, de superioridad, conectado con placer físico. Eso no es tan desquiciado, eso se puede arreglar.

—No sé de qué estás hablando.

Billy parecía no entender nada. Ella volvió a dudar. Era cierto que lo había probado un par de veces, pero estaba lejos de ser una experta en la materia. Tal vez se estaba metiendo en camisa de once varas, pero si había dicho A, le tocaba decir B.

—BDSM... Ya sabes, control..., asfixia erótica.

Billy clavó su mirada en la botella, que ya había perdido por completo la

etiqueta, como si de repente se sintiese muy incómodo con el giro que había dado la conversación.

—No creo que a My le vaya mucho eso —dijo en voz baja.

Ella volvió a dudar. Pero qué coño. Él se había sincerado con ella. No había motivos para ocultar lo que sentía.

De perdidos al río. Puso la mano sobre la pierna de Billy.

—Pues no lo hagas con My.

Era la imagen perfecta de una mañana terrible.

Todo lo que podía salir mal había salido mal.

El despertador no había sonado, por lo que se había dormido y había despertado a Ella demasiado tarde. Al abrir la nevera había descubierto que no quedaba leche, así que Ella no podría tomar su taza de cacao soluble, y, tras una pelea estresante en la mesa del desayuno sobre la bebida sustituta, no había querido ponerse ninguna de las prendas de ropa que tenía en el armario ni tampoco ir a la escuela. Cuando finalmente consiguió sacarla de casa — con pantalones de chándal debajo de una falda de tul rosa y un jersey con capucha que le iba pequeño con Elsa de *Frozen* estampada en el pecho, además de llevar una diadema y sandalias, una combinación que seguro iba a ser cuestionada y discutida aquella noche en casa después de que Linda recogiera a Ella en la escuela— ya había acumulado casi media hora de retraso.

Reunión con el jefe a las nueve. Iba a llegar tarde. Del tráfico dependía cuánto rato, pero como mínimo media hora, era probable que más. Mal.

La cosa había empezado la noche anterior. Uno de los canales de la competencia había decidido apostar, a pesar de la época del año, por un nuevo *reality*, «La tentación final». Había causado mucha sensación. Los periódicos de la tarde le habían dado bombo y se había generado bastante interés por los participantes incluso antes de que hubiese comenzado el programa, algo que siempre iba bien.

El jefe había llamado un poco después de las once de la noche. Claes

estaba sentado en el balcón con Linda tomando una copa de vino. Ella había suspirado al oír que le sonaba el teléfono, y, cuando él le había dicho que tenía que cogerlo, Linda se había levantado para meterse dentro de casa.

—¿Viste «La tentación final» ayer? —preguntó el jefe sin tan siquiera saludar o disculparse por llamar tan tarde.

—No —contestó Claes con sinceridad.

Tal vez debería haberlo hecho; seguro que algunos pensaban que, como jefe de programación, debía al menos ver los estrenos de la competencia, pero había estado ocupado con otros asuntos. La familia.

—¿Fue bien?

—Consiguió 412.000 espectadores. Un 18,7 por ciento del *share* de 15 a 44 años. Lo más visto en el público objetivo.

Claes se quedó callado. ¿Qué podía responder a eso?

Era bueno. A finales de junio. Muy bueno.

Podía contar con una mano los programas que tenían ellos con ese nivel de audiencia. Si se hubiese amputado dos dedos. O tres. Eran datos muy buenos.

Claro que era malo que la competencia fuese a toda máquina, pero la cosa iba a ponerse aún peor.

—¿No nos hicieron a nosotros esa propuesta de programa? —había preguntado su jefe con un tono que indicaba que ya sabía la respuesta.

—Sí —confirmó Claes—. La rechacé.

La única reacción fue el silencio. Como si la pregunta «por qué» fuese tan evidente que ni siquiera hacía falta plantearla.

—Lo que yo rechacé no era exactamente el programa que emitieron ayer —dijo Claes notando que sonaba más a la defensiva de lo que había pretendido—. Han hecho bastantes cambios, mejoras.

—¿Cómo lo sabes si no lo viste?

—Lo escuché de los productores. Son los mismos que nos hacen «Esposas de Manhattan».

—Y, esos cambios, ¿no los podríamos haber hecho nosotros, o qué?

Un cuestionamiento abierto. No era la primera vez y, lo más probable, tampoco sería la última.

La conversación había acabado cinco minutos más tarde: habían decidido verse a la mañana siguiente por la mañana. A las nueve. La primera reunión del día.

Claes venía del mundo de las productoras. Ahí había pasado muchos años formando equipos, vendiendo ideas, poniendo a la persona más conveniente en el sitio adecuado para solucionar los problemas que surgían. Pero su lado fuerte no era el contenido. Nunca lo había sido. Algún día, eso se haría evidente.

Tal vez hoy.

Sus dos predecesores en el puesto de jefe de programación habían aguantado cuatro y nueve meses, respectivamente. En el canal se hablaba de su trabajo como el único puesto que contaba con un asiento catapulta. Así que estaba un poco nervioso cuando salió del apartamento, era inevitable. Al mismo tiempo, se seguía diciendo a sí mismo que era una mierda de *reality*, no era como decirle que no a los Beatles.

Apretó el botón del ascensor. No pasó nada. Volvió a apretar. El motor del ascensor permanecía en completo silencio. Alguien que no había cerrado del todo la puerta, o tal vez estaba estropeado. Mierda. Empezó a bajar la escalera a toda prisa.

Estaba estresado por muchos motivos.

La reunión de la mañana era uno de ellos.

El otro eran los crímenes del Asesino de los Realities. Tanto Mirre Petrovic como Patricia Andrén habían salido en su canal. Era verdad que Andrén había participado en «Madre soltera busca» antes de que a él lo nombraran jefe de programación, pero igualmente... La prensa los había llamado, querían detalles de las grabaciones, recuerdos personales. ¿Había algo que no hubieran incluido en el material que habían enviado a la prensa durante las temporadas? ¿Algo en exclusiva? Claes los había derivado a la empresa productora. No tenía nada que decir, ni sobre Mirre ni sobre Patricia, no había conocido a ninguno de los dos y, siendo sinceros, apenas sabía quiénes eran. Él no miraba los programas en los que habían participado. Sí, de vez en cuando había visto algún episodio por obligación, pero jamás en su vida se le pasaría por la cabeza seguirlos. Nadie en el canal lo hacía.

Se decía que era televisión para idiotas.

Para vender publicidad.

Programas contruidos con cinismo con participantes que habían pasado un duro casting para, en simbiosis con la prensa de la tarde, atraer a un público concreto y conseguir la máxima presencia en los medios. Decirlo ni siquiera causaba controversia. Todo el mundo lo sabía. Opinaba lo mismo. Pero incluso aquí tenía la sensación de que el canal esperaba más de él. Habían hablado de hacer unos especiales de una hora sobre las dos víctimas. Intercalar grabaciones antiguas con entrevistas y reflexiones personales de amigos y familia. Sencillamente, un programa de homenaje. Como si fuesen estrellas del deporte o políticos. Como si hubiesen significado algo. Vale, eso también era cínico. Claro que habían significado algo, era terrible que a dos jóvenes les hubiesen arrebatado la vida, pero... ¿programas de homenaje? Anda ya.

Empujó la puerta metálica que llevaba al parking que había debajo de la casa y giró hacia la izquierda. Se sacó la llave del coche del bolsillo, y, justo iba a abrir el Lexus, cuando lo vio.

Fue soltando insultos y palabrotas mientras miraba a su alrededor en el garaje. No podía creer lo que estaba viendo.

Le habían cerrado el paso. Algún imbécil se había colocado justo detrás de su coche. Y no era un coche cualquiera.

Era una puta autocaravana enorme.

No eran ni las nueve y media, pero Torkel sentía que empezaba a tener hambre. El despertador había sonado a las cinco y cuarto. Tras salir a correr por una Estocolmo que aún no había despertado, pegarse una ducha y tomar un desayuno bastante frugal, había ido a la comisaría de Kungsholmen. Antes solía echarle la culpa a los viajes de que su nevera siempre estuviese vacía, pero ya no era cierto. Habían estado en Ulricehamn apenas dos días, no era tiempo suficiente como para que la comida caducara. La verdad era que cada vez le costaba más comer solo.

Despertarse solo, irse a dormir solo.

Vivir solo.

La sensación se había intensificado cuando supo que Yvonne y Kristoffer se habían comprometido. Iban a casarse en otoño. En una finca en Bergslagen, donde había nacido Kristoffer. Una boda pequeña. No esperaba que lo invitasen. Le deseaba todo lo mejor a su exmujer, pero un paso más en una relación duradera había puesto de nuevo el foco sobre lo lejos que él mismo estaba de tener una.

Se había visto obligado a aceptar que con Ursula no había futuro. Después de la boda de Billy habían acabado en su habitación con una botella de vino. Pero, al terminarla, ella le había dejado claro que quería que se marchara. Seguir soñando y mantener viva la esperanza era inútil.

Y luego apareció Lise-Lotte.

El beso había sido espectacular, con la promesa de algo más, pero él se había ido de Ulricehamn sin despedirse. Había prometido llamarla y no lo



había hecho. Así no ganabas muchos puntos con las mujeres. Ella tampoco lo había llamado. De modo que el beso había sido, literalmente, algo excepcional.

Había llegado al trabajo antes que todos los demás. Había disfrutado del silencio mientras se preparaba para la puesta al día que iba a tener por la mañana con la prensa. La policía tenía portavoces de prensa y la mayoría de los departamentos los utilizaban, pero él no.

A las nueve se había reunido con el cuarto poder. Tal como esperaba, habían sido más que los que habían bajado a Ulricehamn. Muchos más. Cámaras con trípode. Un bosque de micrófonos colocados sobre la mesa tras la que se había sentado. No había mucho nuevo que contar.

Una tercera víctima mortal y una chica joven con heridas graves, pero viva. Su identidad ya era conocida. Lo más probable era que todos los presentes en la sala supiesen lo mismo sobre las hermanas Johansson que la policía, si no más.

Por eso, las preguntas que siguieron a su breve exposición eran una variación del mismo tema.

¿Dónde y por qué?

¿Qué le había pasado a Ebba?

¿Cuándo iban a poder interrogarla?

¿Por qué había sobrevivido?

Por increíble que fuera, aún habían conseguido ocultar a la prensa el detalle de los exámenes que tenían que pasar las víctimas, y nadie parecía haber visitado sus cuentas en las redes sociales, o al menos no habían establecido la conexión entre los asesinatos y las breves notificaciones de resultados que habían sido publicadas en ellas.

No sabían que Ebba había aprobado, y Torkel no había tenido intención de explicarlo, así que después de pasar varios minutos con la sensación de que las preguntas se repetían, les había puesto fin y les había prometido una actualización en cuanto surgiera alguna novedad en el caso.

Había decidido subir hasta su departamento por la escalera y de camino había notado que tenía hambre.

Billy estaba en la cocina sirviéndose una taza de café cuando él entró en

el comedor. Saludó a Torkel con la cabeza mientras tomaba sorbos de la bebida caliente.

—Hola, ¿llegas ahora?

—No, vengo de hablar con la prensa.

Torkel se acercó a la nevera y la abrió. Echó un vistazo hacia Billy, quien le dio otro sorbo al café; luego ahogó un bostezo y se frotó los ojos.

—¿Estás bien? —se interesó Torkel, y sacó mantequilla y queso de la nevera.

Billy no solía dejarse afectar por los casos en los que trabajaban hasta el punto de faltarle el sueño, pero nunca se sabía. A veces podía haber un detalle que tocara alguna fibra, que afectara a nivel personal. Mejor preguntar.

—Sí, ¿por qué? —respondió Billy con sorpresa.

—Pareces un poco cansado.

—Ah, no, estoy bien. Sólo que ayer se me hizo un poco tarde.

—Vale.

Torkel abrió la puerta de la despensa grande y sacó un paquete de pan tostado.

—¿Cómo vas? —preguntó.

—¿Con qué?

—Con todo. El trabajo.

—Las compañías de teléfono han prometido enviar las listas lo más pronto que puedan, y en el mejor de los casos recibiré las imágenes de los peajes hoy por la mañana y podré empezar a buscar autocaravanas.

—Avísame si necesitas a gente que te ayude con eso.

Billy asintió con la cabeza. Era muy probable que la fuera a necesitar. Muchas estaciones de peaje en las entradas de Estocolmo y ninguna hora exacta. Incluso sabiendo lo que buscaban, había mucho material que revisar.

Sonó el teléfono de Torkel. Dejó el cuchillo de mantequilla en el paquete y contestó mientras Billy salía del comedor con su taza de café. Treinta segundos más tarde volvió a colgar. Marcó el número de Vanja y le preguntó dónde estaba.

Habían recibido noticias del Karolinska.

Podían ir a hablar con Ebba Johansson.

Vanja giró el volante y subió por el acceso que llevaba al hospital.

Sebastian estaba sentado en silencio a su lado. Dada la ocasión, Vanja entendía que él, al igual que ella, conectaba el Karolinska con Valdemar, en primera instancia. Pero Sebastian no le había preguntado si quería hablar de ello, cosa que agradecía. Vanja había creído que él aprovecharía la ocasión cuando estuvieran solos en el coche para saber cómo se encontraba, ofrecer su apoyo, hacer un intento de acercamiento. Sin embargo, aparte de preguntar si podía apagar la radio en cuanto empezó a sonar *reggae* sueco, había permanecido todo el rato callado.

Cuando Torkel la había llamado y le había pedido que se llevara a Sebastian al hospital, primero ella había pensado en protestar, pero comprendió al instante que, a decir verdad, los conocimientos de Sebastian podían serles útiles. Una chica traumatizada. Que dijeran lo que quisieran sobre cómo Sebastian se había dejado influir por el caso anterior, pero Sebastian había ayudado muchísimo a la pequeña Nicole. Quizá esta vez también acertara.

Aparcó delante del edificio en el que estaba ingresada Ebba Johansson y juntos se dirigieron al vestíbulo. Al otro lado de las puertas había un número considerable de personas, observó Vanja, y la mayoría de ellas parecían estar tranquilamente reclinadas en sus sitios, bastante ociosas. Periodistas, a su juicio, lo cual confirmó en cuanto un hombre joven se levantó al fondo de la sala.

—Tú eres Sebastian Bergman, ¿verdad?

Entre el resto de las personas rumiantes hubo varias que despertaron de su letargo y que se dirigieron hacia Sebastian, que se había detenido.

—Ve tirando —le dijo a Vanja, quien sin aminorar el paso siguió adelante hasta la recepción—. Vamos a ver cuántas variaciones se me ocurren de «sin comentarios» —continuó diciendo con una sonrisa y mirando al puñado de personas que se le estaban acercando.

—Hemos venido a ver a Christos Theotokis —indicó Vanja cuando llegó a donde estaba la recepcionista y le mostró con discreción su carnet de policía.

—Quinta planta. Los ascensores de allí, llamaré para avisar de que subís.

Vanja le dio las gracias y le hizo un gesto a Sebastian para que la acompañara a los ascensores. A los periodistas que lo siguieron no se molestó ni en mirarlos, y mucho menos en responder a ninguna de las preguntas que iban lanzando.

—¿La vais a interrogar?

—¿Ha dicho algo?

—¿Os ha dado alguna seña del autor?

—¿Qué le ha pasado?

—¿Por qué no la ha matado?

Las puertas del ascensor se deslizaron a los lados, ella y Sebastian subieron. Una mirada de Vanja bastó para que a nadie más se le pasara por la cabeza acompañarlos.

Christos Theotokis, un hombre alto, delgado, de pelo castaño y con una barba imponente, los estaba esperando cuando se abrió el ascensor.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó Vanja después de identificarse otra vez y mientras cruzaban el pasillo de hospital.

—Su vida no corre peligro, pero no recuperará la vista.

—¿Se sabe cómo procedió? —inquirió Sebastian—. Con los ojos.

Christos lo observó con cierto cansancio en la mirada. Sebastian supuso que el médico, igual que todos los policías con los que Sebastian había trabajado, debía de haber tenido que contar detalles jugosos de su trabajo

varias veces de más en distintos eventos sociales, y que ésa debía de ser la razón por la que no se mostraba especialmente contento de tener que satisfacer la morbosa curiosidad de Sebastian.

—El *modus operandi* puede decirnos mucho de la persona que lo ha hecho, darnos una imagen de a quién nos enfrentamos —respondió Sebastian al instante, y Christos asintió comprensivo con la cabeza.

—Forzó los ojos para mantenerlos abiertos y los quemó. Las heridas podrían coincidir con alguna especie de láser potente.

—¿Estaba consciente cuando se lo hicieron? —quiso saber Vanja, y sintió un escalofrío.

—No, no recuerda nada.

—Menos mal —dijo Vanja aliviada.

El médico se detuvo delante de una de las puertas cerradas del pasillo y se volvió con rostro serio hacia sus acompañantes.

—Está ahí dentro. Podéis hablar con ella, pero procurad no ponerla nerviosa.

—¿Cómo quieres que no lo hagamos? —le preguntó Sebastian—. Tenemos que hablar del hombre que le ha quemado los ojos con un láser y que ha asesinado a su hermana. ¿Tienes algún consejo de cómo hacerlo para que no se ponga nerviosa?

El médico le echó a Sebastian una mirada que decía con claridad que eran las personas equivocadas en el sitio equivocado para cuestionar lo que él decía.

—Lo haremos con todo el tacto que podamos —apuntó Vanja—. Y en cuanto ella ya no quiera continuar, lo dejaremos.

Christos deslizó la mirada hasta Vanja, luego de nuevo a Sebastian. Vanja cruzó los dedos para que su compañero no soltara otro comentario ocurrente e insensible. Christos Theotokis estaba a dos segundos de prohibirles la entrada.

—Ella es la jefa, haré lo que me diga —afirmó Sebastian, señalando a Vanja con la cabeza.

Christos se lo quedó observando unos segundos más como si buscara signos de que Sebastian le estaba tomando el pelo, luego empujó la puerta y

sin decir nada los dejó pasar a la habitación.

—Compórtate —espetó Vanja cuando la puerta se cerró tras de sí.

Ebba Johansson medía 1,68, pero parecía más pequeña allí, tumbada bocarriba en la gran cama de hospital. La manta subida hasta las axilas, los brazos descansando a ambos lados de su cuerpo. Compresas blancas con esparadrapo tapándole los ojos.

—Vanja Lithner, Unidad de Homicidios; él es Sebastian Bergman, es psicólogo y trabaja con nosotros —dijo Vanja, dirigiéndose más bien a los padres, quienes asintieron en silencio y no hicieron ademán de levantarse para saludar ni presentarse—. Necesitamos hablar con su hija, si les parece bien.

—¿Es realmente necesario? —quiso saber la madre, con una voz empapada en tristeza.

—Sí, por desgracia.

—Está bien —aseguró una voz débil desde la cama.

Vanja intercambió una mirada con Sebastian, que se había detenido a un metro de la chica. Cogió una silla y se sentó al otro lado de la cama, de cara a los padres.

—Hola. Me llamo Vanja. Tendríamos que hablar sobre lo ocurrido si te encuentras con fuerzas.

La chica se limitó a asentir un poco con la cabeza.

Vanja hizo un rápido resumen de todo lo que sabían para que Ebba no tuviera que agotarse contando cosas que ya conocían. Cuando hubo acabado, le planteó a Ebba si quería añadir algo que le viniera de forma espontánea a la cabeza antes de proceder a efectuar unas preguntas más específicas.

—Se hizo llamar Sören, no Sven —manifestó la chica en voz tan baja que Sebastian tuvo que dar un paso adelante para poder oírla.

—Bien, muy bien —dijo Vanja para animarla—. El restaurante chino en el que quedasteis, ¿recuerdas cómo se llamaba?

—Beijing Garden, está en Sundbyberg.

Vanja asintió con la cabeza. Enviarían a gente para que interrogara al

personal, por si pudieran dar unas señas más detalladas que las de un hombre mayor con barba, boina y gafas. Era lo mismo que habían conseguido de Ebba.

Sebastian comprendió de pronto por qué el autor de los crímenes la había dejado ciega. Seguramente, tenía un código. Si aprobaba, podían vivir. Lo más probable era que no se hubiera esperado tener que pensar en los problemas que eso podía conllevar.

La solución había sido dejarla ciega.

Podía permitirse dejar que Ebba describiera el encuentro con palabras, siempre y cuando no pudiera comprobar cómo se usaba la información que daba. No podrían enseñarle fotos de sospechosos para identificarlo. Ebba no podría colaborar con ningún dibujante de la policía a la hora de elaborar un retrato robot. Nada. Vale, a lo mejor podría reconocer la voz cuando dieran con algún sospechoso, pero la identificación por la voz de un testigo nunca había sido suficiente para dictaminar una sentencia, al menos que Sebastian supiera. No sin reforzarse con evidencias científicas, que era justo lo que no tenían.

—¿Cuántas respuestas correctas necesitabas para aprobar? —preguntó Sebastian.

—Una tercera parte. Veinte. Había sesenta preguntas.

—Sí, lo sabemos, las hemos visto. ¿Cómo hace los exámenes?

Los padres reaccionaron por primera vez en la conversación. O al menos el padre, que se volvió hacia Sebastian con una expresión de escepticismo.

—¿De verdad tiene que explicarlo?

—No tiene que explicar nada, pero cuantos más detalles obtengamos, mejor.

Ebba respiró hondo y empezó a contar.

Sobre la autocaravana, las cadenas, el cronómetro, la venda en los ojos.

Sebastian le preguntó por la venda. ¿Cuál era el objetivo? Las víctimas del asesino ya lo habían visto, habían pasado varias horas juntos. Así que, ¿por qué no podían verlo durante el examen? Valía la pena anotarlo en la memoria.

—La autocaravana —dijo Vanja, rebobinando un poco—. ¿Puedes



contarnos más al respecto?

—Era una autocaravana. Sólo la vi por un lado. Pero era una autocaravana normal y corriente, con una raya roja en el lateral.

Eso era nuevo. Nuevo e importante para Billy, que se tendría que pasar las próximas horas revisando imágenes.

—Te dejamos descansar —dijo Vanja.

Después le preguntó a Ebba si recordaba algo más que pudiera ser relevante en el caso, y la chica respondió negando suavemente con la cabeza.

—Gracias por reunir fuerzas para colaborar. Es importante para nosotros —comentó, y se levantó.

Vanja volvió a dejar la silla y se despidió de los padres con un gesto de la cabeza mientras se dirigía a la puerta.

—Dijo que tuvo un alumno. —Se oyó desde la cama.

Vanja y Sebastian se detuvieron.

—¿Un alumno?

—Estuvimos hablando de toda la atención que habíamos recibido después de ganar el premio y entonces él dijo que uno de sus alumnos ganó una beca para el MIT el otoño pasado y que nadie le había dado importancia.

—¿Estás segura de que era el MIT?

—Sí.

—¿El otoño pasado?

—Sí.

Vanja no pudo reprimir la sonrisa.

Un punto de inflexión. Un auténtico punto de inflexión.

¿Cuántos podían ser los que habían recibido una beca para el MIT el otoño pasado? No muchos. ¿Cuántos profesores podían haber tenido? Varios, pero una cifra manejable. Habían pasado de miles de sospechosos a quizá una docena.

—Gracias, eso nos es realmente de gran ayuda.

—Él la drogó y la llevó a la autocaravana —dijo Ebba de pronto rompiendo el silencio de la habitación.

Quizá pensaba que ellos no sabían cómo efectuaba los secuestros. Por consideración tanto a Ebba como a los padres, Vanja no había querido

preguntar sobre ello. Llanto en la voz. Sebastian no sabía qué efecto habían tenido las heridas de los ojos en los conductos lacrimales, pero las compresas absorberían las eventuales lágrimas que pudieran brotar.

—No pude salvarla. Tendría que haberla salvado.

Los padres se inclinaron hacia delante. Pusieron sus manos sobre las de ella, le hablaron en voz baja para consolarla. Que no era culpa suya. Que no había nada que ella pudiera haber hecho. Que no debía pensar eso.

No le serviría de nada.

Sebastian permanecía en silencio contemplando la escena que tenía lugar en la cama del hospital.

Los ojos se curarían, era joven, sabría adaptarse a la vida como ciega.

La culpa y el dolor..., eso ya era otra cosa.

Sebastian los conocía a la perfección.

El compromiso de proteger a alguien.

Prometerse a sí mismo no fallar nunca, salvarla a cualquier precio.

Despertarse del estado de inconsciencia sólo para darte cuenta de que has fallado.

Que has roto tu promesa.

Vivir con ello el resto de tu vida.

Sí, la culpa era algo que conocía a la perfección.

Pero no había nada que pudiera decir para consolar a la chica de la cama grande.

Así que se fue.

Tratar de encontrar quién le había otorgado becas a quién en el último año le llevaría demasiado tiempo, comprendió Billy. Había un número demasiado elevado de instituciones, fondos de becas y otros actores que repartían dinero como para coger ese camino. Tendría que abordar el problema desde el extremo del receptor. No habría tantísimos suecos estudiando en el MIT, quiso creer.

El palo en las ruedas era la diferencia horaria.

Seis horas.

En Estocolmo era poco después de la hora de comer, lo cual significaba que en Boston eran las seis y pocos minutos de la mañana. Demasiado temprano para que el personal administrativo con el que él tenía que ponerse en contacto estuviera trabajando.

Pero Billy preparó las llamadas lo mejor que pudo. Navegó por la web de la universidad y fue curioseando por «people» y «offices» hasta que tuvo completada la lista de las cinco personas que, tras haber leído sus títulos y ocupaciones, consideraba que lo podrían ayudar, aunque sólo fuera mostrándole la dirección que debía seguir.

Después no quedaba otra que esperar.

Fue a buscar la tercera taza de café del día y, mientras aguardaba a que el brebaje se preparara, se dio cuenta de que necesitaría mantenerse atareado para no pensar en la noche anterior. Por suerte, cuando regresó a su puesto había recibido un email de Tráfico. Datos de acceso, nombre de usuario y contraseña para consultar las imágenes de los peajes. Billy entró en la cuenta,

introdujo la fecha que le interesaba. Se detuvo un momento a pensar si tenía alguna franja horaria que pudiera delimitar la búsqueda, pero no. Decidió comenzar por el viernes en que Sara y Ebba habían sido secuestradas y por los peajes más cercanos a Sundbyberg, donde habían quedado con el autor del crimen. Cruzó los dedos para poder delimitar la búsqueda a vehículos con matrícula extranjera, pero las imágenes no habían sido categorizadas según esos criterios, por lo que se quedó sin dicha opción. Tampoco había filtro de tipo de vehículo. Al cabo de dos horas, había mirado cientos de fotos. Dos autocaravanas habían pasado. Ambas registradas en Suecia. Comprendió que le sería imposible revisar varios días de material de los dieciocho puestos de peaje. Tendrían que solicitar personal para que lo ayudaran. Sobre todo teniendo en cuenta que existía la posibilidad de que el autor de los crímenes hubiera rodeado Estocolmo, manteniéndose alejado de los peajes, o haberlos pasado de noche, cuando eran gratuitos y no se hacía un control fotográfico. Con lo buen planificador y lo inteligente que había sido hasta la fecha, el riesgo era enorme. No sería más que una pérdida de tiempo para Billy.

Se desperezó y miró la hora. Las dos y cuarto. Las ocho y cuarto en Boston. Merecía la pena intentarlo.

Sacó la lista de nombres y números que había anotado antes, cogió el teléfono y marcó el primero. Se sucedieron varios tonos. Sin respuesta. Billy colgó, probó con el siguiente. Carolyn Bernstein respondió al primer tono. Él le explicó quién era y el motivo de su llamada. ¿Habían recibido algún estudiante becado de Suecia el otoño anterior y, en tal caso, podría facilitarle su nombre? Carolyn le dijo que llamaba a la persona equivocada, pero le dio el nombre de alguien que podría ayudarlo y le dijo que no colgara, que ella desviaría la llamada. Billy le dio las gracias. Se hizo silencio.

Demasiado silencio, demasiado rato.

No le había pasado con nadie, le había colgado.

Con un suspiro volvió a llamar a Carolyn y le explicó que debía de haber surgido algún problema. Carolyn le pidió disculpas y probó de nuevo. Esta vez sí sonaron los tonos. Muchos. Luego, un contestador que le decía que la persona con extensión 3449 estaba de vacaciones y que no regresaría hasta el jueves. Si se trataba de un asunto importante, podía llamar a otro número.

Billy lo anotó; no era ninguno de los que ya tenía en la lista, colgó, llamó de nuevo. Sin respuesta. Frustrado, colgó con un golpe y se reclinó en la silla. ¡Cómo cojones podía ser tan difícil dar con alguien que le pudiera echar una mano! Estaba a punto de alargar el brazo para coger de nuevo el teléfono, continuar con los nombres de su escueta lista, cuando el móvil empezó a sonar.

My.

Ahora no podía. Ni en broma.

Silenció la llamada, pero sin cortarla. Como si estuviera en algún otro sitio cuando ella había llamado y se lo hubiera perdido. Se levantó y se fue al baño para no tener que ver la pantalla iluminada que en silencio alimentaba el fuego de sus remordimientos.

Cuando regresó, My le había dejado un mensaje. No pensaba escucharlo, así que marcó el tercer número del MIT. Katie Barnett lo cogió al segundo tono, y cuando hubo escuchado el asunto que les concernía, le respondió alegremente que sí que podía ayudarlo. ¿Había hablado con Kenneth? Billy le preguntó si se refería al Kenneth con extensión 3449, porque si era así el hombre no volvería hasta el jueves. En efecto, era el Kenneth a quien Katie se refería. Billy hizo hincapié en lo urgente que era que le dieran esa información. Katie lo entendía y le prometió que intentaría ayudarlo. Si Billy le dejaba su número, lo llamaría en cuanto hubiese hecho un par de pesquisas. Billy se lo dio sin mayores esperanzas de volver a saber de ella, pero para su asombro no habían pasado ni diez minutos cuando vio una llamada perdida en su pantalla. Katie lo había llamado de nuevo y, dada la situación, lo que dijo fue música para los oídos, ya bastante cansados, de Billy.

—Sólo tenemos un estudiante becado de Suecia.

—Olivia Johnson —dijo Billy mientras colgaba en la pizarra blanca de la sala una foto de una mujer joven de ojos y pelo castaños—. Estudió Ingeniería Biomédica en la URT hasta el año pasado, cuando la Fundación Suecia-Estados Unidos le concedió una beca de dos años para cursar estudios en el MIT.

—¿Y estamos seguros de que es ella? —quiso saber Torkel.

—Tanto como seguros... En este momento es la única sueca que está allí con beca, y empezó en otoño.

Torkel asintió con la cabeza y vio que todos se retorcían en sus sillas. Ya no se trataba de darle vueltas a lo que ya sabían.

Ahora tenían una pista.

Estaban de caza.

Billy se volvió hacia la mesa y cogió una carpeta con más fotos.

—Éstos son sus tutores de la URT —aclaró mientras iba colgando las fotos en la pizarra. Tres hombres de mediana edad—. Åke Skogh, catedrático de Ingeniería Biomédica, Christian Saurunas y Muhammed El-Fayed, ambos profesores.

Todos se inclinaron hacia delante para observar a los tres hombres.

Skogh y Saurunas tenían pinta de rondar los cincuenta. Skogh tenía barba pero no llevaba gafas. Saurunas llevaba gafas pero no barba.

El tercero, El-Fayed, no parecía haber cumplido los cuarenta y, si bien llevaba barba, era de tez más oscura y con una fisionomía que, junto con el nombre, daba a entender que era oriundo de Oriente Medio.

—Skogh y Saurunas coinciden más con nuestro perfil —señaló Ursula, confirmando lo evidente.

—No quería descartar a El-Fayed, pero, bueno, es así —afirmó Billy.

—¿Y Olivia es la única que está estudiando o que ha estudiado en el MIT? —preguntó Vanja como para realmente asegurar que estaban siguiendo la pista correcta, que no estaban perdiendo el tiempo.

—La única persona de Suecia en los últimos tres años —asintió Billy—. Al menos es lo que dice el MIT, y parecen saber de lo que hablan.

Torkel intervino, consciente él también de que ellos mismos eran los que más estaban poniendo en duda la nueva pista y tratando de encontrar fisuras para evitarse posteriores decepciones.

—Podría ser que el estudiante al que nuestro hombre hizo referencia hubiera estudiado allí tiempo atrás. Hace años.

—Según Ebba, dijo «el otoño pasado» —replicó Vanja en el acto—. No puede ser otra cosa que este último otoño, o el anterior, ¿verdad que no?

—Eso considerando que Ebba lo recuerde bien —infirió Ursula con escepticismo.

—Tenía muy buena memoria para los detalles. ¿Tú qué opinas? —dijo Vanja volviéndose hacia Sebastian, que asintió en silencio.

—Él lo mencionó mientras hablaban de la atención que las chicas habían recibido recientemente a raíz de su blog, es improbable que lo comparara con un éxito académico de varios años atrás.

—Puede ser que Olivia sea la estudiante en cuestión, pero el hombre al que nosotros buscamos fue profesor suyo hace años —lanzó Billy—. Ha mantenido el contacto, la ha estado siguiendo...

—Habló de ella como de uno de sus alumnos, si han pasado varios años dices uno de mis antiguos alumnos..., ¿no?

—Pondré a alguien a mirar qué profesores tuvo Olivia antes de empezar en la URT —decidió Torkel.

Vanja se reclinó en la silla y estudió las fotos de los tres hombres de la pizarra.

—¿Cuánto tiempo estuvo estudiando en la URT antes de irse a Boston? —quiso saber.

—Dos años.

—¿Ésos son los únicos profesores que ha tenido en dos años? —continuó Vanja, y el tono de su voz desvelaba que dudaba mucho de que fuera el caso.

—No, cursó más de quince asignaturas con quince profesores distintos —confirmó Billy—. Pero estos tres son los únicos que la han seguido con regularidad desde que empezó.

—Comenzaremos por ellos —dijo con un tono que dejaba claro que no daba pie a discusión—. Buen trabajo, Billy.

—¿Cuál es el siguiente paso? ¿Cómo nos lo repartimos? —preguntó Vanja, lista para marcharse.

—Billy se encargará de hacer llegar estas fotos a Helsingborg, Ulricehamn y al restaurante chino de Sundbyberg. Podría haber alguien a quien le sonase alguno —indicó Torkel señalando las imágenes de los tres hombres y mirando a Billy, que asintió con la cabeza.

—Entonces necesitaremos a gente que revise las fotos de los peajes. Nos

han dado acceso este mediodía.

—Yo me ocupo —aseguró Torkel, y se volvió hacia Vanja—. Tú y Sebastian empezáis a picar piedra con estos tres. Yo me sumaré luego.

Con estas palabras quedó zanjada la reunión. Todos se pusieron en pie.

—Yo iré a ver al forense, por si queréis algo —dijo Ursula, que recogió sus pertenencias y abandonó la sala junto con Billy.

—Voy un momento al trono y luego nos largamos —le explicó Sebastian a Vanja con una sonrisa que sólo fue correspondida con un leve movimiento de cabeza.

—Lamento que te toque otra vez con él —se disculpó Torkel cuando la puerta se hubo cerrado tras Sebastian—. Pero es inservible en todo lo demás que hay que hacer.

—Está bien.

—¿Seguro?

—Sí.

Torkel se detuvo, la observó un segundo. Había dejado de ser la misma desde que se había escapado unas horas el día anterior al mediodía. Al regresar no había dicho dónde había estado. Estuvo algo ausente el resto del día. Sería mejor no dejarlo correr.

—Algo te pasa, lo noto.

Vanja apartó la mirada, la dejó caer por la ventana como si necesitara meditar cómo expresarse. Torkel esperó paciente.

—¿Alguna vez te ha pasado que sientes que no tienes más vida que esto? —preguntó ella abriendo los brazos en un gesto que abarcó toda la sala.

Torkel se descolocó por un segundo. Había esperado oír algo relacionado con el trabajo o la familia, una queja de que Sebastian estuviera en ambas esferas, pero no, esto era mayor..

—Yo no tengo *nada* más —continuó Vanja sin aguardar una respuesta—. Me he dado cuenta ahora y tengo que conseguir algo más.

Torkel asintió con la cabeza. Sabía a qué se refería. Quizá mejor de lo que ella podía sospechar. Él también pensaba lo mismo, a veces. Porque ¿qué otra cosa tenía él fuera del trabajo, aparte de una exmujer que pronto volvería a estar casada y dos hijas que, en principio, se las arreglaban solas? No mucho.



—Si necesitas tiempo para descubrir qué es lo que tienes que hacer, también... —Se interrumpió y levantó un dedo para subrayar sus palabras—. Si necesitas tiempo para descubrir qué es lo que tienes que hacer, también te lo doy. Pero eres demasiado buena para dejarlo.

Vanja afirmó con la cabeza para que supiera que había oído lo que le había dicho, pero que en verdad no cambiaba nada.

—Y te echaríamos realmente de menos. —Torkel dio el último paso y se plantó a su lado—. Yo te echaría de menos.

Vanja volvió a asentir y se dejó abrazar.

—Gracias —dijo, aún entre sus brazos, pasados unos segundos.

Torkel se retiró un poco, le pareció ver unas lágrimas contenidas en los ojos de Vanja. Quiso pensar que no deseaba llorar delante de él.

—Vamos, vete —le indicó con una sonrisa.

Nuevo movimiento de cabeza y luego Vanja salió por la puerta.

Era como un viejo proyector de diapositivas.

En el que al principio la imagen aparecía borrosa, sólo podías intuir colores y contornos, y después alguien giraba la lente y todo se iba enfocando, lento pero seguro.

La autocaravana.

Estaba dentro de la autocaravana.

En el garaje, entre tacos y maldiciones, Claes se había hecho a la idea de coger el transporte público y llegar aún más tarde a la reunión, por lo que se sorprendió gratamente cuando el hombre con barba se le había acercado disculpándose de forma tan efusiva. Claes había esperado que el dueño hablara alemán, a juzgar por la matrícula del vehículo, pero el hombre le explicó en sueco, y sin acento, que había salido a la calle para pedir asistencia en carretera, ya que su móvil no funcionaba dentro del garaje. ¿Cuál era el coche de Claes? ¿Le estaba barranto el paso? Quizá entre los dos podrían empujar la autocaravana unos metros para que él pudiera salir con el Lexus. El hombre con barba sólo iba a poner punto muerto y a quitar el freno de manos.

Claes se había quedado aguardando junto a la parte trasera de la autocaravana. No se había dado cuenta de que el hombre la había rodeado para ganarle por la espalda hasta que sintió que algo mojado le presionaba la cara con fuerza y que un brazo forzado lo sujetaba por el pecho.

Claes levantó con cuidado la cabeza de la dura superficie de la mesa. Notaba que se le había caído la baba y trató de secarse la boca, pero entonces

descubrió que no podía mover las manos. Estaban fijadas a la mesa con unas cadenitas.

—No estoy familiarizado con los somníferos que se inhalan, así que no sabía cuánto tiempo estarías inconsciente.

Claes dio un respingo y dirigió la cabeza hacia la voz.

El hombre con barba estaba sentado en el sitio del conductor y se volvió para observarlo. Claes lanzó unas miradas rápidas a su alrededor. Árboles al otro lado del parabrisas. Las demás ventanas tenían las cortinas corridas. Él estaba sentado a la mesa del fondo del vehículo. Almohadones largos de color lila claro en los dos sofás. Recubiertos de plástico en su lado. Probablemente, con un par de movimientos sencillos se debía de poder plegar la mesa y convertir toda la parte final en una cama. Al menos así se podía hacer en la autocaravana en la que él había pasado varios veranos junto con sus padres cuando era un crío. Estaban parados.

Si no le fallaba la memoria, ese tipo de vehículos no solían estar muy bien aislados. Si había gente cerca, quizá lo oirían.

—Estamos perdidos en el bosque. Sin nadie que nos pueda molestar —dijo el hombre de la barba como si le hubiese leído el pensamiento. Después se metió en el compartimento de la autocaravana.

—¿Has caído ya en la cuenta de quién soy, o como mínimo de lo que he hecho?

—No —respondió Claes con franqueza, y se sorprendió con lo despejada que sentía la cabeza a pesar de todo.

Estaba aterrorizado, era obvio que el hombre tenía la intención de hacerle daño de un modo u otro, pero su cerebro iba a mil por hora. Prestaba atención a los detalles, se concentraba en todo lo que se decía, intentaba comprender lo que había ocurrido y por qué, para así luego poder pensar una manera de salir de aquella situación.

Regresar a casa con Linda y Ella otra vez.

—Culpa mía —dijo el hombre con barba, y tomó asiento en el sofá del otro lado de la mesa. Claes no le quitaba los ojos de encima—. He cambiado mi *modus operandi*. ¿Sabes qué es eso?

—Sí.

—Una frase en latín que significa «manera de proceder» —continuó el de la barba, como si no hubiese escuchado la respuesta afirmativa de Claes.

—¿Por qué estoy aquí? —preguntó Claes en voz baja y tranquila.

Necesitaba más información para poder calcular cómo debía actuar. También quería iniciar una conversación. Establecer contacto. Claes había oído en varias ocasiones que era una persona agradable, divertida en el trato, fácil de apreciar. Era probable que fuera más difícil hacerle daño si podía conseguir que el hombre de la barba lo conociera un poco mejor.

—No se los puede culpar por querer aprovechar la oportunidad, ¿verdad que no? —respondió el desconocido con barba, y se inclinó sobre la mesa—. A pesar de todo, no deja de ser lo que la sociedad lleva años mostrando como la llave del éxito.

—No sé de qué estás hablando —precisó Claes con sinceridad—. Pero si te he podido ofender o hacer daño, te pido mil disculpas y me gustaría tener la oportunidad de tratar de compensarlo.

El hombre del otro lado esbozó una amplia sonrisa.

Como si acabase de oír algo gracioso.

Mala señal, intuyó Claes.

—Hay que cambiar desde arriba. El problema es que se les da la oportunidad. Que *tú* les das la oportunidad.

—¿A quién, a quiénes les he dado la oportunidad?

—Yo los pongo a prueba —dijo el de la barba, claramente decidido a continuar sin responder a preguntas directas. Cogió unos folios que había sobre la mesa junto a la ventana—. Sesenta preguntas de cultura general. Un método rudimentario de evaluar el conocimiento, lo sé, pero aun así da una idea de los cimientos sobre los que construir.

Claes se limitó a asentir con la cabeza y a mirar los papeles de la mesa. Líneas pulcramente escritas a máquina.

Un examen.

Cultura general.

—Veinte correctas o más es un aprobado. Y te podrías ir.

Eso lo podía conseguir. Nadie de su entorno quería jugar al Trivial con él. Era un poco sabihondo y bastante mal ganador, tenía que reconocerlo.

Veinte correctas y se podría marchar.

De repente lo vio claro.

Quiénes eran «ellos». La conexión. A quién le había dado la oportunidad.

¿Por qué no le había venido antes a la cabeza? Era evidente.

—Dios mío, eres tú —soltó—. Patricia y Mirre...

—Tú llevas un Lexus, cosechas el éxito, ganas dinero con el declive. ¿Ni siquiera te gustan los programas de los cuales eres responsable?

—No, no, por Dios, no.

El hombre con barba le lanzó a Claes una mirada que le produjo escalofríos en el espinazo. Su instinto le dijo que era la respuesta incorrecta. Quizá no había nada que fuera correcto, quizá habría sido mejor mantener la boca cerrada, o hacer como el de la barba, cambiar de tema.

—Tal como te he dicho, he modificado mi *modus operandi*. Tú no necesitas ningún examen.

Claes vio cómo el hombre de la barba apartaba los papeles a un lado, cogía algo que había a su lado en el sofá y lo ponía encima de la mesa.

—¿Sabes qué es esto?

Sí, lo sabía.

Una pistola de sacrificio.

Axel Weber había dedicado todo el día a hacer llamadas a todos los contactos que tenía en la policía y en el hospital Karolinska. Necesitaba un hilo por donde empezar a tejer, algo que pudiera convertirse en un titular o, como mínimo, un punto de vista único. Pero a Torkel Höglund se le daba bien minimizar las filtraciones. Había ordenado vigilancia policial constante sobre Ebba Johansson y, como de costumbre, había limitado el acceso al caso a los miembros de la Unidad de Homicidios, sus más allegados. Ni siquiera el jefe de prensa de la policía sabía más que Weber. Típico de Torkel Höglund. Weber estaba impresionado, aunque como profesional le resultaba de lo más frustrante. Necesitaba noticias, cosas sobre las que escribir, y las mejores fuentes solían ser los policías bocazas. Novedades y bombazos que generaban tráfico y vendían ejemplares, todo el mundo lo sabía, y si querías ser el más visible y el que más vendía necesitabas por fuerza revelaciones o historias que nadie más tenía.

En aquel momento, Weber no tenía nada exclusivamente suyo, no sabía más que sus competidores, lo cual significaba que debía competir con los demás volviendo atrás y reacondicionando la información a la que tenía acceso. En casos de crímenes espectaculares como éste, ese método funcionaba bastante bien. Podías hablar con familiares y amigos, encontrar testigos que habían observado coches sospechosos en las proximidades de la escena del crimen o del hallazgo, vincularlo a alguna tragedia anterior que recordara al suceso. Darle mil vueltas, especular y, sobre todo, convertirlo en algo sentimental y emocionante.

Los lectores adoraban los asesinatos, cuanto más brutales mejor, pero también querían la historia personal que les permitía identificarse con las víctimas, preocuparse por ellas. Si podías combinarlo con un asesino desconocido, una maldad sin rostro, leerían todo cuanto se publicara al respecto, y lo que los periódicos habían bautizado como «los crímenes de los *realities*» cumplía con todos los criterios: famosos que de una manera u otra no dejaban de ser personas normales y corrientes, un asesino en serie en activo que obraba en todo el país y que podía hallarse justo al lado del lector.

Ahora incluso tenían a una superviviente que era una persona pública, mujer, joven y rubia ceniza. No podía ser mejor. Lo sabían él, el jefe de noticias y el redactor jefe, sí, toda la redacción. Ésa era la razón por la que Weber, en una época de constantes recortes, había obtenido recursos extras. Pero tenía que dar algo a cambio, demostrar que se merecía la confianza. Eran tiempos complicados para los periodistas de verdad. Aquellos que buscaban hechos y no sólo se limitaban a copiar de las redes sociales y los comunicados de prensa lo tenían cada vez más difícil para defender la importancia de su existencia. La prensa en papel se vendía cada vez menos y era más frecuente que se colgara de forma gratuita en internet. El auténtico periodismo era caro y la tendencia era que ya nadie quería pagar por ello. Era estresante, y los programas de recortes habían provocado que ya nadie se sintiera seguro. Weber necesitaba realmente conseguir una entrevista en exclusiva con Ebba Johansson de algún modo. Por el momento, lo mejor que tenía era una amiga de las gemelas, Johanna Lind, quien había quedado con Sara y Ebba para celebrar su cumpleaños. Era un enfoque bastante bueno y debería generar unas cuantas frases muy sentimentales sobre la pérdida, la amistad, los sueños truncados. Además, Johanna era bastante guapa, lo cual siempre era una ventaja. Pero una entrevista así la podían buitrear muchos periodistas.

Amiga de la víctima destrozada, dolor y tristeza.

Era sencillo.

Él quería algo más que eso.

Por eso cruzaba los dedos para que la cita con Johanna diera más de sí.

Intentaría ganarse su confianza para que ella pudiera ayudarlo a tener

contacto directo con Ebba. *Aftonbladet* había conseguido ofrecer su gancho especial el día anterior y había publicado varias páginas a raíz de una reunión con la expareja de Patricia Andrén, de quien todo el mundo sabía que había amenazado y maltratado a la mujer, pero que ahora, una vez reacondicionado, era el sospechoso inocente que echaba de menos a su querida Patricia y que quizá no obtendría la custodia de su hijo por culpa de una prohibición de visitas. Era cínico, pero vendía mejor que la verdad, Weber lo sabía. La mayoría prefería leer algo sobre alguien que estuviera de luto antes que sobre un maltratador fracasado. Nadie quería saber tampoco que el exnovio había cobrado una gran cantidad de dinero por la entrevista. Pero así era. Weber se había negado a pagarle las veinte mil coronas que le había pedido. No porque, por sus principios, a Weber le pareciera mal pagar a la persona entrevistada, todo el mundo lo hacía, sino porque, personalmente, le costaba darle dinero a un hombre como Stefan Andersson.

No estaba tan desesperado.

Al menos todavía.

Echó un vistazo al reloj. Habían quedado con Johanna Lind a las cinco, él y un fotógrafo, y había logrado que prometiera que no hablaría con ningún otro periodista.

Mientras tanto, necesitaba encontrar nuevos enfoques, nuevos contenidos para el día de mañana. Habían corrido rumores sobre que la policía se había interesado por un restaurante chino en Sundbyberg, así que una compañera de trabajo se había acercado para ver si sacaba algo de provecho. Esperaba saber pronto de ella.

«Hablando del papa de Roma», pensó cuando comenzó a sonar el teléfono de su mesa.

Era Julia, de la recepción de abajo, detrás del cristal blindado que habían instalado después de que el periódico hubiera sufrido un ataque neonazi el año anterior.

—Te ha llegado un paquete —dijo con cierto estrés en la voz.

—Vale. Luego lo cojo. ¿De quién es?

—Pone que es de un tal Sven Catón. ¿No se trata del asesino ese?



—No puedo seguir así.

Vanja se detuvo y se volvió hacia Sebastian, que estaba a pocos metros del coche. Acababan de aparcar delante del edificio de cinco plantas Campus Flemingsberg, que pertenecía a la URT.

—Es peor que cuando no sabías nada.

—¿Qué es peor?

—Tú y yo, el silencio, la distancia...

A Vanja se le endureció el contorno de la boca y dio unos pasos en dirección a Sebastian.

—Tienes razón, es peor, pero ¿sabes qué? No eres tú el que da pena.

—Tampoco es lo que quería decir —soltó Sebastian, poniéndose enseguida a la defensiva.

—¿Y qué querías decir?

—Me conformo con una relación de trabajo, ya lo sabes, pero ni siquiera me hablas —explicó Sebastian.

—Aprende a vivir con ello.

—Vale. Perdón por haber dicho nada.

Pero la disculpa parecía llegar demasiado tarde. Vanja ya estaba metida en una suerte de segunda exhalación, tenía la necesidad de sacarlo.

—No tengo nada. Tengo que buscarme una vida. Después, cuando lo haya hecho, decidiré a quién dejo entrar. ¿Comprendes?

Sebastian se limitó a asentir con la cabeza. Consideró zanjada la discusión. Por lo menos había procurado expresar lo que sentía. Un error que

no pensaba volver a cometer.

—Pero, por favor, hazme saber si puedo ayudarte en algo —concluyó en un intento de ganarse algún punto extra, y comenzó a seguir los pasos de Vanja en dirección a la entrada.

—No puedes —constató Vanja.

Su teléfono empezó a sonar. Billy. Había enviado las fotos al restaurante chino de Sundbyberg y había hablado con el personal, pero no había obtenido nada del otro mundo. Al menos recordaban al hombre. Por lo visto, había insistido en llevar él mismo las bebidas a la mesa. En opinión de Billy, era entonces cuando había aprovechado para echarles algún somnífero, pero en general se habían mostrado inseguros a la hora de identificarlo. Lo único concluyente era que una de las camareras estaba segura de que no era El-Fayed. Era demasiado moreno. Si bien era cierto que le costaba recordar al hombre al que había servido, le había parecido que era sueco.

—Estamos a punto de vernos con Skogh —dijo Vanja mientras empujaba la puerta de la recepción.

La soltó tras de sí sin molestarse en mirar a qué distancia estaba Sebastian.

—Te llamo otra vez si nos llega algo de Helsingborg y Ulricehamn —aclaró Billy antes de colgar.

Vanja se acercó al mostrador, se presentó y explicó el motivo de su visita. Respondió que no a la pregunta de si había reservado alguna hora, pero añadió que era importante que pudieran verse con él. Tras un breve diálogo por teléfono con Åke Skogh, que por parte de la recepcionista consistió más que nada en sonidos guturales y un «por supuesto» final, les indicó el ascensor y les dijo que subieran a la cuarta planta, puesto que Åke los recibiría allí.

—¿Quién te ha llamado? —quiso saber Sebastian cuando estaban en el ascensor.

—Billy.

—¿Algo importante?

—El personal de Sundbyberg ha descartado a El-Fayed —contestó Vanja, y salió primera del ascensor.

Åke Skogh les pareció un tanto vigilante y suspicaz cuando los saludó y les preguntó de buenas a primeras de qué se trataba mientras se encaminaban hacia su despacho, un poco más adelante en el pasillo.

—Queremos hablar con usted de una de sus antiguas alumnas —dijo Vanja, del todo decidida a evitar tener que contar el motivo real de la visita.

En casos no tan públicos como aquél, ofrecer información podía ser una estrategia exitosa, pero en ese había demasiado riesgo de filtraciones y no quería que se vinculara oficialmente a Olivia Johnson con el Asesino de los Realities, aún no, en especial teniendo en cuenta que había más personas a las que querían interrogar en el mismo puesto de trabajo.

—¿Se han desplazado hasta Flemingsberg para preguntar sobre una exalumna? —inquirió Skogh mientras los invitaba a pasar al despacho—. ¿No tienen teléfono?

—Olivia Johnson. Según tenemos entendido, fue uno de sus tutores —respondió Vanja, negó con la cabeza y se quedó de pie después de que Åke Skogh les ofreciera las sillas alrededor de la mesa de reuniones.

Sebastian apartó una y tomó asiento.

—¿Le ha pasado algo a Olivia? —preguntó Åke inquieto, y se sentó a su escritorio.

—No, que nosotros sepamos se encuentra bien. ¿Fue usted su tutor el curso antes de que se fuera al MIT? —continuó Vanja con calma.

—Sigo siendo su tutor. —Åke saltó con la mirada de Vanja a Sebastian y de nuevo a ella. Seguía mostrando suspicacia y desconcierto por la visita—. ¿Piensan decirme por qué les interesa Olivia?

—No, por el momento no, y todo irá más rápido si se limita a responder a nuestras preguntas en lugar de hacer las suyas —contestó Vanja con objetividad, y sacó su libretita.

—¿Soy sospechoso de algo? —le soltó Skogh de todos modos.

—Tengo algunas fechas aquí apuntadas, me gustaría saber dónde se encontraba esos días —siguió Vanja sin contestarle—. El 17 y el 23 de junio.

—O sea, que soy sospechoso de algo —constató Skogh.

—O bien sólo queremos poder descartarle.

—¿Acaso no es lo mismo?

El hombre volvió a examinarlos con la mirada, comprendió que esa vez tampoco obtendría respuesta alguna y sacó su teléfono móvil de la americana que colgaba de la silla.

—El 17 de junio trabajé media jornada y luego me fui a Bohuslän a celebrar Midsommarafton. El 23 estaba en la Universidad de Linköping —dijo después de consultar su calendario.

—¿Y tiene forma de demostrarlo?

—Mi familia vino conmigo a Bohuslän, y en Linköping éramos varios compañeros de trabajo. Puedo pedirle a mi secretaria que le pase los nombres —respondió—. ¿Por qué quieren saberlo? —intentó de nuevo, no sin cierto atisbo de preocupación en la voz, apuntó Sebastian.

—Cuando Olivia consiguió la beca, ¿qué sintió? —le interrogó él, impasible.

Era lo primero que había dicho desde que se habían saludado, y Åke reaccionó ante la aparición de un nuevo interlocutor en la conversación.

—¿Que qué sentí?

—Sí.

Åke se encogió de hombros como para mostrar que sólo había una respuesta a eso.

—Me sentí orgulloso. Contento. Realmente se la merecía.

—¿Crees que se le prestó suficiente atención?

—¿Por parte de la universidad, se refiere?

—No, de la sociedad en general, en la prensa, la tele quizá.

—No, o sea..., es grande e importante dentro de nuestro pequeño mundo, pero no sale a la luz pública, nunca lo hace.

Sebastian asintió para sí. Sonaba como si el profesor Skogh tampoco considerara necesario convertirlo en una noticia de portada.

—¿Qué opina de «Paradise Hotel»? —quiso saber Sebastian, cambiando de tema en un tono desenfadado.

—¿Qué es eso?

—Un *reality* show. De la tele.

—Nunca lo he visto. No tengo tele.

Sebastian miró a Vanja y vio que a ella también le había parecido que las respuestas eran sinceras. En general, aquello se le daba bien. Los matices en el lenguaje. Las pequeñas señales de mentira o medias verdades. Aquí no había percibido ninguna.

—Christian Saurunas, ¿lo conoce bien? —continuó Vanja, tomando un rumbo nuevo. El último, le dio la impresión.

—Sí, claro, daba clases aquí.

—¿Qué quiere decir? ¿Cómo que daba clases? —le salió con sorpresa a Vanja.

—Lo ha dejado.

—¿Por qué?

—Tuvo falta de recursos y se vio obligado a abandonar su investigación con nosotros —dijo Åke sin mayor afectación.

Con aquella única frase, Sebastian tuvo la sensación de que no habían sido muy allegados, de que no se habían relacionado fuera del ámbito laboral. Se inclinó un poco hacia delante.

—¿Falta de recursos? ¿Qué significa eso? —preguntó.

—Es cuando no encuentras financiación. En nuestro pequeño mundo tienes que buscar fondos para poder llevar a cabo tu investigación. Si tienes mala suerte, te la consideran irrelevante, poco actual o innecesaria, y entonces no obtienes fondos. Te tienes que ir. No es como en un puesto de trabajo normal y corriente. Aquí tienes que conseguir tu propio dinero —aclaró Åke sonando como un auténtico profesor por primera vez desde que ellos habían llegado.

—¿Y Saurunas no lo consiguió? —prosiguió Sebastian.

—No, ha tenido problemas con la economía en los últimos años. No se ha considerado que su investigación sea actual. Se lo ha criticado bastante por ello —continuó Åke en un tono que daba a entender que comprendía la decisión de los patrocinadores.

Sebastian reaccionó ante sus palabras. Aquello podía significar realmente algo. Había un matiz en la rabia que sentía el asesino por los tiempos modernos que bien podía encajar con alguien que se enteraba de que su

trabajo y sus conocimientos ya no eran actuales.

—¿Cuándo pasó eso? —preguntó Sebastian con frenesí.

—En mayo de este año. Creo que su último día fue... —Skogh volvió a sacar su teléfono, deslizó el dedo por la pantalla—. El 22 de mayo.

«Más o menos un mes antes de que Patricia fuera asesinada», pensó Sebastian, y sintió un calor por todo el cuerpo. Podía coincidir. Un acontecimiento que le daba un vuelco a la vida podía convertir algo que llevaba tiempo siendo una mera fantasía en hechos reales. No se empezaba a matar porque sí. No ocurría sin motivo alguno.

A menudo se necesitaba algo que llevara a cruzar la frontera.

Una derrota o una humillación, como que te despidan.

O que te quedes sin recursos.

Axel Weber miró el sobre acolchado marrón de la marca Jiffy que había encima de su mesa. El nombre del remitente estaba escrito con máquina de escribir en una pegatina blanca.

Sven Catón.

Puede que fuera una broma de mal gusto, pero por alguna razón Weber lo dudaba. Con tal de prevenir antes que curar, había buscado a un miembro del personal de la limpieza que trabajaba en el edificio y le había cogido prestados unos guantes de látex. Si la carta era de verdad del asesino que se hacía llamar Sven Catón, acabaría en manos de la policía, y entonces prefería evitarse cualquier crítica por haber estropeado las posibles huellas dactilares.

La forma del sobre, abultada, indicaba que había algo rígido y anguloso en su interior, y por un segundo Axel se preguntó si el contenido podría ser explosivo o peligroso de alguna otra manera. ¿Debía ponerse en contacto con el servicio de seguridad o se dejaba llevar por la curiosidad? Ganó la segunda opción, pero aun así apartó la cara cuando introdujo el abrecartas y con cuidado comenzó a rasgar el sobre. Cuando hubo terminado, inclinó la obertura hacia abajo y dejó que el contenido se deslizara y cayera en la mesa.

Un teléfono móvil en su embalaje original.

Una tarjeta de prepago de la operadora Comviq, con la tarjetita todavía envuelta en el plástico.

Un sobre DIN-A4.

Weber empezó por el sobre. No estaba cerrado, así que desdobló la pestaña y sacó el contenido con cuidado. Encima de todo había varias hojas

grapadas que, a primera vista, parecían incluir un montón de preguntas escritas sin apenas interlineado alguno.

«¿Qué significan las siglas de la OTAN?», era la primera pregunta. Debajo del formulario de preguntas, Weber encontró una carta escrita a máquina.

La desplegó y comenzó a leer.

*Estimado Axel Weber:*

*He escrito anteriormente a su redactor jefe Lennart Källman por un asunto similar, pero él decidió ignorar por completo mi carta, por lo que ahora procedo a hacer un nuevo intento con usted.*

*En su medio, igual que en todos los demás, se me presenta como un loco que anda perdido. Alguien que elige al azar a jóvenes seudofamosos para matarlos. Nada más lejos de la verdad, pero, aun así, el motivo que me empuja a cometer estos actos no ha aparecido en ningún momento en sus artículos.*

*Debemos dejar de alabar la estupidez.*

*Dejar de avivar el antiintelectualismo y el desprecio al conocimiento.*

*Dejar de prestarles a los holgazanes, a los egoístas y a la gente superficial la atención que deberían obtener las personas formadas, implicadas, aplicadas e inteligentes.*

*Entiendo que se dan dos factores que, juntos, han contribuido a que esto no haya sido debidamente expuesto.*

*El primero es que la policía ha ocultado información que haría mi vida más fácil y mis actos más comprensibles.*

*Esta carta viene acompañada de un examen. Todas las víctimas lo han hecho y, de forma no totalmente inesperada, tres de las cuatro lo suspendieron.*

*Para que usted no piense que esto es una broma ni un intento desesperado de llamar la atención a través de los actos de otra persona, le remito a las siguientes fuentes:*

*El comentario efectuado a las 3.16 en el último post de Patricia Andrén*



*en su cuenta de Facebook.*

*La última imagen de la cuenta de Instagram de Miroslav Petrovic.*

*El comentario efectuado a las 2.28 al final de la última entrada del blog de las hermanas Johansson.*

*Allí aparecen los resultados de los exámenes, colgados desde los teléfonos móviles de las propias víctimas tras su muerte. Son datos que, presuntamente, podrán ser confirmados por sus contactos dentro de la policía.*

*El segundo motivo por el que mi petición aún no ha salido a la luz es que cometí un error. Lo reconozco. Abordar el creciente problema de la glorificación de la estupidez a base de eliminar a los estúpidos es como tratar de erradicar los dientes de león a base de cortarles la flor amarilla. Por supuesto, la mala hierba hay que arrancarla entera. Hay que llegar al origen de la cuestión. Resolver los problemas de raíz. Con su ayuda, espero poder arrojar luz sobre esto.*

*Debemos formularnos la pregunta de si de verdad queremos vivir en una sociedad en la que las personas que nunca han leído un libro, que no saben resolver la ecuación más sencilla y ni siquiera pueden entender unas instrucciones de uso, noche tras noche, semana tras semana, se vayan expandiendo en televisión, alentadas por medios como el vuestro, entre otros, que hacen de animadores fervorosos y megáfonos publicitarios mientras jóvenes investigadores con posibilidades de cambiar el mundo son silenciados hasta la muerte.*

*Usted parece, por lo que he podido leer en sus publicaciones, uno de los más inteligentes en su puesto de trabajo, por lo que parto de la base de que sabrá adivinar qué espero que haga con el resto del contenido de este envío.*

*Reciba un cordial saludo,*

CATÓN EL VIEJO

Weber leyó la carta una vez más. Había tanta cosa..., era una gran locura en muchos sentidos. El asesino en serie le había escrito. Sólo eso ya era suficiente para un suplemento, pero había otras cosas. Más. Mucho más.

Que la policía había ocultado información sobre el examen.

Que el asesino quería «llegar al origen» y «resolver los problemas de raíz». ¿Qué quería decir con eso?

¿Nuevas víctimas? ¿Otro tipo de víctimas? ¿Quiénes, en tal caso?

El instinto le decía que la carta era auténtica. Que realmente era el asesino quien le había escrito, pero no bastaba con guiarse sólo por la intuición. Y menos aún tratándose de ese nivel.

Weber sacó el documento. Leyó la breve lista en la carta y confirmó que podría comprobar los datos él mismo, pero le llevaría algún tiempo. Paseó la mirada por la redacción. Kajsa Kronberg estaba sentada unas mesas más allá. Weber no estaba del todo seguro, pero creía que era la más joven del equipo. Se levantó y fue hasta ella.

—Tú tienes cuentas de Instagram y Facebook y tal, ¿no? —le preguntó, y se sentó en cuclillas junto a su mesa.

—Sí.

—Necesito ayuda con un tema.

—Vale.

Le dijo dónde quería que entrara y buscara, y menos de dos minutos más tarde ya lo había confirmado todo. Los resultados estaban publicados en las cuentas de las víctimas. Según Kajsa era imposible decir si se habían colgado desde sus propios teléfonos, pero Weber estaba convencido de que esa parte de la carta también era cierta.

Joder, esto era cada vez más gordo.

Le dio las gracias a Kajsa por la ayuda y regresó a su escritorio.

Empezó a leer las preguntas a conciencia. Eran una amalgama peculiar. Cultura general, se podría decir. O lo que antiguamente se llamaba cultura general. Ríos y especies animales, reyes e historia. Ciencias de la naturaleza y geografía. Conocimiento que en su día quizá era importante saberse de memoria. Algunas respuestas se las sabía, otras no. Se preguntó dónde estaba la frontera entre suspendido y aprobado, entre la vida y la muerte, si siquiera él podría vivir.

Cuánta locura.

Cuánto potencial.

Una oportunidad maravillosa, sobre todo si él era el único periodista que había recibido la carta.

La pregunta era cómo la iba a gestionar. Cogió el resto del contenido del envío. Sólo había una razón por la que una persona quisiera enviar un móvil con una tarjeta de prepago. Weber abrió el embalaje y sacó el aparato. Era un modelo barato que no debía de costar más que unos pocos cientos de coronas. Quitó la tapa para introducir la tarjeta SIM. Encontró la ranura debajo de la batería e hizo saltar el pedacito de plástico de la tarjeta, que recordaba a una de crédito. La introdujo, volvió a colocar la batería y luego la tapa trasera. Encendió el móvil. Se puso en marcha. Sacó el cargador del paquete para enchufarlo, pero vio que la batería estaba cargada. Se quedó mirando el teléfono, y, justo estaba a punto de empezar a curiosear en busca de contactos, direcciones, cualquier cosa, cuando sonó un tintineo.

Dos SMS.

Abrió y leyó el primero en la diminuta pantalla. La operadora Comviq le daba la bienvenida como cliente.

Abrió el segundo.

Ése ya era más personal.

Dirigido directamente a él.

Si puedo fiarme de ti, tendrás una entrevista en exclusiva. Si llamas a la policía, lo sabré.

Weber se puso de pie en un acto reflejo, dio unos cuantos pasos detrás de su mesa, se pasó las manos por el pelo, la barbilla. Le era imposible quedarse quieto. Imposible parecer indiferente.

Esto era muy gordo.

Era lo más gordo que se le había presentado en todos sus años como periodista de investigación.

Nunca se había considerado a sí mismo una persona que iba en busca de reconocimiento en forma de premios y distinciones, pero esto podría ser legendario.

Necesitaba realmente hablar con su jefe, no era una decisión que pudiera tomar solo, pero la mera idea de obtener un no por parte de Källman lo hizo

dudar.

Tres personas asesinadas. Una en el hospital.

Actuar por cuenta propia implicaba un gran riesgo, pero había otros que debería valorar.

Que avisaran a la policía.

Sin duda, no era demasiado probable: Weber conocía bien a su jefe y sabía que no le daban miedo las controversias. Por ejemplo, había defendido desde el principio y hasta el final y de todo corazón al compañero de Weber que había comprado armas ilegales en Malmö. Y también contaba con la protección de informantes para respaldarse. A las personas que dejaban datos para publicar se les garantizaba el anonimato. Si bien casi nunca se trataba de pistas de este calibre, debería poder pasar el examen. Por tanto, que Källman fuera a entregarlo todo a la policía era poco probable.

No, el mayor riesgo era que se viera obligado a repartírselo con algunos compañeros. Pia Lundin y su departamento de TV-web tenían preferencia por orden de la directiva. El material exclusivo online era un imán de clics. Los clics daban anunciantes. En la medida de lo posible, la palabra escrita debía sustituirse por vídeos o al menos completarse con imágenes en movimiento.

Se lo pensó un momento, tomó una decisión, volvió a sentarse, sacó el móvil y respondió al mensaje de texto.

Era él quien había recibido la carta.

Era su bombazo.

No dejaría que nada ni nadie se lo arrebatara.

Escribió a toda prisa:

Puedes fiarte de mí.

Pensaba seguir la pista un poco más antes de contárselo a nadie.

Ver adónde lo llevaba y luego informar a Källman antes de publicar.

Así lo haría. Él era periodista. Éste era su trabajo.

Pasados treinta segundos le llegó una respuesta.

Ponía:

Ve a la Biblioteca Nacional.

Estaban de nuevo en la sala. La concentración era mayor que la de los últimos días. Juntos, Vanja y Sebastian habían logrado convencer a Torkel de que Christian Saurunas era la pista más interesante, y ésta no perdió fuele después de que Billy llegara para contarles las novedades de Ulricehamn. Eva Florén había interrogado al personal de Kurhotellet, y Saurunas era el único de los tres sospechosos que les hizo pensar en el hombre que habían visto con Mirre. El que ellos habían observado tenía barba completa, cierto, por lo que ninguno ponía la mano en el fuego, pero habían descartado a El-Fayed por la misma razón que la camarera de Sundbyberg, no se lo veía lo bastante sueco, y Åke Skogh no les recordaba al sospechoso, habían asegurado con firmeza. Había algo en la forma de su cara y la nariz. En consecuencia, Torkel reconsideró la prioridad que le había asignado a la lista de participantes del viaje a Linköping que les había pasado la secretaria de Åke Skogh. La comprobarían, desde luego, pero no hacía falta hacerlo en ese momento ni tenían por qué hacerlo ellos. En especial después de que Vanja, en el trayecto de vuelta desde la URT, hubiera logrado ponerse en contacto con la esposa de Åke Skogh, que le había confirmado que toda la familia había ido a Bohuslän el miércoles para celebrar el solsticio de verano y se habían quedado allí hasta el domingo. Un vistazo rápido a su página de Facebook corroboraba su versión con una serie de fotos que había subido. Así que ahora se centraban en el profesor despedido.

Billy había impreso lo que había descubierto en el poco tiempo que había tenido.

Christian Ignas Saurunas, nacido el 4 de febrero de 1962 en Norrköping. Ingeniero Civil. Profesor de Ingeniería Biomédica en la Universidad Real de Tecnología desde 1998. Divorciado desde hacía tres años, sin hijos. El padre, fallecido en 1999, la madre aparecía como emigrante a Lituania, y una hermana seguía viviendo en Norrköping, adonde sus padres habían llegado en 1958 y habían residido hasta la muerte del padre. Con carnet de conducir y, según Tráfico, dueño de un Volvo S60 rojo de 2007.

Torkel dio un respingo al leer el dato sobre el coche. Aún no habían encontrado el Volvo rojo que un testigo había visto en la escuela Hildingskolan de Ulricehamn.

—Lo sé —dijo Billy antes de que Torkel pudiera preguntar nada—. Podría ser el mismo, pero, para empezar, la gente debería saber la diferencia entre un S60 y un V70.

—No todo el mundo la conoce, ya sabes lo que pasa con los testigos oculares —replicó Torkel—. Empiezan a hablar entre ellos, rellenan huecos y luego están de acuerdo en que han visto algo que no han visto.

—Sin duda, pero el coche de Saurunas tiene matrícula GVL665. El testigo de Ulricehamn dijo que la matrícula era AYR393.

—Pero se equivocó, por lo que hemos podido comprobar.

—Pero mucho, no hay ni una sola cifra ni letra que coincida.

Torkel asintió en silencio, había algo en lo que Billy estaba diciendo. El modelo y la matrícula diferentes hacían menos probable que fuera el mismo coche que el que estaba en Ulricehamn.

Volvió al material.

Saurunas no aparecía como propietario de ninguna autocaravana y no tenía ninguna mención en el registro de antecedentes penales. La última dirección postal conocida era el 43 de la calle Bäckvägen, en Aspudden.

No suponía gran cosa, pero era un comienzo.

Los refuerzos que Vanja había solicitado estaban esperando en un Saab de paisano cuando llegó a la calle Bäckvägen, 43, una finca de viviendas de color amarillo ocre y con un total de cuatro plantas.

—¿A quién estamos buscando? —preguntó la agente de policía después de haber saludado con un gesto de la cabeza.

—Un tal Christian Saurunas, queremos interrogarlo —respondió Vanja.

—¿Es por el rollo este de los *realities*?

Vanja afirmó brevemente en silencio.

—Pero ni media palabra —añadió.

—Entendido —contestó el agente más joven y reforzó sus palabras poniendo cara de comprensión.

Entraron con el código del portal que Vanja había conseguido. Sus ojos tardaron algunos segundos en acostumbrarse a la relativa oscuridad del rellano, en comparación con el sol de fuera. Saurunas vivía en la tercera planta, y Vanja tomó la iniciativa. Llegaron arriba y localizaron el piso en el que ponía Saurunas en la puerta. Llamó al timbre. Varias veces. Esperó varios minutos. Apoyó la oreja en la madera para comprobar si había movimiento allí dentro, pero no oyó nada. Se volvió hacia los demás.

—Tampoco coge el teléfono móvil —los informó en voz baja—. Llamaremos a los vecinos y preguntaremos si alguien lo ha visto. Pero lo dicho, sólo queremos hablar con él. No digáis a razón de qué.

Los compañeros uniformados asintieron con la cabeza.

—Vosotros ocupaos de las demás plantas y yo empiezo por aquí —continuó Vanja.

Se dirigió hacia la puerta del vecino y llamó al timbre. Una mujer mayor con un vestido sencillo y pelo cano recogido abrió la puerta. Unos ojos curiosos en estado de alerta examinaron a Vanja cuando ésta sacó su identificación policial para mostrársela.

—Hola, mi nombre es Vanja Lithner y soy policía. Tengo algunas preguntas sobre su vecino. Christian Saurunas —dijo en tono afable.

La mujer reaccionó tal como suele hacer la mayoría de la gente en esta misma situación: con curiosidad más que ninguna otra cosa. Siempre había algo emocionante en que la policía llamara a la puerta. Vanja oyó que se abría otra en el piso de arriba, y allí también se produjo una conversación similar.

—¿Qué ha pasado? —inquirió la señora.



—Sólo queremos hablar con él —respondió Vanja, y sintió que le resultaba simpático que la mujer, a pesar de todo, preguntara por lo que había pasado en lugar de por lo que Saurunas había hecho—. ¿Cuándo lo vió por última vez?

La mujer se quedó pensando un momento antes de responder.

—Pues ya hará algunas semanas, diría yo. Espera. —Se volvió hacia el piso y le gritó a alguien—. Karl, ¿cuándo viste al vecino por última vez?

—¿Cuál de ellos?

—El del nombre raro de aquí al lado.

Vanja dio por sentado que como vecinos no debían de relacionarse a diario si no sabían ni cómo se llamaba. Pero las cosas eran como eran. Podías vivir pared con pared con alguien durante años sin llegar a intercambiar una palabra. Ella misma, por ejemplo, nunca hablaba con sus vecinos más próximos y tampoco se sabía el nombre de pila de ninguno de ellos, puesto que no lo ponía en las puertas.

—No lo sé —dijo una voz carrasposa de hombre desde el interior del piso.

Vanja oyó que alguien se movía, y al cabo de un momento apareció una figura cenicienta envuelta en una bata. El hombre se acercó cojeando, apoyado en una muleta, y dolorido por moverse.

—¿Quién quiere saberlo? —inquirió cuando vio a Vanja.

—La policía —respondió ella.

El hombre se detuvo asombrado. Se puso serio de golpe.

—Le he dicho que hará un par de semanas —continuó la señora.

—No, no, hace más. Cargó el coche y se marchó sobre el 25 o el 26 de mayo, o así. ¿No te acuerdas que te dije que me lo había cruzado, cuando estaba tan mosqueado?

—Ah, sí, ¿ya ha pasado tanto tiempo? —comentó la mujer.

—Sí, al menos yo no lo he visto desde entonces.

—Pues ya será eso, tú sueles tener esas cosas más controladas que yo —dijo la mujer sin el menor atisbo de duda en la voz.

El hombre se había acercado más a la puerta. Alargó una mano hacia Vanja. Ojos despiertos y un estrechar firme.

—Hola. Karl Johansson. El cuerpo lo tengo un poco desvencijado, pero la cabeza está en su sitio. Sí, ni siquiera me quiso decir adónde se iba, pero llevaba mucho equipaje.

Vanja asintió con la cabeza. Era una información interesante, nada decisivo, pero al menos lo seguía manteniendo como posible autor. Los asesinatos habían comenzado el 17 de junio.

—¿No lo habrá visto con una autocaravana? —preguntó Vanja.

—No, sólo ese Volvo rojo con el que se pasea.

—De acuerdo, ¿y está seguro de la fecha?

El hombre asintió convencido con la cabeza.

—Sí, me operaron el 27. —Levantó un poco la muleta—. Fue algún día antes.

Vanja les dio las gracias y bajó la escalera para reunirse con los demás. Lo que le había contado Karl le parecía creíble, pero existía la posibilidad de que algún otro vecino hubiese visto a Saurunas después de aquella fecha.

Nadie lo había hecho. Aquellos con los que habían conseguido hablar sólo tenían observaciones de Saurunas de mayo, excepto una mujer más joven de la planta baja, que también lo había divisado al cargar el coche para irse. Si bien ella pensaba que había sido unos días más tarde, no estaba del todo segura. Podría haber sido a finales de mayo.

Vanja decidió pedirle a Torkel que pusiera a alguien a vigilar la finca. Era una medida costosa y quizá un poco difícil de justificar teniendo en cuenta que Saurunas no se había presentado en varias semanas, pero estaba convencida de que Torkel lo aprobaría. Buscaban a un asesino en serie y tenían muchos ojos encima. El siguiente paso sería tratar de descubrir adónde se había marchado Saurunas aquel día de hacía casi un mes y dónde se encontraba ahora.

Weber había solicitado un coche y había conducido medio enloquecido entre el tráfico de Estocolmo. El tráfico estaba cada año peor y no eran sólo los vehículos los que iban aumentando. Algunas calles se cortaban de forma definitiva y otras se hacían más estrechas a medida que los carriles bici se iban ensanchando. Era una decisión política que, en principio, Weber apoyaba, excepto los pocos días que tenía que abrirse paso en coche. Siempre en favor de un centro urbano sin vehículos, opinaba, menos cuando él mismo tenía que coger uno. Entonces maldecía igual que el resto de los usuarios de la vía y contra ellos. Al final se saltó la ley y se metió por el carril de autobuses de la calle Kungsgatan con tal de ganar tiempo. El móvil barato que le habían enviado yacía en el asiento vacío del copiloto. De vez en cuando le echaba un vistazo y se preguntaba si había hecho bien en largarse sin contarle nada a nadie de la redacción. A pesar de todo, no dejaba de tratarse de un asesino en serie.

Un hombre capaz de lo peor.

Pero si uno quería ir en cabeza en la carrera debía correr riesgos. Aun así, se había prometido a sí mismo ir con cuidado, abortar a la mínima sensación de peligro. Mantener la cabeza fría y no dejarse camelar por la sensación de aventura y la emoción. Porque a menudo mucha adrenalina era la causa de decisiones erróneas.

Respiró hondo, pasó por la plaza de Stureplan. Ya estaba cerca, giró hacia la Biblioteca Nacional, en la calle Humlegårdsgatan. En el interior del parque vio el elegante edificio de color azul claro asomando entre las hojas verdes de

los árboles. Hacía tiempo que no se pasaba por allí, pensó. Seguro que más de cinco años. Internet había facilitado mucho el trabajo de investigación, pero en cierto modo también lo había hecho más aburrido. Pero no podías oponerte al desarrollo tecnológico, por mucho que quisieras. Claro que podía echar de menos la época en que el periodista y el periódico eran omnipotentes, cuando todas las noticias y toda la información salía de sus dedos, con sus voces. Pero había algo tremendamente democrático en lo nuevo que Weber apreciaba mucho. Que la información, la comunicación y las noticias ya no estuvieran controladas sólo por un puñado de familias coincidía más con sus inclinaciones políticas. De acuerdo, había un montón de porquería, pero también había una gran parte de información que era buena. Le gustaba pensar que daba una imagen más fidedigna de la humanidad y de la vida como persona. El problema era que la mayoría de la gente sólo buscaba datos que confirmaran lo que ya creía saber, y lo demás les daba igual. Internet, como la vida, era mucho más complejo de lo que muchos querían que fuera.

Por mucho que buscara no encontraba ningún aparcamiento. La línea amarilla a lo largo de la acera indicaba zona de carga y descarga, pero allí sí que vio un hueco. En el peor de los casos, asumiría la multa de aparcamiento, decidió. Se bajó del coche. Dos caminos anchos de gravilla conducían a la biblioteca. A ambos lados y por detrás se ensanchaba Humlegården. Un parque grande, bonito y muy transitado en la tarde de verano, rodeado por un casco antiguo de piedra.

Comenzó a caminar. El móvil barato en la mano. Por si acaso, volvió a leer el mensaje. Aunque lo hubiera leído por lo menos diez veces. Seguía poniendo:

Ve a la Biblioteca Nacional.

¿Cuál era el paso siguiente? ¿Debía mandar un mensaje diciendo que estaba aquí o debía esperar? Optó por lo segundo y se dirigió a la ancha escalinata de piedra, donde había un número considerable de gente leyendo, tomando vino o disfrutando de la cálida tarde. En el mismo instante en que

puso un pie en el primer escalón volvió a vibrar el teléfono. Weber se detuvo a mitad del paso. Un SMS, y no podía ser mera casualidad que le llegara justo ahora.

Catón lo tenía vigilado.

Lo estaba observando.

Weber miró de nuevo a su alrededor, era imposible no hacerlo. La idea de que hubiera un asesino en alguna parte observándolo era aterradora, pero también extrañamente excitante. Notó que se le aceleraba el pulso. Todo su cuerpo tenso mientras escudriñaba con suspicacia a todas y cada una de las personas que podía ver.

Eran muchas.

Demasiadas.

Por no hablar de todas las que podían verlo a él. Tanto desde el parque como desde las calles circundantes. Catón había elegido bien el sitio.

Alzó el móvil y abrió el nuevo mensaje.

Ponía:

Bien. Has hecho caso.

Nada más. Weber bajó el escalón de vuelta al camino y se quedó quieto. Si Catón podía verlo, sería mejor actuar con calma. Cualquier otra cosa podría espantarlo. Trató de apaciguar su pulso agitado haciendo varias inhalaciones profundas. No se tranquilizó demasiado. ¿Debía responder al mensaje? Le pareció innecesario, Catón lo tenía vigilado y era él quien decidía, de todos modos. Además, moralmente hablando, le resultaba más fácil esperar y seguir instrucciones que interactuar demasiado. ¿O acaso Catón esperaba que dialogaran? ¿Que Weber mostrara un interés activo?

Casi como bajo demanda, le llegó un nuevo mensaje.

Dirígete al parque infantil de la otra punta. Sin dar rodeos.

Weber dio media vuelta, dobló la esquina del edificio y pronto la gran

biblioteca le quedó a mano izquierda y todo el parque de Humlegården delante, con sus grandes parcelas de césped y sus imponentes árboles. El camino de gravilla en dirección norte serpenteaba por el parque hacia el centro de éste, donde otros senderos confluían alrededor de una fuente. Si Catón lo estaba observando, había una infinidad de lugares desde donde podía hacerlo. Podía ser cualquiera de las personas que había a su alrededor. O quizá estuviera andando por la acera de alguna de las calles que delimitaban el parque. La intranquilidad que había sentido se convirtió en pura curiosidad. Apresuró los pasos y enseguida llegó a la fuente. Se cruzó con una pareja de enamorados que caminaban pegados. Al fondo, entre los árboles, vislumbró el parque infantil. Unas pocas casetas bajas de madera, varios cajones de arena, toboganes y columpios. Una vez allí se detuvo junto a la puerta de entrada. Bastantes críos, a pesar de faltar poco para las siete, y los gritos alegres de su juego se mezclaban con algún que otro llanto de cansancio y con el ruido de los coches que pasaban por la calle Karlavägen. Weber había estado allí hacía un par de años, cuando estuvo saliendo con una chica que tenía un hijo. Lo había arrastrado hasta el parque y había estado empujando el columpio y jugando a ser papá. Era un niño muy guapo, pero la chica quería más hijos y eso era algo que Weber había descartado por completo. Ninguno de los dos había estado dispuesto a cambiar de parecer y al cabo de un año la relación se terminó. Por un breve instante, Weber se preguntó si había hecho lo correcto.

Pero ahora había cosas más importantes en las que pensar.

El móvil volvió a vibrar en su mano derecha. Otro mensaje de texto.

Una nueva instrucción, probablemente.

Continúa por la calle Karlavägen. Gira a la izquierda. Camina hasta que yo te diga que pares.

Miró de nuevo a su alrededor. Gente por todas partes. Un poco más allá había un hombre sentado en un banco del parque. ¿Lo había visto antes? No estaba seguro. El teléfono vibró.

¿A qué estás esperando?

Sí, ¿a qué estaba esperando? ¿A dejar de sentirse como una marioneta, quizá? Reemprendió la marcha. Llegó a la calle Karlavägen y dobló a la izquierda por la acera, justo después del parque. Siguió andando. Más adelante vio el semáforo del siguiente cruce. Pero pensaba continuar por Karlavägen hasta que recibiera otro mensaje. No tenía otra opción que seguir las instrucciones de un asesino en serie.

Pasaron quince minutos antes de que volviera a saber de Catón. Al principio había caminado deprisa, había seguido por Karlavägen hasta donde se juntaba con la calle Birger Jarlsgatan. Allí había titubeado por un segundo, pero había seguido recto. Después de cruzar la calle Odensgatan y aún sin tener noticias de Catón, su inseguridad había aumentado. ¿Cuánto más debía avanzar? Hizo un alto para mirar un momento el entorno. Coches y personas. Pero ni nada ni nadie que destacara. Continuó. Paso más apresurado, como si quisiera llegar antes al siguiente SMS. En dirección a Roslagstull. A la altura de la calle Frejgatan llegó lo que estaba esperando.

La vibración en la mano.

Una dirección.

Calle Roslagsgatan, 29.

Eso era todo.

Sabía dónde quedaba la calle Roslagsgatan, pero aun así lo comprobó en Google Maps. En efecto. A la izquierda por Frejgatan y la próxima calle en paralelo era Roslagsgatan, a pocos minutos de allí.

Notó que se ponía tenso de nuevo. Una dirección de una casa. No le acababa de gustar, se sentía más seguro estando visible entre la gente. Prefería no entrar en ningún sitio donde nadie lo viera.

Llegó a Roslagsgatan. Según su teléfono, el número 29 quedaba unas pocas fincas más abajo, hacia la izquierda. En la esquina había un cerrajero con carteles grandes de color azul y rojo. Cruzó hasta allí. Encima del

negocio ponía ROSLAGSGATAN, 27-41 en un cartel sucio. Ya casi estaba.

Siguiente portal.

El edificio estaba tapado por un andamio recubierto con plástico de obra. Parecía que lo estaban reparando o rehabilitando. Avanzó con cuidado. El único movimiento que notó fue el del plástico, que de vez en cuando ondeaba con la brisa. Weber consiguió localizar el portal bajo el andamio, una puerta doble de cristal con marco de madera clara. Una lámpara esférica de color blanco encima anunciaba el número 29. Tanteó la puerta. Estaba cerrada. En una nota colgada con celo por el lado interior ponía: SUSTITUCIÓN DE LA RED DE TUBERÍAS DEL 15 DE MARZO AL 15 DE AGOSTO.

Por detrás de la puerta, el portal estaba oscuro y desierto, lo cual debía de valer para toda la finca. Weber salió de debajo del andamio y contempló la fachada del edificio desolado. Quietud y silencio. Miró el móvil barato. Cruzaba los dedos para que le llegara otro mensaje diciéndole lo que tenía que hacer ahora, pero, de momento, nada. ¿Estaba Catón esperando algo o era que ya no lo tenía a la vista? Weber salió unos metros a la calle vacía para hacerse un poco más visible. Nada. ¿Qué tenía que hacer? Decidió volver a tantear la puerta de entrada. Quizá había pasado algo por alto. Apenas le faltaban unos pasos para llegar cuando el móvil vibró de nuevo. Weber notó que su cuerpo se ponía rígido.

Catón había regresado.

Trepa hasta la cuarta planta, entra por la ventana abierta y tendrás tu entrevista.

Weber se quedó helado. Levantó la cabeza para mirar el andamio y comprendió que era el camino al que se refería Catón. Subir hasta un piso de la cuarta planta. Era justo lo que se había dicho a sí mismo que no haría. Dejarse engañar hasta un lugar sin testigos. Un sitio donde pudiera estar aguardándolo el asesino. Al mismo tiempo, era difícil resistirse. Si lo que estaba buscando era una exclusiva, algo que no tuviera ningún competidor, aquí la tenía.

El titular de titulares.

El mayor bombazo de toda su carrera.



Pero también lo más peligroso que había hecho. Sacó el móvil otra vez.

¿Cómo sé que no planeas nada?

Tecleó y luego lo mandó.

La respuesta no tardó en llegar.

No puedes saberlo.

Weber se quedó contemplando el móvil. El tono le preocupaba. Ya no le resultaba, simplemente, peligroso. Ahora le parecía que se estaba jugando la vida.

El móvil volvió a vibrar. Ponía:

Si no quieres, puedo ponerme en contacto con alguien de la competencia. Hay un montón como tú.

Aquello zanjó el asunto. Weber se metió el teléfono en el bolsillo y, con los brazos por encima de la cabeza, se agarró al andamio con ambas manos. La barra de hierro era gruesa y le costaba cogerse bien. Subió a pulso y logró alcanzar la estructura con los pies. Por un segundo estuvo a punto de soltarse, pero con ayuda de las piernas consiguió ascender un poco más y con la mano derecha se pudo sujetar mejor y de más arriba. Recuperó el equilibrio y analizó la situación. Si tan sólo lograba subir cuarenta centímetros más, encontraría una plataforma donde quedarse quieto. Subió una pierna y empujó, bajó una de las manos y tiró para subir. Llegó a la plataforma primero con el estómago y se quedó allí un momento para recuperar el aliento antes de ponerse de pie. Miró a su alrededor. El resto del camino era mucho más sencillo. Había escalerillas de metal hasta cada planta y tabloncillos de madera que hacían las veces de suelo. El andamio tembló un poco por su peso cuando Weber comenzó a subir, pero enseguida se acostumbró.

Llegó a la segunda planta, la hilera de ventanas oscuras y cerradas quedaba a la altura de su cintura. Miró por la primera. El piso parecía vacío. En el suelo había papel marrón y algunas herramientas, eso era todo. Weber

se olvidó del malestar y continuó su ascenso. Cuanto más trepaba, más aislado se sentía.

Alcanzó la tercera planta. Ventanas en fila cerradas. Ojos oscuros en una fachada gris.

Sin señales de vida. Todo desierto.

Respiró hondo y prosiguió. Ahora fue con más cuidado. Pronto la cabeza y los ojos asomarían por el borde. Se detuvo y echó un vistazo. Se veía igual que abajo. La fachada, las ventanas, el plástico que se arqueaba con el viento. Un poco más lejos había unos cubos sucios de color blanco. Quedaba una planta más por encima de él, pero ésa era la cuarta. Se plantó sobre el pasadizo estrecho de madera, aquí le pareció más oscilante, y la estructura crujió bajo su peso. Tenía que moverse con más cuidado. Por el momento no había visto nada en especial en ese piso, comparado con los anteriores, pero era aquí adonde Catón lo había enviado. Se aproximó a la ventana más cercana. Estaba cubierta de polvo, por lo que tuvo que pegarse a ella para ver algo. Allí también había papel marrón de obra cubriendo el suelo de lo que parecía una sala de estar, algunas cajas con tubos de desagüe y un inodoro empaquetado delante de lo que supuso que era la puerta del baño. Avanzó un poco más. Miró en la cocina. Algunos vasos de cartón usados y cajas de comida para llevar en la encimera, pero igual de vacío que el resto de las estancias. Weber continuó. La emoción lo empujaba hacia delante. Siguió ventana, siguió piso.

Se quedó de piedra al llegar. La ventana estaba abierta. Permanecía atrancada por un papel doblado que alguien había introducido en la parte de abajo, pero la ranura entre la ventana y el marco le llamó la atención. Weber tiró del papel y la ventana se deslizó en silencio. Allí dentro lo esperaba un piso a oscuras y desolado.

Eso era pasarse de la raya, pensó de repente.

La adrenalina y la emoción podían conducirlo un buen trecho, pero eso era distinto. Ahí dentro, en la oscuridad, podía ponerle fin a su vida. Ésa era la verdad.

Pero no quería irse de allí. Ahora no, era imposible. La abertura era igual de escalofriante que atractiva. No sólo implicaba amenaza, sino también

posibilidades. Opciones que él ansiaba y necesitaba. Por las que había luchado. No podía dar la vuelta.

Titubeó, a pesar de haber tomado ya una decisión. Iba a hacerlo. Pero era preciso lanzar un cabo de seguridad. Sacó su propio teléfono. Llamó a la única persona en la que confiaba plenamente. Su hermano. Rolf lo atendió sin demora, como siempre.

—Hola, Axel, ¿qué tal? —le preguntó.

—Tengo algo especial que pedirte —dijo Weber.

Rolf debió de percibir en la voz de su hermano que estaba estresado.

—¿Qué ha pasado? —inquirió intranquilo.

Por un momento, Weber no supo por dónde empezar.

—¿Y qué es ese ruido? —continuó Rolf, y Weber cayó en la cuenta de que él ya se había acostumbrado al ruido del andamio. Apretó el teléfono a su cara para hacerse oír mejor.

—Luego te lo explico todo, te lo prometo. Pero la situación es la siguiente: he conseguido ponerme en contacto con el Asesino de los Realities, ya sabes.

—¿Ese del que estás escribiendo?

—Exacto. Estoy a punto de entrar en un piso, pero no sé si él está ahí dentro o no.

—Joder, ¿estás mal de la cabeza?

El periodista notó pánico en la voz de su hermano.

—Tengo que hacerlo. ¡Si pasa algo, telefona a la policía! ¡Por eso te estoy llamando!

—Para, Axel. Para. Vete de ahí.

—No puedo. —Weber intentó sonar relajado y convincente—. Si funciona, habrá valido la pena con creces. Es lo más grande que habré hecho.

—No vale la pena morir por ello —le suplicó Rolf.

Weber hizo caso omiso, no pensaba dejar que las reacciones de su hermano lo afectaran. Se había decidido.

—Apunta esta dirección —indicó con decisión—. Calle Roslagsgatan, 29.

—¿En Estocolmo?

—Sí. Cuarta planta.

Oyó que Rolf suspiraba hondo. Pero al menos ya no estaba protestando. Weber continuó.

—Ahora escúchame. Voy a entrar en el piso. Tú quédate al teléfono. Si me pasa algo, si se corta la llamada, por ejemplo, llamas directamente a la policía y los mandas aquí.

—Vale. Pero ve con cuidado —le rogó.

—Te lo prometo —respondió Weber.

Sonrió débilmente para sí. Tener a su hermano consigo era otra cosa, aunque sólo fuera por teléfono. Ya no se sentía tan solo.

Weber abrió la ventana del todo, asomó la cabeza para asegurarse de que la estancia estaba vacía y entró.

—Estoy entrando... —dijo, y enseguida estuvo de pie sobre el papel marrón y escudriñando la estancia. No percibió nada que distinguiera aquella habitación de las que ya había visto.

—¿Qué ves? —oyó por el móvil, que seguía pegado a su oreja.

—Una habitación vacía a oscuras. Supongo que la sala de estar.

Weber se adentró un poco más con paso cauteloso. La sala tenía dos puertas. Una justo al frente que parecía llevar al pasillo y luego a una habitación que tenía la puerta cerrada, y otra que quedaba a su izquierda y que daba a lo que supuso que sería la cocina. Dio unos pasos sigilosos hasta allí y miró. En efecto. Una cocina.

—¿Hola? ¿Estás ahí? —Se oyó al teléfono.

—Sí —respondió, y siguió avanzando a hurtadillas.

—¿No puedes contarme lo que ves? —preguntó Rolf inquieto.

—Voy a salir al pasillo —susurró Weber.

El piso estaba en completo silencio, lo único que se oía era el móvil y su propia respiración. Cuanto más entraba, más olía a sumidero. Probablemente, del cuarto de baño, que tenía la puerta abierta en el otro extremo del pasillo, de cara a la puerta principal del piso. El baño estaba desmontado y carecía de inodoro, lavamanos y ducha. La cerámica nueva estaba empaquetada junto a una de las paredes. El piso debía de ser de una sola habitación, constató. Le quedaba una única habitación por visitar. La de la puerta cerrada que había visto desde el salón.

—Sólo me falta una habitación —le susurró a su hermano.

Weber volvió a mirar a su alrededor, por seguridad. No había sombras ni nada que se moviera en ninguna parte, que él pudiera ver. Se acercó con cuidado a la puerta cerrada de madera. Tocó y tanteó la manilla muy despacio, la puerta no estaba cerrada con llave, sino que se abrió con un chasquido. En lugar de entrar de golpe dio un paso atrás.

—Voy a entrar —murmuró sin esperar la respuesta de su hermano.

Abrió la puerta de una patada, pero calculó mal y le dio tan fuerte que la puerta se abrió de golpe, chocó contra la pared, rebotó y con un estruendo se cerró de nuevo delante de sus narices.

—¡Mierda!

No gritó por lo que había pasado con la puerta, sino por lo que había visto en el breve instante en que ésta había estado abierta.

Un hombre sentado en una silla.

Demasiado quieto.

—Joder, hay alguien ahí dentro —continuó en voz alta, dirigiéndose a su hermano.

—Lárgate de ahí ahora mismo y yo llamo a la policía —respondió Rolf, y Weber intuyó que su hermano estaba a punto de hacerlo.

—No, no lo hagas. Volveré a mirar.

—No, vete de ahí. Por favor.

Weber ignoró la voz de su hermano. Había algo en lo que acababa de ver. Una figura en una silla. Inmóvil, casi como si lo hubiera visto y lo estuviera esperando. No podía marcharse. Era imposible. Cogió la manilla y volvió a abrir la puerta. Con cuidado. Y lo vio.

Porque era un hombre.

Atado a una silla.

La cabeza, caída hacia atrás en una postura antinatural.

Weber se quedó helado por dentro. Contempló el pelo revuelto, la cara grisácea con hilos de sangre, ojos clavados en el techo que no veían nada.

Y luego leyó el mensaje en el cartel de cartón que colgaba del cuello del hombre.

CULPABLE, ponía.

De pronto, un tono de llamada rebanó el silencio de la habitación. El sonido hizo que Weber diera un brinco. El otro móvil. Número desconocido, ponía. Pero él sabía quién era.

—Te llamo enseguida —le dijo en tono neutral a su hermano.

En aquel momento no lograba conectar del todo con las emociones. Catón lo había conducido hasta el interior de su mundo.

Weber se llevó el móvil barato a la oreja.

—Ahora ya puedes hacer tu entrevista —afirmó un hombre al otro lado de la línea.

La pista la había dejado alguien a través de un teléfono móvil de prepago. Había sido detallada y verosímil, y Torkel había decidido usar todos los recursos directamente.

Calle Roslagsgatan, 29, cuarta planta.

Un hombre muerto, atado a una silla.

La primera patrulla había llegado al sitio pasados seis minutos y había confirmado que, en efecto, había un hombre asesinado en la finca vacía de alquiler. Torkel les había pedido que se quedaran fuera y que no le permitieran a nadie acceder al piso. Ursula y Billy asegurarían las pruebas técnicas antes de que nadie más pudiera entrar. En primer lugar, tenían que confirmar si se trataba del mismo autor o si era otro. Un indicio que apuntaba a que podía ser otra persona era que el lugar del hallazgo había cambiado. El entorno escolar parecía haber sido una constante de peso.

Vanja le había pedido al centro de operaciones que le pasara los datos de las personas cuya desaparición en la zona de Estocolmo hubiese sido denunciada en las últimas cuarenta y ocho horas con el objetivo de encontrar víctimas potenciales, pero no había sacado nada. Un chico había desaparecido en Hagsätra la tarde anterior, pero lo habían encontrado en casa de un amigo por la mañana.

Cuando giraron por la calle Frejgatan fueron recibidos por tres patrullas y por coches policiales con sirenas azules que habían cortado la calle. Ya había un puñado de curiosos junto al cordón policial y el equipo tuvo que abrirse paso. Dejaron los coches atrás. Todos sabían lo que tenían que hacer. Excepto

Sebastian, por lo que parecía. Él deambulaba un poco sin rumbo de aquí para allá delante de la finca recubierta de plástico. Torkel sonrió un poco para sí. Sebastian se estaba comportando de forma singular, últimamente. Parecía casi servil. Torkel aprovechó para disfrutar de aquella imagen, pues no duraría para siempre.

Vanja fue a hablar con los policías que habían hallado el cuerpo y desapareció por debajo del andamio. Torkel se volvió hacia Billy y Ursula para ver si estaban listos. Lo estaban. Se habían puesto sus monos protectores y en las manos llevaban dos bolsas de material cada uno. Torkel le cogió una bolsa a Ursula por mera costumbre. Entraron como una pequeña tropa en el edificio. El portal era gris y estaba lleno de polvo, y el andamio bloqueaba de forma efectiva la tenue luz de la tarde, pero al menos la iluminación eléctrica funcionaba. Accedieron a la escalera. Aceleraron el paso. Al llegar arriba, a todos menos a Billy les faltaba un poco el aliento. La puerta de uno de los pisos estaba abierta. Torkel saludó con la cabeza a todos los uniformados que había y habló con Vanja antes de echar un vistazo por el piso. Allí dentro estaba oscuro. Papel protector en el suelo. Al fondo del pasillo, una puerta abierta del cuarto de baño. Un leve pero inconfundible olor a desagüe venía de la puerta abierta. Torkel dejó la bolsa que cargaba.

—¿Dónde está el cuerpo? —preguntó Ursula cuando ella y Billy pasaron por su lado.

Uno de los agentes señaló al interior del piso.

—Ahí dentro —dijo—. En la habitación, a la izquierda.

—En una silla. Hemos salido en cuanto hemos comprobado que estaba muerto —se sintió obligado a añadir el otro. Casi se podía oír lo aplicado que intentaba sonar.

—Buen trabajo —confirmó Torkel, y luego se dirigió de nuevo a Ursula—. Avisa cuando podamos entrar.

Ella asintió con la cabeza. Billy le siguió los pasos. Torkel se quedó con los agentes uniformados. Eran jóvenes pero no estaban nerviosos, sino más bien expectantes y motivados. Quedaba claro que no participaban en un caso de homicidio cada día.

—¿Habéis comprobado el resto de los pisos? —les preguntó.



—Sólo el de aquí al lado. Estaba vacío —dijo la mujer.

—Otra cosa —señaló Vanja—. Aquí William dice que la ventana del salón estaba abierta cuando han llegado.

—Va bien saberlo. Gracias. —Torkel le hizo un gesto benévolo con la cabeza a William.

Merecía la pena halagar a los uniformados. Unas relaciones buenas siempre facilitaban su trabajo. Para Torkel, una cadena no era más fuerte que su eslabón más débil, y los que casi siempre eran los primeros en llegar eran más importantes de lo que la mayoría de sus compañeros jefes querían hacer creer.

—¿Revisáis el resto de la finca, también? —inquirió—. Si encontráis algo, ya sabéis lo que tenéis que hacer.

Ambos agentes asintieron en silencio y se retiraron.

Torkel asomó la cabeza en el piso y miró la puerta por la que habían desaparecido Billy y Ursula. Los oía moverse allí dentro.

—¿Qué pinta tiene? —gritó curioso hacia ellos.

—Difícil de decir. —Se oyó la voz de Ursula al cabo de un rato.

—¿El mismo autor? —preguntó Vanja.

Era frustrante quedarse fuera, no participar, ni siquiera ser espectador. Ursula respondió en el acto, entendía la impaciencia de sus compañeros.

—Poneos los protectores de zapatos y venid hasta la puerta. Desde ahí lo veréis bien —ordenó.

—¿Estás segura? —preguntó Torkel al mismo tiempo que empezaba a hurgar en sus bolsillos.

—Sí, venid a la puerta.

Se pusieron los protectores enseguida. Por supuesto, Sebastian no llevaba, por lo que tuvo que coger prestados unos de Vanja.

Entraron en fila, Torkel primero, luego Vanja y Sebastian el último. La habitación era mediana, un dormitorio. En el centro, rodeado por Billy y Ursula con sus monos de protección, había un hombre bien vestido sentado en una silla y atado a ella con una cuerda. Su cabeza colgaba hacia atrás de forma antinatural. Un cartel con la palabra CULPABLE alrededor del cuello. Una escena desagradable en la penumbra de la estancia que se intensificó

cuando Billy encendió la lámpara de trabajo que habían llevado consigo. La luz blanca y fría hacía que el cuerpo se viera todavía más inerte y pálido, y a Ursula y Billy aún más raros en sus trajes.

—¿Tiene algún examen en la espalda? —quiso saber Sebastian.

—No.

—Ni en una escuela, ni con cono y orejas de la vergüenza; en mitad del suelo, no en una esquina; el torso cubierto —dijo Sebastian sereno—. Interesante.

—Ha mantenido la pistola de sacrificio. —Ursula levantó con cuidado la cabeza del hombre y les mostró la frente perforada y manchada de sangre—. Mismas heridas, mismo sitio —continuó, señalando las tensas cuerdas que mantenían al hombre pegado a la silla—. Además, tanto la cuerda como los nudos coinciden completamente.

—Entonces ¿es él?

—Creo que debemos partir de ahí —respondió Ursula—. No estaré por completo segura hasta que obtenga las respuestas del laboratorio.

Hubo un rato de silencio. Estaban en el pasillo mirando cómo Billy y Ursula seguían trabajando. Billy tomaba fotos, Ursula le decía dónde hacerlas.

—Si ha cambiado tanto su *modus operandi*, me atrevería a decir que la víctima también se distingue de las demás —constató Sebastian con sequedad. Los compañeros lo miraron con curiosidad.

—¿A qué te refieres? —preguntó Vanja.

Sebastian se encogió de hombros con indiferencia.

—No creo que sea ningún famosete de segunda. El cartel nos dice otra cosa sobre este hombre.

—¿Que es culpable de algo? —añadió Billy con sarcasmo, y levantó la cabeza para dejar de revisar la ropa del hombre.

—Antes quería demostrar que las víctimas eran lerdas —dijo Sebastian, haciendo caso omiso al comentario ácido—. Los eventuales conocimientos de este hombre no tenían ninguna importancia. Era culpable igualmente, pero de otra cosa.

—Un asesino que cambie su método es justo lo que no queremos —

indicó Torkel conteniéndose—. Vale, acabad con esto. Los demás empezaremos a inspeccionar los alrededores y veremos si podemos dar con alguien de las fincas vecinas. ¿Tienes idea de cuánto tiempo lleva muerto?

—Como mucho... seis horas —respondió Ursula.

—Bien, pues ya tenemos algo más —contestó Torkel, y empezó a marcharse. Vanja y Sebastian estaban a punto de seguirlo cuando Billy los detuvo.

—Esperad —ordenó, y sacó una cartera del bolsillo interior de la americana de la víctima. La abrió y sacó un carnet de conducir—. Claes Wallgren.

—¿Alguien lo conoce? —quiso saber Torkel, pero sólo obtuvo negativas con la cabeza.

—Es jefe de programación en Channel3 —respondió Billy mostrando, con su mano enguantada, una tarjeta.

—Vale, llama a ver si encuentras algo más. Me pondré en contacto con la familia —dijo Torkel.

—Creo que ya entiendo el cartel —indicó Sebastian—. Nuestro hombre considera que si hay un sitio donde eres culpable de premiar la estupidez es en la tele.

Se volvió hacia Torkel y Vanja con rostro serio.

—Ha empezado a perseguir peces un poco más gordos.

Torkel aparcó en su plaza alquilada delante de la casa. Costaba al mes casi lo mismo que un estudio, pero no tenía fuerzas para dar vueltas buscando un sitio libre siempre que llegaba a casa. Un rápido vistazo al reloj le dijo que era casi medianoche. Giró la llave, se reclinó en el asiento y se quedó sentado. Cerró los ojos.

Le encantaba su trabajo, desde luego que sí, y suerte de eso, teniendo en cuenta todo el tiempo que pasaba en él, pero había una cosa que siempre le provocaba un sentimiento de desazón.

Informar a las familias.

Después de abandonar el lugar del hallazgo había ido directo a casa de los Wallgren.

Calle Dalagatan. En el barrio de Vasastan.

Torkel había tenido que dar un par de vueltas con el coche, pero no había encontrado dónde aparcarlo. Al final había decidido dejarlo en doble fila en la calle que daba al parque de Vasaparken. El portal de los Wallgren quedaba entre una clínica dental y un restaurante, y Torkel había sacado el papelito con el código del portal electrónico, había desbloqueado la puerta y subido la escalera. Tercera planta. Una respiración profunda y pulsó el timbre. La puerta se había abierto apenas unos segundos más tarde y Torkel se había topado con una mujer que rondaría los treinta y cinco. Linda Wallgren, supuso. Le había parecido ver cómo la esperanza se convertía rápido en decepción y después se tornaba en preocupación.

Había esperado encontrarse a su marido.

Que se hubiera olvidado las llaves, perdido el teléfono, que lo hubieran robado, que hubiese sido infiel, cualquier cosa que pudiera explicar por qué no había podido localizarlo, por qué no había ido al trabajo, pero que ahora volviera a estar en casa. Sin embargo, en la puerta se había topado con un hombre mayor con expresión seria y una placa de policía en la mano, y que le había preguntado si era Linda Wallgren. Ella había asentido con la cabeza y él le había preguntado si podía entrar.

Torkel volvió a abrir los ojos, miró a su alrededor, a oscuras, y con un suspiro sacó la llave. Se bajó del coche y cayó en la cuenta de que en casa no tenía nada para comer. Nada de nada. Ni siquiera podía prepararse una taza de té. Se dirigió al 7-Eleven de la esquina.

Había pasado más de una hora sentado en el piso amplio y luminoso de tres habitaciones de la calle Dalagatan, pero no había obtenido gran cosa de la visita.

—¿Le ha pasado algo? ¿Qué ha ocurrido? —había querido saber Linda mientras lo invitaba a pasar al salón y a sentarse al sofá de esquina.

Torkel apenas se había sentado y se había propuesto transmitir la terrible noticia cuando una niña pequeña entró en el salón.

—¿Quién es? ¿Dónde está papá?

Linda había intentado que la niña se retirara, que volviera a la cama, pero ella se había negado. Había empezado a llorar. Se había aferrado. Linda se había levantado para llamar a su madre, que por lo visto vivía cerca, y la señora había aparecido unos quince minutos más tarde. La abuela había conseguido llevarse a la pequeña y por fin Torkel había podido explicar por qué estaba sentado en aquel sofá de marca sintiéndose tan incómodo. Sobraba decir que Linda ya lo había sospechado, o al menos lo había intuido, desde que había abierto la puerta, pero, cuando lo peor se vio confirmado, el *shock* y las lágrimas no faltaron. Calladas, contenidas. Probablemente, para que la hija no la oyera llorar y volviera a salir.

—¿Cómo? —le había preguntado entre sollozos reprimidos—. ¿Por qué?  
Torkel le había contado todo lo que podía.

Asesinado.

Posibles conexiones con otras muertes.

El motivo, con toda seguridad, su trabajo.

Sabía por experiencia que en verdad no tenía demasiada importancia lo que dijera, ella no asimilaría la información, todo le resultaría más bien irreal e incomprensible. Por lo demás, Torkel no había podido hacer mucho más que decir lo mucho que lo lamentaba y preguntarle si se veía capaz de responder a unas cuestiones. Ella había dicho que sí, pero no había sido de gran utilidad.

Su marido no había quedado con ningún periodista, que ella supiera. Había tenido una reunión con su jefe, pero era la única programada. El hombre usaba la agenda de su teléfono. Puede que en éste pusiera algo más. Quizá sí, pensó Torkel, pero no lo habían encontrado. Ella no había observado ninguna autocaravana ni había oído que él se sintiera amenazado de alguna manera.

Torkel le había preguntado si Claes había sido activo en las redes sociales. Tenía Twitter y Facebook. Eso era todo. Linda había vuelto a inquirir cómo y por qué, y Torkel había vuelto a responder lo mejor que podía antes de disculparse y retirarse del piso de la mujer cuya vida habría cambiado para siempre tras su visita. Por eso detestaba informar a los familiares.

En la escalera, de camino al coche, había llamado a Billy, que había empezado a buscar la cuenta de Twitter de Claes Wallgren, y la acertó a la primera.

El último tuit, a las 20.35.

Se acabó el «darle a la gente lo que la gente quiere».

Cincuenta y tres caracteres de un hombre que ya estaba muerto.

Había escalado deprisa, pensó Torkel al mismo tiempo que pagaba sus compras en la tienda. Tendría que poner al día a la prensa por la mañana. Lo más probable era que se encontrara también con una visita de Rosmarie.  
Preguntas.

¿Qué estaban haciendo para dar con el autor de los crímenes?

¿Tendrían que proporcionarle protección a algunas personas, y, en tal caso, a quiénes?

¿Cuánto habían avanzado, en realidad, con la investigación?

Lo único que Torkel tenía para darle era Christian Saurunas. El nombre, no la persona. Seguían sin tener la más remota idea de dónde podía hallarse. Habían localizado a su madre en Kaunas, quien les había confirmado que él había estado de visita durante una semana entre finales de mayo y principios de junio. Enfadado y triste por haberse quedado sin su puesto en la Universidad Real de Tecnología. No sabía dónde había estado su hijo a partir del 5 de junio. Billy había intentado llamar al móvil de Saurunas y rastrearlo, pero no consiguió ningún resultado. Buzón de voz, que era lo mismo que nada de nada. Apagado, destruido o sin cobertura, sospechaba Billy.

De camino a su portal con la bolsa en una mano, Torkel volvió a mirar la hora. ¿Le pegaba un telefonazo a Ursula? Aún estaría despierta, probablemente acabaría de llegar a casa del lugar del hallazgo. A lo largo del día no le había dejado de venir a la mente lo que Vanja había dicho.

Sobre no tener nada aparte del trabajo.

Podía sentirse aludido como el que más. Ursula nunca sería su tercera mujer y no vivirían felices juntos el resto de sus días, pero podían quedar, disfrutar de la compañía del otro. Tener a alguien sólo un poquito era mejor que no tener a nadie. No conseguiría más que un no, pensó mientras empujaba el portal. La idea de llamar a Ursula le dio fuerzas renovadas y subió la escalera a paso ligero. Cuando apenas faltaban unos peldaños se detuvo.

Había alguien sentado en la escalera.

—Estás de suerte. Acababa de decidir que sólo esperaría diez minutos más —dijo Lise-Lotte, y se levantó con una sonrisa.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Torkel mientras avanzaba los últimos pasos hasta ella al mismo tiempo que intentaba encajar lo que veía.

—Darte una sorpresa —respondió ella, y lo abrazó—. ¿Te he sorprendido?

—Sí.

—Bien.

Lise-Lotte se soltó del abrazo y se acercó a la puerta de Torkel. Él se quedó donde estaba.

—¿Llevas mucho rato esperando?

—Una hora, quizá. Llevo un libro conmigo.

Torkel se limitó a asentir con la cabeza, aún en estado de choque.

—¿Me vas a dejar entrar? Necesito un lavabo urgentemente —pidió Lise-Lotte señalando con la barbilla la puerta.

Sí, pensaba dejarla entrar.



Estaba tumbado mirándola.

Tenía la sensación de que era algo que podría hacer el resto del día, el resto de su vida. Quedarse tumbado mirándola mientras dormía a su lado.

La noche, o más bien la madrugada y una parte de la mañana, había sido perfecta. En general, no le resultaba tan fácil dejar de pensar en el caso en el que estuviera trabajando, pero en un momento dado se había descubierto a sí mismo simplemente disfrutando de escuchar a Lise-Lotte sentada a la mesa de la cocina, contándole cómo había terminado allí, mientras él preparaba las cuatro cosas comestibles que acababa de comprar, junto con una botella de vino.

Ella no había podido olvidar la velada en Ulricehamn y se había estado paseando por casa dándole vueltas. Al ver que él no la llamaba, había pensado en llamarlo ella, pero no tenía su número y no era sencillo dar con el jefe de la Unidad de Homicidios, por lo que se había dirigido a la comisaría y había hablado con Eva Florén, que la había informado de que habían tenido que marcharse a Estocolmo a toda prisa.

El trabajo mandaba.

Lise-Lotte podía entenderlo.

Así que había regresado a su casa, pero no había podido dejar de pensar en él. Varias semanas de vacaciones, sin planes, su hija por Europa. ¿Por qué debería quedarse en Ulricehamn? El mero hecho de tener aquellos pensamientos ya significaba algo, ¿o no? Cada vez se había visto más convencida de que se arrepentiría si no descubría adónde podía llevarla

aquello.

Y la había llevado hasta el dormitorio de Torkel.

Después, mientras descansaba sobre su brazo y él notaba el cálido aliento de Lise-Lotte en el cuello, se había sentido tan feliz que había tenido que reprimir las lágrimas. No se habían quedado dormidos hasta pasadas las dos, pero aun así él se había despertado poco antes de las seis.

Permanecía en la cama. Tan sólo mirándola.

Sus pensamientos se vieron interrumpidos por el timbre de la puerta. Torkel dio un respingo. No eran ni las siete y media, ¿quién podía ser? Miró de nuevo a Lise-Lotte, pero estaba sumida en un sueño profundo. El timbre volvió a sonar. Torkel se apresuró a salir de la cama, se pasó la bata por encima, salió al recibidor y abrió la puerta.

—¿Has visto esto? —preguntó Ursula, entró en el piso y le pasó un periódico. El *Expressen*.

Abierto para que pudiera leer el llamativo titular del periódico sensacionalista:

ENTREVISTA EN EXCLUSIVA: «POR ESO LOS MATO»  
EL ASESINO DE LOS «REALITIES» SE PRONUNCIA

Torkel se quedó mirando con expresión descolocada a Ursula, como si necesitara ayuda para entender lo que acababa de leer.

—Ha quedado con él. Tu amigo Weber se ha visto con nuestro asesino.

—No es mi amigo —replicó Torkel casi por acto reflejo, y volvió la vista al periódico. Ojeó rápido el artículo.

Sin duda alguna, parecía que Weber había quedado con el autor de los crímenes, o por lo menos había hablado con él. Lo ponía todo sobre el examen, las sesenta preguntas, los resultados publicados desde los teléfonos de las víctimas. Otros datos que Weber sólo habría podido obtener del asesino o de una filtración por parte de alguien que tuviera acceso total al caso, y los miembros del equipo de Torkel eran los únicos que lo tenían, por lo que resultaba impensable.

—¿Qué hacemos? —quiso saber Ursula.

—Tendremos una charla con Weber —respondió Torkel con un tono de voz que hizo entender a Ursula que sería una conversación que el periodista no olvidaría así como así—. Dame cinco minutos.

Torkel se metió en el baño. Ursula se quedó en el recibidor. Se sentó en la sillita blanca que había junto a la puerta. Donde se había sentado en aquella ocasión en que decidió romper una de sus reglas por primera vez.

Nunca en su casa.

Quizá fue en aquel instante cuando le nació a él la idea de que podía haber algo más. Que también podrían romper la siguiente regla.

Nada de planes de futuro.

Ursula pensó si no sería buen momento para recordarle a Torkel aquella vez, mostrarle que lo recordaba, quizá decir que echaba en falta estar juntos, contarle que estaba dispuesta a hacer cambios en su vida tras la herida de bala. Era un buen momento. Él estaba demasiado alterado con motivo del artículo como para querer quedarse en casa y hablar de ello o tener sexo, pero así sabría lo que ella sentía y podrían retomar lo que fuera que tuvieran en otra ocasión.

Justo iba a ponerse de pie y a acercarse a la puerta cerrada para no tener que gritar cuando los vio.

Unos zapatos de mujer. Azules. Tacón de altura moderada.

Arrugó un poco la frente y miró al perchero de la pared.

Una chaqueta de mujer. Beige, botones grandes, solapas en los bolsillos.

Se quedó sentada en la silla blanca y se descubrió a sí misma deseando que fuera de alguna de sus hijas que se había quedado a dormir en casa de papá, a pesar de haber observado inconscientemente que ni la chaqueta ni los zapatos eran propios de una adolescente. Su pensamiento se vio interrumpido cuando la puerta se abrió y apareció una mujer envuelta en el edredón de Torkel. Descalza, las piernas desnudas asomaban por debajo de la tela. Pelo largo y rubio, revuelto en la justa medida tras una noche en la cama, que se le pegaba alrededor de la cara, los ojos azules y risueños, delicado contorno del cuello que bajaba hasta las clavículas. Como sacada de una comedia romántica de los años ochenta. Ursula la reconoció. La mujer del bar en Ulricehamn. La compañera de escuela. Incluso Ursula podía ver lo hermosa

que era.

—Hola.

—Hola... Ursula, trabajo con Torkel.

Ningún ademán de levantarse.

Ningún ofrecimiento de mano.

—Lise-Lotte.

—Ah, hola.

—Hola.

Breve silencio que fue interrumpido por Torkel al salir del cuarto de baño. Cuando vio a Lise-Lotte en la puerta, en su rostro apareció una gran sonrisa. Ursula no recordaba haberlo visto sonreír jamás de aquella manera. Tardó unos segundos en asimilar que, por un momento, Torkel pareciera tan feliz.

—¿Te hemos despertado? —preguntó mientras se acercaba a Lise-Lotte para darle un beso tierno en la mejilla—. No quería molestarte...

—No pasa nada.

—Ella es Ursula, trabajamos juntos... —dijo Torkel haciendo un gesto hacia Ursula, que se levantó de la silla.

—Sí, me lo ha dicho —señaló Lise-Lotte.

—Tengo que irme, nos ha salido un asunto —continuó Torkel, y con un suave empujoncito con la mano invitó a Lise-Lotte a regresar al dormitorio—. Pero te puedes quedar todo lo que quieras, y si se te ocurre algo, nos vemos por la tarde.

—Me las apañó, vete.

—Estoy listo dentro de dos minutos. —Torkel se volvió hacia Ursula, que seguía de pie en el recibidor.

—Te espero abajo —precisó Ursula antes de que la puerta se cerrara tras ella.

No estaba segura de que él la hubiera oído.

No pasaron dos sino siete minutos hasta que Torkel abrió el portal y salió a la acera. Miró a su alrededor y descubrió a Ursula junto a su coche aparcado en

doble fila un poco más abajo. Se dirigió hacia ella a paso ligero al mismo tiempo que sacaba el móvil. Diecisiete llamadas perdidas. Había más gente que había leído el *Expressen*. Le quitó el silencio, se lo metió en el bolsillo y se abrochó la chaqueta. El sol no se había abierto paso entre los edificios y el aire estaba algo fresco.

—¿Podemos coger tu coche? He pensado que le dejaré el mío a Lise-Lotte por si lo quiere usar —indicó Torkel al acercarse.

—Claro.

Ursula se sentó al volante y Torkel corrió por delante del automóvil y se sentó de acompañante.

—¿Cuánto lleva aquí? —quiso saber Ursula, en un tono que esperaba que fuera de charla desenfadada.

—Llegó ayer por la noche.

—Ah.

Ursula arrancó el coche, echó un vistazo rápido al retrovisor y emprendió la marcha.

—¿Por dónde vamos?

—Gira a la derecha por aquí y luego a la derecha otra vez y saldrás al puente de Västerbron.

—Joder, en este barrio es todo dirección única.

—No, derecha, derecha.

Ursula activó el GPS y dobló a la derecha para bajar por la callejuela.

—¿Y hasta cuándo se queda?

—¿Lise-Lotte?

—Sí.

—No sé, está de vacaciones, así que..., no sé.

Torkel la miró de reojo. Si no la conociera tanto, habría jurado haber percibido un atisbo de celos en su voz. Porque no podía ser que... Ni siquiera se le había pasado por la cabeza en el piso, pero lo mejor sería preguntar, aligerar el ambiente para que no quedara nada sin decir entre ellos que pudiera crecer y hacer mella.

—¿Se te ha hecho incómodo?

—¿El qué? —preguntó Ursula con la atención puesta en el asfalto que

tenía delante.

—Lise-Lotte. Quiero decir, tú y yo tuvimos lo que tuvimos...

Torkel se volvió hacia Ursula. Ella no dijo nada, se limitó a girar a la derecha, aceleró.

—Me pareció que fuiste muy clara con que no querías seguir ni llevarlo más lejos —continuó Torkel.

—Correcto.

—Entonces ¿todo bien? ¿Todo bien entre nosotros?

—Sí.

Respuesta directa. No dejaba mucho espacio para elucubrar, pero ¿acaso no era una respuesta un poco contenida, más corta que la propia palabra? Quizá se lo estuviera imaginando. En general, Ursula era tremendamente directa en su comunicación, no hacía falta adivinar lo que opinaba y pensaba.

—¿Seguro? —preguntó él para darle una oportunidad de contar lo que sentía, si es que sentía algo, ante la presencia de Lise-Lotte.

—Del todo.

De nuevo, la sensación de que Ursula no estaba siendo sincera, pero no podía presionarla más. Si no quería hablar, no lo haría.

O bien él estaba leyendo demasiado entre líneas.

Interpretando de más.

Quizá para ella no significaba nada que él hubiera conocido a alguien.

El coche giró por Västerbron. El rascacielos del periódico *Dagens Nyheter* se hizo visible al fondo a la izquierda. Avanzaron un rato en silencio. Torkel desplegó el diario otra vez y leyó el artículo de Weber con más detalle. Se había puesto en contacto con el asesino. Quizá se hubieran visto. Pero no lo había avisado. Torkel conocía bien el funcionamiento de los medios de comunicación y sabía la presión que tenían por vender ejemplares y atraer a más público, pero aun así pensaba que Weber pertenecía a la antigua escuela. Que tenían una relación que significaba algo y que partía del respeto mutuo por el trabajo del otro. Por lo visto, no era así, y aunque fuera una tontería Torkel no podía evitarlo.

Se sentía decepcionado.

Las paredes de la elegante sala de reuniones del *Expressen* estaban llenas de hileras de distintos titulares. Seguro que la idea era que los linajes y la larga historia del diario causaran impresión. Pero en ese momento no tenían ningún efecto sobre los visitantes. Torkel y Ursula estaban sentados en dos sillas caras mirando por encima de la mesa brillante de roble oscuro a Lennart Källman y a un Axel Weber un tanto pálido. Torkel estaba seriamente irritado y trataba de ignorar al corpulento redactor jefe. Sus miradas y palabras iban dirigidas de forma exclusiva a Weber, el hombre en quien había cometido el error de creer que podía confiar.

—¿Me estás diciendo completamente en serio que ni siquiera te pasó por la cabeza ponerte en contacto con nosotros cuando recibiste la carta? —dijo casi gritando.

—En Suecia tenemos protección de informantes y no puedo hablar de las pistas que nos llegan —se defendió Weber, pero aun así parecía avergonzarse un poco.

—Es uno de los pilares de la libertad de prensa —añadió el redactor jefe con una actitud de ligera superioridad que a Torkel le parecía que había tenido todo el rato—. Está en el ADN del *Expressen* defender la libertad de prensa a cualquier precio.

Torkel se limitó a negar con la cabeza. Ursula se metió en la discusión.

—Estamos lidiando con un asesino en serie, un asesino en serie al que le acabáis de dar seis páginas para expresarse —dijo enfurecida.

—En nuestro periódico damos cabida a distintas voces, es parte de

nuestra misión periodística. —Weber permanecía en silencio y parecía esperar que el redactor jefe continuara con su justificación, cosa que hizo enseguida—. Además, consideramos de interés público conocer su motivación y su forma de pensar.

—Nosotros consideramos de interés público detenerlo —replicó Ursula.

—Entonces os propongo que vosotros hagáis vuestro trabajo y nos dejéis a nosotros hacer el nuestro —respondió Källman tajante.

—Habría sido más fácil si la gente usara el sentido común y nos avisara cuando un asesino se pone en contacto con ellos —comentó Torkel, mirando aún con seriedad a Weber.

—No pude hacer eso.

—¡Chorradas! —Torkel pego un golpe fuerte en la mesa con la palma de la mano—. Si hubieras querido, habría habido una manera. Tú *elegiste* no hacerlo.

—Sí, y ha hecho lo correcto —subrayó Källman—. Es una entrevista única que da muchísima información sobre cómo piensa el asesino. La pulsión que lo motiva.

—No es una entrevista, es un puto manifiesto —se opuso Torkel, todavía encendido.

—Llámalo como quieras, pero nosotros consideramos que es de gran interés para nuestros lectores —volvió a decir el redactor jefe. Había decidido con claridad cuál sería su línea defensiva.

La mirada enfadada de Torkel se apartó por un momento de Weber.

—¿Me estás diciendo en serio que pretendes que me crea que hacéis esto por vuestros lectores? Lo hacéis para vender ejemplares. Al puto precio que sea. ¡Como mínimo reconocedlo, en lugar de estar soltando gilipolleces!

Se hizo silencio en la sala. El redactor jefe tenía las mejillas enrojecidas. Por un segundo, Torkel pensó que el hombre se levantaría y lo echaría de allí. Ursula lo miraba con una especie de admiración desconcertada. No era habitual que Torkel alzara la voz de aquella manera. La palmada en la mesa. ¿Había pasado alguna vez?

Al final, Källman se puso de pie y se alejó hasta un aparador estrecho que estaba junto a la pared y en el que había algunas estatuas doradas, copas de



premios y una caja pequeña de cartón.

—A veces terminamos en bandos distintos. Pero ahora estamos deseosos de ayudaros en todo lo que podamos —dijo, y parecía haberse decidido por buscar la paz, aunque quedaba patente que estaba haciendo un esfuerzo por permanecer tranquilo.

—¿De qué manera pensáis ayudar? —indagó Torkel, ahora él también un poco más relajado. Seguir por la vía de la confrontación sólo sería contraproducente.

En lugar de responder, el redactor jefe cogió la caja de cartón del aparador, se dio la vuelta y la deslizó hacia Torkel.

—Así —contestó.

La caja carecía de tapa. Torkel vio que contenía un sobre acolchado de la marca Jiffy, algunos papeles doblados y un móvil, con su respectivo embalaje al lado.

—¿Qué es esto? —preguntó con curiosidad.

—Todo lo que tenemos de Catón —respondió Weber.

—Hemos pensado que os gustaría analizarlo —añadió el redactor jefe y tomó asiento de nuevo—. Queremos ayudar.

Torkel no respondió, sino que se limitó a acercarse un poco más a la caja. Ursula se puso de pie para mirarla mejor.

—¿Éste es el móvil a través del cual hicisteis la entrevista? —preguntó.

—Exacto —respondió Weber asintiendo con la cabeza—. Antes me envié algunos mensajes de texto. Están todos ahí.

Ursula sacó su maletín negro, lo abrió y cogió un par de guantes de látex y un puñado de bolsas para pruebas. Se puso los guantes, tomó el teléfono y lo metió en una de las bolsas. Weber siguió explicando.

—Todo llegó a recepción en ese sobre ayer al mediodía. Como podéis ver, iba dirigido a mí. Con Catón como remitente —dijo, y su intención de ayudar parecía de lo más sincera.

—¿Llegó por correo o mensajería? —preguntó Torkel.

—Mensajería.

—¿Qué empresa?

—No lo sé.

—Preguntaré en recepción si lo saben y os llamo —se ofreció Källman.

—Continúa, ¿qué pasó luego? —demandó Torkel mirando con asertividad a Weber.

—Leí la carta, pero llevaba guantes todo el rato, así que con un poco de suerte no he destrozado ninguna huella, si es que las hay.

Torkel le lanzó una ojeada severa.

—Muy aplicado por tu parte.

—Por lo menos lo intenté, ¿vale? —respondió Weber irritado—. Se comunicó por mensajes. Empezó mandándome a la Biblioteca Nacional, después me hizo dar algunas vueltas, todo por mensaje. Querría comprobar que iba solo, supongo.

—¿Algo más? —prosiguió Torkel. Neutral, escueto y duro.

Quería hacer comprender a Weber que los sucesos de las últimas veinticuatro horas habían echado por tierra lo que habían construido juntos a lo largo de los años. Weber miró de reojo al redactor jefe antes de contestar.

—Me enseñó una cosa —respondió al final.

Torkel reaccionó ante el tono que había usado. Ursula también.

—¿Qué te enseñó? —preguntó ella con fuerza en la voz.

Weber titubeó. Les dio la sensación de que el hombre quería y necesitaba contárselo, pero le costaba. Una nueva mirada al redactor jefe no hizo más que confirmar la impresión. Weber suspiró ruidosamente.

—Lo encontraréis en el móvil, de todos modos.

—¿Qué es lo que encontraremos en el móvil? —indagó Torkel.

—Me mostró el camino hasta el cuerpo de la calle Roslagsgatan. Fui yo quien llamó para informar de él.

Torkel se puso pálido. No había contado con aquello.

—¿Cómo entraste?

—Por una ventana. Pero él la había preparado. La había bloqueado con un trozo de papel. También está en la caja.

Torkel se inclinó hacia delante, ahora más cansado que enfadado. Las tonterías no tenían fin.

—Tendrás que venir a hacer una declaración completa sobre todo esto. Hoy. Esto es muy serio.

—Lo entiendo —dijo Weber asintiendo con la cabeza.

Ursula había repartido el contenido de la caja entre las bolsas de pruebas y las había vuelto a meter dentro. Ahora se dirigió a Weber, también ella con cierta rendición en los ojos.

—¿Hay algo más que nos puedas decir del asesino? Algo. Cualquier cosa —preguntó.

—Está todo en el periódico —intervino el redactor jefe—. Hemos eliminado muy poco.

Ursula no se rindió.

—Algo que no aparezca en el periódico.

—Viene casi todo, pero hay una cosa. No lo dijo, pero tuve la sensación... —Weber se interrumpió y miró seriamente tanto a Torkel como a Ursula como para asegurarse de que le prestaban toda su atención—. Está muy lejos de haber terminado.

Torkel suspiró. Por desgracia, eran las noticias del día anterior, por usar una expresión que encajara con el contexto.

El teléfono no había aportado más huellas dactilares que las de Weber. Igual que la tarjeta SIM y el embalaje. Seguro que el autor no debía de haber llegado a abrir la caja del teléfono. Ursula había pasado la carta, el examen y el sobre por el nuevo microescáner digital de la segunda planta, y luego los había analizado manualmente con el microscopio y les había pasado el pincel. Nada.

Resultaba frustrante lo bueno que era el autor de los crímenes a la hora de evitar dejar algún rastro. La falta de pistas concretas y el hecho de que el asesino pareciera ir perfeccionando sus procedimientos hacían que Ursula comenzara a sentir la presión, a pesar de que no se estresaba casi nunca.

De blogueras y famosetes de *realities* a jefes de televisión.

¿Quién sería el siguiente?

Ella no era la única que notaba la presión. Rosmarie había ido a ver a Torkel varias veces exigiendo resultados. No es que lo amenazara, pero todos los miembros del equipo sabían que Rosmarie era de la clase de jefe que no tenía reparos en sustituir a los mandos intermedios si no cumplían. Pero si no tenían con qué trabajar, ¿cómo iban a cumplir?

Billy había avanzado considerablemente más en su trabajo. Por una parte, gracias al intercambio de SMS había conseguido un número de teléfono que se suponía que habría utilizado el asesino; por otra, contaba con la tarjeta de prepago del teléfono que había usado Weber, y con el código PUK, que era único, había podido localizar la tienda que la había vendido. Había mandado a Vanja al quiosco Pressbyrån de la estación de metro T-centralen, en la

salida de la plaza Sergels Torg, aunque no tuviera demasiadas esperanzas de que alguien recordara quién había comprado una tarjeta de prepago, al ser uno de los negocios más transitados de Estocolmo. Billy supuso que ésa era la razón por la que el autor lo había elegido. Pero no dejaba de ser una pista que estaban obligados a rastrear.

Mientras tanto, él se concentraba en el tráfico telefónico entre Weber y el autor de los crímenes. El asesino había enviado diez mensajes de texto y al final había efectuado una llamada de voz que había durado dieciséis minutos y treinta segundos. Weber había respondido a dos de los mensajes y había hecho una breve llamada al 112. Después, nada.

El número que el asesino había empleado pertenecía a una tarjeta de prepago sin registrar, pero eso no le impidió a Billy descubrir de forma bastante inmediata a qué operadora estaba vinculada. Ya había hecho ese tipo de rastreos muchas veces antes y sabía con exactitud con quién debía hablar de la compañía telefónica Telia para obtener la información que buscaba.

Billy sacó las listas que le habían pasado de la operadora Comviq del tráfico de entrada y salida del teléfono que le había llegado a Weber, extrajo un plano del centro de Estocolmo y lo puso al lado del material de las dos operadoras. Cogió un rotulador rojo y otro verde, y comenzó a marcar la ubicación de las antenas repetidoras a las que el teléfono de Weber se había conectado.

El primer mensaje de Weber había salido cuando aún estaba en las dependencias del *Expressen*. El teléfono se había conectado al repetidor del tejado del rascacielos del periódico *Dagens Nyheter*. Billy hizo una crucecita roja en el mapa. Comprobó la lista de Telia. Weber había dicho que estaba convencido de que el asesino lo había tenido vigilado.

Que lo había seguido. Que se había mantenido cerca.

Parecía tener sentido.

El teléfono de tarjeta anónima de prepago que respondió al mensaje de Weber un minuto más tarde se había conectado a la misma antena repetidora. Billy hizo una cruz verde al lado de la otra y continuó.

La siguiente vez que Weber usó el teléfono para ponerse en contacto con el asesino fue cuando ya estaba en la calle Roslagsgatan. Billy marcó con el

rotulador rojo la antena que se había utilizado. De nuevo, la respuesta había llegado menos de un minuto después. Además, llegó otro mensaje al minuto siguiente. Billy consultó las listas que había obtenido de Telia con el tráfico del asesino, a pesar de que estaba bastante seguro de lo que se iba a encontrar. En efecto. Los dos mensajes a Weber provenían de la antena marcada con la cruz roja. Después hubo un silencio de unos veinte minutos hasta que el asesino efectuó la llamada.

Los dos teléfonos conectados al mismo repetidor durante toda la conversación.

Billy volvió al teléfono de Weber. Comenzó a señalar en el mapa las antenas a las que se había conectado mientras caminaba por el parque de Humlegården. Aunque no hubiese estado activo, sino sólo recibiendo mensajes, se podía rastrear su ruta. Era la ventaja de hallarse en el centro de Estocolmo, había muchas antenas repetidoras, lo cual hacía que los móviles cambiaran de posición más a menudo y que el posicionamiento fuera más exacto.

Billy cruzó los dedos porque el autor de los crímenes hubiera estado todo el rato igual de cerca.

No había sido así. Lo comprendió cuando comenzó a comparar con las listas de Telia. Había estado cerca, sí, pero sólo se había conectado de forma excepcional a los mismos repetidores que Weber. Cuando Billy hubo terminado de situar sus cruces verdes se despezó un poco. Tenía la espalda algo rígida después de permanecer tanto tiempo curvado.

Pero de buen humor.

Había dado con un posible punto de inflexión.

Billy llegó con un poco de retraso, pero no pidió disculpas por ello cuando entró en la sala, donde los demás ya estaban reunidos. Tampoco lo esperaba nadie, conocían a Billy y sabían que no los habría llamado sin motivo. A Billy se lo veía satisfecho cuando se acercó a la pizarra con enormes zancadas. En la mano llevaba algunos papeles y fotos grandes.

—¿Qué has encontrado? —preguntó Torkel impaciente antes de que Billy hubiese llegado a su sitio.

—La autocaravana —respondió Billy orgulloso, y colgó una serie de imágenes en la pizarra.

Fotos tomadas con algún tipo de cámara de carretera o vigilancia, en las que aparecía una autocaravana con una línea cobriza en el lateral, rodeada de otros coches.

—Las fotos son de ayer.

—¿Cómo sabes que es ésa? —le interrogó Torkel.

Billy asintió satisfecho con la cabeza. No sólo parecía que se hubiese esperado la pregunta, sino que estuviera deseando escucharla.

—La sensación de Weber de que lo estaban vigilando era cierta. El asesino estaba cerca —dijo al mismo tiempo que colgaba el mapa con cruces rojas y verdes en la pizarra—. Las rojas son del teléfono de Weber; las verdes, de nuestro asesino.

Todos los presentes se inclinaron con interés hacia delante, a pesar de que, en verdad, el mapa no les dijera nada, con sus cruces y líneas en apariencia hechas sin ton ni son.

—¿Y cómo nos ayuda eso? —planteó Torkel.

—Las cruces son las antenas a las que se han conectado los teléfonos. Las líneas, los caminos que han cogido.

—Sigo sin entender cómo eso te ha llevado a la autocaravana —constató Torkel con franca curiosidad y la mirada fija en el mapa.

Billy le dedicó una sonrisa que parecía decir «qué bien que me lo preguntes».

—Cuando Weber recibió el primer SMS en la Biblioteca Nacional, los dos teléfonos estaban conectados al repetidor del tejado del hotel Scandic Anglais.

Billy señaló en el mapa unas cruces verdes y rojas en un edificio colindante al parque, pero cerca de la biblioteca. Tan cerca que la persona podría haber vigilado la entrada con facilidad.

—Después, cuando Weber cruza Humlegården es cuando la cosa empieza a ponerse interesante —continuó Billy, y señaló las cruces verdes conectadas por una línea que formaba un cuadrado—. Entonces, el asesino comienza a moverse siguiendo un cuadrado alrededor del parque. Varias veces, porque las mismas antenas recibieron su señal varias veces.

—Iba en coche —dijo Vanja.

—Seguramente —afirmó Billy—. Los repetidores cambiaron demasiado a menudo como para darle otra explicación.

Todos miraron el mapa. Calle Sturegatan, a la izquierda por Karlavägen, de nuevo por la calle Engelbrektsgatan, Birger Jarlsgatan para luego volver a coger Sturegatan.

Todos conocían la zona y comprendieron que el autor de los crímenes podría haber observado a Weber varias veces desde el vehículo al mismo tiempo que se mantenía en constante movimiento, para evitar que lo descubrieran.

—Sabemos por dónde se movía y en qué momento —continuó Billy—. Hay una cámara en la plaza de Stureplan y otra en la calle Karlavägen. Ésta pasa justo en el momento preciso.

Billy señaló satisfecho las fotos de la autocaravana. Torkel se levantó presa del entusiasmo. No ocurría demasiado a menudo.



—¡Buen trabajo! ¿Has conseguido alguna imagen del conductor?

—En la imagen de la calle Karlavägen, pero es demasiado borrosa como para identificarlo. Boina, gafas de sol y barba, eso es todo. Pero he conseguido esto.

Billy puso una foto sobre la mesa. La parte trasera de la autocaravana, ampliada, por tanto bastante pixelada, y no era del todo inteligible, pero aun así se podían distinguir las cifras y las letras en la placa de la matrícula. No era sueca.

—Es de Alemania, ¿verdad? —constató Sebastian.

Billy asintió en silencio.

—De Hamburgo. La compraron hace tres meses en una tienda de vehículos de ocasión.

—¿Algún nombre del comprador? —inquirió Vanja.

—Adivina.

—¿Sven Catón?

—Exacto. Pagó en efectivo, con lo cual no hay ninguna tarjeta de crédito que rastrear. Sin seguro, registro de exportación ni control de procedencia solicitados a Tráfico —continuó Billy—. No tiene la inspección hecha y no está registrada en Suecia.

Hubo un momento de silencio. Aunque no supieran más que hacía unos minutos, se sentían más cerca del hombre al que estaban dando caza. Torkel fue quien rompió el silencio.

—¿Has compartido el número de la matrícula y la descripción de la autocaravana? —le preguntó a Billy.

Éste negó con la cabeza.

—Aún no, primero quería verlo contigo. Pero el material está listo, sólo hay que mandarlo —respondió.

—¡Hazlo! ¡Prioridad número uno! Quiero que nos informen de todo directamente a nosotros. Ningún intermediario —afirmó Torkel con decisión.

—Vale, enseguida. Hay una cosa más —prosiguió Billy expectante. Volvió a la pizarra y al mapa—. Weber abandona la calle Roslagsgatan después de la conversación con el asesino, llama al 112 mientras se aleja, pero el otro móvil se queda por la zona hasta que nosotros llegamos.

Torkel y Vanja dieron un brinco.

—¿Qué? —dijeron casi al mismo tiempo. Billy asintió con la cabeza.

—Comprobé el informe policial. El primer coche patrulla llegó a las 19.56. Nosotros llegamos como a las 20.10, ¿verdad? En ese momento, él seguía allí —dijo, y se los quedó contemplando.

—¿El asesino seguía allí cuando llegamos? —soltó Vanja con voz tajante.

—Sí, a las ocho y veinticinco apaga el teléfono y desaparece. Desde entonces no ha vuelto a aparecer —indicó Billy, y los volvió a mirar.

—¿No tenemos manera de rastrearlo? —preguntó Ursula.

—Si lo vuelve a usar, aunque sea con otra tarjeta, puedo encontrarlo a través del número IMEI —dijo Billy, pero encogiéndose de hombros, como para decir que no le parecía demasiado probable que eso fuera a suceder.

—¿Qué es eso? —quiso saber Sebastian.

—Es una forma de rastrear el teléfono físico con independencia de qué número esté usando, pero tiene que estar encendido y, por lo que parece, ahora está muerto.

Sebastian se puso de pie con un aire pensativo. Dio unos pasos hacia la pizarra y el mapa con las líneas rojas.

—O bien suele estar así de cerca cuando llega la policía, o bien se ha vuelto más valiente y más dispuesto a correr riesgos.

—Algo le ha pasado —sugirió Vanja—. Nunca había buscado ponerse en contacto como ha hecho con Weber.

Sebastian asintió en silencio. Contento de poder estar de acuerdo con ella.

—Quiere que lo entiendan. Quiere que su trabajo reciba la debida atención —concluyó Sebastian—. La visibilidad implica correr riesgos, y es entonces cuando lo podremos atrapar.

—Así lo haremos —dijo Torkel, y se levantó. Era hora de cerrar la reunión y ponerse a trabajar—. Billy, envía una orden de búsqueda para la autocaravana. Los demás volveremos a revisar los informes de la calle Roslagsgatan y trataremos de conseguir todas las fotos que se hicieron en el sitio. Si se encontraba por la zona, quizá procuró estar realmente cerca.

Todos hicieron que sí con la cabeza y se levantaron de las sillas. En silencio y concentrados abandonaron la sala.

El asesino seguía siendo un desconocido, pero poco a poco iban descubriendo su patrón, trazando su pulsión interior. Seguía oculto y escondido en las sombras, pero al menos tenían la sensación de empezar a verle la silueta.

Henning Lindh iba con retraso.

En realidad no era culpa suya, pero sus compañeros de la avenida Bäckvägen se iban a cabrear. Pisó el acelerador todavía más y tomó la salida a Hägersten. ¿Cuánto le podía quedar? ¿Cinco minutos? Máximo diez. Aminoró la marcha y esperó a que el rápido flujo de tráfico de vehículos que circulaban en sentido contrario cesara para que él pudiera girar a la izquierda por la avenida Kilabergsvägen. En el cruce había una gasolinera con un 7-Eleven. Por un breve instante, Henning sopesó la idea de parar un momento a comprarse un café y algo para comer, le esperaban varias horas de coche, pero en el último momento desistió, no quería llegar más tarde de lo que ya estaba llegando.

Por fin pudo girar, y apenas treinta metros más adelante dobló a la derecha y siguió por Bäckvägen. Ahora sólo tenía que encontrar el número 43. No debería de tardar demasiado.

Y así fue. Dos minutos después se detuvo delante de una de las casas de cuatro plantas bastante insignificantes de color beige que se alineaban a su derecha y descendió del automóvil. Miró a su alrededor y en el acto descubrió a sus compañeros, sentados en un Passat azul aparcado junto a los setos, un poco más abajo. Alzó la mano a modo de saludo y dirigió sus pasos hasta allí. La mujer al volante, que no recordaba si se llamaba Aya o Aira o algo por el estilo, bajó la ventanilla cuando se acercó.

—Llegas tarde —lo saludó.

—Lo sé, *sorry* —respondió Henning, y no trató de justificar ni de

defender su llegada a deshora—. ¿Qué tal? —optó por decir.

—De momento, nada. Tiene una plaza de aparcamiento en el patio, así que él debería entrar con el coche entre esos setos. —La mujer señaló un hueco en la vegetación por el cual desaparecía una rampa de acceso asfaltada—. Su piso está en la tercera planta.

Henning lanzó una mirada hacia la parte superior de la fachada del edificio. Dos ventanales considerables en el centro y otro en la esquina. Todos con persianas y con cortinas echadas.

—¿Las tres son tuyas?

—Sí.

Tras contestar, la mujer giró la llave en el tambor y se marchó al mismo tiempo que subía la ventanilla.

Henning se quedó mirando el coche mientras se alejaba y volvió al suyo. Decidió dar la vuelta para tener vistas a todo el aparcamiento, las ventanas y la entrada sin tener que usar los retrovisores.

Cuando lo hubo hecho, se quedó sentado a la espera. Sus compañeros al menos habían podido trabajar de dos en dos. Un poco de compañía, alguien con quien hablar. Suspiró y se hundió en el asiento. Se arrepintió de no haber comprado el café. Cinco minutos más, ¿qué mal habría hecho?

Apareció un automóvil que circulaba en dirección a él.

Un Volvo S60 de color rojo.

¿No tenía la persona a la que tenían que vigilar un Volvo rojo? Henning cogió la delgada carpeta del asiento del acompañante y la abrió. Sí, un S60 rojo de 2007, con matrícula GVL665.

Cuando Henning volvió a levantar la cabeza, el coche rojo ya había subido la rampa que tenía delante y había desaparecido detrás de los setos. No le dio tiempo de ver la matrícula.

Henning olvidó el café y la vigilancia solitaria. El vehículo había salido de su campo de visión y por un momento pensó en si debía bajar para acercarse al coche y confirmar la identificación. Un Volvo rojo no era suficiente.

Pero, en el peor de los casos, lo descubrirían.

Entonces, el sospechoso huiría.

Se quedó donde estaba.

Vio a un hombre barbudo de unos cuarenta y cinco años de edad, con una gran mochila a la espalda y una bolsa en cada mano caminando desde el aparcamiento hasta el portal. Éste dejó una de las bolsas, introdujo un código y entró.

Henning se inclinó hacia delante. La mirada fija en las ventanas del tercer piso. ¿Cuánto se podía tardar en subir? ¿Había ascensor en el edificio? El hombre llevaba bastante equipaje. Su pensamiento se vio interrumpido cuando las persianas de una de las ventanas se enrollaron y la ventana se abrió.

Piso correcto.

Había llegado el momento de llamar a Homicidios.

Vanja subió la escalera y se acercó a la puerta que ya había visitado antes. Llamó al timbre. Miró a un lado y al otro. Los refuerzos estaban cerca, pero fuera del campo de visión por si Saurunas decidía echar un vistazo por la mirilla. Volvió a llamar. No se oía ningún movimiento en el interior. ¿Lo habría visto mal el policía que vigilaba la vivienda? Por lo poco que Vanja había interactuado con él no le había dado la sensación de que fuera el más listo de la clase. ¿O acaso Saurunas había vuelto a salir sin que el coche de vigilancia se hubiera dado cuenta?

Estaba a punto de irse cuando oyó pasos que se aproximaban al otro lado de la puerta, y poco después la cerradura giró desde dentro.

—¿Christian Saurunas? —preguntó Vanja cuando un hombre con barba tupida se presentó en el umbral.

—Sí —confirmó éste, mirándola con cierto asombro.

—¿Estás solo en el piso?

—¿Qué? —Aún más desconcertado—. Sí.

Vanja dio un paso al lado sin decir nada y, apenas unos segundos más tarde, tres hombres armados detuvieron a Saurunas. Gritos de sorpresa y dolor cuando sus manos fueron dobladas a la espalda y esposadas. Vanja avanzó unos pocos pasos hacia el interior del piso al mismo tiempo que los

hombres del grupo de operaciones especiales pusieron en pie a Saurunas.

—Vanja Lithner, Unidad de Homicidios —dijo mostrando su identificación—. Queremos interrogarte en relación con los asesinatos de Patricia Andrén, Miroslav Petrovic, Sara Johansson y Claes Wallgren.

—¿Qué? ¿Quiénes?

Vanja no lo repitió. Christian Saurunas tendría muchas ocasiones de volver a escuchar los cuatro nombres.

—¿Tienes algún abogado o representante jurídico, o quieres que te consigamos un defensor de oficio?

—No tengo ningún abogado... —consiguió soltar Saurunas, y se le notaba en la voz que aún no entendía lo que estaba pasando ni para qué necesitaba a alguien que lo defendiera.

Vanja le hizo un gesto con la cabeza a los policías, que acompañaron a Saurunas al vehículo que lo estaba esperando para llevarlo a la comisaría de Kungsholmen. Se adentró un poco más en la vivienda, sacó el teléfono y pulsó un número de marcación rápida. El piso olía a cerrado y había polvo, a pesar de que una de las ventanas y la puerta del balcón estaban abiertas. Como si nadie hubiese estado allí en mucho tiempo. La puerta del baño se hallaba entreabierta, y por éste se escapaba un olor no del todo agradable. Quizá era la explicación de por qué Saurunas había tardado un poco en abrir.

Vanja obtuvo respuesta al cabo de pocos tonos de llamada.

—Ya puedes venir —dijo Vanja, dio media vuelta y les dejó el piso a Ursula y a los técnicos de la Científica.

—¿Dónde estaba y qué hizo en estas fechas?

Vanja deslizó un papel con cuatro fechas. La primera, de cuando Patricia Andrén fue asesinada en Helsingborg; la última, del día anterior. Saurunas echó un vistazo rápido a la corta lista y luego de nuevo a Vanja y a Torkel, que estaba sentado junto a ésta.

—¿Por qué quieren saberlo?

—Son las fechas y las horas en las que sabemos que las víctimas estuvieron con el autor de los crímenes.

El hombre que había al lado de Saurunas le quitó el papel y lo ojeó un momento. Henrik Billgren, abogado de oficio. Torkel y Vanja habían coincidido con él en varias ocasiones. Un hombre tranquilo y taciturno que hacía lo mejor que podía por sus clientes, aunque sólo llevara con ellos unos minutos, pero siempre mostrando respeto por la labor policial. Cuando cuestionaba algo o se oponía, en general estaba justificado, y no era para obstruir o complicar el trabajo de las autoridades. A Vanja le caía bien, y sospechaba que a Torkel también.

—Esto son horas muy exactas —constató con su voz calmada y en la que aún se podían percibir rastros de su infancia en la provincia de Dalarna.

—Aún más fácil para que nos diga dónde estaba en cada momento —replicó Vanja.

Henrik le hizo un gesto de cabeza a Saurunas para que respondiera a la pregunta y le devolvió el papel.

—No sé de qué están hablando —dijo Saurunas con una voz llena de



preocupación y una mirada de súplica a los dos del otro lado de la mesa—. No he hecho nada. Ni siquiera sé quiénes son esas personas que ella ha mencionado. —Terminó haciendo un gesto hacia Vanja.

—Mire las fechas, por favor —le exigió Torkel.

Saurunas hizo lo que le habían ordenado. Miró la corta lista y luego alzó la cabeza.

—Fui a Kaunas a ver a mi madre el 26 de mayo, me quedé allí hasta el 5 de junio. Después estuve en casa, hice de nuevo las maletas y me fui a una cabaña en Härjedalen que me prestaron al día siguiente.

—¿Quién se la prestó?

—Mi cuñado. O mi excuñado. Ahora están divorciados.

—¿Nos puede dar su nombre y sus datos de contacto, por favor?

—Claro, ¿lo apunto aquí? —Saurunas señaló con el bolígrafo el papel de las fechas.

—No, aquí —indicó Vanja, y le pasó otra hoja vacía.

—¿Y ha regresado de Härjedalen hoy? —quiso saber Torkel mientras Saurunas escribía.

Saurunas asintió en silencio y le devolvió los dos papeles a Vanja. Torkel cogió el de los datos de contacto y, tras un breve asentimiento de cabeza hacia Vanja, se levantó y abandonó la salita.

—¿Se ha visto con alguien durante su estancia? —continuó Vanja—. ¿Tuvo visita?

Saurunas negó con la cabeza.

—Está muy apartada. No tiene electricidad. Agua de pozo. Cocina de leña. Sin cobertura. Me fui para poder estar tranquilo, pescar y pensar en mis cosas.

—¿En qué tenía que pensar? —preguntó Sebastian, que estaba en la habitación contigua estudiando el interrogatorio a través del cristal semiplateado, por lo que desde allí nadie lo podía ver.

Siempre que lo considerara necesario, podía intervenir con pequeños comentarios que Vanja recibía directamente a través de un pinganillo que llevaba en el oído derecho.

Como en ese momento.

—¿En qué pensaba? —quiso saber, y era imposible notar que el apuntador se lo había chivado.

—Hace poco tuve que dejar la Universidad Real de Tecnología, a lo mejor ya lo saben. —Saurunas miró de nuevo a Vanja, que asintió en silencio—. ¿Qué tenía que hacer ahora? Buscarme otro sitio, intentar regresar, hacer algo nuevo. Ese tipo de pensamientos.

—¿Cómo llegó hasta allí? ¿La autocaravana?

—¿Qué autocaravana?

—¿No dispone de una autocaravana?

—No, fui en mi coche. El Volvo.

—Tenemos entendido que a veces conduce una autocaravana —mintió Vanja sin reparos al mismo tiempo que simulaba que buscaba un dato entre los papeles que tenía delante, para hacerlo todo un poco más creíble.

Si Saurunas de verdad disponía de una autocaravana, era un momento idóneo para reconocerlo, para que no pudieran acusarlo de haber mentido en una conversación posterior. Confirmar lo que la policía ya sabía y rechazar todo lo demás era la mejor manera de superar un interrogatorio. Si Christian Saurunas era Sven Catón, seguro que era lo bastante inteligente como para saberlo.

Pero una enérgica negación con la cabeza le dijo a Vanja que el hombre del otro lado de la mesa no pensaba morder el anzuelo de su pequeña mentira.

—No.

—¿Seguro?

—Creo que mi cliente sabe si a veces conduce o no una autocaravana —interrumpió Billgren con modestia—. Quizá podamos dejarlo y continuar.

Vanja asintió con la cabeza. Lo había intentado pero no lo había conseguido. Sebastian permanecía en silencio en su oído, por lo que siguió con el plan establecido.

—¿Hay alguien que pueda corroborar que estaba en Härjedalen?

Saurunas negó de nuevo en silencio y suspiró hondo cuando comprendió cómo iba a sonar.

—Está muy aislada. Aparcas el coche y tienes que seguir a pie casi diez kilómetros en la naturaleza.

Vanja se limitó a asentir e hizo una anotación.

Qué apropiado.

Que se hubiera pasado un mes en el sitio más recóndito del planeta mientras se cometían cuatro asesinatos.

—Llevaba conmigo todo lo que iba a necesitar para esas cuatro semanas —añadió Saurunas como si previera cuál sería la siguiente pregunta de Vanja—. Y también contaba con pescar algo, claro.

Probó suerte con una sonrisita discreta que Vanja no le correspondió.

La puerta de la salita amueblada de forma sobria se abrió y Torkel asomó la cabeza. Vanja se volvió, y un pequeño gesto de él hacia el pasillo le indicó que tenía que hablar con ella.

—Haremos una pausa —dijo, se inclinó hacia delante y apagó la grabadora. Se levantó y dejó a los dos hombres solos a la mesa.

Sebastian salió de su salita y se unió a Torkel y a Vanja en el pasillo.

—El cuñado confirma que Saurunas fue a pedirle la llave de la cabaña la mañana del 6 de junio y que llevaba el coche cargado —los informó Torkel mientras caminaban hacia la oficina.

—¿Qué te ha dicho de la autocaravana?

—Saurunas no tiene acceso a ninguna, que él sepa.

Vanja suspiró hondo. Un cansancio inundó enseguida su cuerpo.

La concentración, la adrenalina, la caza.

La habían subido de revoluciones, haciéndola apartar todo lo demás en favor del trabajo, tanto el cansancio físico como el agotamiento psíquico.

Ahora volvían a hacerse notar.

¿Se verían obligados a echar marcha atrás y empezar de nuevo? ¿Qué tenían, entonces?

Nada, a decir verdad. Tendrían que ampliar la búsqueda a quienes hubieran tenido a Olivia Johnson de alumna. No sólo a los tutores, sino a todos los profesores que había tenido en alguna asignatura en la URT. O, peor aún, podría ser Billy quien estuviera errando, que fuera alguien que la hubiese tenido de alumna mucho tiempo atrás y que luego la hubiese estado siguiendo a lo largo de los años. Una tarea casi imposible. Ninguna evidencia científica, ningún ADN ni huellas dactilares. Con un poco de suerte, Ursula y

el equipo técnico habrían encontrado algo en casa de Saurunas. Si no...

—Llamaré a Ursula —dijo, y sacó el teléfono.

Sebastian y Torkel continuaron hasta el sitio de Billy.

—¿Tienes algo? —quiso saber Torkel cuando llegaron a su lado.

—Sólo tengo el móvil, el ordenador que tenía Saurunas en casa viene de camino.

—¿Algo interesante en el teléfono?

Billy abrió un documento en el ordenador y se inclinó ligeramente hacia la pantalla.

—La última llamada la hizo Saurunas el 6 de junio por la mañana.

—¿A quién?

—Un tal... David Lagergren, en Solna.

—Su cuñado. ¿Ninguna otra llamada después de eso?

—No.

—¿Puede haberlas borrado? —intervino Sebastian.

—Sí, claro que podría, pero he mirado cómo se ha conectado a las antenas y se ha desplazado al norte hacia Härjedalen antes de desaparecer.

—O sea, que no fue él quien llamó a Weber desde la autocaravana.

—En todo caso, no desde este teléfono.

Torkel maldijo entre dientes.

—Y tiene fotos tomadas después del 6 de junio. Varias.

Billy movió el ratón y abrió otra carpeta. Varias fotos se agolparon en la pantalla. Billy la giró un poco hacia Torkel, quien se acercó. Una imagen de una cabañita aislada, una de un desayuno servido en una mesa que había delante de una ventana con vistas a colinas manchadas de nieve. Pero la mayoría parecían sacadas desde torrentes de agua con enormes extensiones de turbera que se prolongaban hasta alcanzar unas majestuosas montañas al fondo. Muchas fotos de peces. En la orilla del río o sobre un tocón. La mayoría eran peces bastante grandes, moteados, con el vientre amarillo verdoso. Torkel diría que se trataba de alguna especie de trucha. El otro tipo de pez que aparecía repetidas veces en las fotos era un poco menor, con una gran aleta dorsal, pero que Torkel desconocía por completo.

Una hoguera de campamento.

Una taza de café humeante.

Un pescado recién asado en papel de aluminio.

Torkel se descubrió a sí mismo sintiendo añoranza combinada con una punzada de envidia hacia Saurunas. Él también quería plantarse con el agua por los muslos y pescar en el silencio de las tierras salvajes. No había cogido la caña ni una sola vez desde que era adulto, aunque eso no era lo importante. Era la sensación que transmitían las imágenes. La calma. La posibilidad de la contemplación. Solo con la naturaleza y tus pensamientos.

—Ésta... —continuó Billy, y amplió una de las fotos hasta que cubrió toda la pantalla—. Ésta se hizo cuando nuestro hombre estaba comiendo con Petrovic en Ulricehamn.

Señaló la fecha y la hora, que aparecían en la esquina inferior derecha de la foto. Torkel notó que su humor se derrumbaba al verla. Era una de las pocas imágenes tipo *selfie*. Saurunas sonreía, con abrigo, gorro en la cabeza y barba un poco más rala, le sonreía a la cámara con el agua a su espalda, y unos cientos de metros más atrás, al otro lado, se podían distinguir dos alces cruzando la turbera.

—¿Puede haber manipulado la fecha y la hora? —probó suerte Torkel, pero estaba bastante seguro de que se estaba cogiendo a un clavo ardiendo.

—Poco probable —fue, en efecto, la respuesta.

Por si eso no hiciera ya mella suficiente en los ánimos, Vanja se les acercó y, tan sólo con mirarla, Torkel ya pudo decir que Ursula no había encontrado nada que reforzara las sospechas contra Saurunas.

—En el piso no hay nada que haga referencia a las víctimas ni a que él sea Catón —confirmó Vanja en cuanto llegó junto a ellos.

Se hizo un breve silencio. Todos pensaban lo mismo, pero fue Billy quien lo dijo en voz alta.

—Entonces ¿lo soltamos?

Torkel se limitó a asentir en silencio, no había mucho más que pudieran hacer. Claro, podían retenerlo 72 horas, pero Billgren cuestionaría, y con toda la razón, el porqué, y ningún fiscal querría dictaminar prisión provisional. Las bases para hacerlo no eran sólo inconsistentes, sino además inexistentes.

—Dejadme unos minutos con él —dijo Sebastian rompiendo el silencio.

Y, antes de que nadie hubiese podido reaccionar, se alejó a paso ligero y decidido en dirección a la sala de interrogatorios.

—Hola, Sebastian Bergman —saludó después de cerrar la puerta tras de sí.

Luego dio los pocos pasos que lo separaban de la mesa de la sala de interrogatorios. Saurunas y su representante jurídico alzaron la mirada como si estuvieran esperando un estrechar de manos que no llegó.

—¿Qué te pareció quedarte sin trabajo? —quiso saber Sebastian sin tomar asiento.

—¿Quién eres? —preguntó Henrik Billgren con cierta dureza en el tono antes de que Saurunas pudiera responder a la pregunta.

—Ya lo he dicho, Sebastian Bergman. Trabajo aquí. Psicólogo criminal, si los títulos son algo importante para ti. ¿Puedo proceder?

Sebastian le lanzó al abogado una mirada de hastío con la que esperaba dejarle claro que, cuanto menos oyera de su boca de ahí en adelante, mejor. Billgren no dio muestras de si se había enterado o no de lo que había entre líneas. Tan sólo asintió en silencio con la cabeza.

—¿Qué te pareció quedarte sin trabajo? —repitió Sebastian, aún de pie delante de Saurunas.

—¿Que qué me pareció?

—Sí.

—¿Tú qué crees que me pareció? Me... enfadé, me puse triste, me desesperé. Llevaba más de quince años trabajando allí.

—¿Pensaste que deberían quedarse sin trabajo los demás en lugar de tú? ¿Compañeros menos inteligentes, más zopencos?

—El mundo universitario no funciona bien bien así, cada uno financia su propia investigación...

—A ver así: ¿consideras que había otros que se merecían su financiación menos que tú?

A Saurunas le asomó una arruga pensativa en la frente, bajó la cabeza, parecía reflexionar como si ni él mismo se hubiese preguntado nunca aquello. Al final asintió con la cabeza para sí y volvió a mirar a Sebastian.

—Supongo que sí —confirmó—. No sé si son menos inteligentes, pero conozco a otros cuyas investigaciones se podrían cuestionar y que están más anticuadas que la mía, pero... —Se encogió de hombros en un gesto de rendición—. ¿Qué podía hacer?

—¿Adónde lleva esto exactamente? —intervino Billgren.

Sebastian lo ignoró por completo y pasó al lado de Saurunas hasta situarse justo por detrás de él.

—¿Qué sentiste cuando Olivia Johnson consiguió la beca?

Saurunas se retorció en la silla para poder seguir viendo a Sebastian, que se había colocado delante de la ventana escarchada, como si pudiera percibir algo a través de ella.

—Orgullo. Era justo. Era muy buena alumna.

—¿Opinas que se le prestó la debida atención?

—¿Eh? ¿A qué te refieres?

—¿La prensa habló de ello? ¿La entrevistaron? ¿Fue noticia?

—No, claro que no. —Saurunas parecía francamente sorprendido por la pregunta—. La publicación interna de la URT escribió sobre ello. La Fundación Suecia-Estados Unidos lo publicó en su página web. Creo que en *Svenska* también salió una noticia, pero eso fue todo.

—Eso fue todo —repitió Sebastian, y se quedó callado.

Mantuvo la mirada fija en el cristal translúcido. Los segundos iban avanzando. Saurunas comenzó a moverse en su silla y se volvió hacia Billgren con expresión de no entender nada. Sebastian siguió en su sitio. El silencio se hizo más largo.

—Repito: ¿adónde lleva esto? —preguntó Billgren después de que ninguno de los presentes hubiese dicho nada en treinta segundos.

Sebastian no contestó, pero se alejó de la ventana, pasó junto a la mesa y los dos hombres y retiró la silla en la que Vanja había estado sentada un rato antes. Se dejó caer en ella y se cruzó con la mirada interrogante de Saurunas. Aún en silencio.

—A ver, Catón... —comenzó Sebastian, y volvió a callar. Ninguna reacción aparente en el hombre del otro lado de la mesa, sólo la espera expectante de una continuación—. ¿De qué color tiene el pecho un carbonero

común?

—Amarillo —le salió a Saurunas de buenas a primeras sin que tuviera que pensarlo. Hasta que no hubo contestado, Sebastian no vio en su cara que no comprendía a qué venía esa pregunta.

Sebastian decidió pasar al ataque, apostar todo a una carta. Comenzó a aplaudir despacio al mismo tiempo que se inclinaba por encima de la mesa.

—Muy bien. Pero es una muestra de una imagen anticuada del conocimiento. —Sebastian alzó la voz, se hizo más impertinente, ofensivo—. ¿Para qué tiene que tener la gente eso en la cabeza cuando pueden consultarlo en cualquier momento, en cualquier sitio, a través de Google?

Saurunas se volvió hacia Billgren, a su lado derecho. Sebastian golpeó la mesa con la mano para recuperar su atención.

—Estas personas jóvenes lo han entendido. Han pillado lo que hace falta para alcanzar el éxito, para despertar admiración, ganar dinero. Hoy en día no tiene nada que ver con empollarse la enciclopedia. Ellos se han vuelto famosos, populares y ricos mientras tú te has estado partiendo la espalda en una universidad llena de polvo que ni siquiera te quiere y te has amargado porque no has conseguido la atención que te mereces. Así, ¿quién es más listo en realidad?

—Sigo sin entender adónde nos lleva...

—Cierra el pico —cortó Sebastian al abogado—. Sólo estoy soltando un pequeño monólogo, nada por lo que tu cliente deba sentirse humillado.

Rodeó de nuevo la mesa, despacio, para hablarle a Saurunas desde atrás.

—¿Sabes qué eres? Eres un dinosaurio que está mirando el cometa y se piensa que lo puede detener.

—No sé qué quieres que te responda a todo esto —dijo Saurunas con cuidado cuando comprendió que Sebastian había terminado.

Sebastian se desperezó. Volvió a dar la vuelta a la mesa sin mirar a los dos hombres, que, probablemente, estaban tratando de entender lo acababan de vivir. Estaba bastante seguro de que el hombre que se hacía llamar Sven Catón o Catón *el Viejo* habría reaccionado cuando él había usado su alias, que habría preguntado por qué Sebastian lo llamaba así, que habría intentado distanciarse del nombre, hacer como si nunca lo hubiera oído.



También estaba convencido de que el sujeto que en un breve lapso de tiempo había matado a cuatro personas y que había querido difundir una especie de manifiesto a través de la prensa vespertina no se habría quedado sentado aguantando insultos como que era tonto, que sus víctimas eran más inteligentes que él. La sensación de superioridad y el sentimiento de justicia eran fuertes en el individuo que buscaban. Si una persona como Sebastian no entendía su grandiosidad, no podría resistirse a llamarle la atención. El hombre que buscaban era muy inteligente, pero no podría controlar sus sentimientos como estaba haciendo el que había sentado a la mesa.

Sebastian lanzó un vistazo al espejo. Estaba bastante seguro de que Vanja se hallaba en la habitación contigua. Quizá Torkel también. Se acercó algunos pasos y les dedicó una mirada a quienes fuera que hubiera al otro lado que decía «no creo que sea él».

Estaba bastante convencido de que estarían de acuerdo con él.

Por fin.

Las primeras señales del despertar.

La entrevista con Axel Weber estaba colgada en internet en su totalidad, pero, como no se podían hacer comentarios a los artículos de *expressen.se*, no podía ver las reacciones a éste. Tuvo que entrar en la web de *Aftonbladet*, que había cortado y pegado fragmentos de la competencia y había publicado un artículo casi idéntico. Con la excepción de que sí permitía escribir bajo el texto lo que uno pensaba.

Con una mano temblorosa, el hombre que no se llamaba Catón comenzó a bajar por la lista de comentarios. Ciento ochenta y ocho cuando abrió la página. Al principio, la mayoría eran variaciones de «qué puto enfermo mental» y «esta persona quién se cree que es», pero luego apareció el primero que no defendía sus actos, por supuesto, pero que aun así opinaba que el autor estaba metiendo el dedo en la llaga. Algunos hachazos furiosos contra quien lo había dicho y luego el siguiente que también condenaba las muertes y la violencia, pero que a su vez consideraba que se debería poder debatir sobre la superficialidad y a quién convertíamos en famosos hoy por hoy. Algunos en contra, otros tantos a favor. Después de otro par de condenaciones categóricas, llegó el siguiente comentario que, de forma escueta y concisa, concluía:

«Joder, pero si tiene razón.»

Después de ése, había más comentarios de gente que por lo visto coincidía con lo que él había dicho, que reaccionaba, y al final estaban casi al cincuenta por ciento los que lo declaraban subnormal profundo y lo censuraban y los que opinaban que en verdad tenía algo sensato que decir.

Abrió una nueva pestaña, escribió la dirección del foro Flashback y buscó el apartado Cotilleos sobre famosos. Allí había un hilo sobre Patricia Andrén y otro para Mirre Petrovic, pero en ambos se hacía referencia al Asesino de los realities bajo el título de delitos y crímenes actuales.

Ese hilo ya tenía más de mil cuatrocientas entradas.

Comenzó a ojearlo. Desde el principio, la mayor parte hablaba de qué motivos podría haber para cometer esos crímenes y qué tipo de persona podía hacer algo así. Después de un centenar de variantes sobre el tema, mezcladas con cotilleos y especulaciones sobre su identidad, llegó uno que en una breve entrada había dicho:

«¿Soy yo o asesina sólo a personas rematadamente imbéciles?»

Esa entrada había recibido un montón de respuestas, y enseguida comenzaron a salir listas y sugerencias de otros llamados famosos de los que el Asesino de los Realities debería ocuparse, ya de paso.

Después habían publicado la entrevista del *Expressen* y la cosa había explotado. Entre diagnósticos de psicólogos *amateurs* y apuestas salvajes acerca de quién podría tratarse, todo había terminado derivando en una discusión relativamente sensata sobre lo que él había pretendido señalar todo el tiempo.

El desprecio al conocimiento. La glorificación de la idiotez. La estupidez como factor de éxito.

Ahora era Flashback, así que no se podía decir que era una sección transversal de la población la que se estaba pronunciando, lejos de eso, pero la voz estaba corriendo.

La discusión estaba en marcha. Esperaba que en los días siguientes publicaran algo en algún editorial o en alguna sección de cultura.

Estaba creciendo.

Su voz estaba llegando.

Ahora no podía parar.

Ya había comenzado a mirar a algunas víctimas potenciales. Había estado siguiendo a los participantes de *realities*, blogueros y famosos de segunda que con sus declaraciones más o menos desesperadas trataban de prolongar su tiempo en el candelero unos minutos más.

Ahora él era más grande que eso.

Más importante.

La muerte de Claes Wallgren y la entrevista con Axel Weber eran pasos en la correcta dirección. Avanzaba sus posiciones. No podía volver atrás. Si quería aprovechar la oportunidad de despertar a la población de su letargo tenía que apostar más alto, hallar a los responsables de la corrupción intelectual que proseguía y hacer que asumieran su parte de culpa. Dos nombres en su lista relativamente extensa eran más interesantes que los demás, le parecía a él.

Su pensamiento se vio interrumpido por el timbre de la puerta. Un vistazo rápido al reloj. No esperaba visita. También cabía decir que no la esperaba casi nunca en los últimos tiempos. Laura era la que se había encargado de que tuvieran vida social. Gran parte de eso desapareció con ella.

Se levantó y se dirigió a la puerta, preparó una retahíla de frases disuasorias por si resultaba ser un vendedor o un predicador de alguna de las iglesias de ahí fuera.

No lo era.

Una cara conocida aguardaba al otro lado de la puerta.

—Hola, siento venir tan tarde, no te imaginas lo que me ha pasado.

—Pasa, cuéntamelo —dijo el hombre que no se llamaba Catón, haciéndose a un lado y dejando entrar a Christian Saurunas.

En realidad, Vanja se había decidido.

La conversación con Jonathan había sido un gran error.

Comprensible, pero aun así había límites para lo desesperada que te podías permitir estar.

Susanna había vuelto.

Todo exactamente igual que la última vez.

El tiempo había permanecido quieto.

En verdad era de lo más lógico que Jonathan hubiese vuelto con ella. Necesitaba a alguien. Siempre lo había hecho, estaba programado para ello. Lo extraño no era el comportamiento de Jonathan, sino el de ella misma, que por un instante hubiese estado dispuesta a meter otra vez la mano en el avispero.

A lo mejor Jonathan no era lo bastante fuerte, pero ella tenía que serlo. Era el rol que siempre había tenido y volvería a adoptarlo. Era fuerte. Lo sabía. Y tomaba decisiones sensatas. Como la de no ponerse otra vez en contacto con él.

Y, entonces, él la había llamado.

Como una prueba enviada por poderes supremos. Quería que cenaran juntos, y la rectitud de Vanja resultó ser frágil como una capa de nieve helada: a la más leve presión cedía bajo sus pies.

Quedaron en verse al cabo de una hora.

Vanja colgó y se quedó un momento mirando al vacío. A su alrededor la gente se movía por la oficina, terminaba la jornada laboral. Dentro de ella

había todavía más jaleo. Se obligó a sí misma a trabajar un rato más, tenía dónde aferrarse. Un poco más de coordinación que hacer con Ulricehamn y Helsingborg, y luego Torkel quería por escrito el interrogatorio con Saurunas. Vanja no tenía nada en contra de hacerlo, al contrario, la tarea de transcribir era como poner en orden sus propias anotaciones mentales.

Cuando le faltaban quince minutos para irse sintió que había cumplido lo suficiente y que podía marcharse de la oficina sin remordimientos. Se escapó al baño y se puso una capa de maquillaje discreto pero efectivo. Hacía mucho que no se maquillaba para una cita. Se cruzó con su mirada en el espejo.

¿Qué estaba haciendo?

Toda la idea de buscarse una nueva vida, una vida propia, se basaba en que fuera menos complicada, más simple que la anterior. Ahora se estaba maquillando para verse con un exnovio que se había vuelto a juntar con su exnovia. Pero sentía que no tenía elección. Llevaba toda la vida pensando, sopesando y analizando. Ahora tenía que seguir sus emociones. Por muy mal que a una parte de ella le pareciera.

Habían quedado delante del cine multisala Filmstaden. Jonathan seguía trabajando de informático en Coldoc, un distribuidor de fibra óptica con oficina central en Gärdet, y la plaza Hötorget les quedaba cerca a los dos. Además, allí era donde habían quedado para su primera cita, tiempo atrás, y el simbolismo no le pasó desapercibido a Vanja. Cogió la línea azul en Rådhuset, sólo una parada hasta T-centralen, y luego un corto paseo desde allí. Aunque se podía oler la lluvia en el aire, estaba disfrutando de la tarde, y con el paseo consiguió deshacerse de la mayor parte de la decepción de haber tenido que soltar a Saurunas.

Jonathan la estaba esperando en el mismo sitio en el que había estado la vez anterior. Ella se detuvo, lo observó un rato. Seguía casi igual. Pelo un poco más corto, y había subido algún kilo, pero continuaba siendo muy atractivo. Alto y atlético, con ese pelo grueso y castaño por el que a ella le había encantado pasar los dedos.

Las relaciones sexuales nunca les habían supuesto ningún problema, ella

siempre se había podido poner caliente con él, incluso cuando comenzaron a distanciarse. Hacia el final era otra cosa lo que echaban en falta. Profundidad, lo había definido ella en su momento. Una unión en la que se atrevieran a ser sinceros de verdad. Él tenía la tendencia de volverse sumiso y en general no se atrevía a meterse en esas situaciones que a corto plazo tensaban la relación, pero que a largo plazo fortalecían el vínculo.

Él era demasiado bueno, simplemente.

Lo cual, después de la montaña rusa del último año, le resultaba a Vanja de lo más atractivo.

Necesitaba a alguien que fuera bueno.

A Jonathan se le iluminó la cara cuando la vio, y la saludó alegre. Ella aceleró el paso y lo rodeó con los brazos cuando se encontraron. El cuerpo de Jonathan emanaba calor y olía bien.

—Hola, Jonathan —dijo sin soltarlo—. Qué alegría verte.

—Yo también me alegro —respondió él.

—Se te ve bien —añadió ella, de corazón.

—Gracias, a ti también.

Callaron un momento y se miraron el uno al otro.

—¿Dónde tienes pensado cenar? —rompió Vanja el silencio antes de que se volviera extraño.

—No lo sé.

—¿No has reservado en ningún sitio?

Él negó con la cabeza y pareció avergonzarse.

—Es que no sabía si ibas a venir. Ya sabes. Si ibas a cambiar de idea en el último momento.

Jonathan la conocía bien. No había duda. Pero ahora estaba aquí y cogió, como de costumbre, las riendas.

—¿Vamos al Kol & Kox? ¿O se te hace raro? —preguntó.

El Kol & Kox era un restaurante italiano a un tiro de piedra de allí, y donde habían comido en su primera cita. Jonathan negó con la cabeza y sonrió.

—Perfecto. Hace tiempo que no voy. Siempre hace gracia hurgar un poco en el baúl de los recuerdos —dijo.

Comenzaron a caminar. Aún había movimiento abundante en los puestos de fruta y verdura, y avanzaron esquivando a los ruidosos vendedores que competían unos con otros por ofrecer el mejor precio para deshacerse de todo el género posible antes de terminar la jornada. Vanja caminaba cerca de él, pero decidió dejarle más que claro que lo había echado de menos. Se aferró a su brazo y, para alegría suya, pudo intuir una pequeña sonrisa en los labios de Jonathan.

Comieron sendos platos de pasta con setas y solomillo de buey. Jonathan propuso partirse una botella de tinto, pero Vanja se abstuvo. La velada podía terminar con ellos dos juntos, pero también podía ser que tuviera que volver al trabajo, en cuyo caso no debería haber bebido.

La conversación no tardó en girar en torno a lo que le había pasado a Vanja. En realidad ésa era la razón por la que habían quedado y el interés que mostraba Jonathan parecía sincero. Vanja intentó no dejarse nada. Incluso contó cómo Anna le había enseñado una lápida en un cementerio asegurando que el hombre que yacía allí enterrado era su padre. Pero se guardó lo mejor para el final, aquello que todo el montaje había pretendido ocultar. Que Sebastian Bergman era su padre biológico. El interés franco de Jonathan se había tornado estupefacción.

—Madre mía, ¿no se acaba nunca? —preguntó cuando ella hubo terminado de contarle la historia.

Vanja se encogió de hombros, rendida. No sabía. No se lo parecía.

—Y encima, tu padre..., Valdemar —se corrigió—. ¿Valdemar intenta suicidarse? No sé cómo lo aguantas —continuó, y la miró con compasión.

—Ha sido muy duro —indicó. Era una forma suave de decirlo, pero él lo entendía. Vanja se inclinó para acercarse—. Por eso te llamé. Necesitaba a alguien —dijo en voz baja.

—Gracias. Todo un gesto —respondió él con una sonrisa.

Se hizo silencio. Él la contempló con una mirada que Vanja no supo interpretar. Aquello la molestó. Solía dársele bien leerle la cara a Jonathan.

—Me alegro de que me llamas, pero esto es difícil para mí —soltó al



final.

Los hombres de la mesa vecina se levantaron y comenzaron a ponerse los abrigos. Por alguna razón, tanto ella como Jonathan los miraron. Quizá fuera su movimiento repentino lo que había captado su atención. Quizá el ruido de las sillas contra el suelo. La fuerte risotada que uno de los dos había soltado. Fuera lo que fuera, Vanja sintió que el leve hechizo que había experimentado se había roto.

En verdad, él no era suyo.

Ella no era en absoluto de él.

Habían tenido una relación, pero de eso ya hacía tiempo. En realidad, no eran amigos. Habían sido mucho más. Pero ya no. Lo que eran ahora no lo sabía ninguno de los dos.

—Necesitas algo, Vanja. Pero no sé si yo te lo puedo dar.

Vanja asintió despacio con la cabeza, le dolía que él ni siquiera intentara descubrir adónde podrían llegar.

Ella alzó su copa y dio un último trago. Alargó el instante. Los hombres acababan de salir por la puerta. Pronto ellos también desaparecerían por el mismo camino. ¿Cómo recordaría esto? ¿Dónde se metería después de que se hubieran dado las gracias por la cena y él hubiera dicho que había sido un auténtico placer volver a verla? Ella regresaría a Homicidios, al trabajo que antes amaba y que era su única razón de vivir.

Vanja acarició con suavidad el anverso de la mano de Jonathan.

—Te he echado de menos —admitió, y le cogió dos dedos. Los apretó.

Él la observó largo y tendido. Al final respondió.

—¿Sí? ¿De verdad? ¿O sólo necesitas a alguien porque has pasado una época jodida? —preguntó, y apartó con tranquilidad su mano de la mesa.

—Te he echado de menos —contestó Vanja tan deprisa y convincente que ni siquiera ella misma tuvo tiempo de plantearse si era cierto o no—. Habría querido esto independientemente de lo que ha pasado —continuó, con un poco de suerte igual de convincente.

—Vuelvo a estar con Susanna.

—Pero estás aquí sentado.

—Sí, aunque a lo mejor no me siento muy orgulloso de ello —señaló él y

la miró con gravedad en los ojos al mismo tiempo que se inclinaba hacia delante—. Sabes que estoy interesado. Si no, no estaría aquí —añadió con sinceridad—. Pero no estoy seguro de que tú quieras esto, en realidad. A lo mejor sólo soy alguien a quien necesitas ahora, un rato. No puedo con ello. Otra vez no... —soltó, y guardó silencio.

—Lo entiendo —siguió ella en tono cariñoso, y volvió a acariciarle la mano. Esta vez él no la retiró.

—No, no lo haces.

Jonathan la contempló, sus ojos castaños llenos de sentimientos que ya no podía retener. Bajó la mirada. Vanja no había contado con eso. ¿Tanto daño le había hecho?

—Para mí también fue difícil —dijo ella, y le apretó un poco la mano.

—No como para mí.

Ella sabía que él tenía razón. Sintió vergüenza. Ella no había tenido ningún problema para seguir adelante.

Era él quien había llamado.

Quien había llorado.

Quien la había necesitado.

Ella había sido la fuerte. La que lo había apartado de su vida.

—Tú sabes que puedes recuperarme, Vanja —añadió Jonathan, y ella supo que era cierto—. Pero no puedo ser alguien que te resuelva una emergencia. Tiene que ser de verdad. Y no creo que esto lo sea.

Vanja no sabía qué contestar. Lo necesitaba ahora. Pero al mes siguiente podría ser distinto. La semana siguiente. Estaba haciendo esto por ella misma, no porque lo amara a él.

Pero esa idea no era la más dura de aceptar. Lo que la asustaba era comprender que ella misma se recordaba a la persona más egoísta que conocía. Alguien que siempre se ponía a sí mismo y sus necesidades en primer lugar. Alguien que dejaba que su propio deseo dirigiera cada interacción y encuentro, sobre todo con el sexo opuesto.

Sebastian Bergman.

Era la niña de papá.

Había trabajo que hacer, se dijo a sí mismo.

Por eso seguía allí cuando la mayoría ya se había marchado a casa.

Había cosas que hacer.

No tenía nada que ver con que My lo hubiera llamado al mediodía. Echándolo de menos y con ganas de verlo cuanto antes mejor. Diciéndole cuándo aterrizaba.

¿Podía ir a buscarla?

Billy se había demorado en responder. No era que no quisiera, él también la echaba de menos, pero... El caso. Complicado. Esta vez, la cosa era pública, cuando menos. No sabían por dónde agarrarlo y lo poco que tenían estaba casi todo en su mesa.

Cámaras de vigilancia. Listas de llamadas. Ese tipo de cosa... Trabajo para él.

—¿Y a qué hora crees que vas a acabar?

La decepción en su voz no había pasado desapercibida.

—No lo sé. Tarde.

—Podemos cenar juntos, por lo menos. —No había sido tanto una pregunta como una orden directa—. Llevamos casi una semana sin vernos.

Billy había respirado hondo. Cerrado los ojos. No había ninguna manera buena de decirlo, sólo un puñado de formas más o menos malas. Había elegido una de ellas.

—Lo sé, pero no creo que pueda. Tengo mil cosas que hacer aquí...

Silencio como única respuesta.

—Quizá sea mejor que quedemos directamente mañana a primera hora —le había dicho para concluir—. Diré que llego más tarde, y así... nos vemos.

Después de colgar no había podido quitarse la sensación de que My había sospechado algo. Que había algo que no se habían dicho, pero podía tratarse perfectamente de la mezcla de desconcierto, remordimientos y sentimiento de culpa que tomaban parte en el asunto.

Se quitó el ruido de la cabeza con ayuda del trabajo.

Había cosas que hacer. Al menos eso no era mentira.

Le habían llegado las listas de llamadas de todas las víctimas, excepto las

de Claes Wallgren. Las había pedido, pero hasta ahora no las había recibido.

Sabían de forma bastante exacta cuándo se había puesto en contacto el autor de los crímenes con dos de sus víctimas, por lo que empezó con Patricia. La entrada sobre la reunión a la hora de comer y la inminente entrevista se había publicado el 8 de junio a las 13.24 en su página de Facebook.

Billy miró la lista de llamadas entrantes y salientes de su móvil.

Trece minutos antes, a las 13.11, había recibido una llamada de un número que resultaba ser de tarjeta de prepago. La conversación había durado ocho minutos. Cinco minutos después, Patricia había publicado la entrada en Facebook hablando de ello.

Luego comprobó la lista de Ebba. Ella aseguraba que había recibido la llamada el lunes después de haber ganado los Summer Blog Awards. Una rápida búsqueda en Google le dio a Billy la fecha de la gala y, en efecto, había una llamada de un número de prepago el lunes al mediodía, después de la entrega de premios.

Mirre Petrovic le exigió un poco más de labor de detective. No sabía con exactitud cuándo había recibido su llamada, pero alguien lo había llamado desde un tercer número de prepago dos días antes de que lo invitaran a su última comida en el hotel Kurhotellet. Ésta también duró poco más de cinco minutos. Acuerdos rápidos.

Probablemente, cedían con facilidad ante la oferta de un poco de publicidad.

Por desgracia, Billy no pasó de ahí con los teléfonos. La pequeña esperanza que había albergado de que el asesino, que según Sebastian era un varón del mundo académico y un tanto mayor, pudiera ser descuidado en cuestiones de electrónica y a la hora de dejar algún rastro digital se había visto frustrada. Era un hombre que no dejaba nada a la suerte de la providencia.

Billy esperaba tener más suerte con la autocaravana.

Aquí sabía con exactitud lo que estaba buscando.

Modelo, año y número de matrícula.

Lo tenía todo. Excepto una foto de quien la conducía.

Por lo que sabían, el asesino se había movido por la zona de Estocolmo después del secuestro de Sara y Ebba Johansson. Billy tenía las imágenes de todos los peajes a su disposición. En el mejor de los casos, darían con una foto frontal en la que pudieran ver al conductor, pero por el momento ni siquiera había encontrado el vehículo.

Una hora más tarde tachó otro peaje de la lista.

Cuatro comprobados. Faltaban catorce.

Se reclinó en la silla y se desperezó estirando los brazos por encima de la cabeza. Pensó en ir a buscar otra taza de café, pero se dijo que, ya que iba al comedor, sería mejor coger algo de comer.

Con el rabillo del ojo vio un movimiento en la desangelada oficina. Vanja había vuelto. Lo divisó sentado en su sitio y se acercó a él. Billy se inclinó hacia delante y apagó A\$AP Rocky, que estaba sonando en Spotify.

—¿No tenías una cita? —le preguntó Billy cuando vio que ella cogía una silla de la mesa contigua y se sentaba junto a él.

—Se ha acabado.

—Muy pronto —dijo Billy mirando la hora.

—Sí. Y tú, ¿qué haces aquí? —inquirió Vanja, alejando la conversación de otros posibles detalles de la cena con Jonathan.

—Tengo trabajo que hacer.

Billy hizo un gesto hacia el escritorio y las pantallas que tenía delante, que esperaba que sirvieran para describir su carga laboral.

—¿Necesitas ayuda? —quiso saber Vanja, y se quitó la chaqueta.

La noche se había ido al traste, de todos modos. No tenía ningunas ganas de volver a su piso vacío, que no dejaba de recordarle a Valdemar.

—Estoy buscando la autocaravana en los peajes, puedes cogerte un par si quieres.

Vanja asintió con la cabeza y Billy se entretuvo un par de minutos en conectar un nuevo ordenador a una de las pantallas, le dio acceso al servidor y pronto estuvieron codo con codo mirando colas infinitas de coches que entraban y salían de Estocolmo. Vanja se descubrió a sí misma sintiéndose a gusto. Era como en los viejos tiempos, antes de que todo se colapsara, antes de que las sombras se cernieran. Cuando Billy y ella habían hecho piña en el

trabajo, cuando habían sido un equipo y buenos amigos. Más que eso. Casi como hermanos, a decir verdad. Antes de la grieta, de toda la desavenencia y My, a quien Vanja sólo había conocido fugazmente en la boda, pero a quien no conseguía cogerle simpatía del todo.

—My ha vuelto esta tarde —dijo Billy de pronto, como si supiera en qué estaba pensando Vanja.

—¿Dónde ha estado?

—En casa de sus padres, en la provincia de Dalarna.

—¿Y qué haces aquí? —preguntó Vanja.

Las pocas parejas que conocía se habían vuelto inseparables durante los primeros meses después de casarse. La sensación que había tenido en el coche de camino a Helsingborg volvió a surgir. Que en la pareja Rosén no todo iba como debía.

Billy guardó silencio. Miró la pantalla, concentrado. Pensativo.

¿Por qué había dicho que My había regresado?

Había algo en la situación. Él y Vanja. Lado a lado. Una vez, ella había sido la persona a quien él se lo había podido contar todo. Todo. Vanja lo conocía mejor que My, que Jennifer —aunque ésta supiera otras cosas—, mejor que nadie. Sólo tenía que aceptarlo, que todo lo que había pasado estaba a punto de derrumbar a Billy. Tantos secretos y mentiras. Cuando no trabajaba, los sucesos de las últimas semanas se reproducían en su cabeza como una película. Sin parar. Las veinticuatro horas. Quizá compartirlo con alguien le ayudaría a gestionarlo mejor.

—Le soy infiel —dijo en voz baja y sin apartar los ojos de la pantalla que tenía delante.

—Pero si no lleváis casados ni un mes. —Asombro sincero. Fuera lo que fuera lo que se había esperado, no era aquello, entendió Billy.

—Lo sé.

—¿Con quién?

—¿Acaso importa?

—Supongo que no. ¿Por qué?

Sí, ¿por qué? Porque funcionaba. La sensación de dominancia, poder y control vinculado a un intenso placer sexual había resultado apaciguar la

oscura necesidad que yacía como una serpiente hambrienta en su estómago.

La había vuelto manejable.

Más aún: le había quitado importancia.

La experiencia con Jennifer había sido una de las más intensas que había vivido jamás. Más potente y mejor que las que había tenido al matar a los animales, ya que se había completado de inmediato con placer sexual. A las que nunca se había acercado. Después no le rondó ningún pensamiento de hacerle daño a alguien. La serpiente se había visto saciada. Él se había sentido tranquilo, en paz. Todo su interior estaba en equilibrio como no lo había estado en mucho tiempo.

Todo eso lo sabía, nada de eso podía contarle.

—Es complicado —se limitó a comentar, lo cual tampoco era del todo mentira.

—Sabes que eso te convierte un poco en un gilipollas, ¿verdad?

—Sí.

Le daba igual. No estaba buscando su simpatía. En cualquier caso, se sentía mejor después de haberlo dicho.

El ordenador de Billy tintineó y él se inclinó con nuevo interés. Un clic con el ratón y se abrió una ventana nueva.

—Hay que joderse.

—¿Qué pasa? —preguntó Vanja, claramente atraída por el repentino interés de su compañero.

—Estoy rastreando a Saurunas a través de sus tarjetas de crédito.

Vanja estuvo a punto de preguntarle si eso era legal sin tener el permiso del fiscal, cosa que no había oído que tuvieran, pero lo dejó estar. Por lo visto, había dado resultados.

—La ha usado —confirmó Billy.

—¿Dónde?

—Parking de larga estancia, aeropuerto de Arlanda. —Le echó una mirada fugaz a Vanja antes de sacar el teléfono para llamar a Torkel—. Piensa largarse.

La E-4 en dirección norte. Billy pisó el acelerador hasta alcanzar los 150 kilómetros por hora, colocó la lámpara azul en el parabrisas y encendió las luces azules que estaban casi ocultas en el radiador. Sirena no llevaba porque era un coche de paisano, pero aporreaba el claxon cada vez que se acercaba a alguien que claramente no había echado un vistazo por el retrovisor y no se había percatado de los destellos azules.

Torkel estaba en el asiento de atrás y eligió, por segunda vez en lo que llevaban de caso, no comentar nada sobre la velocidad a la que iban. En lugar de eso, repasó mentalmente lo que había hecho y si había algo más que pudiera hacer antes de llegar.

Lo primero que había hecho fue llamar al mando de guardia en la comisaría de Arlanda. Le había pasado los datos y las señas de Christian Saurunas y le había ordenado que revisaran todas las salidas de cada terminal. Si no les daba tiempo de mirarlo con las compañías de vuelo, tendrían que emitir un llamado general a todas las puertas de embarque. Torkel le había dejado muy claro que le importaba un comino si la medida conllevaba retrasos. Saurunas no podía salir de Estocolmo.

La patrulla que habían enviado al número 43 de la calle Bäckvägen había asegurado que Saurunas no se hallaba en el piso y que su Volvo rojo no estaba en la plaza de aparcamiento que pertenecía a su vivienda.

Así que la siguiente llamada había sido para el parking de larga estancia de Arlanda. Partía de la idea de que Saurunas no había reservado plaza, lo cual fue confirmado enseguida tras un rápido intercambio de palabras con el



servicio de atención al cliente. Por tanto, Saurunas debía de haber aparcado donde hubiera sitio, así de sencillo. Torkel había tanteado las posibilidades de que la empresa de parking enviara a alguien a buscar el coche. Para ahorrar algo de tiempo. Para su sorpresa, la mujer con la que había hablado le había dicho que saldría de inmediato junto con un compañero. Torkel les había dado la matrícula del Volvo rojo de Saurunas, pero no tenía demasiadas esperanzas. Debía de ser uno de los coches más comunes del país, y la mujer con la que había hablado, cuyo nombre no recordaba, le había dicho que, juntos, los dos aparcamientos tenían capacidad para 1.800 vehículos. Torkel había querido probar suerte y les había pedido también que estuvieran alerta por si veían una autocaravana con matrícula alemana. De éstas no podía haber tantísimas en el aparcamiento. También eran más fáciles de distinguir, gracias a su tamaño. La mujer le había prometido que lo haría lo mejor que pudiera, le había dado su móvil privado y había colgado.

Torkel miró por la ventanilla y vio cómo iban rebasando coche tras coche en el carril de la derecha. Sopesó brevemente si llamaba o no a Lise-Lotte. Pero podía parecer poco profesional, dada la situación, y además no quería abrir la puerta a que sus dos acompañantes le hicieran preguntas.

Había vuelto a dejarla sola.

Habían estado sentados en un restaurante cerca del puente de Djurgårdsbron. Acababan de decidir lo que iban a comer, pero no habían tenido tiempo de pedirlo. Tenían sendas copas de vino rosado y se estaban dando la mano por debajo de la mesa. La noche no había podido empezar mejor. Ella le había explicado lo que había hecho durante el día: turismo por la capital. Hacía muchos años que se había mudado y, al pensarlo, se dio cuenta de que hacía más de quince años que no paseaba por Estocolmo. Así que había hecho algunas «visitas obligadas» y disfrutado el día.

Entonces había llamado Billy. Cinco minutos más tarde, Torkel estaba sentado en un taxi de camino a la comisaría de Kungsholmen. Estaba seriamente preocupado porque Lise-Lotte se pudiera cansar de él. En las últimas semanas, ya la había dejado en la estacada a toda prisa tres veces de tres ocasiones posibles. Bueno, no la noche en que ella lo estuvo esperando en la escalera. Pero había tenido que aguardar varias horas a que él volviera a

casa.

¿Era eso tener una relación con él?

Por desgracia, la respuesta era sí.

Era lo que habían descubierto sus dos esposas y ambas se habían cansado de ello.

No se atrevía del todo a esperar que Lise-Lotte fuera distinta.

Maldijo entre dientes. ¿No podían haberse reencontrado hacía un mes? Después de cerrar el caso en Torsby se había tirado varias semanas sin apenas hacer nada.

Había puesto al día el papeleo que tenía pendiente.

Contestado algunos comunicados.

Participado de algunas reuniones estratégicas.

Había tenido un horario de oficina. Había sido normal. Alguien con quien podías creer que era posible vivir —vale, eso era ir muy lejos, teniendo en cuenta que sólo habían tenido tres citas, lo reconocía—, pero deseaba tanto que se convirtiera en algo más, algo duradero...

Suspiró hondo, y Vanja se volvió en el asiento del copiloto para mirarlo sin entender. Sólo estaban ellos tres en el coche. Ursula iba por su propia cuenta. Torkel había llamado también a Sebastian, por pura cortesía, pero éste enseguida había concluido que se trataba de una mera intervención policial.

O bien conseguían capturar a Saurunas o no.

Si les daba tiempo a cogerlo, podían llamarlo de nuevo. Si no, no estaba interesado en pasar la noche corriendo de aquí para allá buscando a gente en un aeropuerto. Torkel no se había sorprendido del todo. Al fin y al cabo, estaba hablando con Sebastian Bergman.

Billy salió de la E-4 y giró por la extensa recta que llevaba al aparcamiento de larga estancia con los imaginativos nombres de Alfa y Beta, y que acababa desembocando en las cinco terminales. Cuando a mano derecha apareció una zona de casas prefabricadas, dobló a la derecha para coger la carretera 273 en dirección a Norrtälje y volvió a pisar el acelerador.

Al cabo de apenas unos minutos habían llegado a las dos explanadas repletas de cientos de coches puestos en filas.

—¿Ahora adónde vamos? —quiso saber Billy, y se detuvo entre los

accesos a los dos aparcamientos.

Torkel sacó de nuevo su teléfono y marcó el número de la mujer que le había prometido ayudarlo a encontrar el coche cuando llegara, o a ser posible, antes.

—Hola, Torkel Höglund de Homicidios, otra vez —dijo cuando obtuvo respuesta—. Ya estamos aquí. ¿Tiene idea de adónde tenemos que ir?

—Aquí hay una autocaravana con matrícula alemana —respondió la mujer.

—¿Dónde es aquí?

No tuvo tiempo de oír la respuesta. Ni tampoco le hizo falta.

Una inmensa columna de fuego se erigió al cielo en el centro del aparcamiento que tenían a la derecha. Poco después llegó la onda expansiva que hizo temblar el coche en el que iban, y el ruido ensordecedor de la explosión les reveló con anhelada claridad dónde había estado aparcado el vehículo que buscaban.

Había un despliegue masivo.

Grandes focos iluminaban el sitio. Luces azules y cordones policiales por todas partes. Agentes uniformados, personal de ambulancias, bomberos y técnicos de la Científica. Prensa y curiosos se acumulaban. Un poco más allá se oían las voces de personas agitadas que, si bien habían podido volar antes de que hubieran cerrado el aeropuerto, ahora no podían sacar su coche.

Torkel se paseaba por la zona. En la periferia. No podía hacer gran cosa en el centro de los acontecimientos. En realidad, podría haberse ido a casa, recibir un informe al día siguiente, pero era el responsable de la investigación y debería ser de los últimos en abandonar el lugar. Por lo menos no podía irse hasta que hubiera un informe técnico preliminar sobre lo que había pasado.

Aunque no fuera tan difícil de deducir.

La autocaravana había explotado.

No quedaba mucho de ella. Piezas retorcidas y quemadas que con un poco de imaginación podías convertir en un chasis. Lo que probablemente había sido el pesado motor yacía un par de metros más adelante. Parte de una de las paredes permanecía erguida como un canto afilado y carbonizado, pero, por lo demás, no quedaba nada. Los neumáticos o bien habían estallado o bien se habían derretido por el calor del incendio que se había generado. Había pedazos repartidos por todas partes. Los coches de las filas más cercanas a la explosión habían volcado y algunos también se habían quemado. Había espejos y lunas reventados a cientos de metros a la redonda.

La mujer con la que estaba hablando cuando la autocaravana había

explotado fue trasladada al hospital. La habían hallado inconsciente. Lo más probable era que hubiese sido lanzada por la onda expansiva y hubiese perdido el conocimiento al golpear contra alguno de los coches aparcados. Tenía heridas de metralla en la cara y se temía que pudiera tener hemorragias internas. Torkel hizo un apunte mental de llamar al hospital al día siguiente para ver cómo se encontraba.

Uno de los técnicos que se paseaba entre los coches volcados o apilados dio un grito. Torkel se detuvo. Vio que el superior del técnico iba a su encuentro y cómo éste, a su vez, se volvía buscando algo con la mirada.

Era a Torkel a quien buscaba, comprendió el jefe de Homicidios al ver que le estaban haciendo un gesto con la mano para que se acercara.

Un Golf negro con el eje delantero subido al lateral de un Renault azul. Todos los cristales y espejos hechos añicos. Pero ninguno de los coches se había incendiado, por lo que parecía. Torkel llegó y miró hacia donde estaba señalando el primer técnico.

Entre los cristales y los restos de lo que podría haber sido uno de los asientos de la autocaravana había algo que no podía ser otra cosa que una pierna. Arrancada a la altura del muslo. Restos de unos pantalones y un zapato bastante intacto en un pie que, por su tamaño, parecía de un hombre.

Torkel soltó un profundo suspiro.

Más víctimas.

No había más opción que alterar las prioridades del despliegue. A partir de ese momento, toda la búsqueda se concentró en hallar más partes de cuerpos humanos.

Torkel, con una gran tristeza en el pecho, abandonó el escenario. Llevaría su tiempo identificar a quién pertenecía la pierna, pero la mera idea de lo que había ocurrido lo sobrecogió. Alguien que había aterrizado tras el viaje, que había añorado llegar a casa, había cogido el autobús hasta el aparcamiento para recorrer el último tramo que lo separaba de sus seres queridos y allegados, y luego... se acabó.

Sin preaviso.

Del todo impredecible.

Injusto.

Apenas diez minutos más tarde volvieron a solicitar su presencia.

Le indicaron que mirara debajo de un Volvo 242 de color naranja, que, a pesar de haber estado aparcado a dos filas de la autocaravana, había sido desplazado de lado y se había encastrado con un Toyota gris. Torkel se agachó, procurando no clavar la rodilla en las esquirlas de cristal. Esta vez, una cabeza y un trozo del hombro derecho. En parte calcinada y dañada por la fuerza de la explosión, pero sorprendentemente intacta. Sobraba decir que haría falta una autopsia y una comparación de ADN para confirmar la identidad, pero Torkel reconocía al hombre, sobre todo gracias a la tupida barba. Estaba bastante seguro de que era Christian Saurunas.

Pero ¿qué significaba eso?

—¿Ha venido hasta aquí para quitarse la vida? —se preguntó Billy cuando oyó comentar a quién creían que habían encontrado.

—No lo sé. ¿A qué hora ha usado la tarjeta de crédito?

Billy miró sus anotaciones.

—A las 20.24.

—Nosotros hemos llegado poco después de las nueve... —dijo Torkel más para sí mismo, pero Billy asintió con la cabeza—. En tal caso, ¿por qué ha esperado durante más de media hora?

—Quizá haya sido un accidente —contestó Billy—. Esos trastos deben de tener montones de gasóleo dentro.

—Pero si pensaba largarse, ¿por qué se ha quedado en el coche más de media hora? —Vanja se metió en la conversación.

—A lo mejor su avión no salía hasta más tarde y ha querido prepararse algo para comer... —probó Billy, pero él mismo oyó lo vacío que sonaba.

—¿Sabemos si había reservado algún vuelo? —preguntó Torkel.

Billy negó en silencio.

—Aún no, pero después de las nueve sólo hay seis salidas previstas, así que deberíamos saberlo de un momento a otro.

—Házmelo saber cuando lo confirmes. Aquí hay algo que no encaja —terminó Torkel, y se alejó de Vanja y Billy.

Iba a ser una noche larga.

Había llamado a Lise-Lotte. Le había dicho que lo más probable era que

tuviera que quedarse toda la noche en Arlanda. Le había pedido disculpas. Ella le había dicho que ya se verían al día siguiente y que podía despertarla cuando llegara, independientemente de la hora que fuera.

—¿Tú qué crees? —preguntó cuando llegó a la espalda de Ursula, que estaba observando los restos de la autocaravana.

—Ese de ahí... —Señaló a un hombre que estaba sentado en la parte trasera de una ambulancia mientras lo vendaban.

La ropa revelaba que era de la empresa que gestionaba el aparcamiento. Probablemente, el compañero que la mujer con la que Torkel había hablado se había llevado para que la ayudara con la búsqueda. Era obvio que se había encontrado más alejado de la explosión. Por fortuna para él.

—Dice que han sido tres explosiones muy seguidas.

—¿Qué significa eso?

—Que han explotado tres cosas.

—¿Dos bombonas de gas y el depósito de combustible?

Ursula no respondió en el acto. Se acercó unos pasos a los restos del vehículo. Señaló.

—El gas butano debería haber estado en la parte trasera o central de la autocaravana. En la cocina, ¿no es así?

—No lo sé, me parece que nunca me he montado en una autocaravana —respondió Torkel.

—Debería haber estado detrás o en el centro —constató Ursula—. El depósito de combustible, en la parte inferior trasera. Mira el motor.

Él hizo lo que le había ordenado, pero no vio más que partes oscuras y retorcidas un poco por delante de la autocaravana.

—Es pesado. Lo más pesado de todo el vehículo. Una explosión de gas butano en el centro o detrás no lo empujaría hacia delante de esta manera.

Torkel asintió con la cabeza. Creía intuir hacia dónde se encaminaba el razonamiento, pero la dejó continuar.

—Algo ha estallado en la cabina, y ahí no hay gas butano.

—Entonces ¿qué ha sido?

—No lo sé, pero si me obligas a apostar por algo, yo diría que se trata de algún tipo de explosivo. —Alzó la cabeza y deslizó la vista por su alrededor

—. Dudo mucho que unas bombonas de gas butano y un depósito de gasolina puedan causar tanto destrozo.

—O sea, una bomba.

—Habrá que traer a los perros para asegurarnos. —Se volvió hacia Torkel y se cruzó con su mirada—. Pero sí. Es probable que sea una bomba.



Sebastian llevaba casi dos horas esperando cuando un miembro del equipo abrió la puerta y entró en la sala.

Torkel.

El pelo todavía un poco húmedo por la ducha. Una camisa de cuadros de manga corta, pantalones de pinza marrón claro, recién afeitado, taza de café en una mano, una carpeta con papeles y documentos en la otra. Tanto su aspecto como su ropa eran los de siempre, pero aun así Sebastian pudo percibir que había algo distinto.

—Buenos días, ¿ya estás aquí? —dijo en tono jovial cuando vio a Sebastian.

—Creía que empezábamos a las ocho.

—Hostia, es verdad, perdona, ayer decidimos posponerlo un poco. Acabamos tarde en Arlanda.

A pesar del tono de disculpa, había una sonrisita que perduró en sus comisuras. Sebastian lo siguió con la mirada cuando Torkel se acercó al lado corto de la mesa. Pasos livianos. Un cierto esplendor en los ojos. Incluso le pareció percibir un leve tarareo cuando su jefe apartó la silla para sentarse.

De pronto, cayó en la cuenta.

Torkel parecía recién follado.

Follado y feliz.

Estaba a punto de intentar confirmar su teoría cuando la puerta se abrió de nuevo y apareció Ursula. Ella también llevaba una taza de café y una carpeta en la mano. Pero hasta ahí los parecidos.

—Buenos días —se limitó a decir, entró y tomó asiento.

Cansada. Sin maquillar. Nada de pasos livianos, ningún brillo en los ojos, ningún discreto tarareo de satisfacción. Sebastian intuyó que ahora era otra persona la que hacía feliz a Torkel, o bien éste era igual de aburrido y carecía de la misma imaginación en la cama que como persona. Lo cual no era imposible, por supuesto, pero Ursula parecía habérselo pasado tan bien como si hubiese estado toda la noche en la lavandería, y aunque Torkel no fuera un atleta sexual, mejor que eso debería de saber hacerlo.

Sebastian dejó de pensar en la vida sexual de Torkel cuando llegó Vanja. También ella parecía bastante hecha polvo cuando soltó su escueto «hola» antes de sentarse en la silla más próxima a la puerta. Sebastian tenía ganas de preguntarle cómo estaba, pero se abstuvo. Aunque fuera una pregunta de lo más justificada entre compañeros de trabajo, ella la interpretaría como personal y curiosa, estaba seguro. Así que mantuvo la boca cerrada. Vanja se hizo con una de las botellas de agua mineral que había en el centro de la mesa. Sebastian le pasó el abridor.

Torkel echó un vistazo al reloj de la pared.

—¿Y Billy? —quiso saber.

—Vendrá un poco más tarde —respondió Vanja—. Lo más rápido que pueda.

—Vale, empezamos. —Se volvió hacia Sebastian—. Christian Saurunas murió ayer cuando la autocaravana que buscábamos explotó en el aparcamiento de larga estancia de Arlanda —dijo dirigiéndose a él, y luego pasó a mirar a Ursula.

Ella abrió la carpeta que traía consigo pero no la miró. Lo poco que iba a aportar ya se lo sabía.

—Hallamos varias partes de un cuerpo. Todas parecen pertenecer a la misma persona, por lo que estamos trabajando con la teoría de que era Saurunas. El aparcamiento cuenta con cámaras de seguridad, las grabaciones le llegarán a Billy esta mañana, y los perros detectores que solicitamos marcaron material explosivo.

—Una bomba —constató Torkel.

—Al menos, material explosivo.

—¿Pensaba hacer estallar un avión? —soltó Vanja.

Antes de que nadie tuviera tiempo de contestar, Billy abrió la puerta y entró a toda prisa.

—Disculpad el retraso —dijo mientras se sentaba y abría su portátil en un mismo movimiento—. ¿Por dónde vamos?

—Los explosivos en el vehículo, y acabábamos de preguntarnos si tenía en mente algún ataque terrorista —respondió Torkel.

—No había reservado ninguno de los vuelos que partían ayer por la noche —los informó Billy mientras abría los documentos y archivos que necesitaba en el ordenador.

—Podría haber ido a pasar la noche para coger un vuelo a primera hora.

—Tampoco tenía reserva para ninguno de los vuelos de esta mañana, que nosotros sepamos, pero siguen buscando —aseguró Billy, aún con la atención puesta en la pantalla.

Había cumplido su promesa con My. Ella no sabía que habían decidido posponer la reunión hasta las diez, así que se pensó que Billy se quedaba en casa esas horas extras por ella.

My lo había despertado a las siete. Habían practicado sexo. Aburrido. Él había cumplido debidamente con lo que tocaba.

Sabía lo que le gustaba a My.

Ella no tenía ni idea de lo que ahora le gustaba a él.

Ni por qué.

Para alguien que lo viera de fuera, la mañana no había tenido absolutamente nada de extraño, pero a Billy le parecía que había una distancia que las palabras cordiales y amorosas no conseguían ocultar por completo. Todo como siempre, pero al mismo tiempo diferente. Aunque también podía tratarse tan sólo de su mala conciencia. Al final se había visto obligado a ir al trabajo. Ella lo había entendido. Apreciaba que se hubiera cogido unas horas por la mañana. Le había dicho que se iba a pasar un momento por la consulta, mirar el correo, no tenía clientes ni aquel día ni al siguiente. Así que a lo mejor podrían hacer algún plan por la tarde, ¿no? Aprovechar la luz de los días tan largos. Él no le prometió nada, pero lo intentaría. Un beso y adiós.

Como siempre, se dijo.

Igual que siempre.

—¿Qué estaba haciendo allí si no pensaba volar? —preguntó Ursula con acierto.

—¿Un aparcamiento grande para deshacerse de la autocaravana? —propuso Billy.

—Un vehículo que ninguna de las personas con las que hemos hablado habían visto nunca ni sabían que lo tuviera a su disposición.

—Y eso no explica los explosivos —señaló Vanja.

—¿Suicidio? —dejó caer Torkel.

Era poco creíble. Nada del *modus operandi* señalaba a ello, pero la situación era la que era. Una de las ventajas de tener un equipo tan cohesionado era que todos lo compartían todo, por muy tonto o rebuscado que pudiera sonar, sin cortarse. Varias veces, una idea o un escenario imposible que se había lanzado a la mesa había puesto en marcha un pensamiento que se había convertido en una cadena que, en verdad, los había ayudado a avanzar.

Apostar alto era un requisito indispensable para salir airoso.

—¿Por qué allí? ¿Por qué con una bomba? —Ursula fue quien cuestionó su última sugerencia—. Además, tenía coartada para los asesinatos.

Se topó con un silencio. Costaba hacer encajar el viaje a Arlanda y la repentina muerte de Saurunas con la información que tenían sobre él.

—O sea, que nuestro asesino se deshizo de él —dijo Sebastian, poniéndole palabras a lo que estaba pensando la mayoría—. Y del vehículo —terminó.

Torkel asintió reflexivo con la cabeza.

—Es una teoría que debemos considerar, a pesar de todo.

—Entonces, Saurunas debió de suponer una amenaza —constató Vanja.

—Seguramente.

—Pero ¿por qué? —continuó ella—. ¿Porque hablamos con él? ¿Temía el asesino que fuera a conducirnos hasta él?

—¿Adónde fue cuando lo dejamos ir, lo sabemos?

Torkel se volvió hacia Billy como si fuera el que más números tenía de

saberlo. Su rápido encogimiento de hombros dijo lo contrario.

—No, no lo sabemos.

—Se fue a casa y cogió el Volvo, pero luego... —Ursula extendió las manos en un gesto que dejaba claro que nadie sabía dónde se había metido luego Saurunas.

—Hoy me llegará su lista de llamadas, así que podré ver si llamó a alguien después de salir de aquí —declaró Billy.

—Si de aquí se fue a ver al asesino, éste era alguien a quien conocía —indicó Torkel con determinación—. Empezaremos por mapear a su familia, su círculo de amigos, asociaciones de las que era miembro, todo.

—Yo opino que deberíamos comenzar por la URT —señaló Sebastian—. Es altamente probable que estemos buscando a alguien con formación académica, y, además, tenemos el vínculo con Olivia Johnson.

—Por lo que respecta a ella —añadió Billy—, nos ha llegado una lista de las escuelas a las que ha ido, pero no de todos los profesores que ha tenido.

—Contrasta con Saurunas por si aparece algún nombre que haya trabajado en alguna de esas escuelas —decidió Torkel, y Billy asintió en silencio.

Tardaría lo suyo en montar el puzle alrededor de Saurunas. Comparar nombres y registros. Muchas llamadas. A lo mejor le tocaría quedarse trabajando esa noche también...

—Mientras tanto, volvemos a los tres del principio.

—Skogh tenía coartada y Saurunas está muerto —replicó Vanja.

—Y descartamos a El-Fayed, en dos sitios los testigos dijeron que no era él —añadió Billy.

—Lo sé, pero es académico, Olivia Johnson fue alumna suya y es el único al que tenemos ahora mismo.

Vanja asintió con la cabeza y retiró la silla.

Por tanto, El-Fayed.

Vanja intentó desprenderse de la sensación de que estaban perdiendo el tiempo cuando cruzaron de nuevo la puerta del campus Flemingberg. No se habían interesado por El-Fayed porque los testimonios lo habían descartado y porque todo el tiempo habían tenido pistas más creíbles e interesantes que seguir. Ahora volvían a estar en la casilla de salida, con lo que daban marcha atrás. Cogían aquello a lo que no habían dado prioridad en su momento. Como Muhammed El-Fayed, profesor de Ingeniería Biomédica. Era un trabajo policial que había que llevar a cabo.

En esa ocasión optó por la escalera y oyó, unos pasos más atrás, que a Sebastian comenzaba a faltarle el aliento. Tenía que reconocer que él les había sido útil en los casos en los que había participado en el último año, pero si alguna vez se encontraran en la situación de tener que correr tras alguien, resultaría más bien inservible.

Por un momento pensó en si soltarle o no un comentario ácido sobre su pésima condición física, pero decidió no romper el silencio que había habido entre ambos desde que habían partido de la comisaría de Kungsholmen.

Giraron dos veces hacia la izquierda y luego llamaron al timbre de la puerta de cristal que llevaba a la Facultad de Tecnología Médica. Una mujer del despacho más cercano a la puerta salió para abrirles. Vanja se identificó, le contó el motivo de la visita y la mujer los guio por el pasillo, se detuvo delante de una de las puertas de madera y llamó con los nudillos. Un hombre barbudo de unos cuarenta y cinco años y con aspecto árabe levantó la mirada de su ordenador cuando la mujer abrió la puerta.

—La policía quiere hablar contigo —dijo, e invitó a pasar a Vanja y a Sebastian antes de que Muhammed tuviese tiempo de decir si le iba bien o no recibir una visita en aquel momento.

—Disculpe las molestias —declaró Vanja, y alargó la mano hacia El-Fayed—. Vanja Lithner, Homicidios. Tendríamos que hacerle algunas preguntas.

—Claro. ¿Sobre qué? —quiso saber Muhammed, volviéndose hacia Sebastian, que sacó una silla junto a la mesita de reuniones que había en el despacho y se sentó sin ninguna intención de saludar ni de presentarse.

Vanja extrajo su libretita del bolsillo.

—¿Qué hizo ayer por la noche entre las ocho y las diez?

Lo mejor sería zanjar eso cuanto antes. Formular las preguntas, directa al grano, sin rodeos.

—Estaba en casa.

—¿Solo?

—Sí.

—¿Vive solo?

—Estoy divorciado. Tengo a los niños cada dos semanas.

—Pero no esta semana.

—No, ahora que han empezado las vacaciones están pasando unas semanas con su madre. ¿Por qué quieren saberlo? —Muhammed iba saltando con la mirada entre Vanja y Sebastian, que seguía sin abrir la boca, ahí reclinado con los brazos cruzados.

—¿Podría decirnos dónde se encontraba en estas fechas y a estas horas? —continuó Vanja, que sacó un papel que tenía en la libreta, lo desdobló y se lo entregó a Muhammed.

Él lo cogió y lo miró con cara de no entender.

—Tengo que consultar mi calendario —dijo a Vanja como para obtener permiso para volverse hacia el ordenador. Ella se limitó a asentir con la cabeza y Muhammed, con unos veloces clics del ratón, abrió su calendario. Su mirada iba una y otra vez del papel a la pantalla.

—En la primera, sólo estuve aquí... La segunda, estuve en Linköping visitando la facultad de allí. Åke también venía. Un policía lo llamó.

Vanja maldijo en silencio para sí. Habían comprobado la coartada de Åke Skogh y el viaje a Linköping se había hecho, pero Torkel había pasado a alguien externo al equipo la tarea de ponerse en contacto con todas las personas que habían asistido. Ya deberían haber sabido que el nombre de El-Fayed aparecía en la lista.

—La tercera fecha estuve en Barcelona. Di una conferencia en la universidad. Katja, la que les ha hecho pasar, se encargó de buscar billetes y hotel.

—Vale, de acuerdo.

—Puedo demostrarlo —aseguró Muhammed, y se volvió de nuevo a la pantalla.

Sebastian reaccionó ante el ímpetu de El-Fayed de exculparse. Aunque también era de lo más comprensible. Podía haber tenido encuentros menos agradables con la policía en su país de origen. O quizá pensaba que su procedencia haría, automáticamente, que ellos no lo creyeran.

—Mire aquí —indicó girando la pantalla para que Vanja pudiera ver.

Una página web en español de una universidad en Barcelona. Texto en español alrededor de un cuadrado en el centro de la página en el que se podía ver a Muhammed en una tribuna con una proyección sobre un lienzo blanco al fondo. Un triángulo en el centro de la imagen revelaba que se trataba de un vídeo. Bajo el clip ponía «*Muhammed El-Fayed on Transferring data from the inner Body*». La conferencia se había celebrado el mismo día que las hermanas Johansson habían quedado con el asesino.

El teléfono de Vanja comenzó a sonar, lo sacó, se disculpó y respondió al mismo tiempo que abandonaba el despacho. Muhammed se quedó en su silla de oficina lanzando ojeadas inseguras a Sebastian, que permanecía sentado sin decir nada. Muhammed miró al pasillo, donde Vanja iba de aquí para allá, aún con el teléfono pegado a la oreja.

—Usted tuvo a Olivia Johnson como alumna —dijo Sebastian.

Muhammed dio un pequeño respingo al oír de repente esa voz.

—Sí, ¿es por eso por lo que están aquí? —Ahora, un rastro de preocupación en la voz—. ¿Le ha pasado algo?

—¿Qué pensó cuando le concedieron aquella beca?



—¿Qué pensé?

—Sí.

—No sé...

Muhammed se inclinó hacia delante, descansó la barbilla barbuda en una mano y pareció realmente pensar en la pregunta. Aún dispuesto a ser participativo, pensó Sebastian.

—Me sentí orgulloso. No cabe ninguna duda de que se la merecía. Por desgracia, nunca se lo dije.

—¿Por qué no?

—Estuve dos semanas de vacaciones cuando ella se enteró de que le habían dado la beca y cuando volví ya se había ido. Fue todo muy rápido. ¿Le ha pasado algo?

—No, que nosotros sepamos.

—Entonces ¿por qué están aquí?

La puerta de cristal se abrió y Vanja volvió a entrar en el despacho. Sebastian se reclinó de nuevo. El orden se había restablecido. Vanja hacía las preguntas y recogía las respuestas. Silencio de fondo, era allí donde ella lo quería, así que era allí donde él se mantenía.

De nuevo en la sala. El nivel de energía había caído de forma considerable. Ahora sólo sabían con seguridad lo que antes habían sospechado.

Saurunas había sido asesinado.

Les habían llegado las grabaciones del aparcamiento de larga estancia. Mostraban a un hombre que se bajaba de la autocaravana justo después de aparcarla y que no volvía. Treinta minutos más tarde, el vehículo explotaba. Por mucho que Billy tratara de jugar con las imágenes, era imposible ver quién era la persona que había abandonado la autocaravana. Las cámaras estaban demasiado lejos y las imágenes tenían una resolución demasiado baja. Pero no era El-Fayed. Por si no bastara con que la visita a Linköping y la conferencia en Barcelona le proporcionaran una coartada sin fisuras, las respuestas que les había dado habían sonado del todo sinceras, a oídos de Vanja, y no había nada en su comportamiento ni en su historia que recordara a la psicología del autor de los crímenes. Ciertamente, podría ser un manipulador extremadamente diestro que los hubiera conseguido despistar, pero Vanja lo dudaba.

Los testigos, las coartadas y la visita personal. No era El-Fayed.

Estaban dedicando esfuerzos a mapear a todas las personas del entorno de Saurunas, desde su círculo más íntimo hacia afuera, y comparando todos los nombres que obtenían con aquellos que en algún momento de la vida habían tenido a Olivia Johnson de alumna. Era una tarea que exigía mucho tiempo y, por el momento, no los había conducido a nada. Torkel estaba sentado pensando en sí, a pesar de todo, no debería tragar con ello: subir a ver a

Rosmarie y pedirle más personal. Ampliar el radio. Interrogar a todas las personas que tuvieran algún vínculo con Saurunas, a todos los profesores que había tenido Olivia Johnson. Apostar. Sólo para llegar a algún sitio. Tal como estaban ahora, daba la sensación de que en cada momento decisivo daban un paso adelante y dos hacia atrás.

Las pistas no conducían a ninguna parte.

A la nada. A la frustración.

Sebastian se puso de pie y comenzó a pasearse por la sala. Los demás lo observaban en silencio.

—El hombre que buscamos no ha dejado de matar —concluyó cuando tuvo la atención de todos sus compañeros—. Se está volviendo cada vez más ambicioso. Tanto en lo que se refiere a las víctimas como al *modus operandi*. Es hora de que pasemos a actuar en lugar de reaccionar.

—Estamos siguiendo todas las pistas que nos llegan —respondió Torkel—. No es que estemos sentados mirando las musarañas.

—Pero nosotros somos los que lo seguimos. Él nos guía —dijo—. Tenemos que alcanzarlo y dejarlo atrás. Coger la iniciativa.

—¿Y cómo tienes pensado que lo hagamos? —quiso saber Vanja, pero, a juzgar por el tono que había usado, bien podría haber proferido directamente «muy fácil de decir».

—Tenemos que comprenderlo —continuó Sebastian sin dejarse abatir—. ¿Quién es él? ¿Qué quiere? ¿Qué lo mueve? ¿Qué es lo que más le interesa?

Nadie respondió. Ya habían presenciado eso antes. Los pequeños monólogos de Sebastian Bergman. Antes, igual que ahora, era evidente cuánto disfrutaba de estos momentos.

—Quiere enseñarnos. Educarnos. Hacernos ver el mundo tal como él lo ve porque ha destapado las mentiras. Él es un poco mejor que todos los demás.

Se acercó a paso ligero a la mesa y levantó el *Expressen* del día anterior.

—Mirad la entrevista que le hizo Weber. Cada vez que el periodista es un poco crítico o cuestiona algo, Catón se ve obligado a replicarle. Con severidad. Ponerlo en su sitio. Este hombre no sólo quiere enseñar y revelar algo, quiere hacerlo sin que se le replique.

—¿Y cómo nos ayuda eso? —tuvo que intervenir Torkel en el monólogo.

—Imagina que alguien le diga que está equivocado. No es más listo ni mejor que nosotros. Ni siquiera es más listo que sus víctimas. Recibe atención porque mata, pero matar lo puede hacer cualquier imbécil.

Se hizo silencio en la sala otra vez mientras todos asimilaban lo que acababan de escuchar y pensaban en lo que en verdad significaba.

—Piensas atacarlo —dedujo Ursula con calma.

—Atacar es la palabra equivocada —respondió Sebastian, aún subido de vueltas—. Desafiarlo. Sacarlo de sus casillas. Coger toda la atención que ha recibido y usarla en su contra. —Calló de nuevo. Miró al equipo que tenía delante—. Alcanzarlo y dejarlo atrás.

Si alguien tenía algo que decir o tenía una propuesta mejor, nadie dijo nada, por lo que Sebastian se volvió hacia Torkel.

—¿No te debe Weber un favor?

—¿Cómo? ¿Queréis hacer una entrevista en exclusiva?

Estaban de regreso en la elegante sala. Lennart Källman estaba sentado en la misma silla que la última vez y miraba asombrado a Sebastian.

—Sí —respondió éste.

—¿Con qué objetivo? —continuó el redactor jefe, y se pudo notar que su sorpresa inicial había dejado sitio a un atisbo de suspicacia.

—Vuestro objetivo es vender periódicos, supongo que el nuestro es otra cosa —indicó Sebastian críptico.

—Consideramos que es de interés general poder saber cómo vemos nosotros al autor de los crímenes —intervino Torkel. No había olvidado la última reunión—. Distintas voces deben tener espacio en vuestro periódico, ¿no? ¿O acaso entendí mal vuestra misión periodística?

El redactor jefe lo miró irritado. Era patente que reconocía sus propios argumentos y que no le gustaba ni pizca que los usaran en su contra.

—Nos parece que nos lo debéis —terminó Torkel.

—No es del todo así como funciona —carraspeó Källman—. Desde luego que aceptamos una entrevista. Lo único que quiero saber es con qué objetivo. No pensamos dejarnos utilizar —dijo peleón.

Sebastian se lo quedó mirando. El macho alfa crecido que tenía delante comenzaba a irritarlo. Torkel se inclinó sobre la mesa, se había puesto de mal humor con la mera idea de volver a verse con Källman.

—O lo coges tú o pasamos al siguiente. Hemos venido aquí porque me parecía oportuno que la hicierais vosotros. Pero a lo mejor me he equivocado

—contestó con fiereza.

El redactor jefe se quedó de piedra, y tanto Sebastian como Torkel pudieron percibir su preocupación. Era una de las ventajas de la competencia salvaje. Si alguien decía que no, algún otro se abalanzaría sobre la oportunidad si tenías algo que vender, y Torkel lo tenía. Él lo sabía y Källman también. En ese sentido, la ecuación era bastante simple. En una esquina del ring, una cifra importante de ejemplares vendidos y clics. En la otra, algo que en el mejor de los casos se podía describir como integridad, quizá incluso dignidad. La decisión ya estaba tomada, aunque pareció que Källman se lo pensaba unos segundos más en silencio antes de levantarse.

—Voy a buscar a Weber para que os pongáis de acuerdo —dijo sereno, y se alejó con paso firme y espalda erguida hacia la puerta. Era como si en un escenario de derrota tuviera que seguir mostrando que era él quien decidía.

—Lo cierto es que no sé si esto me parece una buena idea —reconoció Torkel cuando se hubo cerrado la puerta y se quedaron los dos solos.

—Tenemos que hacer algo. Algo inesperado —respondió Sebastian con sabiduría—. Realmente creo que esto le molestará. Si es así, las posibilidades de que cometa errores aumentan, tú lo sabes.

Sebastian parecía convencido de que eso era lo mejor que podían hacer, pero siempre solía mostrar entusiasmo ante sus propias ideas. Torkel seguía sin verlo del todo claro.

—Imagina que lo cabreamos de verdad. —Miró preocupado a Sebastian—. ¿Qué pasará entonces?

—No lo sé —respondió Sebastian con sinceridad—. Con un poco de suerte, cometerá ese error que te decía.

—¿Y si no lo hace?

Sebastian suspiró y se volvió para mirarlo.

—Tanto tú como yo sabemos que matará de nuevo. Hagamos lo que hagamos. Pero algo tenemos a hacer.

Torkel no contestó. Observó a Sebastian. Habría sido fácil decir que no, había incentivos tanto racionales como emocionales. Al mismo tiempo, había algo en la idea que lo atraía. El asesino lo había tenido demasiado fácil, había estado a kilómetros de ventaja porque nunca había tenido que mirar hacia

atrás por encima del hombro. Nunca se le había presentado ningún obstáculo. Si había algo que se le daba bien a Sebastian era ofrecer resistencia y sacar a la gente de sus casillas.

—Vale, lo haremos. Pero no vayas demasiado lejos —dijo, y en ese mismo segundo cayó en la cuenta de que debería informar a Rosmarie antes de proceder.

Quizá incluso necesitaba su aprobación. A buenas horas. La puerta se abrió y Weber entró en la sala junto con el redactor jefe y un chico joven que llevaba una cámara sencilla montada en un trípode. Weber intercambió una mirada de leve disculpa con Torkel.

—Hola, me han dicho que queríais hablar conmigo.

—Sebastian quiere —respondió Torkel. No pensaba mostrarse más amable. En su mundo, Weber seguía sentado en el banquillo.

—He pensado que saldremos tanto en formato impreso como en la web —los informó el redactor jefe y le hizo un gesto al chico de la cámara—. Será un alud de clics —continuó sin poder contener una amplia sonrisa.

Estaba claro que los ejemplares vendidos y los clics habían noqueado a la integridad y a la dignidad.

Sebastian estaba cansado cuando llegó a casa. La entrevista había ido bien, pero había sido una semana intensa y la conversación con Weber le había arrebatado las últimas energías que le quedaban.

Se había encendido.

Se había hecho grande y ruidoso.

Se había adueñado del espacio de forma implacable.

Torkel había estado presente durante la primera parte, pero había tenido que volver a Homicidios, y hacia el final quizá Sebastian se había pasado un poco de la raya cuando había cambiado la retórica bien formulada por el insulto puro y duro. Entre otras cosas, había vuelto a usar la metáfora del dinosaurio que le había soltado a Saurunas, pero la había desarrollado más alegando que era una falta de respeto para los dinosaurios, con sus cerebros del tamaño de una nuez, el ser comparados con el Asesino de los realities.

Pero bueno, a lo hecho, pecho. Ahora sólo tenían que esperar a que lo publicaran. La entrevista aparecería colgada en internet al cabo de una hora, había dicho Källman cuando le había dado las gracias a Sebastian, casi babeando.

Fue a coger un vaso de agua a la cocina, se lo llevó al salón, se sentó en la gran butaca con orejeras que últimamente usaba tan pocas veces, cerró los ojos y se permitió el lujo de disfrutar un momento. Si había cumplido bien con su trabajo y había entendido cómo funcionaba la mente del asesino que buscaban, lo cual opinaba que había hecho, sabía que el autor de los crímenes no encajaría una provocación como la que Sebastian le había lanzado



quedándose sentado y calladito. Lo había forzado a reaccionar. Con un poco de suerte, actuaría presa de la emoción y sin premeditarlo. A Torkel le había preocupado lo que podía pasar si el asesino se cabreaba.

Pero aquel hombre ya era peligroso.

Ya estaba cabreado.

Esa rabia era la que lo volvía metódico y persistente. La furia que Sebastian esperaba haber desatado lo volvería impulsivo y descuidado. Creía que lo había conseguido. Provocar a la gente era un poco su especialidad.

Había rendido, sido de utilidad, y eso lo hacía sentirse bien.

Por lo demás, no había gran cosa en lo referido al placer ni a la alegría. No había tenido ni tiempo ni ganas de buscar sexo, la última vez fue el polvo penoso en Ulricehamn. La relación con Vanja iba como iba. Ahí no pasaba nada. No se habían acercado ni lo más mínimo el uno al otro.

Nada había mejorado.

Casi que al contrario.

Ella aceptaba tenerlo cerca, pero al mismo tiempo estaba más distante que unas semanas atrás. Entonces, antes de saberlo, por lo menos se había cuadrado, le había plantado cara, lo había cuestionado. Ahora, Sebastian sólo estaba ahí, sin que ella le prestara demasiada atención.

Tampoco tenía ánimos de pensar en Billy. Ojeaba el periódico cada mañana en busca de noticias sobre animales de compañía muertos en el barrio de Billy, el maltrato animal era un tema sobre el que se acostumbraba escribir, pero, por el momento, nada. A lo mejor podía controlarlo, tal y como le había dicho, o bien le pasaba lo que a Sebastian con las mujeres: simplemente, ahora mismo no tenía tiempo ni ganas.

Y hablando de mujeres, sobre todo prefería no pensar en Ursula, pero no podía evitarlo. Se la veía muy jodida. No eran sólo secuelas de la herida de bala, sino que además parecía infeliz. Ursula solía aguantar bastante, había muy pocas cosas que pudieran atravesar su coraza emocional, pero ahora era bastante obvio que algo lo había conseguido. Sebastian se preguntó si él tendría algo que ver. Esperaba que no. Ursula siempre había sido especial para él.

El teléfono sonó y lo interrumpió. Entrecabrió un poco los ojos soñolientos

y por un momento sopesó la posibilidad de ignorar el rabioso tono que salía de su bolsillo, pero quizá el artículo ya estaba colgado y pensó que podía ser algo importante. Constató que no le sonaba el número que aparecía en la pantalla cuando sacó el móvil.

—Sebastian —dijo.

—¿Es Sebastian Bergman? —oyó que decía una voz de mujer, jovial y entusiasmada, al otro lado de la línea. Debe de ser algún tipo de comercial, tuvo tiempo de pensar.

—Sí, soy yo.

—Oh, qué bien. Mi nombre es Annika Blom y le llamo de Talarforum, la agencia de conferenciantes. Cómo me alegro de dar con usted. Espero no molestarle.

—¿Qué quiere? —preguntó Sebastian, hastiado ya de aquel tono demasiado animado de vendedora.

—Estamos preparando un seminario en colaboración con la Universidad de Lund sobre criminología y técnicas de interrogatorio, y hemos tenido una baja de última hora, así que me preguntaba si le gustaría participar. Es este sábado —dijo la mujer.

—¿Cuánto pagáis?

—¿Le interesa? —La mujer sonó, de ser posible, aún más contenta—. Qué alegría. Ha sido muy difícil encontrar a alguien con tan poco margen.

—No he dicho eso. Le he preguntado por la remuneración —respondió Sebastian tajante, tratando de sonar más mosqueado de lo que estaba en realidad.

—Podemos pagar quince mil coronas con factura.

—Lo siento, el sábado no puedo.

—A lo mejor puedo aumentar levemente los honorarios. Tenemos poco tiempo y todos están desesperados —trató de camelarlo la mujer.

—No le he preguntado por el dinero porque quiera negociar. Sólo quería saber a cuánto le estaba diciendo que no.

—Creo que podemos subir a veinte mil, por si eso ayuda —intentó ella, pero Sebastian se la quitó de encima.

—No ayuda. También diré que no a eso. Gracias por la llamada —dijo y

le colgó.

Dejó el móvil en el ancho reposabrazos de la butaca. En una situación normal, habría aceptado la oferta. Un viaje pagado con hotel y, además, una aparición en público que solía garantizar una pareja sexual ocasional. Pero ahora no podía. No quería alejarse tanto de Homicidios antes de saber cuáles eran las consecuencias de la entrevista. El sexo siempre podía conseguirlo de una manera u otra. No era su mayor problema. Cerró los ojos, pero no logró relajarse del todo. Había algo de lo que había dicho la mujer que seguía rondándole la cabeza y lo molestaba.

Alguien se había echado atrás.

Por eso tenían tan poco margen.

Eso ya lo había oído antes.

Vanja salió del baño con el cuerpo envuelto en la toalla. Para su gran decepción, seguía en ella el desagradable sentimiento de insatisfacción.

Lo conocía muy bien.

Sabía por qué le había surgido.

El caso. El hecho de que, en principio, no hubiesen llegado a ninguna parte. Era su tarea, su trabajo. Por el momento continuaba siendo todo lo que ella era, y cuando no era lo bastante buena se volvía inquieta. Impaciente.

Se había ido de Kungsholmen después de un último repaso en la sala que, en verdad, sólo había confirmado la falta de avance. Se había ido a casa, pero al poco rato le había quedado claro que no lograría pasar la tarde ella sola. Así que, ¿qué podía hacer?

La solución, como tantas otras veces, había sido salir a correr.

Cruzar la avenida Lidingövägen, bajar hacia Storängsbotten con las vistas a las vías que cruzaban el parque de Lill-Jansskogen. Iba a correr una buena distancia. Dejar que el ritmo en los pasos y la concentración en la respiración limpiaran su cerebro a la vez que conseguía agotarse físicamente.

Después de correr catorce kilómetros estaba de nuevo en casa. Había hecho un cuarto de hora de estiramientos en el césped que había delante de la finca antes de subir al piso. Había decidido tomar un baño en lugar de ducharse, cosa que no hacía casi nunca. Unos años atrás, Jonathan le había regalado un ticket para visitar un spa, pero no lo llegó a usar, seguía en el armarito de debajo del lavabo. Una botellita de aceite de baño que, según la etiqueta, la haría desprenderse de todo lo que le hubiera pasado durante el día

y la ayudaría a dormir. Por lo visto era manteca de cacao, aceite de almendra, manzanilla y lavanda lo que la relajaría.

Se había hundido en el agua, había procurado relajarse, dejar que el aroma a madera de sándalo y jazmín surtiera su efecto. No se había sorprendido del todo al ver que no funcionaba.

Así que seguía inquieta y un poco de mal humor cuando volvió a salir del cuarto de baño y oyó que la llamaban por teléfono.

Un vistazo rápido a la pantalla.

Sebastian.

Por un breve instante pensó en no cogerlo, pero, a pesar de todo, trabajaban juntos en un caso complicado. No responder sería poco profesional, pero si se trataba de algo que no fuera trabajo o si intentaba meterse en el terreno de lo personal, Vanja colgaría.

—Hola, soy yo —soltó cuando ella hubo descolgado diciendo su propio nombre.

—Lo sé, ¿qué quieres? —Ningún margen para conversar o charlar.

—Me han llamado de una agencia de conferenciantes, querían que fuera a dar una charla.

—Ah. Felicidades.

—Gracias, pero el tema es que me han llamado a última hora porque otro conferenciante se ha echado atrás.

—Ya.

—A Olivia Johnson le llegó la noticia de que le habían concedido la beca dos semanas antes de que tuviera que estar en su puesto en el MIT.

—¿Cómo lo sabes? —dijo Vanja, más interesada ahora que la cosa por lo menos giraba en torno a la investigación.

—Me lo dijo El-Fayed.

—¿Cuándo?

—Cuando saliste a hablar con Billy.

—Vale, pero ¿qué dijo exactamente? —preguntó Vanja mientras trataba de ahogar el descontento de que Sebastian hubiese conversado con una persona que aparecía en el caso sin que ella lo supiera.

—Lo que te he dicho: que a Olivia le dijeron que le habían concedido la

beca dos semanas antes de la fecha en la que tenía que estar en el MIT.

—Y crees que fue porque alguien la rechazó.

—Podría ser. Al menos se me ha pasado por la cabeza. Merece la pena comprobarlo.

Vanja estaba de acuerdo, sin duda, merecía la pena comprobarlo. Olivia Johnson y su beca eran una pieza importante del trabajo que estaban haciendo. En gran medida, el dato de que el autor de los hechos la había tenido de alumna marcaba todo el rumbo de la investigación. De pronto, ahora existía el riesgo de que hubiesen estado investigando a la persona equivocada.

—Llamaré a Billy ahora mismo —respondió Vanja—. Él es quien tiene todos los contactos en el MIT.

—Vale, hazlo. Podrías pegar un telefonazo si sale algo.

—Sí. Claro. —Hubo un breve silencio al teléfono mientras Vanja sopesaba si decir lo que pensaba, si darle o no la satisfacción de lo que eso implicaría. Decidió que sí, que iba a hacerlo—. Buen trabajo.

Y luego colgó. Buscó el número de Billy y apretó el símbolo verde. Fue dando vueltas por la habitación mientras oía los tonos de la llamada. Ahora sentía otro tipo de inquietud. Expectante. Enérgica. Para su decepción, lo único que oyó fue el buzón de voz en su oído. Le dejó un mensaje pidiéndole que la llamara lo antes posible. Después, colgó.

A través del letargo, Jennifer oyó la vibración de un teléfono en algún lugar de su piso. No era el suyo. Despegó la cabeza del hombro de Billy y lo miró, pero él no parecía haberse percatado. Jennifer volvió a apoyarse sobre el torso desnudo. Cuando deslizó con suavidad la mano sobre su pecho, pudo ver las marcas rosadas que le habían dejado las esposas. Jamás había pensado que fuera del tipo sumiso, pero con Billy le encantaba serlo.

La libertad de movimiento limitada.

El deseo creciente, pero la imposibilidad de satisfacerse a sí misma.

La tensión de entregarse totalmente cuando él le rodeaba el cuello con las manos.

Había una sensación de libertad en dejar que alguien tuviera el control al mismo tiempo que era ella la que le permitía a él sentirse con todo el poder. Con tan sólo una palabra podía arrebatárselo. No lo había hecho por el momento. Había disfrutado entregándose de forma total y absoluta a él. Para su asombro, incluso las últimas veces, en las que él había introducido leves elementos de sadomasoquismo. Ella no había tenido la menor idea de que el dolor pudiera intensificar el placer y la excitación, pero lo hacía. Más tarde, cuando él se había encargado de que se corrieran los dos, Jennifer sintió una calma relajada y una armonía que permaneció mucho rato después de que el sexo hubiese concluido.

Rodó hasta tumbarse encima de Billy, consciente de que iba a despertarlo. Cuando él abrió los ojos, ella le puso las palmas de las manos en las mejillas y le dio un beso. Notó que, automáticamente, él comenzaba a endurecerse contra su estómago. Con una discreta sonrisa, Jennifer acabó el beso y se levantó de la cama.

—¿Adónde vas?

—Voy a coger algo de beber. ¿Quieres?

—No, gracias.

Él la miró mientras iba desnuda a la cocina. Luego la vio volver con su móvil en la mano.

Ella se lo tiró.

—Te ha llamado alguien.

Después, volvió a desaparecer. Una llamada perdida. De Vanja. Un mensaje de voz, con toda probabilidad de ella. La llamó en el acto sin escuchar el recado.

—Hola, ¿qué haces? —oyó en cuanto ella descolgó al primer tono.

—¿Por?

—No lo coges.

—No siempre lo cojo.

—Sí lo haces. ¿Estás con ella?

Billy lanzó una mirada a Jennifer, que volvía con una botella de agua que dejó en la mesita de noche. Luego se puso las bragas y una bata.

—¿Qué quieres? —preguntó Billy, haciendo caso omiso a la pregunta.

Cinco minutos más tarde, Vanja volvió a colgar. Miró el reloj en el teléfono. Las diez y diez.

No había mucho más que pudiera hacer esa noche. Billy le había prometido que llamaría a su contacto en el MIT y que trataría de descubrir si Olivia había terminado allí porque alguien había renunciado a su puesto. En Boston sólo eran poco después de las cuatro de la tarde, por lo que tenía bastantes esperanzas de poder conseguir los datos que buscaban. Vanja le había dicho que la llamara por muy tarde que fuera.

Así que, ¿qué podía hacer ahora?

Debería vestirse, seguía yendo envuelta en la toalla, o bien podía meterse en la cama, tratar de dormir, aunque no confiara ni un segundo en que lo pudiera conseguir en menos de dos horas, por lo menos. A pesar del aceite de baño.

El timbre de la puerta decidió por ella.

Un nuevo vistazo al reloj a pesar de saber lo que marcaba. ¿Quién podía ser a esas horas? Jonathan, deseó mientras se metía a toda prisa en el dormitorio para ponerse unas bragas y unos tejanos. Un nuevo timbrado en el recibidor. Cogió un top negro del estante y se lo puso de camino a la puerta.

Justo antes de girar la cerradura, con la esperanza de encontrarse a Jonathan al otro lado, cayó en la cuenta de que él no debía de saberse el código del portal. Hacía más de dos años que él no iba a su casa y el administrador lo había cambiado desde entonces. Hasta dos veces. ¿A quiénes conocía que lo supieran?, se preguntó al mismo tiempo que abría la puerta.

—Hola, perdona que venga tan tarde, espero no haberte despertado.

Por supuesto.

Él se sabía el código.

Valdemar.



Un KWC Chardonnay 2014.

Ursula desenroscó el tapón y se sirvió. El vino blanco se tiñó tenuemente de rosa por las pocas gotas que quedaban de tinto en el fondo de la copa. Seguro que un sumiller habría perdido los estribos, pero ella no era ninguna experta. Sin embargo, le pareció recordar que Bella, alguna vez, había comentado que nunca te podías equivocar con un Chardonnay, por lo que debía de ser así como había llegado a su nevera. ¿Era un error mezclar tinto con blanco, pensando en el futuro dolor de cabeza, o era sólo un mito? En la botella de tinto que tenía en la encimera quedaba para servirse una copa y media, pero tenía ganas de más. Era una mala noche. Cierta decepción por no haber llegado a ningún sitio en el caso. Un informe que los técnicos en Arlanda le habían enviado a última hora y que ella tenía que revisar. Una noche más entre otras tantas en el piso, sola. Sin que Torkel fuera siquiera una alternativa. Pero ¿qué se había esperado?

¿Que él la anhelara y la cortejara por siempre? ¿Que él se dejara rechazar una y otra vez y, aun así, volviera? Ella le había dejado claro que nunca habría un nosotros. Que él no le podía dar lo que ella quería. Que nadie podía. Era obvio que él buscaría a otra persona. A Lise-Lotte. Ursula sólo podía culparse a sí misma. Casi había regalado a Torkel.

Regresó al salón, donde la tele estaba encendida pero en silencio. Viejos capítulos de «Cómo conocí a vuestra madre», una serie que emitían continuamente en todos los canales, le daba la sensación, pero de la que ella nunca había visto un capítulo entero. Dejó la copa de vino en la mesa al lado

de su iPad. Se sentó en el sofá, quitó la comedia y se quedó con algo que parecía un documental. Lo dejó puesto, se llenó la boca de vino y con un suspiro cogió el iPad. El informe técnico del aparcamiento de larga estancia en Arlanda confirmaba lo que ya sabía. Una carga explosiva colocada en la parte frontal de la autocaravana. La primera explosión prendió fuego al gas butano y a la gasolina, y aumentó el efecto destructivo. En el informe aparecían un buen puñado de fórmulas, y aunque Ursula las tradujera como ácido clorhídrico, agua oxigenada y acetona, la comprensión sólo aumentaría ligeramente entre el resto del equipo.

Se lo pondría fácil.

Les contaría lo que necesitaban saber, no más.

La fabricación era sencilla: un recipiente grande con sustancias que en sí no eran explosivas. Por encima, otro recipiente con otra sustancia y con una especie de tapón en medio que impedía que ésta cayera. El líquido del recipiente superior corroía el tapón en un tiempo determinado. Cuando la barrera desaparecía, se desataba una reacción química y los líquidos que por separado eran inofensivos se convertían en una bomba.

Los técnicos creían que el tapón, en este caso, había sido de aluminio, y que la sustancia de la parte superior lo había corroído a un ritmo de cuatro centímetros por hora. Habían pasado más o menos treinta minutos entre que el hombre que habían visto en las grabaciones de las cámaras de seguridad había abandonado la autocaravana hasta que ésta había estallado, lo cual indicaría que el tapón de aluminio tendría unos dos centímetros de grosor.

Como una eventualidad, Úrsula les explicaría que la mezcla guardaba grandes parecidos con el TATP, pero que el hombre al que buscaban había logrado estabilizarla de alguna manera y hacerla notablemente menos sensible a los golpes, lo cual —con toda seguridad, esto era la aportación más importante que haría en la puesta al día de la mañana siguiente— señalaba que la persona a la que buscaban tenía conocimientos en química. Avanzados, incluso.

Dejó el iPad a un lado y dio otro trago de vino. ¿Y ahora? Sabía, sin necesidad de tocar el mando a distancia, que a esas horas no encontraría nada que fuera de su interés. Podría llamar a Bella. Hacía tiempo que no hablaban.

No logró recordar exactamente cuánto, pero varias semanas, de eso estaba segura, mucho antes de que fueran a Ulricehamn, así que quizá ya iba siendo hora.

Justo después de la herida de bala, cuando Ursula había perdido el ojo, Bella había bajado desde Uppsala, había estado a su lado, presente, preocupándose, atenta. Luego, cuando el peligro inminente para la vida de Ursula había pasado y quedaba claro que se recuperaría y que podría llevar un nuevo ojo artificial, su relación había retrocedido a la normalidad.

Mucho tiempo entre las llamadas.

Siempre era Ursula quien tomaba la iniciativa.

Como ahora.

Bella respondió al tercer tono. Música de fondo, pero sin voces ruidosas que indicaran que estaba por ahí. Por si acaso, Ursula preguntó si la molestaba, pero obtuvo un «no pasa nada» por respuesta. Después, la conversación se desarrolló como de costumbre.

Ursula le preguntaba cómo estaba y ella contestaba.

Ursula quería saber cómo le iban los estudios de Derecho y Bella respondía en pocas palabras.

Ursula le contaba lo que había hecho en los últimos días y Bella la escuchaba sin hacer preguntas.

Siempre siguiendo el patrón establecido. En cuanto Ursula dejaba de ser proactiva se hacía silencio, como si no hubiese nada que Bella quisiera saber o contar. Hasta el final, cuando Ursula le preguntó si pensaba bajar a casa en algún momento durante el verano.

—Estuve en Estocolmo el fin de semana pasado.

Ursula no pudo contener su sorpresa, y, al cabo de un breve instante, cuando concluyó que ella también había estado en casa el fin de semana anterior, una cierta decepción.

—¿Qué hacías aquí?

—El sábado fue el cumpleaños de una amiga.

—¿Por qué no me dijiste nada? —La voz seguía tiñéndose de un matiz de decepción que a Bella pareció pasarle inadvertido del todo.

—Estuve muy liada.

—Entonces ¿no viste tampoco a tu padre?

Un breve silencio que a oídos de Ursula significaba que Bella estaba sopesando si mentir o no.

—Sólo un momento... —La verdad. Siempre era algo.

—¿Cuándo?

—El domingo. Estuvimos almorzando.

Ursula no necesitaba preguntar. Con ese plural se refería a Micke, a ella misma y a Amanda, la nueva novia. No había mucho más que decir, ni sobre la visita a Estocolmo ni nada. Así que colgaron.

Ursula cogió la copa de vino y se volvió a hundir en el sofá. Bella era la niña de papá. Siempre lo había sido. De nuevo, sólo podía culparse a sí misma. Había mantenido cierta distancia durante toda la infancia de Bella, por temporadas incluso se había mudado y los había dejado solos. Sí, había empujado activamente a su hija hacia Mikael, por lo que las prioridades de Bella no le vinieron por sorpresa. Pero acentuaban la soledad de Ursula. Una noche en la que ya se sentía sola. Su mente retornó por un momento a Torkel y a la copia de Meg Ryan con la que se estaba acostando. Se los quitó de la cabeza. Para qué martirizarse más de lo necesario. Vació la copa y se levantó, las piernas un tanto inestables, para servirse otra.

Torkel llamó una hora después de que el artículo y la entrevista aparecieran colgados en internet. Había recibido la llamada de una alterada Rosmarie Fredriksson, que, por lo visto, había reaccionado fuerte tanto al titular más grande, «El Asesino de los Realities, destripado por la policía», como al que era un poco más discreto, «Sebastian Bergman: “El tío es un imbécil”».

Sebastian había tratado de defenderse alegando que no era él quien ponía los titulares, a lo que Torkel había respondido leyendo partes del texto en voz alta y eligiendo algunas de las citas más agresivas, que rozaban la calumnia. Sebastian había intentado quitarle hierro al asunto. Si la jefa estaba como una mona, probablemente no sería nada comparado con cómo estaría el asesino.

Querían zarandearlo. Sacarlo de sus casillas.

Ése era el plan.

Ciertas medidas eran necesarias.

El argumento cayó como una piedra para Torkel. Habían estado de acuerdo en que Sebastian iba a controlarse, ser disciplinado y mostrarse como un contrincante digno, no abrir las esclusas por completo. Sebastian constató que, por una parte, a esas alturas Torkel ya debería conocerlo lo bastante bien como para saber que él no se controlaba y, por otra, ya era demasiado tarde para hacer nada al respecto. Todo estaba publicado, pero prometió asumir la responsabilidad si a Torkel le surgían problemas.

—Genial —opinó Torkel—. Porque Rosmarie quiere vernos a los dos en cuanto llegue mañana por la mañana para que le demos explicaciones.

Después de la conversación, Sebastian subió a uno de los bares de la calle

Storgatan y se pidió una ensalada de atún. No tenía demasiada hambre, pero necesitaba tomar el aire y comer algo.

Cuando volvió a casa, había alguien esperando en su portal.

Anna Eriksson.

Por un segundo pensó en escabullirse, pero ella ya lo había visto en cuanto había doblado la esquina. Sebastian se obligó a caminar con tranquilidad hasta ella, aunque su interior iba a mil por hora. Al acercarse observó que tenía un aspecto de lo más ajado. No cabía duda de que algo había pasado.

—¿Qué haces aquí? —preguntó, haciendo un esfuerzo por sonar amable.

—Valdemar me ha dejado —respondió ella, y lanzó a Sebastian una oscura mirada acusadora—. Es culpa tuya —añadió sin poder contener un sorbido iracundo de la nariz.

Sebastian la miró cansado. Siempre culpa de otro.

—¿En qué sentido es culpa mía? —planteó, ya sin ninguna intención de sonar afable.

—Si no hubieses aparecido, nada de esto habría pasado.

—Si tú no le hubieses mentido toda su vida, tampoco habría pasado —indicó tajante.

—Lo hice por ella. Lo sabes —respondió Anna, y lo miró con ojos extenuados.

Luchaba por contener las lágrimas. «Debe de estar agotada», pensó Sebastian. Por defender constantemente una postura que hacía mucho tiempo que debería haber entendido que era insostenible. Había algo en ello que la volvía humana, y Sebastian sintió por primera vez que a lo mejor podía llegar a ella.

—Nunca he querido arrebatártela —dijo con cuidado—. Sólo he deseado tener una relación con mi hija. Nada más.

Ella lo contempló enmudecida, negando prácticamente sin fuerzas con la cabeza.

—Suerte. Valdemar cree que la puede recuperar a base de distanciarse de mí. Hará todo lo que esté en sus manos por ella.

Sebastian notó de pronto un frío que se extendía desde el estómago.

—¿Te ha dicho eso? —preguntó.

—Me ha dejado para recuperarla a ella. ¿No te das cuenta? Te relacionarás con ella lo mismo que yo.

Una lágrima solitaria cayó por su mejilla y Anna, irritada, se la secó con la manga de la chaqueta. Sebastian se quedó en silencio, observándola. La mujer que tenía delante ya no era ninguna contrincante. Ya lo había perdido todo. Ahora le tocaba a él no seguir el mismo camino.

La invitó a subir al piso. No podían quedarse allí fuera. Empezaba a hacer frío y, para qué negarlo, quería saber más. ¿Cuál era el plan de Valdemar? ¿Cuál era la relación entre él y Vanja?

Entraron, y Anna se quitó la chaqueta al mismo tiempo que paseaba la mirada.

—No sabía que tuvieras un piso tan grande.

—No, para tener una hija juntos no nos conocemos demasiado —respondió él, y trató de sonreír.

Anna le correspondió el gesto. Más por cansancio que por otra cosa. Él la invitó a pasar a la cocina y le ofreció un té. Ella aceptó la invitación y se sentó a la mesa.

—¿Sabe Valdemar quién soy en realidad? —preguntó Sebastian con curiosidad, y puso una olla en el fogón.

—Yo no se lo he contado. Pero supongo que sólo es cuestión de tiempo hasta que se entere.

Tenía razón. Vanja se lo explicaría. Ella jamás alimentaría una mentira. Ella era sincera desde el principio. Una característica que no había heredado de ninguno de sus progenitores.

—Entonces, ¿ahora él está con ella? —preguntó Sebastian, decidido a obtener tanta información como le fuera posible sobre la nueva situación que se había dado.

Si quería vencer a Valdemar, tendría que estar bien informado, era la llave del éxito.

—No lo sé. Me ha dicho que iba a verla. —Anna bajó la mirada a la mesa—. Está tan enfadado conmigo...

Se estiró para coger el rollo de papel de cocina que había sobre la mesa y

arrancó un trozo, se secó la cara con un movimiento rápido y se sonó. Sebastian sintió pena por ella.

—Todo el mundo parece estar enfadado con nosotros —dijo.

—Desde luego.

—Pero a lo mejor tienen derecho a estarlo. A lo mejor nos lo merecemos —continuó él pensativo.

Anna negó con la cabeza.

—A mí no me parece que me merezca esto.

Sebastian dejó que su última frase pasara sin hacer ningún comentario. Comprendió que ella jamás asumiría ningún tipo de responsabilidad sobre lo que había sucedido. Se había enterrado tan hondo entre mentiras y defensas que ahora le era imposible salir de ahí. Sería demasiado doloroso. Confrontar todos sus errores la destrozaría. Así que callaron los dos. Sebastian intuyó que ella ya no podría ayudarlo con más información sobre Valdemar. Anna ya no sabía nada. No tenía nada. Por eso había bajado la guardia y estaba sentada en su cocina. Él estaba apoyado en la encimera observándola. Le llamó la atención que se le hiciera tan normal tenerla allí.

—Nunca me olvidaré de cuando te presentaste, después de tantos años —manifestó ella de pronto entre dientes.

Sebastian supuso que su cabeza había dado un salto atrás en el tiempo, tratando de hallar el momento en que todo había comenzado a ir mal, cuando ella había perdido el control.

—Te plantaste en la puerta.

—Sólo quería saber si era cierto. Si era mía. Tampoco es tan extraño, ¿no?

Anna alzó la cabeza para mirarlo, ya no se molestó en limpiarse las lágrimas.

—Yo sólo intentaba mantenerlo todo en pie —aclaró—. Pero no funcionó.

Sebastian sirvió una taza de agua caliente, metió una bolsita de té y se la pasó. Él no se preparó nada, pero se sentó al lado de Anna.

Allí estaban los dos.

En su cocina.



Los dos a los que Vanja no quería.

El impulso salió de ninguna parte. Infantil y desacertado. Estúpido. Pero tan prohibido que le parecía atractivo.

Pensaba acostarse con ella.

Pensaba dejárselo claro a Valdemar. Si él cogía algo que era de Sebastian, Sebastian cogería algo que fuera suyo. En verdad, no era algo que quisiera tener, pero era mejor que nada. Se inclinó hacia delante.

—Anna... —dijo, y esperó a que ella se cruzara con su mirada—. Sé que ahora mismo es todo muy difícil, pero al menos me alegro de que estés aquí, de que hayamos tenido la oportunidad de hablar un poco.

Anna asintió con la cabeza.

—Yo también —respondió.

—Si no nos ponemos trabas el uno al otro, seguro que podremos resolverlo —dijo en voz baja y en tono profundo.

Mentira, por supuesto. Vanja nunca perdonaría a su madre, y él jamás se aliaría con ella, pero Anna se limitó a decir que sí, quería creerse la mentira, que había una solución. Sebastian se estiró con cuidado y cogió la mano de Anna con la suya. Ella la retiró, pero no con desprecio, sino más bien vigilante. Él acompañó el movimiento y ella dejó que la tocara. Sebastian buscó más hondo en sus ojos. Las lágrimas se habían secado, pero la tristeza y la desesperación seguían allí.

Él estaba expectante. Las mujeres como Anna solían dejarse llevar. El sexo cuya función primordial era olvidar lo sola que una estaba acostumbraba a ser de lo más intenso.

Terriblemente excitante, por un lado.

Increíblemente estúpido por otro, si se detenía a pensarlo un segundo.

Pero era imposible abstenerse.

Se inclinó más cerca de ella. Inseguro de si avanzaba demasiado deprisa, ¿debería decir algo más de lo que ella quería y necesitaba escuchar? Pero le pareció ver cómo ella separaba los labios un poco, probablemente sin darse cuenta, y cómo desplazaba el peso en la silla algunos centímetros en dirección a él. Sebastian aguantó en silencio, le puso una mano sobre el brazo y se inclinó hacia delante. Sus labios se encontraron. Él notó que la

respiración de Anna se volvía más pesada. Ella abrió la boca y dejó entrar la lengua de Sebastian. Dejó que la suya propia la rozara. Él percibía el deseo de Anna, aunque ella tratara de contenerlo. Sebastian la hizo levantarse y se pegó a su cuerpo. Ella respondió acariciándole la espalda y mordiéndole con suavidad el labio, soltó un leve jadeo. Él le subió la blusa y metió las manos. Las deslizó por su espalda desnuda. Una de las manos fue a buscar el sujetador; la otra, la cintura de los pantalones. Él notó que las manos de Anna se apartaban de su espalda y buscaban sitio entre los dos cuerpos. Estaban igual de exploradoras que las de él, o más. Con una, Anna empezó a desabrocharle el cinturón mientras que con la otra le acariciaba la polla por fuera de los pantalones.

Nadie se iba a enterar.

Fue lo último que pensó Sebastian antes de que los dos se dejaran caer juntos al suelo de la cocina.

Nadie se iba a enterar.

En la mesa de la cocina había una nota de My cuando Billy entró para desayunar algo rápido. Para su gran alivio, la noche anterior My ya estaba dormida cuando él había llegado a casa, y por la mañana se había levantado sin despertarlo. Se dijo a sí mismo que ella no lo estaba evitando, que no estaba enterada. Que si hubiese sospechado algo, se lo habría dicho a la cara. No era su estilo meter bajo la alfombra los eventuales problemas que pudieran surgir. A Billy le pareció que la nota confirmaba su teoría. Le decía que no había tenido fuerzas para esperarlo despierta, que deseaba que le hubiese ido bien en el trabajo y que ya se verían por la tarde. Terminaba con un beso.

Billy sacó un yogur y zumo de la nevera, y cereales del armarito de encima. Cogió un plato hondo, un vaso, una cuchara y se sentó a la mesa de la cocina. Sacó el teléfono, pensaba mirar si habían surgido noticias nuevas durante la noche, pero se detuvo al ver la hora.

Casi las siete y media.

Demasiado temprano, seguro, pero merecía la pena intentarlo.

El día anterior había conseguido ponerse en contacto con Katie Barnett desde el piso de Jennifer. Le había explicado el motivo de su llamada. Necesitaban saber si Olivia Johnson estaba reemplazando a alguien que, por alguna razón, hubiese rechazado la beca. Katie había entendido perfectamente lo que quería decir, pero lamentaba no poder ayudarlo. Los estudiantes se responsabilizaban de financiar sus estudios y solicitar las becas. Así que los únicos que podían saber si Olivia Johnson era la primera

de la lista de reservas era la organización que había concedido la beca.

En este caso, la Fundación Suecia-Estados Unidos.

Billy le había dado las gracias y había visto claro que era de lejos demasiado tarde para poder hablar con nadie de allí. Después, Jennifer se había vuelto a acurrucar a su lado y se habían quedado tumbados, bien enmarañados hasta que le había llegado la hora de irse a casa.

Ahora marcó el número de la fundación y, para su sorpresa, oyó que alguien cogía el teléfono al otro lado del hilo. Se presentó y explicó la razón de su llamada. Apenas podía asimilar la suerte que había tenido. El hombre con el que hablaba podía ayudarlo, desde luego que sí. No tenía que pasarlo con nadie, ni llamar a otra persona, ni devolverle la llamada más tarde ni solicitar los datos por la vía oficial. Billy oyó una silla de oficina rodando por el suelo y se imaginó al hombre sentándose delante del ordenador más cercano, dispuesto a echar una mano. ¿De qué fechas estaban hablando? ¿Tenía Billy algún nombre u otros datos que pudieran serle útiles?

Billy le dio todo lo que tenía y al cabo de tan sólo unos minutos obtuvo los resultados.

Un nuevo nombre.

—Un tal Robin Hedmark consiguió una beca completa, pero la rechazó por motivos personales.

No era habitual ver a Billy exaltado por cuestiones de trabajo. No era habitual ver a Billy exaltado por ninguna razón, pero ahora Vanja pudo oír una excitación inconfundible en su voz al teléfono.

—¿Qué sabemos de él? —preguntó al mismo tiempo que se ponía el top negro de la noche anterior.

—Por el momento, nada, pero ya estoy de camino al trabajo —dijo Billy, y Vanja oyó una rabiosa bocina de un coche que pasaba.

Con una sonrisa supuso que Billy no estaría respetando todas las normas de tráfico vigentes en su trayecto a Kungsholmen.

—Sabré más dentro de una hora.

—¿Has llamado a Torkel?

—Todavía no, he empezado por ti, fuiste tú quien vino con la propuesta.

Vanja salió al recibidor, lanzó una mirada al espejo y se mesó el pelo con una mano. Vio que volvía a sonreír. Era así como debía ser entre ella y Billy. Lo había echado de menos.

—En verdad, fue Sebastian, pero gracias.

—De nada. Nos vemos luego.

Y se hizo silencio. Vanja se miró una vez más en el espejo. Un poco de sombra bajo los ojos. No había dormido muchas horas, pero la noticia de Robin Hedmark la había hecho despabilarse, lo que no habían conseguido la ducha matutina ni las dos tazas de café solo.

Un nombre nuevo. Nuevas posibilidades. Una pista.

Descolgó la chaqueta del perchero, metió los pies en los zapatos, abandonó el piso, bajó por la escalera, atajó por el césped hasta el coche y se dejó caer en el asiento del conductor. Allí se quedó sentada. Como si la nueva energía no le diera para más.

Valdemar.

Lo único que Vanja había tenido en la cabeza era su visita, hasta que Billy la había llamado, y ahora el recuerdo volvió a apartar todo lo demás.

Le había pedido permiso para entrar.

Le había costado mirarla a los ojos.

Tan vulnerable. Tan débil. Tan resentido.

Habían terminado en la cocina con sendas tazas de té enfriándose, y él le había contado lo que en verdad ella ya sabía.

Le había dicho que su relación con ella era la más importante de su vida.

Le había pedido disculpas por el intento de suicidio. Comprendía que era lo más cercano a una extorsión. Pero no era eso lo que había querido, no era así como quería recuperarla. Quería ganarse su cercanía, su confianza, su amor.

Le había prometido que haría todo cuanto estuviera en sus manos para conseguirlo.

Vanja giró la llave y echó un vistazo hacia atrás antes de incorporarse a la calle Värtavägen. Encendió la radio, subió el volumen, pero su mente retornó a la noche anterior.

Valdemar había comprendido que él y Anna no podrían resolver la situación juntos. Ella estaba tan hundida entre mentiras y defensas que era incapaz de hacer una aproximación.

Así que había roto con ella. Así de importante era Vanja para él.

Vanja le había preguntado si sabía quién era su padre biológico. Valdemar le había dicho que no. Anna nunca se lo había dicho, él nunca lo había preguntado. Ahora tampoco lo había hecho. No necesitaba saberlo. Eso sólo era biología. En su corazón, él era su padre. No era algo que un pequeño análisis de sangre pudiera cambiar.

Vanja giró a la izquierda por la avenida Valhallavägen, cogió la calle Banérgatan, pasó por delante de la escuela Östermalmsskolan. No era el camino a la comisaría de Kungsholmen.

Era el camino a casa de Sebastian.

El segundo padre.

Cuando Billy la había llamado para contarle que había encontrado un nuevo becado, ella había decidido que pasaría a recoger a Sebastian por su casa. Al fin y al cabo, era él quien los había conducido hasta allí y era a ella a quien había llamado para comentarle su intuición. Pensaba darle una sorpresa, premiarlo con un trayecto en coche juntos, y esta vez pensaba hablar con él, estaba obligada a hablar con él.

No había podido mantener la guardia firme. Valdemar había llorado. Pero no fueron sus lágrimas lo que la había tocado, sino su más absoluta sinceridad. Su predisposición a pedir disculpas por sus errores, a hacerse responsable de sus actos, a mostrar que estaba dispuesto a cambiar. Pensaba ayudar al fiscal, reconocerlo todo acerca de su implicación en delitos financieros y asumir su castigo. Y, siendo francos, él era quien menos había traicionado a Vanja. Él había sabido que ella no era hija suya y no había dicho nada. Más que nada porque Anna se lo había prohibido. Pero también porque no había visto la necesidad. A sus ojos, ella era su hija. La quería más que a nada en el mundo, y Vanja lo había querido a él durante muchos años. ¿Por qué destruirlo con la verdad sobre un hombre desconocido en alguna parte?

Lo que pasaba era que ya no era ningún desconocido.

Era más real de lo que podía ser.

Su segundo padre.

No es que Vanja tuviese que escoger, podría tenerlos a ambos en su nueva vida, si así lo decidía y si creaba una.

Pero tenían que ser sinceros.

El día anterior le había vuelto a servir de prueba de lo importante que era para ella. La sinceridad. Pensaba darle a Sebastian una oportunidad para, igual que Valdemar, ser completamente sincero con ella. Había cosas que le dolían en lo referido a él.

Cosas en las que ella había decidido creer porque así era más fácil.

La formación del FBI que se perdió, por ejemplo. ¿Tenía Sebastian algo que ver con eso? Si Vanja buscaba en lo más hondo de sí misma, sospechaba que sí que había tenido que ver. Otro asunto era cómo habían salido a la luz los delitos de Valdemar. Todas las vueltas que le daba al asunto se acercaban demasiado a Sebastian como para que Vanja pudiera descartar del todo su implicación.

Pero no lo sabía con certeza.

Le daría una oportunidad.

Era hora de dejar de querer creer para pasar a creer de verdad.

Cogió la calle Styrmansgatan, a dos esquinas de donde vivía Sebastian. El primer edificio de la izquierda. No había contado con encontrar aparcamiento y se alegró de toparse con dos sitios libres justo delante. Echó un vistazo al reloj. Las siete pasadas. Él casi nunca llegaba al trabajo antes de las ocho, así que seguro que estaría en casa. A menos que se hubiese estado tirando a alguien y hubiese dormido allí, claro.

Justo iba a bajarse del coche cuando el portal del número 18 se abrió. Por un breve instante, Vanja pensó que estaba de suerte, que había sincronizado a la perfección su llegada, pero no era Sebastian quien salía.

Era Anna.

Su madre.

La mujer con la que Sebastian le había prometido no volver a hablar nunca.

Torkel estaba contento cuando entró en la oficina. Lise-Lotte y él habían salido a cenar la noche anterior y luego habían regresado a casa dando un largo y romántico paseo. Era una mujer maravillosa con la que estar. Coqueta, femenina, lista y con esa chispa de humor que siempre podías ver en sus ojos. Era tanto sensual como atrevida, pero, sobre todo, generaba en Torkel una sensación de amor. No hacían falta las palabras cuando ella lo contemplaba. Torkel no recordaba que Lise-Lotte tuviera aquella mirada cuando eran jóvenes. En aquella época era mona. Ahora era hermosa.

En el trabajo la cosa también avanzaba. Billy había dado con un nuevo nombre, Robin Hedmark, un estudiante de doctorado que debería haber ido al MIT pero a quien le había surgido algún impedimento. El equipo había quedado en breve para reunirse en la sala para escuchar qué más había encontrado. El único contratiempo de aquella mañana era que tenía todos los números de tener que verse con Rosmarie. Había logrado cancelar la reunión con ella a primera hora gracias a la nueva pista sobre Hedmark, pero le costaba creer que fuera la última vez que supiera de ella en todo el día. Incluso en la tertulia matutina de TV4 habían comentado la jugada tan agresiva de Sebastian y cómo la policía parecía desesperada y poco profesional.

Llegó a su despacho y dejó la bolsa. Intentaría repasar su buzón de entrada antes de la reunión. Apenas había encendido el ordenador cuando Vanja entró por la puerta como un torbellino. Él alzó la cabeza y la miró alegre.



—Hola, Vanja. ¿Todo bien?

Ella lo contempló con frialdad en los ojos y negó con la cabeza. Torkel comprendió que algo había pasado y se alejó unos pasos del escritorio hacia ella.

—¿Qué pasa? —dijo en un tono más grave al acercarse.

—No quiero que Sebastian continúe —contestó con una voz que se quebraba por la rabia contenida.

Torkel se la quedó mirando.

—¿Qué ha hecho ahora? —preguntó consternado.

—No importa, no quiero que trabaje más con nosotros.

Los ojos de Vanja centelleaban. Torkel nunca la había visto tan colérica. Tenía las mejillas y el cuello rojos por la ira que le hervía por dentro.

—Me dijiste que bastaba con que te avisara para hacerlo desaparecer. Ahora te aviso —espetó.

Ya no quedaba ninguna duda de que hablaba en serio. Torkel trató de calmarla.

—Vale. ¿Puedo saber por qué? Algo tiene que haber hecho.

Vanja le lanzó una mirada punzante. Era obvio que no quería contárselo.

—¿Vas a hacerlo o tengo que amenazar con irme yo? Puedo hacerlo si quieres.

Torkel optó en el acto por retroceder.

—Vale, vale. Entiendo —afirmó.

De todos modos, en algún momento terminaría sabiendo el motivo, y puestos a elegir entre ellos dos no cabía duda alguna de a quién elegiría. Pero el momento era el peor imaginable. Acababan de hacer la entrevista y, aunque Sebastian hubiese ido demasiado lejos, podría ser que ahora lo necesitaran. Al menos un tiempo más. Torkel miró a Vanja pero enseguida se dijo que no merecía la pena intentar argumentar con ella. La expresión de su cara lo decía todo. Tendrían que apañárselas sin Sebastian.

—Vale, llamaré de inmediato —afirmó al cabo de unos segundos.

—Bien —se limitó a decir ella, y desapareció con la misma velocidad a la que había entrado.

Torkel la siguió con la mirada antes de volver al escritorio. Cogió el

teléfono fijo y marcó el número de Sebastian. ¿Qué habría hecho en esta ocasión? Algo gordo tenía que ser.

—Hola, Torkel. ¿Te ha vuelto a llamar Rosmarie? —oyó que decía Sebastian al contestar. Sonaba burlón y casi un poco alegre. O bien era un actor excelente o bien no tenía realmente ni la más remota idea de por qué Torkel lo estaba llamando.

—No.

—Ah, ¿entonces?

—Te eximo de tus obligaciones laborales con efecto inmediato —dijo Torkel en el tono más oficial que pudo.

Oyó que Sebastian soltaba un jadeo de sorpresa al otro lado.

—¿Cómo? ¿Por qué? No puedes hacer esto, ¿no?

Torkel decidió no alargar la llamada ni dejarse arrastrar a un debate argumentado.

—No pienso discutirlo. Tu pase de acceso dejará de funcionar. Si tienes algún gasto pendiente, puedes enviar el recibo.

—Pero espera, no lo entiendo. ¿Es Rosmarie? Puedo arrastrarme un poco por ella, puedo arreglarlo —suplicó Sebastian.

—No es Rosmarie. Es decisión mía.

—Entonces tiene que ser Vanja. ¿Es Vanja?

Torkel respiró hondo antes de continuar.

—No estás contratado. No tienes convenio. No tengo por qué darte ninguna explicación.

—Pero somos viejos amigos.

—Sólo cuando a ti te interesa, por desgracia.

Sebastian se quedó callado. Torkel casi pudo oír cómo trataba febrilmente de comprender.

—Pero espera, quieras que no, hemos trabajado juntos en un buen puñado de... —oyó Torkel que decía antes de interrumpirlo.

—Gracias por la ayuda, Sebastian. Voy a colgar. —Y colgó.

Suspiró hondo.

Con lo bien que había empezado el día...

La sensación de expectación en la sala casi podía cortarse con un cuchillo cuando Torkel entró. Billy ya estaba preparado delante de la pizarra con una expresión de impaciencia en la cara, como si fuera a reventar si no podía contar pronto lo que sabía. Vanja estaba sumida en el material impreso que tenía delante y ya estaba tomando notas. Ursula era la única que parecía un tanto alicaída, reclinada en su silla y pegando tragos largos a uno de los botellines de agua.

—De acuerdo, empieza —dijo Torkel al mismo tiempo que tomaba asiento.

—¿No esperamos a Sebastian? —preguntó Ursula.

—No viene —respondió Torkel en un tono con el que esperaba no invitar a preguntarle nada más.

—¿Por qué no? —continuó Ursula.

—Ya no trabaja en este caso —respondió Torkel, y miró a Vanja, que asintió con la cabeza a modo de agradecimiento.

Ursula observó el silencioso intercambio de miradas y prefirió no hacer más preguntas. Era obvio que la ausencia de Sebastian se debía a acontecimientos en el plano personal y no profesional, y no tenía ningunas ganas de meterse en eso.

Torkel hizo un movimiento de cabeza mirando a Billy para que procediera. Éste señaló una nueva foto que había colgado en la pizarra. Un hombre joven, un tanto regordete, el flequillo hacia un lado, gafas y una tez marcada por el acné que debió de tener en algún momento de la adolescencia.

—Robin Hedmark, veintidós. Estudió Química en la URT. Le concedieron una beca de dos años para el MIT, pero la rechazó tres semanas antes de que comenzara el trimestre. Su madre murió y no podía dejar solos a sus hermanos pequeños.

Billy hizo una breve pausa como para dar espacio a posibles reacciones al trágico suceso. No hubo ninguna.

—Así que si partimos de la base de que nuestro hombre se estaba refiriendo a Robin, tenemos, al igual que en Ingeniería Biomédica, a dos profesores y un catedrático —continuó, a la vez que se inclinaba sobre la mesa y pescaba una nueva foto—. Este de aquí es, sin duda, el más interesante de los tres.

Colgó la foto en la pared. Varón, unos cincuenta años. Aspecto normal, calvicie incipiente, gafas de montura metálica y una barba tupida pero bien cuidada. Sin rasgos llamativos. Torkel tuvo la sensación de que podría toparse con ese hombre, quizá incluso hablar con él, sin recordarlo a posteriori, y aún menos ser capaz de describir su aspecto. Había personas que, simplemente, no se le quedaban en la memoria, y eso que era bueno con las caras.

—David Lagergren, uno de los profesores —lo presentó Billy y se apartó un paso de la pared.

—Ese nombre me suena —dijo Torkel.

—El cuñado de Christian Saurunas —asintió Billy—. O excuñado, estaba casado con su hermana Laura. Él es el dueño de la cabaña en Härjedalen.

Breve silencio mientras la nueva información se iba asumiendo.

—Entonces, Saurunas podría haber ido perfectamente a su casa cuando lo soltamos —pensó Torkel en voz alta.

—Para devolverle las llaves —añadió Vanja.

—Eso podría explicar por qué no llamó primero, le tenía suficiente confianza, a lo mejor lo estaba esperando.

—¿Tiene algo más que lo convierta en interesante para nosotros? —quiso saber Ursula, y alargó el brazo para coger un segundo botellín de agua.

—Desde luego. —Billy se inclinó de nuevo sobre la mesa y cogió un folio impreso—. Se presentó a la cátedra hace un tiempo y estaba bastante

seguro de que se la darían.

—Pero no fue así.

—No, se la dieron a otro. Lagergren reclamó a todos los niveles, pero no consiguió nada.

—Una derrota o contratiempo personal que podría haberlo espoleado —asintió Ursula—. Tal y como dijo Sebastian —añadió.

Más que nada, porque podía.

Siempre había alguien a quien le mosqueaba.

Ella había estado de mal humor desde que se había despertado con la cabeza a punto de estallarle, sobre las cinco y media de la mañana.

—¿Sabemos dónde se encuentra ahora Lagergren? —preguntó Torkel sin hacer ni una mueca que revelara si había oído o no el comentario de Ursula.

—He llamado a la URT —dijo Billy—. Lleva de baja tres meses, no se reincorporará hasta después de verano.

—¿Tenemos su domicilio?

—La dirección de su casa y la de la cabaña en Härjedalen.

—¿Qué hacemos?

Era Vanja la que preguntaba. Torkel se quedó pensando. Sopesó pros y contras. No tenían gran cosa contra Lagergren. Siendo generoso, quizá se los podía llamar indicios. Si lo detenían sin que él reconociera nada en un interrogatorio o sin que encontraran evidencias científicas, lo tendrían complicado para que un fiscal aceptara ponerlo en prisión preventiva. Por otro lado, si no lo detenían, tampoco podrían buscar pruebas, y si él era quien ellos creían, había matado a cinco personas y había dejado ciega a una chica joven. Era una persona a la que Torkel no le gustaba tener suelta por la calle. Sobre todo si, tal como había dado a entender en la entrevista de Weber, aún no había terminado. Si estaba lejos de ello.

—Vamos a por él.

Sebastian había llamado a Vanja por lo menos diez veces. Y cada vez ella le colgaba. Él le mandaba mensajes sin obtener respuesta.

Al final llamó a Anna.

Era la única explicación a los acontecimientos de la mañana que se le ocurría. Que, de alguna manera, ella le hubiese hecho sabotaje. Que no hubiese sido él quien la había seducido a ella, sino al revés.

Para deshacerse de él de una vez por todas.

Para meter cizaña entre él y Vanja.

Sin duda, era de lo más plausible, pero le costaba creerlo. Nada de la noche anterior le había parecido premeditado ni fingido. Ciertamente que por la mañana le había resultado un tanto incómodo que ella se vistiera y saliera a hurtadillas sin desayunar, pero habían estado hablando, de todos modos. Habían decidido entre los dos que lo mejor sería mantener el encuentro en secreto.

—¿Se lo has contado a Vanja? —le preguntó enfadado a Anna cuando por fin contestó al teléfono.

—¿Qué? —Sonaba como recién levantada.

—Me han echado del trabajo y Vanja se niega a hablar conmigo, así que te lo vuelvo a preguntar: ¿le has contado lo nuestro?

Anna pareció despertar de golpe. Su voz recobró el vigor.

—¿Por qué iba a hacerlo?

—No sé, como una especie de venganza infantil. Ayer dijiste que todo lo que había pasado era culpa mía.

—Pero después me acosté contigo.

Sebastian calló. Era cierto. La Anna que había estado en su cocina era otra diferente a la que se había encontrado en el portal, y si no era auténtica era una actuación digna de un Oscar.

—¿Qué ganaría yo contándoselo?

—Uno no se venga para ganar algo con ello, uno se venga por venganza.

Anna dio un largo suspiro, no tanto de rabia por verse acusada como de decepción.

—¿De verdad crees que he sido yo?

—No lo sé, ¿has sido tú?

—No, me he ido directa a casa y me he echado a dormir. Me has despertado.

Sebastian no logró decidir si la creía o no. Si había algo que tenía claro de Anna era que sabía mentir de forma verosímil.

—Pero algo tiene que haber sido. Ayer hablé con ella. Antes de que vinieras. Entonces estaba todo bien.

—¿Sabes qué? No quiero verme metida en esto. —De pronto, Anna sonó cansada—. Pareces tener más contacto con Vanja que yo, así que pregúntaselo a ella. —Y luego colgó.

Sebastian se quedó sentado con el móvil en silencio en la mano. Irritado, lo dejó en la mesa, se levantó y dio un paseíllo frustrado por la sala de estar.

¿Qué demonios había ocurrido?

La entrevista se le había ido un poco de las manos, pero si se trataba de eso, Torkel se lo habría dicho. Rosmarie tampoco tenía que ver con ello, según Torkel, y Sebastian lo creía. Por tanto, tenía que ser otra cosa. Valdemar, por ejemplo. A lo mejor había logrado influir en su hija. Quizá la había convencido para que se distanciara de él. Sebastian no tenía la menor idea. Odiaba que le presentaran hechos consumados cuando decidían cosas que lo afectaban a sus espaldas. Sobre todo cuando no sabía por qué. Debería ir a la oficina igualmente. Entrar de alguna forma y exigir algunas explicaciones. Sería un buen circo, desde luego, pero nada podía ser peor que esto.

Llamaron al timbre. Sebastian se vio henchido de un repentino

sentimiento de esperanza. Debía de ser ella. Vanja solía enfrentarse a él cuando había cometido alguna estupidez. No era de esas personas que agachaban la cabeza y escondían los problemas debajo de la alfombra.

Corrió hasta la puerta. Se puso bien los pantalones y la camisa una última vez, para no parecer demasiado desaliñado cuando abriera. No era que le importara. Ella había acudido para echarle la bronca, nada más.

Sebastian abrió la puerta. Nadie. Dio medio paso al frente y tuvo tiempo de vislumbrar una figura con ropa oscura pegada a la pared de su izquierda. Como una sombra que se le echaba encima a toda prisa. Sebastian procuró dar un paso atrás, pero no le dio tiempo. Las manos lo alcanzaron, lo agarraron por el cuello. Era un hombre, lo notó. Trató de liberarse, pero el hombre ya estaba junto a él. Detrás de él. Le puso una mano en la cara, sobre la boca y la nariz. Por un segundo, Sebastian percibió un penetrante olor, y, al siguiente, sus piernas dejaron de responder. Todo se volvió borroso. Se retorció en un intento de verle la cara al hombre que lo estaba atacando. Pero lo único que vio fue un pasamontañas.

Los ojos irradiaban odio y cólera.

La entrevista había surtido efecto, le dio tiempo a pensar.

Luego todo se volvió negro.



Lo primero que Sebastian notó fue que estaba sentado.

Lo segundo, que no podía moverse.

La cabeza le descansaba sobre el pecho y pudo vislumbrar la cuerda que tenía enrollada alrededor de la barriga, pero pronto comprendió que sus pies estaban atados a las patas de la silla y que las manos también estaban atadas a su espalda. Se quedó en la misma postura con la mirada fija en el suelo y se concentró en mantener una respiración tranquila y regular hasta que el efecto de lo que fuera con lo que lo habían dormido pasara. Oyó movimientos. Pasos sobre el suelo de hormigón, un roce y alguien que jadeaba, o que al menos trataba de emitir algún sonido. Palomas zureando. Pero ninguna voz humana. Los pocos sonidos que se oían rebotaban, y Sebastian tuvo la sensación de hallarse en una sala bastante grande pero vacía.

Fingió estar inconsciente otros diez minutos antes de sentirse lo bastante despejado como para poder asimilar en serio la situación. Una punzada de dolor en la nuca al levantar la cabeza. La giró despacio de derecha a izquierda para aliviar los músculos, pero también para captar el máximo posible del escenario que tenía delante.

En efecto, estaba en una sala desnuda y vacía con paredes y suelo de hormigón. Un local industrial o un almacén abandonado. Hileras de ventanas con varios cristales rotos justo por debajo del techo. Fluorescentes solitarios que hacían lo que podían por iluminar el espacio que se extendía ante sus ojos.

Enfrente, quizá a unos cinco metros de distancia, había otra persona,

también atada a una silla. Con un cartel al cuello. Sebastian reconoció tanto el cartel como al hombre.

El primero era igual que el que había tenido Claes Wallgren cuando lo encontraron. CULPABLE en letras mayúsculas.

El hombre era Lennart Källman, el redactor jefe del *Expressen*.

Cuando vio que Sebastian se había despertado comenzó a tirar de las esposas con tanta fuerza que logró desplazar un poco la silla. Sebastian reconoció el sonido y los jadeos ahogados que salían de detrás de la mordaza. Ni siquiera se había planteado si él también llevaba una o no, y palpó con la lengua y los dientes para comprobarlo. Nada. Por tanto, el local estaba lo bastante apartado como para que no importara si gritaba. Así que ni lo intentó.

Al lado de Källman estaba el hombre con pasamontañas que había llamado a la puerta de Sebastian hacía..., no sabía cuánto tiempo llevaba fuera. Horas, le daba la sensación. Fuera de la sala había luz, pero en esa época del año había luz veinte horas al día, por lo que no era de gran ayuda.

—O sea, que tú eres más listo que yo —dijo el hombre mientras se aproximaba a Sebastian con paso lento. Controlando la situación, relajado, se consideraba exitoso.

En una situación normal, Sebastian habría intentado conectar con él. Hablar mucho. Habría procurado pasar de víctima anónima a ser una persona de carne y hueso a ojos del asesino. Pero aquello no funcionaría con el hombre que se le estaba acercando. Él había hecho largas comidas con todas sus víctimas, probablemente las había llegado a conocer bastante bien, y aun así no había tenido ningún problema en matarlas.

Se sentía superior en todos los niveles y Sebastian lo había desafiado.

Sintió que le brotaban perlas de sudor en la frente a pesar de que no hacía calor en el local, y su respiración se aceleró y se tornó más superficial.

—Pero esto no lo podías prever —continuó el hombre, y se detuvo delante de Sebastian, quien tuvo que inclinar la cabeza hacia atrás para mantener el contacto visual.

—¿Qué quieres? —preguntó, haciendo un esfuerzo para que el miedo y el estrés no se filtraran en su voz. Creyó haberlo conseguido.

—¿Sabes por qué él se merece morir? —respondió el hombre señalando a Källman.

Sebastian guardó silencio. Tuvo la sensación de que se enteraría de todos modos.

—Es responsable de que sepamos más de Caitlyn Jenner y de la familia Kardashian que de ninguno de nuestros ministros.

—Creo que internet también tiene algo que ver —señaló Sebastian.

El hombre lo miró y asintió severo con la cabeza.

—Desde luego, en eso tienes toda la razón, internet tiene gran parte de responsabilidad, pero eso no cambia el hecho de que ese de ahí saque pecho diciendo que es un importante educador cuando a efectos prácticos se dedica a extender la estupidez, la imbecilidad y las simplificaciones.

—Te publicaron a ti —replicó Sebastian—. Tienen editoriales, debates...

—La mierda es mierda por mucho que la envuelvas en un editorial de vez en cuando —lo interrumpió el hombre que tenía delante, y se metió una mano en el bolsillo—. Pero tú puedes salvarlo. Siendo tanto más listo que yo...

Sebastian no dijo nada, no preguntó cómo.

—¿Has jugado alguna vez a un juego que se llama *Paso a paso*? —quiso saber el hombre, y desplegó el papel que se había sacado del bolsillo.

—No.

—Es un tipo de juego de preguntas. Te dan pistas. Las de cinco puntos son difíciles, las de cuatro un poco más fáciles, las de tres más, y así sucesivamente hasta una muy fácil por un solo punto. ¿Comprendes?

—Sí.

—Qué suerte. —El hombre sonrió—. Si no, no habrías sido especialmente espabilado. Te haré cinco preguntas de *Paso a paso*. ¿Cuál es el máximo de puntos que podrías sacar?

—Veinticinco.

—Bien. Yo he hecho el mismo test. Sin trampas, te lo prometo. Si tu resultado es más alto que el mío, os podréis ir los dos. Si no, pues...

El hombre miró a Källman, que de nuevo tiró en vano de sus esposas y ahora parecía que gritara detrás de la tela que tenía metida en la boca.

—He apuntado mi resultado en el reverso de su cartel —dijo el hombre

señalando de nuevo a Källman con la mano en la que tenía el papel mientras con la otra sacaba un cronómetro del bolsillo—. ¿Estás preparado? Tienes veinte segundos para responder después de cada pista.

Una sonrisita torcida bajo la máscara antes de que el hombre bajara la vista al papel de su mano.

—Primera pregunta: medicina. Una enfermedad. Por cinco puntos: enfermedad infecciosa, también llamada enfermedad de Lyme tras una epidemia en Old Lyme, Estados Unidos, en los años ochenta.

El hombre puso en marcha el cronómetro con un clic. Sebastian lo miró. Sintió la energía fluir por su cuerpo. Se la sabía. A Sabine se la habían diagnosticado a principios de un otoño en Colonia después de haber pasado el verano en Suecia. El médico le había hablado en inglés y había empleado aquella expresión, lo cual había hecho que Sebastian temiera que fuese mucho peor de lo que era en realidad.

—¡Borreliosis! —dijo casi gritando.

El hombre alzó los ojos del papel con una expresión de sorpresa y, en opinión de Sebastian, descontento.

—Correcto. Cinco puntos. Siguiente. Botánica. Un árbol. Por cinco puntos: un tipo de abedul y este *Populus tremula* fueron los primeros árboles que alcanzaron Escandinavia después de la Edad de Hielo.

Clic.

Botánica. Sebastian no tenía ni idea. No sabía nada de árboles. La naturaleza nunca le había interesado. Era algo que, simplemente, estaba ahí, un bastidor al otro lado de las ventanas del tren y de los coches. Se quedó callado escuchando cómo pasaban los segundos.

—Por cuatro puntos: puede alcanzar los veinticinco metros de altura y tiene un tronco delgado y recto con corteza gris. No crea bosques.

Sebastian se mordió el labio. Necesitaba los puntos, pero esto... Ni la más pajolera idea. Abedul y roble eran los únicos nombres de árboles que se sabía y ambos podían crear un bosque, a su entender. Lanzó una mirada a Källman, quien lo miró desesperado con unos ojos abiertos como platos. No le sirvió de ayuda. Sebastian volvió a dirigir su atención al hombre, quien en ese momento paró el cronómetro con un clic.

—Por tres puntos. Las flores crecen en racimos largos y velludos. La madera blanca y correosa se usa para hacer pasta de papel...

—¡Esto no tiene nada que ver con la inteligencia! —Sebastian alzó la voz. El hombre lo miró tranquilo pero curioso—. Esto es cultura general. Conocimiento que cualquiera puede empollar, es cuestión de aprendizaje y memoria, no de inteligencia. ¡La persona más tonta del mundo podría saber la respuesta!

—Pero tú no, por lo visto —dijo el hombre, y apretó el botón del cronómetro para ponerlo a cero—. Por dos puntos: ... además de cerillas. Las hojas son redondas y cuentan con un peciolo muy achatado.

Sebastian suspiró. Sabía con qué clase de madera se hacían las cerillas.

—Álamo —precisó quedo.

—Correcto. Dos puntos. Siete en total. Siguiente. Geología. Una piedra preciosa. Por cinco puntos: está compuesta por diminutas esferas transparentes muy compactadas de dióxido de silicio acuoso.

Sebastian volvió a quedarse callado. No sabía qué era el dióxido de silicio acuoso. Källman reaccionó ante su silencio. Gritó por detrás de la tela y clavó sus ojos acusadores en Sebastian.

—No es culpa mía que estés aquí sentado —sentenció éste con estrés en la voz—. Estoy intentando salvarte, joder.

Clic.

—Por cuatro puntos: algunos tienen un hermoso juego de colores. Australia y la República Checa son grandes productores.

Sebastian creía recordar que los ópalos venían de Australia. ¿No había visto algún programa que hablaba de eso, de hombres que se metían como conejos en agujeros en el desierto para encontrar ópalos? Sí, lo había visto. Estaba casi seguro.

—Ópalo —respondió, y se percató de que estaba conteniendo el aliento hasta saber si era correcto o no.

—Cuatro puntos. Siguiente. Filosofía. Un pensador. Por cinco puntos: enfatizó en señalar al ser humano como ser social en los términos de «humanidad» y «término medio».

—Confucio —dijo Sebastian al instante. Satisfecho.

Si no hubiese sido por el puto árbol, estaría en cabeza. Conocía a sus filósofos. Había leído a muchos, no vivía según las ideas de ninguno. Con un pequeño carraspeo, el hombre detuvo el cronómetro.

—Otra vez cinco puntos. Dieciséis en total. Última pregunta. Arquitectura. Una obra de construcción. Por cinco puntos: está formada por varios edificios, agrupados alrededor, entre otras cosas, del patio de los Leones y el patio de Comares.

Clic.

Le sonaba. ¿No había incluso estado allí con Lily? Quizá no. Nunca había sido un gran aficionado al turismo, por lo que debería recordar los pocos viajes que hicieron juntos. Pero el patio de los Leones... Algo se encendió en su cabeza, un pensamiento, aunque demasiado fugaz como para poder capturarlo.

—Por cuatro puntos: los constructores la bautizaron como «la Roja» por el color de la piedra de obra.

Sebastian soltó aire. Había estado allí con Lily. Antes de tener a Sabine. Idea de ella, por supuesto. A él se la sudaba adónde iban mientras pudiera estar con ella. Pero ahora lo recordó.

—La Alhambra.

—Dieciséis más cuatro hacen veinte. De veinticinco posibles. No está mal.

Sebastian no consiguió ver si el hombre estaba decepcionado o satisfecho. Ni su voz ni sus ojos revelaban lo más mínimo. Habría sido perfecto para dirigir un programa de preguntas en la tele, pensó. O como jugador de póker. Cara de palo.

El hombre se acercó a Källman, cuya mirada iba saltando entre éste y Sebastian. Sus ojos desvelaban que dudaba que veinte puntos fueran suficientes. Se lo veía totalmente presa del pánico y se lanzó a un lado con tanta fuerza que la silla estuvo a punto de volcar cuando el hombre se le aproximó y alargó la mano para coger el cartel que le colgaba del cuello. Sin dejar de mirar a Sebastian le dio la vuelta para que éste lo pudiera ver.

Dos dosis de color negro.

Veintidós.

22.

Sebastian cerró los ojos y dejó caer la cabeza. Sus pulmones se vaciaron por completo. Había estado sometido a una presión mayor de lo que había creído. Ahora estaba todo vacío. Oyó su propia respiración, inhalaciones breves, entrecortadas, como si estuviera a punto de llorar.

¿Qué iba a hacer?

¿Qué podía hacer?

Había apostado alto. Había contado con poder provocar una reacción. Pero había infravalorado al adversario y ahora otra persona pagaría el pato.

—Tú que eres más listo que yo... —oyó decir contento al hombre.

Sebastian alzó despacio la cabeza otra vez y observó cómo el hombre iba hasta una bolsa de tela que había en el suelo, junto a una de las paredes. Sebastian no se había percatado de ella hasta ahora.

—No tiene nada que ver con la inteligencia... —intentó de nuevo Sebastian—. Sigues siendo un dinosaurio que no entiende que está siendo extinguido.

Sentía que ahora podía decir casi cualquier cosa. La situación no podía empeorar mucho.

—Ahora tengo a la prensa de mi lado. Puedo exponer mi deseo.

Sebastian soltó una carcajada seca y falta de todo humor.

—Felicidades. Los periódicos son el siguiente dinosaurio que va a morir.

El hombre sacó algo de la bolsa. Sebastian no distinguió del todo lo que era, pero no debía de ser nada bueno, dado que el hombre, sujetando con fuerza ese objeto, volvió hasta Källman con paso decidido.

—Tengo razón y tú lo sabes —gritó Sebastian. El hombre no parecía oírlo. Ahora Källman se desgañitaba detrás de la mordaza y trataba de liberarse, desesperado—. Joder, esos críos son infinitamente más listos que tú. Ellos han entendido, se han adaptado, se han desarrollado. Tú te has quedado quieto desde la escuela primaria.

El hombre no se dejó provocar. Källman hizo una última tentativa de soltarse, con la única diferencia de que esa vez volcó la silla y cayó como un peso muerto al suelo.

—No lo hagas... —suplicó Sebastian cuando el hombre llegó hasta

Källman, que ahora yacía de costado contemplando a Sebastian con ojos inundados en lágrimas—. No lo hagas, por favor. Me equivoqué. Lo diré en persona. Te apoyaré en público. Lo prometo.

El hombre le lanzó un vistazo y esbozó aquella media sonrisa que decía que no creía a Sebastian ni por un momento. Después, hincó las rodillas en el suelo y apoyó lo que Sebastian ya creía haber identificado como una pistola de sacrificio en la sien de Källman y apretó el disparador.

Källman dio una sacudida con un fuerte espasmo y luego se quedó inmóvil. Los ojos que segundos antes habían centelleado de pánico se apagaron y miraron por un breve instante al vacío antes de hundirse y rodar hacia arriba, hacia atrás.

El hombre encapuchado se puso de pie, se quitó el polvo de las rodillas y volvió hacia la bolsa, junto a la pared. Sebastian apenas se dio cuenta de eso. No podía apartar la mirada del cuerpo inerte de Källman, que parecía diluirse ante sus ojos, hasta que se percató de que estaba llorando. Las lágrimas rodaban calientes por sus mejillas.

Las desvió parpadeando cuando oyó el sonido metálico de una puerta al abrirse. El hombre estaba en el umbral con la bolsa en la mano. Miró al centro del local, a Sebastian, a Källman, y luego al resto de la sala, como si quisiera asegurarse de no olvidar jamás aquella imagen. Después, simplemente asintió un poco con la cabeza en señal de satisfacción y salió.

La puerta se cerró a su paso con un golpe.

Dentro se quedó Sebastian solo. Miró a Källman. Del orificio que tenía en la sien no brotaba más que un mero hilillo de sangre, dejando un rastro rojo sobre la frente.

El hombre encapuchado era quien le había disparado.

Pero era Sebastian quien lo había matado.



El Volvo rojo de Christian Saurunas se mantenía dentro de los setenta kilómetros por hora permitidos en la avenida de Frösundaleden. No pensaba dejarse pillar por algo tan banal como el exceso de velocidad.

Hasta el momento, todo había ido según lo planeado. Lo habían atacado, él había reaccionado y había vencido.

Sebastian Bergman se equivocaba.

Sí que era una cuestión de inteligencia. Se trataba de la voluntad y la capacidad de asimilar información y conocimiento. En internet lo habían entendido cada vez más en distintos foros y, sin prisa pero sin pausa, la prensa más consolidada también lo comenzaba a seguir.

Después de la salida de tono de Sebastian Bergman, un editorial en el *Svenska Dagbladet* había decidido sacar el tema en una columna. Se condenaban todas las muertes, por supuesto, toda la violencia, y se tenía en mente a los familiares de las víctimas y los acompañaban en el sentimiento, y blablablá, pero aun así querían tratar de llevar el debate a otro plano.

Prescindir de lo que él hacía para centrarse en lo que decía.

Sólo porque alguien recurra a métodos terribles e imperdonables para llevar a cabo su cometido el mensaje no tiene por qué ser erróneo. En esos tiempos en que la escuela sueca patinaba, cuando las empresas tenían dificultades para dar con la excelencia, cuando Suecia perdía fuerza a la hora de competir, ¿qué modelos eran, en verdad, los que se enaltecían?

Era justo eso lo que él quería alcanzar.

Abrir un debate, que la gente fuera consciente de lo que estaba

ocurriendo, despertarla de su letargo adoctrinado por los cortes publicitarios y hacer que viese más allá de la superficialidad.

Reivindicar el conocimiento, como habrían dicho los jóvenes enfadados.

Se desvió con el coche. Pronto estaría en casa. Tiempo para descansar y desconectar. Pero no mucho rato. Estaba obligado a continuar. Más pronto de lo que le habría gustado, pero por una vez no podía decidir ni hora ni sitio él mismo.

Más adelante vio un coche de policía en dirección contraria que giró a la izquierda, por la calle Stråkvägen. Nada raro en sí, pero estaba cada vez más atento a los movimientos de la policía en su zona. A pesar de todo, él se había comportado con naturalidad y lo cierto era que no sabía ni qué ni cuánto conocían las autoridades. En el programa matinal, TV4 había comentado que la entrevista a Bergman hacía pensar que la policía estaba bastante desesperada, pero, en verdad, él no lo sabía. Además, ésa no era la parte más interesante del programa. Lo más apasionante había sido cuando uno de los invitados, una mujer con el pelo largo y teñido de henna a quien David no conocía, justo antes de saltar a publicidad había dicho:

—Pero ¿no podemos hablar un poco de lo que realmente está diciendo el asesino?

Y la presentadora había contestado:

—Sí, podemos, pero no ahora, porque tenemos que hacer una pequeña pausa. Enseguida volvemos.

Después pasaron a publicidad y a anuncios de sus propias emisiones, y al volver a la retransmisión del estudio de la mañana la invitada del pelo rojo había desaparecido y se habían puesto a hablar de otros temas.

Vio que el coche patrulla volvía a doblar por la izquierda.

Por la calle Källbacken.

Su calle.

Podía ser casualidad, sin duda, pero, en todos los años que llevaba viviendo allí, no recordó haber visto nunca un coche de policía paseando por el tranquilo barrio residencial. En consecuencia puso el intermitente y giró. El coche patrulla, apenas treinta metros más adelante. Sin aparente intención de cambiar de calle.

Él vivía al final de ésta, donde la calle se estrechaba hasta convertirse en un carril para bicicletas y en una vía peatonal que atravesaba una pequeña zona verde. Un callejón sin salida. El coche de policía pasó de largo dos posibles desvíos. Ahora sólo quedaba uno. Aminoró la marcha y se detuvo junto a la acera. El hombre siguió al coche policial con la mirada. No podía olvidar que se estaba paseando con un vehículo que a esas alturas ya deberían estar buscando. El coche patrulla se acercó al callejón de Ekstigen, última oportunidad para salirse de la calle Källbacken para ir a otro sitio. Pero continuó recto, aparcó detrás de otro coche de policía que estaba detenido delante de su casa, junto con otros dos vehículos normales que tenía claro que no eran del vecino.

Con cuidado, el hombre dio marcha atrás unos cuantos metros y dobló por la calle Björkvägen.

Aceleró un poco.

Sabían quién era.

A la larga debía de ser algo inevitable. Pero si conocían su identidad sólo era cuestión de tiempo que lo atraparán. «Desaparecer» no era tan sencillo como decían por la tele y en las películas. Más bien era casi imposible. Lo sabía. En realidad, tampoco cambiaba gran cosa. Era cuestión de sacarle el mayor partido a la nueva situación.

Él era listo.

Sabría adaptarse.

Pero el tiempo era limitado. Sería mejor hacerles saber lo que había ocurrido. Sacar a la luz el mensaje que transmitía la muerte de Källman.

Dejarlo ocupar el espacio, que lo asimilaran y provocara reacciones antes de que volviera a llegar el momento.

Cogió el móvil del hueco entre los asientos y marcó el 112.

Una operadora lo atendió después de hacerlo esperar casi un minuto.

—Servicio de emergencias, ¿en qué puedo ayudarlo?

—Buenos días, la prensa me llama el Asesino de los realities y querría informar de un nuevo asesinato.

Cuando lo localizaron estaba en mal estado.

No sabía cuánto tiempo llevaba sentado allí dentro, solo, con el cadáver de Lennart Källman delante, pero le parecía una eternidad. Una vez agotadas las lágrimas había comenzado a entrar en pánico. Le había dado por pensar que nadie lo encontraría jamás, que se quedaría allí sentado el resto de su vida con el hombre cuya sangre parecía no terminar nunca de brotar por el orificio en la sien. Con las últimas fuerzas que le restaban había luchado por liberarse, desatarse de la silla, pero había terminado perdiendo el equilibrio y cayendo de costado. Allí había permanecido, atado, sudado y agotado, hasta que oyó que las puertas se abrían de sopetón.

Órdenes cortas y los pasos de botas pesadas sobre el hormigón irrumpieron en el silencio.

Las fuerzas de asalto.

Nunca se había alegrado tanto de verlas.

Después de haber asegurado el perímetro lo desataron y lo acompañaron hasta una ambulancia, que estaba esperando. Fuera había más coches patrulla, y Sebastian vislumbró el coche de Ursula un poco más lejos. Homicidios estaba en el sitio o de camino. Comprendió que, fuera lo que fuera lo que hubiese hecho para que lo echaran, difícilmente podría volver después de lo que había pasado. Algunos dirían que tenía las manos manchadas con la sangre del redactor jefe. Sebastian lo tendría complicado para contradecirlos. Los policías lo dejaron en la ambulancia, donde fue atendido por unos sanitarios vestidos de verde. Lo visitaron sin ninguna necesidad, él ya sabía

que no tenía ninguna herida física. La paliza se la había llevado por dentro. Tendría que vivir con aquel dolor. Mucho tiempo. Le dieron una manta y un botellín de agua, y lo acompañaron a un coche patrulla. Se le hizo extraño abandonar el lugar del crimen, pero los agentes responsables tenían órdenes estrictas de llevarlo directo a Kronoberg tras el reconocimiento médico.

Ahora estaba sentado en una de las salas de interrogatorio, esperando. Ya había estado muchas veces en aquel cuarto tan impersonal, pero nunca había tenido que esperar a nadie. Ahora los papeles estaban intercambiados, y Sebastian se sentía como un sospechoso, allí sentado con su manta, su botellín casi vacío y su angustia como única compañía.

Después de lo que le pareció otra eternidad entraron Torkel y Billy. Ambos lo saludaron brevemente. Torkel, de forma profesional, pero con una evidente distancia. Billy, más amable, pero con claridad en el bando que le tocaba.

—Ha sido por la entrevista aquella —dijo Torkel clavando los ojos en Sebastian—. Si no fuera por ella, Källman seguiría vivo.

—Bueno, no ha muerto por haber publicado la entrevista —respondió Sebastian. En verdad estaba demasiado cansado, pero sentía que debía defenderse, de todos modos—. Era porque repartía estupidez, imbecilidad y simplificaciones.

—¿Cómo lo sabes?

—Él lo dijo. El asesino.

—O sea, que el hecho de que Källman muera al día siguiente de la publicación no es más que casualidad. —La suspicacia de Torkel no pasaba desapercibida.

—No lo sé. A lo mejor lo ayudara a decidirse, pero no ha sido decisiva. —Sebastian se cruzó con la mirada de Torkel. Esperaba que el gesto lo ayudara a convencerlo—. Quería vencerme a mí. Yo estaba allí por culpa de la entrevista. A Källman lo habría cogido también.

Sebastian calló. No pensaba defenderse más. No tenía fuerzas para ello.

A nivel racional comprendió que era tal como acababa de decir.

A nivel emocional era distinto del todo.

Él había chinchado al asesino. Lo había provocado y desafiado, pero, a la

hora de ponerse a prueba, cuando tuvo la vida de otra persona en sus manos, Sebastian había fracasado y alguien había muerto.

Razón y emoción.

Los sentimientos llevarían la voz cantante por una buena temporada.

Torkel tomó asiento. Pareció calmarse un poco.

—Vale, pongamos que estás en lo cierto.

—Estoy en lo cierto —señaló Sebastian.

—¿Has visto algo que nos pueda servir de ayuda? —dijo Torkel, haciendo como si no hubiera oído el comentario.

Sebastian negó con la cabeza.

—Iba tapado. Con pasamontañas. Pero creo que podría reconocer su voz si la volviese a oír.

—¿Dónde te secuestró? —preguntó Billy, y se inclinó sobre la mesa.

—En casa, con algún tipo de sustancia parecida al cloroformo. Llamó a mi puerta.

—Quiero enviar a un técnico. ¿Te puede acompañar cuando hayamos acabado?

—Claro. ¿Sabéis algo más? ¿Ha pasado algo desde ayer? —preguntó Sebastian.

Ninguno de los dos dijo nada, pero Billy miró de reojo a Torkel. Sebastian sabía que aquello significaba algo.

—¿Dio algún resultado lo de la admisión de última hora de Olivia Johnson? —preguntó con cuidado.

No le respondieron. Era una sensación horrible. Sentirse responsable de la muerte de una persona y al mismo tiempo estar aislado del grupo al que había pertenecido.

—¿No podéis tan sólo decir si dio algo de sí? Necesito saber si lo vais a coger o no.

—Saldrá en la prensa cuando lo hagamos —respondió Torkel, haciéndolo sentir aún más como sospechoso que como antiguo compañero de trabajo.

Sebastian lo intentó de nuevo.

—Por favor —suplicó con voz entrecortada—. ¿No me lo podéis contar? Necesito saberlo.

La mirada de Torkel se volvió más razonable.

—Sí, nos dio algo. Tenemos un nombre —dijo al final.

—¿Del asesino? ¿El que me ha secuestrado?

—Eso creemos.

—¿Cómo se llama?

—Eso no te lo puedo decir. Ya le he contado demasiado a alguien que está fuera —concluyó, y se levantó—. Si se te ocurre algo más, nos lo comentas.

Comenzó a caminar hacia la puerta. Sebastian asintió suavemente con la cabeza. Demasiado magullado como para luchar. Torkel se volvió hacia Billy.

—Me encargaré de que alguien te escolte hasta la calle —fue lo último que Sebastian oyó antes de que la puerta se cerrara.

O sea, que así era como terminaba. Su tiempo en Homicidios. Escoltado por un carcelero.

Como un delincuente.

O como una víctima.

Sebastian se sentía de las dos maneras.

Torkel volvió a entrar en su despacho.

Necesitaba hacerse una idea general.

Vanja había asumido ponerse en contacto con la familia de Källman para que no tuvieran que enterarse de su muerte a través de internet. Con tantos policías y las fuerzas de asalto en el lugar, sólo era cuestión de tiempo que se filtrara a quién habían hallado muerto en el suelo del local industrial abandonado. No sabía si Vanja habría podido dar con ellos, pero consideró que lo llamaría en cuanto hubiese terminado. Billy se había vuelto a poner con el análisis del ordenador de Lagergren. Ahora mismo era la mejor posibilidad que tenían de vincularlo con los asesinatos. Por lo que respectaba a su vivienda, en un primer vistazo no habían encontrado nada.

Torkel se inclinó sobre el escritorio y cogió los papelitos amarillos con los mensajes que Gunilla le había dejado. Los había ordenado según el nivel de urgencia e interés. Los más urgentes e interesantes arriba del todo, y luego descendían hasta los que la secretaria sólo lo informaba de forma objetiva, a sabiendas de que él no gastaría tiempo en devolver la llamada.

Uno de los primeros era un mensaje de Ursula. «De momento, nada en Albano», ponía en la letra inteligible de Gunilla. Torkel echó una mirada al reloj. Ursula había llamado hacía media hora. Debajo de esa nota había varios mensajes y avisos para que telefonara a distintos periodistas. Torkel los hojeó deprisa, supuso que la mayoría de los que habían tratado de dar con él se presentarían a la conferencia de prensa que estaba obligado a convocar lo más pronto posible. Sólo quería asegurarse de que Vanja hubiese localizado



primero a la familia. No tenía ningunas ganas. Sería caótico. Un redactor jefe asesinado haría que el foro mediático Mediesverige se descontrolara por completo. Lo más probable era que no faltaran las preguntas sobre si había alguna conexión entre la entrevista que el *Expressen* había publicado y la muerte de Källman. En el peor de los casos sabrían que Sebastian había estado en el lugar de los hechos cuando Källman había muerto. Querrían saber por qué. Que luego Sebastian Bergman ya no formara parte del equipo de Homicidios se interpretaría como una señal de culpabilidad. Por mucho que contara todo lo que sabía, siempre creerían que les estaban ocultando información sobre la implicación del departamento.

En pocas palabras, se armaría un cirio de narices.

Siguió pasando los papelitos y llegó a los tres últimos. Todos eran de Rosmarie, y le decía que la llamara en cuanto pudiera. Torkel hizo una pelota con todas las notas y las tiró a la papelera. Su cabeza volvió a la inminente rueda de prensa. Tenía que decidir si publicaban una foto de Lagergren o no. Era inusual que lo hicieran, sobre todo cuando únicamente tenían indicios que lo vinculaban a los asesinatos. Por otro lado, podía plantearlo como que sólo querían la colaboración de la prensa para ponerse en contacto con él, sin presentarlo como sospechoso de nada. Que querían hacerle unas preguntas en relación con el caso, como solían llamarlo. Sin duda, aquello le destrozaría la vida a Lagergren si resultaba ser inocente, pero alejaría la atención de las molestas preguntas sobre Sebastian y Källman. Y realmente necesitaban ayuda para encontrarlo, por lo que el motivo para hacerlo no sería sólo egoísta.

El teléfono de su mesa comenzó a sonar antes de que pudiera tomar una decisión.

—Torkel Höglund —dijo al cogerlo.

—Hola, soy Vanna, de recepción —respondió una mujer al otro lado de la línea.

—Hola —le devolvió el saludo Torkel, y trató de ver a través de la puerta si Gunilla seguía allí y, si era el caso, por qué no había atendido ella la llamada.

—Tengo a un tal David Lagergren aquí —continuó Vanna—. Quiere

confesar algunos asesinatos, dice.

Torkel se quedó, literalmente, sin habla. Era como si la conexión entre el oído y el cerebro se hubiese apagado por completo. No conseguía pronunciar palabra. Por teléfono oyó que una voz de hombre añadía algo.

—Lo conoces más como Sven Catón, dice —comentó Vanna, y Torkel notó que la mujer tenía que esforzarse para mantener la calma y sonar neutral. El bloqueo inicial acabó por ceder.

—Pídele que espere, ahora bajo —logró decir, y colgó.

Se quedó un momento sentado, poniendo orden a sus pensamientos, que corrían en todas las direcciones, después se levantó, asomó la cabeza al mar de oficinas y llamó a Billy.

—Lagergren está en recepción —comunicó cuando Billy hubo entrado en su despacho.

—¿Qué?! —Era evidente que Billy creía haber oído mal.

—Quiere confesar —asintió Torkel.

—Tiene que ser alguien que nos quiere tomar el pelo.

—Nadie sabe que estamos buscando a Lagergren.

Billy tardó unos segundos en darse cuenta de que Torkel tenía razón. Lagergren había aparecido en su caso aquella misma mañana. Nadie de fuera del equipo sabía que lo estaban buscando.

—¿Qué quieres que haga? —preguntó Billy, tenso de pies a cabeza.

—Llama a Strandberg, quiero un equipo por dentro de las puertas de seguridad antes de tres minutos. Y algunos delante de la puerta de entrada.

—De acuerdo.

—Procura que los de fuera tengan buena visibilidad —le gritó a Billy mientras éste salía del despacho.

Billy lanzó una mano al aire para señalar que lo había oído.

Torkel respiró hondo. Tres minutos. Tenía tres minutos para decidir qué quería hacer. Trató de repasar mentalmente lo que sabía de Lagergren. ¿Qué deseaba? ¿Qué pretendía conseguir presentándose aquí? ¿Cuáles eran los posibles escenarios en el momento del encuentro? Se detuvo en la autocaravana. Saurunas. Lagergren sabía fabricar bombas. ¡Mierda!

Torkel cogió el teléfono y marcó el número de recepción a toda

velocidad. Vanna lo atendió en el acto.

—Hola, aquí Torkel otra vez. Oye, ¿el hombre que me busca lleva alguna mochila o bolsa?

Silencio mientras Torkel se imaginaba por dentro cómo Vanna se asomaba por encima del mostrador para localizar al hombre en el gran vestíbulo.

—No, no lleva ninguna bolsa —dijo casi susurrando cuando volvió al teléfono.

—¿Dónde está ahora? —quiso saber Torkel.

—Está sentado en uno de los bancos a la derecha de la entrada.

—Bien, gracias, enseguida bajo.

Colgó. Ninguna bolsa. No tenía por qué significar que no había explosivos de por medio. Podía llevarlos escondidos debajo de la ropa, y Torkel no podía pedirle a la recepcionista que se acercara para cachearlo. ¿Debía evacuar? ¿Tirar de todo lo que tenía? El riesgo era que Lagergren fuera a detonar la bomba, si es que llevaba alguna. O a coger rehenes. O, simplemente, que desapareciera en el tumulto que se generaría.

Billy entró, sin aliento debido al nerviosismo más que por haber ido a la carrera.

—Ya están situados cada uno en su sitio. ¿Bajamos? —preguntó Billy, y le lanzó a Torkel un *walkie-talkie*—. Estamos en el canal cuatro.

Torkel asintió con la cabeza. Decidió seguir el juego un rato. Siempre tendría la opción de llamar a retirada y evacuar en caso de considerarlo necesario. Juntos abandonaron a paso apresurado el despacho.

—Informe de la situación —solicitó mientras él y Billy descendían por la escalera a toda prisa.

—Estamos situados —dijo Strandberg a través de la radio—. Tenemos contacto visual con el objetivo.

—¿Sigue sentado?

—Sí, no se ha movido ni un pelo.

—¿Y tienes un equipo en la entrada? —quiso saber Torkel, sólo para confirmar la información.

—Correcto.

—Estoy con vosotros dentro de un minuto —añadió Torkel, y trató de acelerar el paso en la medida de lo posible.

Notó que su respiración y su pulso aumentaban de forma drástica. Bajaron los últimos peldaños dando zancadas lo más grandes que podían y llegaron a la planta baja. Torkel se detuvo. Billy también paró en seco y lo miró desconcertado.

—¿Qué pasa?

—Un segundo —pidió Torkel, y giró a la izquierda, lejos del corto pasillo que los conduciría a la puerta de seguridad y al equipo de Strandberg.

Billy negó con la cabeza y lo siguió. Al cabo de un rato comprendió adónde se dirigía Torkel. Al otro lado del edificio estaba la centralita de vigilancia.

Torkel se plantó delante de la puerta blanca anónima, metió su pase de acceso, introdujo su código personal y la abrió. Dentro había tres policías uniformados delante de una pared cubierta de monitores, todos mostrando imágenes en blanco y negro. La fachada, las calles de alrededor, el acceso a la prisión provisional, el aparcamiento de personal, el vestíbulo, la rampa que descendía al parking, todas sorprendentemente nítidas para tratarse de cámaras de seguridad. El sistema era nuevo, lo habían instalado el año anterior. Los tres policías sentados en las cómodas sillas de oficina se volvieron hacia los visitantes que entraron corriendo.

—Abre la cámara de recepción —ordenó Torkel en cuanto puso un pie en la salita.

—¿Cuál de ellas? Hay tres —respondió uno de los agentes al mismo tiempo que estiraba el brazo hacia el panel de control que tenía delante.

—Todas.

Unos segundos más tarde, el hombre a los mandos señalaba uno de los monitores, que se dividió en cuatro cuadrados del mismo tamaño. Tres de ellos se llenaron con imágenes del recibidor. El cuarto se quedó vacío.

—Ésa —dijo Torkel señalando la ventanita inferior izquierda.

El hombre a los mandos clicó sobre ella para que ocupara toda la pantalla. Vieron a un hombre solitario que estaba sentado en uno de los bancos junto a las puertas de cristal de la entrada. Inclinado hacia delante, con los codos

descansando sobre las rodillas y la mirada en el suelo.

—¿Es él? —preguntó Billy, aunque estuviera viendo exactamente lo mismo que Torkel.

—Cuesta decirlo, no le veo la cara —respondió Torkel.

—¿Qué estáis buscando? —inquirió el hombre a los mandos.

—Si lleva explosivos pegados al cuerpo —respondió Torkel, y se hizo un silencio absoluto en la salita.

De pronto, Lagergren se movió. Enderezó la espalda y se desperezó. Al echar los brazos hacia atrás, la chaqueta se tensó sobre su pecho. Todos los presentes se inclinaron para mirar de cerca.

—Nada que sobresalga —constató el hombre a los mandos al mismo tiempo que Lagergren parecía reprimir un bostezo y consultaba el reloj.

Buscó con la mirada por el vestíbulo. A Torkel le dio la impresión de que no pensaba esperar mucho más. Tendría que jugársela.

—Gracias —dijo Torkel, y salió de la salita seguido de Billy.

Volvió corriendo hacia la puerta de seguridad, Strandberg y su equipo. Al fin los vio. Cuatro uniformados; Strandberg, en el centro, parecía darles a los otros las últimas instrucciones, pero se interrumpió en cuanto vio llegar a Torkel.

—¿Todo listo? —logró decir entre jadeos cuando se unió a los demás.

Strandberg asintió con la cabeza, se le acercó un paso y le ofreció un chaleco antibalas.

—Póntelo, por si acaso.

—Gracias.

—A ti no te he traído ninguno —dijo dirigiéndose a Billy.

—Entonces, tú te quedas aquí —decidió Torkel en un tono que dejaba claro que no daba margen a discusión. Cogió el chaleco de Strandberg y se lo puso.

—¿De verdad es el Asesino de los realities? —preguntó un policía más jovencito con cara redonda e infantil.

—Eso creemos, así que id con cuidado —respondió Torkel al mismo tiempo que desenfundaba su arma.

—Vamos allá —comunicó Strandberg.

Se volvió hacia la puerta, lanzó un último vistazo a todos los demás para comprobar que estaban en su sitio antes de abrirla y avanzar a toda prisa hacia la izquierda. Los demás lo siguieron y se repartieron con las armas en ristre. El vestíbulo estaba casi desierto. Además del hombre en el banco y la recepcionista, había una pareja sentada en uno de los bancos en la otra punta de la sala y una mujer mayor delante del puesto de folletos, a la derecha del mostrador de recepción. Vanna se agachó en cuanto vio la entrada de los policías. La pareja se abrazó hasta hacerse un ovillo, tratando de volverse lo más pequeños posible. La mujer de los folletos retrocedió hasta pegarse a la pared con un gritito de espanto y las manos a la altura de la cabeza.

El hombre en el banco no se movió en absoluto. Se limitó a contemplarlos. Como si lo que estaba pasando fuera lo más normal del mundo. Torkel sujetaba su arma con las dos manos apuntando al suelo, y dio unos pasos al frente, al centro del semicírculo de compañeros armados.

—¿David Lagergren? —preguntó autoritario.

El hombre se lo quedó mirando, pero sin decir nada.

—Pon las manos donde las veamos —dijo Strandberg en voz alta desde la derecha.

El hombre volvió lentamente la cabeza en dirección a Strandberg y luego otra vez a Torkel, y alzó despacio las dos manos por encima de su cabeza.

—No hace falta que os empeñéis tanto. He venido a entregarme —aseguró con una sonrisa.

No aparecía sonriendo en ninguna de las fotos que tenían de él en la sala, y la sonrisa hizo que ya no pareciera normal y corriente, observó Torkel. Lo convirtió en abominable.

El semicírculo de policías dio unos pasos al frente.

—Levántate. Nada de movimientos bruscos —soltó Strandberg.

El hombre asintió con la cabeza y se levantó del banco.

—Túmbate en el suelo —continuó Strandberg con las órdenes en cuanto el hombre estuvo de pie.

Con las manos aún por encima de su cabeza, se puso con agilidad de rodillas y se dobló con cuidado hacia delante. Cayó bocabajo con las palmas en el suelo. Dos de los policías en los extremos se abalanzaron sobre él desde

ambas direcciones. Los demás vigilaban a Lagergren con las pistolas en alto, atentos al menor movimiento.

—¿Eres David Lagergren? —volvió a preguntarle Torkel, esta vez más brusco.

—Sí, he entendido que me estáis buscando —respondió Lagergren con una calma irritante mientras uno de los dos policías le clavaba una rodilla en la espalda a la vez que el otro le agarraba las manos, se las bajaba a la espalda y le ponía unas esposas.

Torkel enfundó su arma. Los agentes en el suelo comenzaron a cachear al hombre tendido. Cuando hubieron terminado lo levantaron para ponerlo en pie. Torkel se le acercó los pocos pasos que los separaban.

—¿Qué quieres? —preguntó.

—Entregarme —dijo Lagergren—. Me habéis estado buscando, ¿no? ¿O acaso me equivoco? —añadió.

Volvió a sonreír.

Esta vez no sólo parecía abominable.

Sonreía como alguien que todavía tenía el control.

David Lagergren estaba sentado a la mesa en la fría sala de interrogatorios, cuyo aspecto era más o menos como el que se había imaginado. Una mesa sencilla de madera, vacía, con excepción de una especie de aparato de grabación en el extremo pegado a la pared gris claro. Cuatro sillas, una ventana con cristal escarchado, sin cortinas, tres fluorescentes en el techo. Paredes lisas menos por un lado, en el que había una ventana con cristal reflectante. David estaba bastante seguro de que era la variante real del espejo de una sola cara que había visto en infinidad de películas policíacas norteamericanas. El agente uniformado que estaba de pie en la puerta mirándolo fijamente completaba la imagen.

Nunca había estado en un interrogatorio.

De hecho, nunca había tenido nada que tratar con la policía, quitando algún control rutinario de alcoholemia y de carnet de conducir a pie de carretera.

Que nunca había sido condenado por nada era algo que aparecería en la prensa, estaba convencido de ello. Lo cual reforzaría su posición. Haría que más gente lo escuchara.

No era ningún criminal. Eso era importante. Ya sabía cómo reaccionaba él mismo cuando leía sobre personas que se habían visto sometidas a vivencias terribles, que habían sido disparadas, apuñaladas, maltratadas o heridas de alguna otra manera.

«La policía ya conocía al autor.»

La simpatía y empatía caían de inmediato. Una sensación de que la



persona recibía lo que se debía de merecer se iba abriendo hueco. Cuentas saldadas, pensaba uno. Comportamiento criminal que recibía su castigo.

Con él sería distinto.

Con estudios, puesto fijo, sin antecedentes.

Alguien con quien podías empatizar.

A pesar de ser sospechoso de un crimen.

La puerta se abrió y dos personas entraron en la salita.

Una, el hombre al que ya conocía. Era el mismo que había bajado al vestíbulo. El jefe, así de claro. A la mujer que lo acompañaba no la había visto hasta entonces. Más joven, treinta y cinco, quizá un poco menos, pero se la veía cansada y ajada, lo cual debía de sumarle algunos años a su edad real. Llevaba una gruesa carpeta bajo el brazo que, puestos a conjeturar, trataba sobre él. El agente uniformado se retiró.

—Hola. Torkel Höglund, ella es Vanja Lithner —mencionó el jefe cuando la puerta se hubo cerrado, señalando a la mujer con la cabeza.

Un gesto totalmente innecesario, no había nadie más que pudiera ser Vanja Lithner.

David les sonrió a los dos.

Se le sentaron enfrente. Vanja dejó la carpeta en la mesa mientras Torkel se estiraba para poner en marcha la grabadora en el extremo de la mesa. Dejó constancia de la fecha, las personas presentes en la sala, y preguntó si era correcto que Lagergren había rechazado la presencia de un representante jurídico para el interrogatorio.

David asintió con la cabeza.

—Responde con palabras, por favor, para la grabación —dijo Torkel—. ¿Has rechazado a tu representación jurídica?

David se inclinó algo hacia un lado, un poco más cerca de la grabadora.

—Sí.

—No hace falta que te acerques, graba todo lo que se diga en la sala, tú límitate a hablar con normalidad.

David volvió a hacer un gesto afirmativo con la cabeza y miró a Vanja, que estaba abriendo la carpeta. Creyó vislumbrar fotos, mapas, informes y hojas impresas cuando la policía hojeó de prisa el material, y luego pareció

repartirlo en montones más pequeños tras apartar algunas partes a un lado, formando un grueso abanico. Pareció quedarse encallada en una foto que le puso delante, sobre la mesa. David la miró. Patricia Andrén. Le dio la sensación de que hubiera pasado una eternidad desde que la había llamado para pedirle una entrevista.

Se había puesto tan contenta...

Aparentaba ser una chica de lo más genuina y simpática. Llena de energía y positivismo. Madura gracias a la vivencia por la que había pasado. Firmemente decidida a tratar de ayudar a otros que se encontraban en la misma situación que ella había vivido con su novio maltratador y a mejorar la vida de su hijo.

—¿Empezamos por ella? —preguntó Vanja, acercándole un poco la foto.

Él alzó la vista y se cruzó con su mirada.

—¿Sabes quién es? —quiso saber Vanja de nuevo, señalando la foto con la barbilla.

David seguía sin responder. Vanja puso un dedo en la imagen y picó sobre ella algunas veces, como si él no hubiese entendido a qué estaba haciendo referencia.

—Sólo hablaré con Sebastian Bergman —dijo David Lagergren con claridad.

—Ya no trabaja aquí —sentenció Torkel.

—¿Sabes quién es? —repitió Vanja, golpeando de nuevo con los dedos.

—Sólo hablaré con Sebastian Bergman.

Pudo ver cómo Vanja se enfurecía con la respuesta. Sus ojos se oscurecieron, literalmente. A Torkel también le había molestado, quiso creer, pero él lo disimulaba mejor.

—Eso no va a pasar —soltó Vanja casi como un escupitajo—. Hablarás con nosotros.

—No, sólo hablaré con Sebastian Bergman.

Torkel estuvo un momento pensando, alargó la mano y apagó la grabadora. Luego se quedó sentado y mirando al vacío unos segundos antes de volverse hacia su compañera, con un profundo suspiro.

—¿Podemos hablar un minuto...?

Vanja se levantó sin decir nada y con paso rabioso se dirigió a la puerta.

—Enseguida volvemos —declaró Torkel antes de abandonar también la salita.

Unos segundos más tarde regresó el agente uniformado y se plantó junto a la puerta.

David probó de nuevo con una sonrisa.

No le fue correspondida.

Vanja estaba apoyada en la pared del pasillo con los brazos cruzados cuando Torkel salió de la sala de interrogatorios. Esperó hasta que el agente uniformado hubo desaparecido antes de ir hacia ella. Contuvo el impulso de ponerle una mano en el hombro, le daba la sensación de que ella se la quitaría de encima con una sacudida.

—Sé lo que estás pensando —se anticipó Vanja.

Lo cual debía de ser verdad.

—Tenemos que hacer que hable —dijo Torkel.

—Lo hemos intentado como dos minutos o así.

—¿Te crees que cambiará de idea?

Vanja no respondió de inmediato. Apretó la mandíbula y cruzó los brazos aún más fuerte. No, David Lagergren no cambiaría de parecer, estaba bastante segura de ello. No había nada en su psicología que lo hiciera pensar. Sebastian Bergman lo había desafiado, humillado, menospreciado, lo que fuera. Era natural que Lagergren sólo quisiera hablar con él.

Volver a medirse con él.

Volver a vencer.

Si decía que sí a la pregunta de Torkel, él sabría que estaba mintiendo.

Pero no podía decir las cosas tal como eran. De alguna manera, eso le daría a Torkel vía libre para meter de nuevo a Sebastian. Ella lo ratificaría si respondía que no.

—No lo sé —contestó al final. No pensaba ayudarlo a tomar la decisión que en el fondo ella sabía que Torkel estaba obligado a tomar.

—Tengo que meter otra vez a Sebastian en el equipo —dijo él con

suavidad, ahora sí poniéndole una mano en el hombro. Ella no se apartó—. No tengo opción, Vanja.

Ella asintió conteniéndose. Era cierto. Ahí dentro había un asesino en serie. El peor con el que se habían topado. Uno que, además, había logrado la proeza de convertirse en mediático, incluso de conseguir una cierta cantidad de adeptos desconcertados. Torkel tenía que resolver aquello como fuera, llegar a una sentencia condenatoria. No había margen para errores. Las consideraciones privadas no podían tener cabida.

Ella lo entendía.

En realidad, Torkel no tenía opción.

—Pero yo sí —añadió Vanja, y lo miró severamente a los ojos antes de erguirse y comenzar a alejarse por el pasillo.

—Vanja... —oyó decir a Torkel a su espalda, pero ningún paso, por lo que dedujo que no la estaba siguiendo—. Vanja, no te vayas. Quédate y al menos podemos hablarlo.

Ella negó con la cabeza. Si se quedaba, él lograría convencerla.

Así que continuó caminando.

Las puertas se abrieron y ella salió caminando por debajo del gran techo acristalado del vestíbulo. Se detuvo y respiró hondo varias veces. El aire estaba tan caliente que no la ayudó a despejarse, pero sintió que sus hombros descendían algunos centímetros. Suficiente. Por un momento pensó en, simplemente, cruzar la calle y sentarse un rato en el parque de Kronoberg. Disfrutar del buen tiempo. Quizá comprarse un café para llevar y un bollo en la cafetería de la esquina. Se rio ante la idea. Merendar en el parque... Acababa de dejar Homicidios de forma temporal, no había sufrido un cambio total de personalidad.

Así que puso rumbo al metro.

Si hubiese creído en el destino, habría dicho que era él. Su decisión de separarse de Sebastian por siempre la había conducido a la más ardua de las decisiones. La que, hasta ahora, ella había sido demasiado débil para tomar sola, dejar Homicidios, la había tomado otra persona. Las casualidades habían hecho encajar las piezas, desplazando a Vanja hasta sacarla de un entorno en el que tenía todas las posibilidades. Dado que era una persona estructurada y metódica, aquello la asustaba un poco. No saber a qué iba a dedicar la tarde y, menos aún, la mañana siguiente, el día siguiente. Una parte de ella quería dar media vuelta, regresar corriendo y trabajar en el caso.

Cerrarlo. Hacer lo que se le daba bien.

Ser una chica aplicada.

Pero otra parte de su ser estaba disfrutando de una sensación de libertad que no recordaba haber tenido en muchos muchos años. Quizá nunca. Ella

siempre había sido, precisamente, la chica aplicada. Eso se acabó. Ahora sólo pensaba centrarse en sí misma.

La sensación de que todo era posible seguía latente cuando se bajó del metro en la estación de Gärdet. Su salida la tenía justo delante. Cinco minutos de paseo hasta su casa en cuanto saliera del inframundo.

Se detuvo.

¿Qué tenía allí en verdad?

El piso no había cambiado, a pesar de que muchas otras cosas sí lo hubieran hecho. Seguiría sintiéndose encerrada e inquieta, de eso estaba segura. No le apetecía. Hoy no. No cuando todo era posible. Dio media vuelta. La salida del otro lado del andén llevaba a la calle Brantingsgatan.

Coldoc estaba en la calle Brantingsgatan.

Jonathan trabajaba en Coldoc.

Cogió la escalera mecánica, cruzó las barreras y al llegar a la calle giró ciento ochenta grados, subió por la escalera a la derecha de la boca del metro que llevaba a la calle Brantingsgatan y se dirigió a la primera casa amarilla de la izquierda. El número 44. Llamó al interfono de Coldoc AB y apenas unos segundos más tarde oyó el zumbido de la puerta.

Tres escaleras más arriba cruzó lo que parecía ser una puerta de un piso normal y corriente, y que en su día debió de serlo, pero ahora una gran recepción se abría donde antes debió de haber un estrecho recibidor. Tenía el aspecto que ella recordaba. Dos sofás de piel en un rincón con una mesita de centro de cristal sobre una alfombra de colores. Revistas gruesas y caras en una hilera bien ordenada a lo largo de un lateral de la mesa. En la esquina, algo grande y verde que con ayuda de una celosía trepaba por la pared del fondo. En el resto de las paredes, fotos en blanco y negro que parecían todas sacadas en Nueva York.

Una chica joven de pelo castaño a la que Vanja no reconoció estaba sentada detrás del mostrador curvado y le dio la bienvenida con una sonrisa.

—Estoy buscando a Jonathan Bäck —dijo tras dar los pocos pasos hasta el mostrador.

—¿Sabe que venías?

—No, no lo sabe. Me llamo Vanja. Vanja Lithner.

La chica cogió el teléfono y marcó un número corto. Respondieron de inmediato.

—Te llamo de recepción. Tienes visita. —La chica miró a Vanja—. Una tal Vanja Lithner.

La chica calló, escuchó y colgó con un escueto «bien».

—Ahora viene, puedes sentarte a esperar. —Señaló los sofás.

Vanja hizo lo que le decía. Cuando se vio forzada a hacer una pausa, le vino algo a la cabeza. ¿Era una buena idea? Desde que se había bajado del metro hasta que había llegado allí había actuado del tirón. Piloto automático. El día de tomar decisiones importantes. Pero ahora ya no estaba tan segura. A pesar de todo, Jonathan había sido bastante claro en aquella cena. Antes de que le diera tiempo de sopesar si marcharse o no, se le hizo demasiado tarde. Jonathan salió a la recepción. Una amplia sonrisa. Por lo menos parecía contento de verla.

—Hola, ¿cómo tú por aquí?

Se le acercó y le dio un abrazo cuando ella se puso de pie.

—Mira... ¿Estás ocupado?

—No tanto como para no poder hablar contigo.

Él dio media vuelta, marcó el rumbo en dirección a su despacho y le hizo un gesto a Vanja para que lo acompañara.

—¿Quieres un café o tomar algo? —preguntó cuando pasaron por un pequeño comedor.

—No, gracias.

—Creía que ibas a tope de trabajo —continuó él, y giró a la izquierda por el pasillo. Por lo visto había cambiado de despacho desde la última vez que ella había estado allí—. He leído en internet que lo habéis cogido, al Asesino de los Realities ese.

—Sí, pero... no, ahora no estoy trabajando.

—Vale, es aquí.

Se hizo a un lado y la dejó pasar a su despacho. Más grande que el anterior. Lo cual no quería decir gran cosa, un armario de tamaño normal era más grande que su antiguo despacho. Las mismas vistas al edificio de enfrente. Desorden en la mesa y, para alegría de Vanja, en el estante que

había detrás descubrió que la virgen superkitsch que ella le había comprado en Italia tenía un puesto destacado. Jonathan cerró la puerta e invitó a Vanja a sentarse en la única silla del despacho, a excepción de la que permanecía detrás del escritorio. Vanja apartó una pila de documentos, los dejó cerca de la ventana y se sentó.

—¿Qué me querías contar? —quiso saber Jonathan después de tomar también asiento.

—He estado pensando en lo que dijiste —empezó ella.

—De acuerdo...

—De que quizá no seas más que alguien a quien yo necesito ahora. Que a lo mejor yo no quiero volver a estar contigo en realidad.

—Sí.

¿Se lo parecía a ella o Jonathan comenzaba a parecer un tanto incómodo? De nuevo se cuestionó si había sido una idea acertada ir allí, pero ahora ya estaba hecho. Sería mejor decir lo que había ido a decir, Jonathan lo acabaría sabiendo de todos modos.

—¿Recuerdas que te dije que Sebastian era mi padre y...? —Se interrumpió. Daba igual el trasfondo. Debía ir al quid de la cuestión. Hacerlo fácil. Cogió una bocanada de aire y, con el corazón abierto, miró a Jonathan —. Tengo que alejarme de todo eso. Alejarme de todos. Incluso de la policía. Hasta la fecha, lo único que he tenido era la familia y el trabajo, así que necesito algo nuevo, algo sobre lo que yo pueda construir, que sea la base, los cimientos...

Si antes Jonathan había parecido incómodo, ahora a Vanja le pareció que estaba tendiendo al pánico. Vale, palabras de peso. Una exnovia que se te presenta en el trabajo hablando de cimientos sobre los cuales construir. Sin duda, había cargado con demasiado. Pero, de nuevo, ya iba siendo hora de hacer algo al respecto.

—Quiero que seas tú —concluyó, y le sostuvo la mirada.

Jonathan se reclinó en la silla y soltó una larga exhalación.

—Guau.

—Sabes a qué me refiero —indicó Vanja en un intento de quitarle hierro a las palabras de mayor trascendencia—. Estoy preparada para hacerlo



realidad. Hacernos a nosotros realidad.

El semblante de Jonathan seguía siendo, cuando menos, suspicaz. Vanja notó que se le hacía un nudo en el estómago. No iba a funcionar. Él diría que no. Otra vez. El ataque era la mejor defensa.

—¿Qué pasa? ¿No quieres?

—Sí...

—¿No me crees?

—Sí...

—Entonces ¿qué ocurre?

Él respondió con un silencio. Vanja se percató de que se había ido desplazando hasta la punta de la silla. Tensa. A la carrera. Hacia él o fuera de allí.

—Es complicado —dijo él al final, y se inclinó sobre la mesa, acercándose así a ella—. Tengo que contarle esto a Susanna. Por segunda vez. Y no pienso hacerlo. No si no estoy completamente seguro.

—Yo ahora estoy segura —profirió Vanja—. Del todo. No puedo prometerte que lleguemos a ser una pareja de jubilados. Pero ahora sí. Ahora te lo prometo. ¿No es suficiente?

Nuevo silencio. Ella entendía a Jonathan, no eran cosas sencillas que decidir en un instante, pero aun así cruzaba los dedos para que él pudiera hacerlo. Por ella. Un breve movimiento de cabeza le contestó antes que las palabras.

—Sí, es suficiente.

Vanja se dio cuenta de que había estado conteniendo el aliento. Soltó el aire al mismo tiempo que se ponía de pie. Se quedó allí plantada. ¿Qué pasaba ahora? ¿Qué debía hacer? Él decidió por ella al rodear la mesa y darle un beso. Ella lo correspondió. Había echado en falta sus labios, tan tiernos. Jonathan besaba muy bien. Su lengua se abrió camino por su boca al mismo tiempo que la abrazaba con más fuerza por la espalda. Ella le deslizó una mano por el pelo y notó que comenzaba a respirar más pesadamente cuando él subió una mano hasta su pecho. Vanja interrumpió el beso, se pegó más a Jonathan y apoyó la mejilla a la suya.

—¿Tienes que seguir trabajando? —le susurró al oído.

Fue como si las palabras rompieran el hechizo. Sintió que Jonathan daba un pasito atrás. Quizá consciente de que se estaban metiendo mano en un despacho que tenía las puertas de cristal, con una mujer que ni siquiera era su novia actual.

—Peor aún —dijo, y ella sintió la mano en su cintura, la cadera, hasta abandonar su cuerpo—. La Dirección de Correos y Telecomunicaciones celebra un evento esta tarde que tengo que preparar y a la que luego me toca asistir.

—¿La Dirección de Correos y Telecomunicaciones antes que tener sexo conmigo? —preguntó, haciéndose la herida.

—Por desgracia, tiene que ser así —asintió él—. Pero ven conmigo. Tengo que estar allí una hora, hora y media como mucho. Después... Puedes tomártelo como unos preliminares —bromeó Jonathan.

—He sentido la tentación hasta que has dicho eso. —Ella sonrió.

—Pues olvídale y tan sólo ven.

Vanja asintió con la cabeza y contuvo el impulso de volver a pasar una mano por ese pelo tan fantástico. Más tarde habría tiempo para ello.

—¿Dónde y cuándo?

—En el Waterfront a las siete. Pásate por aquí a las seis y cuarto y así vamos juntos.

Se inclinó hacia delante para darle un beso ligero a Vanja.

—Ahora tengo que trabajar.

Otro beso. Un escueto «nos vemos» y Vanja se fue de allí.

Con una sensación maravillosa. Lo había conseguido. Otra nueva pieza que se había colocado en su sitio, y ya pudo imaginársela.

La nueva vida.

Sebastian no había odiado a muchas personas en su vida.

Algunas lo habían disgustado, muchas más lo habían puesto de los nervios, pero con aquellas que lo provocaban tanto como para empezar a odiarlas terminaba por dejar de relacionarse, las apartaba de su vida para no tener que dedicar tiempo y energía a despreciarlas activamente.

Pero odiaba a David Lagergren.

Odiaba aquello de lo que aquel hombre lo había obligado a formar parte.

No quería volver a verlo.

Pero no tenía más remedio. Lagergren no pensaba hablar con nadie más, y los interrogatorios podían ayudar a condenarlo. Según Torkel, todavía no tenían pruebas técnicas contra él, a pesar de haber inspeccionado su vivienda y haber confiscado teléfonos y ordenadores tanto en su casa como en su puesto de trabajo. Quizá consiguieran algo cuando Billy los hubiese inspeccionado, pero por el momento todo eran indicios.

Así que no le quedaba otra que tragarse su aversión personal y actuar con profesionalidad.

—¿Estás listo?

Sebastian alzó la vista. Torkel estaba de pie en la puerta del comedor. Sebastian miró de nuevo su taza de café intacta y asintió con la cabeza. Lo más listo que podía llegar a estar.

—¿Vanja no está aquí? —preguntó en tono cordial cuando salió a las oficinas y paseó la mirada por ese espacio tan familiar.

—No.

—¿O es que no quiere verme?

—No está aquí.

—¿Porque estoy yo?

Torkel no respondió y se limitó a seguir caminando medio paso por delante de Sebastian en dirección al pasillo donde estaban las salas de interrogatorios.

—Fue ella la que te dijo que me dieras la patada, ¿verdad? —dijo Sebastian cuando casi hubieron llegado, ansioso de que le confirmara lo que ya daba por sentado.

—Coge esto —ordenó Torkel, y le pasó un pinganillo a Sebastian—. Te estaré acompañando desde la sala contigua, por si necesitas datos del caso.

Sebastian cogió el auricular y se lo metió en la oreja.

—Suerte.

Torkel abrió la puerta del cuarto que compartía pared con la salita de interrogatorios y desapareció. Sebastian se acercó a la puerta gris azulado de al lado.

Detrás de ella estaba el Asesino de los realities.

David Lagergren.

El hombre que lo había hecho partícipe de un asesinato.

Sebastian respiró hondo. Dejó que el aire entrara en su cuerpo. Luego, otra vez. Cogió las riendas de sus sentimientos y abrió la puerta con lo que esperaba que pareciera una actitud de indiferencia y de seguridad en sí mismo. Saludó con la cabeza al agente uniformado, quien abandonó la sala de inmediato. De camino a la mesa, Sebastian lanzó una ojeada fugaz al cristal reflectante como si pudiera encontrar el apoyo de la mirada de Torkel, apartó la silla y tomó asiento. Alzó los ojos. Se percató de que hasta ese momento había evitado contemplar al hombre del otro lado de la mesa. Un error, probablemente. Cuando sus miradas se cruzaron, tuvo que esforzarse por mantener su respiración bajo control.

Era él.

Reconoció los ojos. Los labios tras el pasamontañas.

Jamás los olvidaría.

Notó que se le secaba la boca. No quería ser el primero en hablar, en parte

porque ello lo situaría en cierta posición de inferioridad y en parte porque no estaba seguro de si la voz le aguantaría firme.

—Me arrepiento —dijo Lagergren al cabo de medio minuto de silencio.

—No soy un cura católico, así que me da igual —respondió Sebastian enseguida, y descubrió para alegría suya que su voz sonaba tan dura como había deseado.

Después, siguió callado. No pensaba dirigir la conversación. No hasta que supiera qué quería su adversario. Estaba firmemente decidido a no darle nada gratis.

—Me arrepiento de haber venido asumiendo la autoría de esos asesinatos que no he cometido —continuó Lagergren con un claro remordimiento en la voz.

Sebastian dio por hecho que se notaba lo consternado que se había quedado. Aquello había dado un giro del todo inesperado.

—¿No has matado a estas personas?

—No.

—Entonces ¿por qué has dicho que te llamabas Sven Catón y que querías confesar los asesinatos?

—No lo sé —respondió Lagergren encogiéndose de hombros—. ¿Tú qué crees? ¿Delirio temporal?

De pronto, Sebastian comprendió lo que el hombre que tenía delante pretendía. Volver a jugar. Desafiar de nuevo a Sebastian. Hacerlo participar de forma activa en un proceso que quizá terminaría cuando se vieran obligados a dejarlo marchar.

Era un juego de alto nivel.

Para poder hacerlo, Lagergren debía estar seguro de que ellos no tenían ninguna prueba. De que él no había dejado ningún rastro. A regañadientes, Sebastian tuvo que reconocer que el hombre del otro lado de la mesa podría conseguirlo. Lo más seguro era que supiera también que podían retenerlo durante setenta y dos horas sin necesidad de tener ninguna prueba. Quizá incluso le apetecía. Tres días de jugar al gato y al ratón. Poder medir su intelecto superior con el de Sebastian para al final vencerlo y salir triunfal de allí como un hombre libre.

—¿A quién pretendes engañar? —espetó Sebastian, decidido a no participar del juego—. Te conozco.

—¿Ah, sí?

—Sí.

—¿De dónde? No consigo recordar que nos hayamos visto.

—Cuando asesinaste a Källman.

—No sé de quién estás hablando. Debes de confundirme con otra persona. ¿De verdad era yo? ¿Me viste? ¿Viste mi cara?

—Reconozco tu voz.

—Si fuera el caso, ¿sería suficiente en un juicio? —La curiosidad de Lagergren parecía auténtica.

Sebastian comprendió de pronto por qué las víctimas habían tenido los ojos vendados durante los interrogatorios en la autocaravana. En caso de librarse, de aprobar y conseguir que él los soltara, Lagergren podría alegar que sí, en efecto, había comido con aquellos jóvenes, pero que, fuera lo que fuera lo que hubiera pasado después, no era él. ¿De verdad lo habían visto dentro de la autocaravana mientras hacían aquel examen? Ebba había tenido mala suerte. Estaba con su hermana. Si hubiese estado sola, quizá habría conservado la vista.

—¿Por qué quieres hablar conmigo?

—Por lo visto, estoy enfermo, dado que me echo a la espalda asesinatos que no he cometido. ¿No es así?

Lagergren le sonrió. Sebastian ya tuvo suficiente. Aquello no conducía a ninguna parte. No ganaría nada con una confrontación directa. Sería mejor si le seguía el juego, pero no hasta haberle dado la vuelta al tablero.

El ataque tendría que ser defensa. La defensa, ataque.

¿Qué sabía de Lagergren? Un académico que opinaba que el conocimiento era algo que ya no se valoraba como era debido. Que medía el valor de las personas según su cultura general.

Irrelevante.

Aquello era lo que el hombre opinaba, no quién era. ¿Qué lo motivaba? ¿Qué había dicho antes de matar a Källman? Tenía a la prensa de su lado. Había podido lanzar su mensaje.

Parecía estar orgulloso de ello.

De ser escuchado. De que le prestaran atención.

La entrevista de Weber había sido más un manifiesto que una conversación.

Sebastian podía usarlo. Además, Lagergren mostraba señales de cierta soberbia. Hasta el momento, lo había tenido todo a favor.

Sebastian notó que le volvían las fuerzas. En estas cosas era bueno. El mejor. Casi le entraron ganas de revancha. Por fin podía ganar.

—Lástima —dijo con cara comedidamente compungida al mismo tiempo que negaba un tanto rendido con la cabeza.

—¿Lástima, el qué? —quiso saber Lagergren.

Sebastian lo miró, sopesó qué anzuelo usar, se decidió por uno y lo lanzó.

—Que no seas tú. —Se enderezó en la silla y se inclinó hacia delante, los codos sobre la mesa, la barbilla descansando en las manos unidas—. ¿Conoces a Edward Hinde?

—Sé quién es.

—¿Sabes por qué sabes quién es? —Procuró que quedara bien claro que era una pregunta retórica y respondió acto seguido—. Porque escribí libros sobre él. Di charlas sobre él. Di clases sobre él. Hice que la gente lo tuviera en mente.

Sebastian calló y observó al hombre que tenía enfrente. ¿Estaría entendiendo lo que estaba pasando? ¿Lo que Sebastian estaba haciendo? Difícil de decir, así que era mejor proseguir.

—Si fueras tú quien hubiera matado a estas personas... —continuó—. Quien hubiese escrito esas cartas, concedido aquella entrevista...

Volvió a callar. En principio, el anzuelo estaba a plena vista. ¿Lo estaba viendo Lagergren, le interesaba?

—No soy yo —respondió Lagergren con una pizca de frustración.

¿O no? ¿Acaso, a pesar de todo, no había una mínima diferencia respecto a antes? La voz más baja, no tan segura, más cautelosa...

—Lástima, porque entonces habrías sido una persona más interesante —persistió Sebastian, se levantó y comenzó a pasearse por la salita—. Siempre es interesante cruzarte con alguien que ha comprendido que puede influir más

y llegar a más gente si sale del anonimato. Que puede convertirse en un símbolo de la lucha aunque esté encerrado en prisión. Un símbolo incluso mejor. Alguien que rozaría el estatus de mártir.

Sebastian se apoyó en la pared. La expresión de Lagergren no cambiaba, pero Sebastian observó en su lenguaje corporal que le había despertado una idea. Probablemente, ya debía de tenerla ahí dentro todo el tiempo. Lo más seguro era que lo que Sebastian había dicho fuera el motivo por el que Lagergren se había entregado. Pero cuando la idea se materializaba en forma de palabras en boca de otra persona, cuando se veía confirmada por alguien de fuera, se volvía más real.

Real y atractiva.

—Lástima que no seas tú —dijo Sebastian en tono concluyente y se apartó de la pared—. Habría escrito sobre ti, y lo que yo escribo sale publicado.

Dio la vuelta y se dirigió a la puerta. ¿Qué podían ser? ¿Seis pasos? Cinco. Ni una palabra de Lagergren. Cuatro. Tres. Alargó la mano hacia la manilla y trató de pensar en alguna excusa para quedarse sin revelar lo ansioso que estaba. Dos. No lo consiguió.

—Espera.

Sebastian no pudo reprimir una sonrisa. Lagergren había visto el anzuelo y le había parecido interesante. Ahora se trataba de retirarlo un poco para que él lo siguiera, para sacarlo a mar abierto. Cuando dio media vuelta, Sebastian había borrado todo rastro de su sonrisa de satisfacción y la había cambiado por una expresión con la que esperaba mostrar aburrimiento combinado con que tenía cosas más importantes que hacer.

—¿Qué pasa?

—Vi una entrevista que te hicieron, piensas que el Asesino de los realities ese es un imbécil.

—Sí.

—Entonces ¿por qué quieres escribir un libro sobre él?

—No escribí sobre Hinde porque me gustara ni porque estuviera de acuerdo con él. —Sebastian retrocedió unos pasos en la salita—. Me parecía interesante, igual que para los lectores. La persona que ha hecho esto lo es



todavía más. Hinde sólo era un simple psicópata, con un trastorno de empatía, abusos en la infancia, blablablá, ya sabes. Este hombre tiene algo importante que decir. Una agenda oculta.

Vio que Lagergren asentía con la cabeza. Sin duda, el anzuelo le resultaba sugerente. Se acercaba más y más a él. Hora de pegar otro tirón. Más lejos. Para que lo perdiera de vista. Para que tuviera que hacer un esfuerzo para conseguir verlo de nuevo. Un esfuerzo en forma de confesión.

—Aunque, no sé..., cuanto más pienso en ello, más... —Sebastian se detuvo, no terminó la frase, como si le acabara de venir algo a la cabeza. Como quien se da cuenta de pronto de algo.

—¿Más...? ¿Más qué?

Sebastian frunció la frente en gruesas arrugas, suspiró y negó con la cabeza como si sus propios pensamientos lo decepcionaran.

—Me parece que no es suficiente.

—¿El qué no es suficiente?

Preocupación en la voz. Excelente.

—Una suerte de manifiesto y un puñado de muertos. —Sebastian se volvió hacia Lagergren como si fuera un participante a su altura en la discusión, alguien cuya opinión Sebastian sabría valorar—. El mundo ha cambiado, ¿verdad que sí? Hinde mató a cuatro personas. Hace veinte años eso era mucho, pero ahora...

Nueva negación con la cabeza que dejaba espacio a la interpretación.

—Y cualquiera puede inventarse un manifiesto —continuó Sebastian—. En internet los hay a cascoporro. Quiero decir, mira a Breivik, ¿cuánto oímos de él? ¿Qué interés despierta hoy día? Y la persona que ha hecho esto ni se acerca a lo que hizo él.

—Por ahora.

Dos palabras. La primera grieta en la fachada. La primera mordida real al anzuelo. ¿Cómo proseguir sin perderlo? Con un poco de suerte mordería hasta quedarse atrapado o lo atacaría desde otro ángulo.

—¿Tú piensas que volverá a matar?

Sebastian pudo ver que Lagergren se percataba de golpe de lo que acababa de admitir con sus dos palabras.

—¿Cómo quieres que lo sepa? —Agresivo. Alterado. Como para compensar su error con fuerza y volumen.

Sebastian decidió atacar por otro flanco.

—¿Fue así con Ebba Johansson y también con la beca esa del MIT? Que salió sin más. Sin planearlo. ¿Es tu talón de Aquiles? ¿A veces dejas que las emociones tomen las riendas de tu boca?

—No sé de qué estás hablando.

—Fue así como te encontramos.

Sebastian dio la vuelta a la mesa, ganándole la espalda. Podía ver cómo Lagergren luchaba contra el impulso de darse la vuelta y seguirlo con la mirada. Sebastian se le aproximó, se agachó, bajó la voz, le susurró a unos pocos centímetros de la oreja:

—Te has rendido. Te has entregado.

Silencio.

—Estás aquí sentado.

Silencio.

—Debes de haber contado con la posibilidad de no volver a salir.

Silencio.

—Pero sabes que habrá más.

Lagergren ya no pudo aguantarse. Se volvió con brusquedad.

—No sé de qué estás hablando.

—Cierra el pico, sabes perfectamente de qué te estoy hablando. — Lagergren le aguantaba la mirada. Respiración pesada. Como si en cualquier momento pudiera salir disparado de la silla y soltarle un guantazo a Sebastian.

Sebastian no titubeó ni un segundo con la mirada. Lo contempló fijamente. El hombre en la silla respiraba hondo. Luego, volvió a girarse con rapidez y se quedó mirando al frente. Sebastian aún con la misma voz silenciosa, indudable.

—O sea, que ya está planeado.

Silencio.

—¿Es una bomba? ¿Piensas volver a volar algo por los aires?

Silencio. Sebastian se enderezó y de nuevo comenzó a pasearse por la

salita. Soltó el discurso como si estuviera hablando solo.

—No presumes de lo listo que eres, de que nos has engañado y de que no tenemos ninguna posibilidad, porque... —Se detuvo, le lanzó un vistazo triunfal a Lagergren, y ahora ni siquiera trató de contener la sonrisa—. Porque aún podemos evitarlo ahora que lo sabemos.

—No, no podéis.

—Sí, podemos.

Sin dejar de sonreír, dio los últimos pasos hasta la puerta. Estaba seguro de que Torkel había abandonado la estancia contigua en cuanto Sebastian había constatado que habría más asesinatos. Dónde y cuándo tendrían lugar era trabajo de los policías averiguarlo. Sebastian había hecho su parte. O no del todo... Se detuvo a medio salir por la puerta.

—Coge tu mierda de preguntas del Trivial y disécalas. Esto... —Se golpeó la sien con el dedo índice—. Esto es inteligencia de verdad.

Después salió y dejó que la puerta se cerrara tras él.

Prácticamente estaban colgando por encima de él.

Sebastian a un lado. Torkel al otro.

—¿Cómo va? ¿Sacas algo? —quiso saber Torkel, logrando la proeza de sonar autoritario y decepcionado a la vez.

—No iré más rápido por teneros a vosotros aquí —dijo Billy irritado, lanzándoles a ambos una mirada por encima del hombro.

Sebastian y Torkel no se movieron del sitio.

—En serio, id a por un café o algo, os aviso cuando haya terminado.

Torkel soltó un suspiro de rendición, pero dio un paso atrás.

—Vale, ven, dejemos a Billy trabajar en paz —le dijo a Sebastian y se fue.

Billy los miró un momento. Los entendía. Comprendía su impaciencia y ansia. Lagergren había dejado de hablar y no tenían nada que pudiera ayudarlos a descubrir lo siguiente que había planeado.

Excepto su ordenador, quizá.

El problema era que Lagergren parecía haber borrado de forma muy metódica el historial de búsquedas del explorador de internet, y Billy se veía obligado a tratar de recomponerlo desde el caché del disco duro.

Lo cual llevaba su tiempo.

Un tiempo que Sebastian estaba convencido de que no tenían.

Torkel y Sebastian entraron en el comedor. Torkel fue hasta la nevera, la

abrió y se quedó de pie con la puerta abierta.

—¿Quieres algo? —le preguntó a Sebastian.

—No.

—Yo tampoco —dijo Torkel para sí, y volvió a cerrar.

Comenzó a pasear de un lado a otro delante de la encimera, demasiado inquieto como para sentarse. De vez en cuando le lanzaba una mirada a Sebastian, que se había dejado caer en una de las sillas que había junto a la puerta.

—¿Qué has hecho? —preguntó al final.

—¿Qué he hecho de qué?

—Para cabrear tanto a Vanja.

Sebastian lo miró un tanto consternado. ¿No lo sabía? ¿Lo había echado sin saber lo que había hecho?

—¿No te lo ha contado?

—No.

—Entonces, supongo que no quiere que lo sepas.

Torkel no pensaba seguir con aquello. No era tan importante. Retomó sus idas y venidas.

—¿Qué crees que Lagergren tiene planeado?

—Algo grande, por desgracia.

—¿Cómo de grande?

—Tan grande como para poder atribuirse todo el mérito. Por eso ha venido.

—¿No podía llamar a Weber y punto? Atribuírsele por esa vía.

—No, es lo que he dicho ahí dentro, ya no quiere ser anónimo. Quiere convertirse en un símbolo. Un líder. Considera que ahora tiene seguidores que pueden continuar con la labor. A quienes puede inspirar desde la cárcel y que lo estarán esperando cuando salga.

—Es una locura.

—No debería decir esto, dado que soy psicólogo de formación, pero está loco.

—Vale, he terminado. —Se oyó desde la puerta por la que Billy asomó la cabeza.

Sebastian se puso de pie en el acto.

—Sólo para que lo sepas, no has vuelto —dijo Torkel mientras salían—. Salga como salga esto, no estás en el equipo.

—Lo sé.

—¿Qué has encontrado? —preguntó Torkel cuando él y Sebastian estuvieron de nuevo a ambos lados de Billy, mirando fijamente la pantalla.

—Ha sido muy cuidadoso, ha borrado su historial cada noche —contestó Billy mientras terminaba de hacer los últimos arreglos para sacar el material—. Para eliminar todo rastro, así que he tenido que recomponerlo.

—Fantástico, buen trabajo, pero ¿qué has encontrado? —La decepción se había esfumado de la voz de Torkel, ahora sólo había autoridad.

—Esto —indicó Billy, y abrió montones de textos en la pantalla.

Sebastian se inclinó para tratar de hacer una lectura en diagonal del amasijo de letras.

—Su historial de búsqueda. Ha sido muy meticulado —aseguró Billy señalando la primera línea de texto—. A principios de junio, Patricia Andrén. Comenzó a buscarla en Google. A leer sus entradas en el blog. —Billy señaló un poco más abajo y continuó—. Después localiza restaurantes en Helsingborg, escuelas, mapas, cámaras de tráfico. Un poco más tarde hace lo mismo con Petrovic y Ulricehamn.

Deslizó un dedo por el ratón y bajó por la pantalla.

—Después de eso empieza a buscarse a sí mismo en paralelo a las hermanas Johansson, a Weber, a algunos jefes de televisión, pero enseguida se queda con Wallgren de Channel 3.

Billy volvió la cabeza hacia Sebastian.

—Aquí apareces tú.

—Vale, eso está bien, refuerza nuestro caso, pero necesitamos saber qué es lo siguiente que planea, no lo que ya ha llevado a cabo.

—Lo último que ha buscado es la DCT —declaró Billy.

—¿Qué es eso? —preguntó Sebastian.

—La Dirección de Correos y Telecomunicaciones. —Billy abrió una

nueva pestaña y amplió la imagen. Un gran edificio amarillo llenó la pantalla —. Un organismo público que vigila toda la comunicación electrónica y el correo de Suecia.

Se hizo silencio. Los tres se quedaron mirando el edificio amarillo como si creyeran que ello pudiera ofrecerles alguna respuesta. Sebastian dio un paso atrás, pensativo. Le sonaba que había alguna conexión a esto. La pregunta era el qué. Y cuándo. Y de quién.

—O sea, que ha pasado de buscar a personas individuales a un organismo público —concluyó Torkel al cabo de un rato.

—¿La DCT esta es responsable de internet, de alguna manera? —preguntó Sebastian.

—Eso es con lo que trabajan, ampliación y desarrollo para que todo el mundo tenga cable y telefonía y esas cosas.

—Ya —dijo Sebastian para sí—. Ya. —Parecía haber caído en algo. Señaló la pantalla de Billy.

—¿Os acordáis de aquella carta al *Östersunds-Posten* sobre la tía de Frösön, la de los vídeos de manicura...?

—Frida Wester —especificó Torkel.

—Exacto. Un fenómeno de YouTube. Hay montones como ella, y Lagergren debe de odiarlos a todos. Nos lo dijo. A mí y a Källman. Que internet tenía una gran parte de responsabilidad.

Sebastian se había venido arriba y le costaba estarse quieto. Su cabeza iba a toda velocidad. Tenía que poner orden a sus ideas para que lo condujeran a alguna parte, para que tuvieran un rumbo.

—Teorías de la conspiración, vídeos de gatos, páginas de odio, monstruos generadores de clics, gran parte de lo que hay en internet es de lo más tonto. Le escribió a Weber que pensaba ir a la fuente. Los que suministran la estupidez. Wallgren, Källman...

—La Dirección de Correos y Telecomunicaciones —completó Torkel, y de pronto se puso pálido—. Mierda, les diré que evacúen. —Dio un paso al lado y sacó el teléfono.

Sebastian cogió una silla del puesto de al lado de Billy y se sentó cerca de él.

—¿Qué es lo último que ha buscado? —preguntó haciendo un gesto a la pantalla con la cabeza.

Billy saltó a la página con el historial de búsqueda de Lagergren y bajó hasta el final de la lista.

—Es una especie de evento...

Abrió una nueva ventana, copió la búsqueda de Lagergren, buscó los resultados y abrió el primero de la lista.

—Sí, un evento en el Waterfront sobre la ampliación de la red de fibra óptica y la visión de que en 2020 Suecia se convierta en el país más conectado del mundo. —Siguió ojeando el texto de la página y de pronto pareció inquietarse—. Tanto el ministro de Telecomunicaciones como el ministro de Educación van a asistir.

—¿Cuándo es?

—Esta tarde, empieza a las siete.

Ambos miraron el reloj de la pantalla.

Menos cuarto.



Muchos ciudadanos opinaban que la última aportación al *skyline* de Estocolmo era un auténtico desastre en el aspecto arquitectónico y estético y, por consiguiente, había sido votado como el edificio más feo de la ciudad. Vanja no estaba de acuerdo, le parecía que el Waterfront era bastante elegante, con tanto cristal y la imponente y robusta construcción en metal que asomaba hacia la ensenada de Riddarfjärden. Era aquello lo que caracterizaba a una ciudad, pensaba. Que crecía y se transformaba con el tiempo. Nunca había entendido el miedo a lo nuevo que se podía ver reflejado en los acalorados debates que surgían en cuanto alguien quería construir algo diferente. Una ciudad moderna necesitaba edificios modernos.

El evento iba a tener lugar en el salón de actos, pared con pared con el hotel del mismo nombre. Vanja nunca había entrado en el edificio, sólo había pasado por delante con el coche, así que, aunque sospechaba que el simposio en sí iba a ser aburrido de cojones, le hacía gracia ir. Habían cogido el coche de Jonathan y habían aparcado en el parking subterráneo. Ella se guardó las llaves y la cartera de él en el bolso para que el peso no tirara de su americana de lino claro que se había puesto por encima de una camisa azul celeste. Por su parte, Vanja llevaba un vestido de verano de color amarillo pálido con una chaquetita blanca. Ahora estaban subiendo en ascensor al vestíbulo del salón junto con otros invitados.

—¿Qué decimos si nos cruzamos con alguno de tus compañeros de trabajo? —preguntó ella.

Él le sonrió.

—Nada. Los saludamos. Hablamos un poco. Son mis compañeros, no Susanna —dijo, y le dio un beso.

Las puertas del ascensor se abrieron y todos salieron al bullicio del gentío. Ya había un buen número de gente que estaba entrando al salón de actos, pero muchos otros seguían alrededor de las mesas altas. Camareros vestidos de blanco se movían de forma efectiva entre los invitados ofreciendo vino blanco y canapés. Vanja nunca había estado demasiado interesada en codearse con políticos y famosos, pero ahora mismo le resultaba un paréntesis de lo más agradable y era bienvenido. Quizá acabaría siendo una parte de su nueva vida. Con Jonathan.

Cogió un programa de un expositor en una de las mesas y lo abrió.

—¿Cuándo podremos irnos? —preguntó, mostrándole el programa a Jonathan.

—Después de eso —respondió él, y señaló el papel.

Ella leyó donde había puesto el dedo.

—Ocho y cuarto. ¿El futuro ya está aquí? Anders Grudell, director general de Coldoc —pronunció en voz alta.

—Causa furor —sonrió Jonathan.

Vanja tomó una copa de vino blanco de una de las bandejas plateadas que pasó por su lado. En alguna parte sonó la campanita de un reloj.

—Es hora de que ocupen sus asientos. —Se oyó decir una voz—. Ocupen sus asientos.

Luego volvió a sonar la campanita.

Faltaban unos diez minutos para que empezara el acto. Primero, una breve bienvenida de unos diez minutos por parte del presidente de la Dirección de Correos y Telecomunicaciones, y, después, el discurso oficial de apertura lo iba a dar el ministro de Telecomunicaciones, según el programa. Vanja y Jonathan se encaminaron despacio hacia las puertas.

Cuando accedieron al salón de actos, Vanja quedó sorprendida con la cantidad de gente que había. El local estaba casi lleno, y eso que tenía una capacidad para seiscientas personas, según indicaba un cartel en la entrada. En el escenario elevado había dos ramos grandes de flores enmarcando un podio con una mesa redonda alta en la que había un portátil abierto. En la

pared del fondo había un lienzo del tamaño de una pantalla de cine en el que se podía ver el logo de la Dirección de Correos y Telecomunicaciones.

Vanja y Jonathan se sentaron en las butacas del pasillo un poco más abajo. En cuanto tomaron asiento, Jonathan le cogió la mano.

—Estoy tan contento de que estés aquí...

—Estarías aún más contento en otro sitio —dijo ella, poniéndole con suavidad una mano en el muslo y apretando.

Él le sonrió. La alegría y el deseo en sus ojos mezclados con cierta nostalgia.

—Pasaremos una época un poco difícil, lo sabes, ¿verdad? Con Susanna —dijo él, y se inclinó hacia ella.

—Lo sé —respondió Vanja en serio, pero sin apartar la mano.

—¿Crees que podrás aguantarlo? —preguntó él un poco preocupado.

—Después de todo lo que ha pasado, aguanto cualquier cosa.

—¿Incluso un discurso del ministro de Telecomunicaciones sobre la ampliación de la red de fibra óptica?

—Incluso eso —contestó Vanja, y soltó una risita.

El sonido de las sirenas rebotaba entre los edificios. Billy conducía deprisa, pero en esa ocasión a Torkel no le parecía que fueran lo bastante rápido. Cruzaba los dedos para que llegaran a tiempo. En la radio policial había mucha actividad. Voces y órdenes a raudales. Parecía que toda la policía de Estocolmo se estuviera moviendo hacia el Waterfront. El primer coche patrulla no tardaría en llegar, pero por el momento nadie había logrado ponerse en contacto con ningún responsable del evento y la evacuación ni siquiera había comenzado. Una voz de mujer informó de que habían conseguido dar con una recepcionista del hotel colindante que había prometido ayudarlos a encontrar a uno de los organizadores. Torkel había intentado comunicarse con un responsable de la Säpo, la policía secreta, dado que los ministros debían de tener protección durante el evento, pero como solía pasar con la Säpo costaba localizar a la persona correcta, sobre todo por la tarde. La policía secreta parecía dar por hecho que los atentados se

cometían en horario de oficina, pensó Torkel irritado. La Unidad Antiexplosivos iba en camino, pero tardaría por lo menos diez minutos más, acudía desde Solna tras una falsa alarma. Torkel estaba cada vez más estresado. Los minutos pasaban y la evacuación seguía sin empezar. Si su teoría era cierta, iban hacia una catástrofe potencial. Sabían que Lagergren dominaba la fabricación de bombas con temporizador y para surtir el máximo efecto debía de haber procurado que detonara durante el discurso de apertura del ministro de Telecomunicaciones.

Según el programa, empezaría a las siete y diez.

Así que realmente necesitaban sacar a la gente.

Por fin se confirmó que el coche 67 había llegado al lugar. Torkel cogió el micrófono para dar él mismo la orden.

—Sacadlos, sacad a todo el mundo lo más rápido que podáis. Llegamos dentro de dos minutos.

Billy saltó al carril contrario y pisó a fondo. El motor agonizante casi superaba el ruido de las sirenas. Pasaron por Bolinders Plan y vieron el viaducto de Klarabergsviadukten y el Waterfront delante; el edificio de cristal centelleaba de vez en cuando en color azul topacio por los coches patrulla que habían aparcados delante. Pero Torkel sólo vio policías entrando, no personas saliendo en la otra dirección.

—Mierda, no nos dará tiempo de sacar a todo el mundo —dijo Torkel frustrado, y unas gotas de sudor asomaron en su frente.

El bullicio en el local se había apagado y el canoso director general de la Dirección de Correos y Telecomunicaciones puso un pie en el escenario, se acercó al podio y cogió el micrófono para darle la bienvenida a todo el mundo. Antes de empezar pulsó una tecla en el ordenador y la imagen de la pared del fondo cambió. El logotipo del organismo desapareció para verse sustituido por «VISIÓN 2020» en letras mayúsculas sobre un mapa de Suecia. «El país más conectado del mundo», ponía en letras un poco más pequeñas al pie y, a juzgar por los aplausos, todos los presentes en la sala estaban impresionados.

El director general estaba a punto de tomar la palabra cuando de pronto se oyó un jaleo y algunas voces autoritarias en las puertas del salón. Al principio, Vanja no entendía lo que estaba pasando, pero pronto vio a un grupo de agentes uniformados entrando en tropel. Los aplausos cesaron.

—Os tenemos que pedir que salgáis del local —gritó uno de ellos.

La gente se miró entre sí con desconcierto, paseó la vista por la sala y por los policías, pero sólo unos pocos se levantaron.

—¡Evacuad ahora mismo! —gritó otra vez el policía—. Tenemos un aviso de bomba.

La intranquilidad corrió como fuego por el local, todo el mundo se levantó y se encaminó a las salidas lo más deprisa que podían. Vanja se volvió hacia Jonathan.

—Sal, enseguida voy —dijo, y se abrió paso entre la masa de gente desconcertada hasta uno de los agentes que se estaba dirigiendo al podio donde el director general seguía de pie con el micrófono en la mano. Vanja alcanzó al policía y le mostró su identificación.

—Vanja Lithner, Homicidios. ¿Qué ha pasado?

—Nos han dado la orden de evacuar el local. De hecho, la habéis dado vosotros —respondió el agente, y siguió abriéndose paso hacia el podio.

Vanja lo miró sin entender y le siguió los pasos.

—¿De Homicidios? —inquirió.

—Puede haber una bomba aquí, según vosotros —declaró el policía, y subió al escenario de un salto y se acercó al podio. Le quitó el micrófono al director general.

—Como os decíamos, debemos pedirnos que evacuéis el local de forma inmediata. —Se oyó enseguida por los altavoces—. Lo más deprisa que podáis, pero sin pánico. De manera calmada y ordenada.

El bullicio se intensificó y alguien soltó un grito. Las puertas estaban taponadas por la gente que trataba de abandonar el local. Llevaría tiempo sacar a todo el mundo, comprendió Vanja, y notó que se le aceleraba el pulso. Tenía que ser Lagergren. ¿Por qué si no iba a estar implicado Homicidios? Vanja buscó a Jonathan, pero ya no lo vio. Miró a su alrededor y descubrió dos salidas de emergencia casi inutilizadas un poco más lejos, detrás del

escenario.

—¡Usad también las salidas de emergencia! —exclamó con decisión, y comenzó a tratar de dirigir a la gente hacia las salidas alternativas—. Diles que usen también las de emergencia —le chilló al policía con el micrófono mientras señalaba las puertas.

De pronto, vio a Jonathan, se estaba abriendo camino hacia ella entre la multitud. Su mirada encantadora se había esfumado, ahora sólo tenía preocupación en el rostro.

—¡Ven, tenemos que salir de aquí! —gritó.

Ella negó con la cabeza.

—Yo me quedo ayudando. Vete. Te llamo luego.

Él llegó hasta ella y la cogió de la mano.

—¿Estás segura?

—Sí, necesitan toda la ayuda posible para poder evacuar a todo el mundo —dijo ella y contempló el caos que la rodeaba.

—Vale, ve con cuidado —le pidió él, y le dio un beso fugaz en la boca.

Él asintió, le soltó la mano y desapareció.

Ella lo siguió con la mirada por un breve instante antes de volverse para seguir dirigiendo a la masa.

Billy había aparcado en mitad de la calle Klarabergsgatan para cortarla. Dejó en marcha las luces azules. Torkel ya se había bajado del coche y estaba hablando con un oficial de policía. A su alrededor había un flujo constante de gente bien vestida. Muchos se detenían tan sólo salir del edificio. Torkel hizo aspavientos con un brazo para hacerlos continuar al mismo tiempo que hablaba con el oficial.

—Tienes que alejarlos, mételos en el viaducto de Klarabergsviadukten o que bajen a Kungsholmen —ordenó.

El oficial asintió enérgico con la cabeza.

—Por supuesto.

—Y corta todo el tráfico. Tren y metro también.

—¿Sabemos que es una bomba? —preguntó el oficial con discreción,

pero un tanto nervioso.

—Partimos de esa base —dijo Torkel, y trató de parecer más tranquilo de lo que se sentía. Se le acercó para que la gente que pasaba no lo oyera—. En cuanto llegue la Unidad Antiexplosivos los mandas dentro —indicó. El oficial volvió a asentir en silencio y Torkel se dirigió a Billy—. Voy a entrar. ¿Te quedas aquí y vigilas que todo quede cortado?

—Claro.

Torkel corrió hacia el torrente de invitados que estaban evacuando y se metió en el edificio.

Sebastian se había bajado del coche y miró a su alrededor, sin tener claro lo que debía hacer. Una parte de él se dijo que si estaba en lo cierto respecto a sus sospechas, tanto él como todas las personas que estaban en las proximidades del edificio se hallaban en peligro de muerte. Miró la hora. Las siete y tres. Según el programa, el ministro de Telecomunicaciones empezaría su discurso dentro de siete minutos. Si él fuera Lagergren, habría procurado que la bomba estallara durante su charla.

Máximo valor simbólico.

Miró a Billy, que estaba en plena labor de dirigir a los coches patrulla que llegaban y hacer que los demás agentes acordonaran un perímetro mayor alrededor del edificio. Una parte de él le decía que debía alejarse de allí lo antes posible. Ellos ni siquiera lo querían en el equipo. ¿Por qué molestarse? Si había una bomba, podía detonar en cualquier momento.

Pero no podía irse, sintió.

Ya era suficiente.

No había podido salvar a Källman. Pero fue la última persona a la que Lagergren había matado.

No lo dejaría ganar otra vez.

Sebastian comenzó a caminar hacia el flujo de gente.

En principio, la sala de reuniones estaba evacuada, pero la mitad de los invitados seguía en el vestíbulo, donde la cola en la escalera avanzaba con lentitud. Había copas, canapés y algunas bandejas plateadas esparcidas por el

suelo. Delante de los ascensores había personal que echaba a la gente que quería usarlos. Pero todo iba marchando con calma y serenidad. La evacuación parecía estar funcionando, aunque tomara su tiempo.

Vanja sacó el móvil y llamó a Billy. Él sonaba estresado, por decir algo, y Vanja pudo oír montones de sirenas a su alrededor.

—¿Qué está pasando? ¿Por qué estáis evacuando el Waterfront? —le preguntó sin siquiera saludar.

—¿Está saliendo en la tele? —preguntó él.

—Puede ser, pero yo estoy dentro del Waterfront.

—¿Qué? ¿Por qué? —Billy sonaba sorprendido.

—Da igual, ¿qué está pasando?

—Creemos que Lagergren piensa atentar contra el evento ese —declaró—. Durante el discurso del ministro de Telecomunicaciones.

Vanja notó que se quedaba de hielo, sobre todo al ver la cantidad de gente que aún se agolpaba para salir.

—Tendría que haber empezado hace cinco minutos —dijo.

—Lo sabemos —respondió Billy—. La Unidad Antiexplosivos está de camino.

Vanja dio la vuelta y regresó corriendo al salón de actos.

—¿Tenéis idea de dónde la puede haber colocado? —inquirió inquieta al mismo tiempo que miraba entre las filas de butacas por las que pasaba de camino al escenario.

—Ni siquiera sabemos si hay una bomba.

Vanja subió de un salto al escenario, miró debajo del podio. Justo iba a examinar detrás del escenario cuando cayó en la cuenta.

—Mierda —maldijo, y bajó de un salto y volvió corriendo al vestíbulo.

—¿Qué pasa? ¿La has encontrado? —preguntó Billy agitado.

—No, pero se me ha ocurrido una cosa. Aquí hay un parking. Debajo del edificio.

Interpretó el silencio de Billy como que había entendido lo que acababa de decirle.

—Un coche bomba debajo del edificio —dijo él al final—. Entonces también hay que evacuar el hotel.



—Voy a bajar —sentenció Vanja y comenzó a correr hacia la hilera de ascensores.

—Ve con cuidado —tuvo tiempo de oír decir a Billy antes de colgar.

Vanja llegó a los ascensores. Uno de los camareros intentó detenerla, así que sacó su identificación, lo apartó de un empujón y apretó el botón para bajar. No tuvo que esperar mucho. Las puertas del fondo a la derecha se abrieron al instante, el ascensor parecía haber estado esperándola. Entró corriendo y pulsó la P. Se topó con su mirada en el espejo.

No se reconocía del todo.

La mirada revelaba que era policía.

La ropa decía que aún estaba teniendo una cita.

Sebastian no podía creer lo que veían sus ojos. ¿Qué estaba haciendo Vanja allí?

Estaba un poco apartado haciendo salir a la gente cuando había alzado la vista hacia el piso superior y la había visto como un haz amarillo mientras cruzaba corriendo la alfombra roja hasta los ascensores. Sebastian se alejó de la masa inquieta y sudorosa que salía a empujones. Puso rumbo a los ascensores. Vanja se había metido en el de la derecha. Miró el panel que había sobre las puertas para ver adónde se dirigía. Una P se iluminó en blanco en la parte izquierda. Se quedó de piedra. Aún no lograba entender del todo qué estaba haciendo ella allí, pero era subyacente a la sensación de pánico que se apoderó de él.

Un parking.

Debajo del edificio.

Pues claro que era así.

Deberían haberlo comprendido antes. No habían llegado a encontrar el Volvo de Saurunas.

Apretó el botón para bajar y sacó el teléfono. Llamó a Billy y éste lo cogió cuando el ascensor llegó y las puertas se abrieron. Sebastian entró y pulsó para descender al aparcamiento.

—Vanja está aquí —dijo.

—Sí, lo sé. Ha bajado al parking —respondió Billy nervioso.

—Lo sé, lo he visto —afirmó Sebastian irritado.

—¡Creemos que puede ser un coche bomba!

Sebastian ni siquiera se molestó en responderle a Billy. Sintió que ya no había tiempo para evidencias.

—El Volvo de Saurunas, ¿de qué color era? ¿Matrícula? —dijo mientras se cerraban las puertas y el ascensor comenzaba a bajar.

—Em... —Billy hacía memoria.

Sebastian consultó la hora. Las siete y diez. El discurso del ministro de Telecomunicaciones habría empezado justo ahora. Sintió un vahído interior.

—Vamos, Billy.

—Volvo S60. 2007. *Passion red*. O sea, rojo... GV..., GVL665 —soltó Billy concentrándose.

—Bien. ¿Ya ha llegado la Unidad Antiexplosivos?

—Van por Ulriksdal —aclaró Billy.

Demasiado lejos. La hostia de lejos, pensó Sebastian, y colgó. Las puertas se abrieron y salió a un garaje de color cemento, repleto de coches aparcados. Fue al centro del carril de conducción y paseó la mirada.

Descubrió a Vanja un poco más allá. Estaba de espaldas a él y parecía buscar algo.

—¡Vanja! —gritó.

Ella dio media vuelta y lo vio.

—¿Qué haces aquí? —indagó cuando él se le acercó, más sorprendida que enfadada.

Ella no quería saber de Sebastian, no quería verlo, él lo sabía, pero ahora mismo le daba igual. Había cosas más importantes.

Lagergren no debía conseguirlo.

Vanja no podía salir herida.

—Volvo S60. Rojo. GVL665. El Volvo de Saurunas. ¿Lo has visto?

Ella negó con la cabeza.

—¿Has visto algún Volvo rojo?

—¿Sabemos que es ése?

—Es lo único que tenemos. Debemos encontrarlo ya.

Vanja asintió con la cabeza y comenzó a caminar.

—Hay dos pisos. Yo iré al otro —dijo, y se fue corriendo hacia la rampa que llevaba abajo.

Al cabo de unos pasos se detuvo, se quitó los zapatos de tacón y continuó descalza, con su vestido amarillo de verano.

Sebastian se descubrió a sí mismo pensando que podría ser la última vez que la veía.

Eso no debía ocurrir.

Se puso a correr junto a las hileras de coches. Era un parking grande y estaba lleno debido a la actividad de la tarde. Buscó todo lo que fuera rojo. Vio un Toyota rojo, un Mazda rojo y luego un Volvo rojo, pero un V40 con otra matrícula.

Siguió corriendo.

De pronto, oyó gritar a Vanja.

—¡Está aquí! ¡Está aquí!

Sebastian pegó la vuelta y se apresuró en dirección a la voz de Vanja. Sus pies no eran tan ágiles como su voluntad. Esquivó unos cuantos coches aparcados. Descendió un poco más a las profundidades por la rampa. Notó que su mala condición física comenzaba a pasar factura. Pero hizo de tripas corazón, no se atrevía ni a mirar la hora, sólo se limitó a correr. El eco de sus pesados pasos resonaba por las paredes de hormigón.

Entonces la vio, un poco más adelante, justo cuando Vanja se envolvía el codo con el bolso y con un golpe contundente reventaba la luna lateral de un Volvo rojo.

Por fin llegó hasta ella.

La matrícula coincidía.

Era el coche de Saurunas.

Estaba aparcado junto a un pilar. Sin duda, no era pura casualidad.

—Aquí detrás hay algo —indicó Vanja—. Algo grande.

Quitó el seguro de la puerta de atrás, la abrió y apartó de un tirón la manta azulada que cubría el contenido del maletero. Lagergren había bajado los asientos traseros para tener sitio. Sebastian echó un vistazo. El maletero estaba lleno de sacos de papel marrón de la cooperativa agraria Lantmännen. El coche desprendía un fuerte olor a gasóleo. En el centro, rodeada por los sacos, había una caja de madera. Algunos de los sacos estaban abiertos y parte del contenido, unos cristales granulados de color blanco, se había

derramado.

Vanja cogió unas pocas bolitas que parecían arena para gatos y las tocó.

—Es abono artificial —constató—. Mezclado con diésel para que no absorba agua.

Era una de las bombas más simples que se podían fabricar. Nitrato de amonio y gasóleo. Sebastian miró preocupado a Vanja.

—¿Y eso qué es? —preguntó señalando la caja.

Vanja alargó un brazo y quitó la tapa. En la caja de madera había dos recipientes de cristal llenos de líquido, uno grande y otro pequeño.

—Las bombas de fertilizante requieren una detonación inicial potente para poner en marcha la reacción en cadena y acabar explotando —aclaró Vanja mientras estudiaba el contenido de la caja.

El recipiente inferior era el grande y contenía un líquido claro, transparente. El contenido del recipiente superior, más pequeño, era ligeramente amarillento. Los recipientes eran como una unidad, conectados el uno al otro mediante una cerradura al vacío. Lo que impedía que los líquidos se mezclaran era una fina lámina de metal entre uno y otro. Sebastian la señaló con el dedo.

—Mierda —dijo Vanja estresada—. No tiene ni medio centímetro de grosor. ¿Qué es lo que dijo Ursula? ¿Un centímetro cada cuarto de hora?

—Entonces nos quedan seis, siete minutos máximo —declaró Sebastian.

Lo observaron más de cerca y les pareció poder ver cómo el líquido amarillo iba erosionando la lámina de metal. Diminutas virutas metálicas se desprendían y se desintegraban ante sus ojos.

Sebastian miró a Vanja. Seriedad en la mirada.

—Tienes que salir de aquí —le ordenó.

Ella reaccionó tal y como Sebastian había esperado que hiciera.

—Jamás. Tenemos que intentar sacarla de aquí.

—Yo me quedo —manifestó él—. Yo lo intento.

Ella negó con la cabeza.

—Tenemos que ser dos para hacerlo —constató.

Sebastian la contempló frustrado y sacó el móvil.

—Llamaré a Billy, a ver cómo va con la Unidad Antiexplosivos —indicó,

y comenzó a marcar el número. De pronto, miró desalentado el teléfono.

—No hay cobertura —señaló.

Vanja miró el suyo. Lo mismo.

—Tenía cobertura en el piso de arriba, correré hasta allí —dijo él.

—No, no tenemos mucho tiempo. Tendremos que resolverlo nosotros.

Él se la quedó mirando.

Tenía razón.

Estaban solos ellos dos.

Padre e hija.

Mientras oteaba la calle a la espera de la llegada de la Unidad Antiexplosivos, Billy calculó que más de dos tercios de los invitados habían tenido tiempo de salir. La última noticia era que la unidad estaba en un atasco en la avenida Sveavägen. Probablemente, debido al corte que él mismo había ayudado a hacer, pero cruzaba los dedos para que no tardara mucho en verlos aparecer.

Torkel llegó corriendo a su lado.

—¿Sabes algo de Sebastian o Vanja?

—Los he llamado a los dos, pero saltan los buzones. Supongo que allí abajo no tienen cobertura.

Torkel lo miró a los ojos. Parecía preocupado.

—¿Y la Unidad Antiexplosivos?

Billy señaló hacia las colas masivas.

—Están en un atasco. ¿Mandamos gente al garaje para tratar de encontrarlos? —preguntó Billy.

Torkel no respondió. Dio la vuelta. La gente seguía saliendo del edificio y alejándose a toda prisa. Los que quedaban dentro ayudando con la evacuación eran una cosa. Pero mandar gente adentro, eso no podía hacerlo. A la Unidad Antiexplosivos sí, pero nadie más. Negó con la cabeza. Era una decisión que hizo mella en él, se notaba.

—No podemos poner en riesgo a más personas. Pero sigue intentando contactar con ellos —dijo, tratando de mantener la voz libre de preocupación.

—Puedo bajar corriendo —indicó Billy.

—No, entiendo cómo te sientes, pero no.

Había ocho sacos que, según el texto de la etiqueta, contenían cincuenta kilos de abono artificial cada uno. Es decir, unos cuatrocientos kilos en el Volvo. El efecto sería devastador. No tenían la menor idea de cómo podían desarmar el detonador, así que habían decidido que lo mejor sería alejarlo y así tratar de impedir la catástrofe. Pero el tiempo comenzaba a agotarse. La lámina de metal se hacía más fina cada segundo que pasaba.

Entre los dos, y con el máximo cuidado, sacaron la caja de madera con los recipientes de cristal del maletero. Sólo podían cruzar los dedos porque Ursula tuviera razón en que Lagergren era un químico tan diestro como para conseguir que los líquidos fueran estables y se pudieran transportar.

—¿Ahora qué hacemos? —preguntó Vanja cuando la hubieron sacado.

—Intentemos alejarla —respondió él, y procuró agarrarla con toda la firmeza que pudo—. Cuanto más lejos del coche, mejor.

—Sólo esto ya debe de tener una fuerza destructiva tremenda, diría yo —dijo Vanja señalando la caja con la barbilla—. La de Arlanda desplazó coches que estaban a cincuenta metros de distancia. No me puedo imaginar el efecto que puede tener en un espacio cerrado —continuó.

—Eso es problema de la compañía aseguradora —dijo Sebastian conteniéndose.

—No me refería a eso. En el peor de los casos, reaccionará con el abono artificial esté donde esté en el parking.

Vanja volvió a mirar la lámina de metal. Se erosionaba literalmente delante de sus ojos. Sacudió la cabeza con frustración.

—No nos dará tiempo de llevarlo arriba —admitió al borde del pánico.

Sebastian no respondió. Su respiración se aceleraba. La caja pesaba más de lo que había imaginado.

—¡Coño! ¡Sí! Déjala en el suelo, déjala —gritó Vanja de pronto, y Sebastian, al asustarse, a punto estuvo de que la caja se le resbalara de las manos.

—¿Qué pasa? —preguntó mientras hacía lo que ella había dicho.

—El coche de Jonathan. Está aquí y tengo las llaves en el bolsillo —dijo, y corrió lo más rápido que pudo—. La sacaremos en coche.

Sebastian se quedó donde estaba. No pasó ni medio minuto hasta que oyó arrancar un coche, el motor subió de revoluciones y con neumáticos chirriantes Vanja apareció tras la esquina en un Audi negro. Frenó delante de Sebastian, bajó de un salto, rodeó el coche y abrió la puerta del acompañante.

—Con cuidado —dijo Vanja mientras entre los dos subían la caja de madera al asiento.

Cuando estuvo en su sitio, Vanja tiró del cinturón y lo pasó por encima de la caja. Después volvió corriendo. Podía tratarse de minutos, quizá tan sólo de segundos, antes de que los líquidos se mezclaran y se produjera la inevitable reacción química.

—Yo conduzco —indicó Sebastian mientras le barraba el paso delante de la puerta. Ella se lo quedó mirando consternada.

—¿Qué haces? —preguntó.

—Sólo hace falta uno de los dos para conducir el coche —continuó él impresionado ante su propia calma.

—¿Crees que cambiará algo entre nosotros? —espetó Vanja—. Hacerte el héroe...

Sebastian le había hecho realmente daño, comprendió. Ni siquiera ahora ella era capaz de preocuparse por él. Darse cuenta de aquello le dio fuerzas. Tenía que hacer esto. De pronto, se sintió el cuerpo ligero.

Como si sus actos lo liberaran de la culpa.

Lo purificaran.

—No es por eso —dijo impasible, y se metió en el coche—. Ya he perdido a una hija. No perderé a otra.

Cerró la puerta y le lanzó a Vanja una última mirada antes de arrancar.

Ella se quedó allí de pie.

Sin llorar. Sin mostrar agradecimiento. Nada.

Sebastian no tardó en perderla de vista por el retrovisor.

Vanja desapareció.

Probablemente, para siempre.



Condujo deprisa. El coche era silencioso y estaba bien equilibrado. La radio estaba encendida. P4. Una canción popular salía por los altavoces, y por un momento Sebastian estuvo a punto de apagarla. Pero ¿por qué iba a hacerlo? ¿Por qué no podía escuchar música si eran los últimos instantes de su vida? Quizá porque era una canción horrorosa. Apagó la radio. Pensó en la bomba que tenía al lado.

En el metal que se iba erosionando despacio.

Igual que la vida.

Nada es permanente.

Delante de él apareció una barrera, donde debería detenerse y pagar. En lugar de eso, Sebastian pisó el acelerador; el coche respondió en el acto y la atravesó. El choque fue menor de lo que se había esperado. La barrera se partió en varios trozos y dejó una pequeña grieta en el parabrisas. Eso fue todo.

Al fondo vio la salida y la claridad de la tarde veraniega. Se percató de que en verdad no tenía la más remota idea de lo que lo esperaba. Sacar la caja de madera del parking, no había pensado en más que eso. Ahora estaba a punto de salir a la ciudad de Estocolmo con un coche que podía explotar en cualquier momento. Tenía que encontrar un sitio lo más alejado posible de la gente y de la zona urbana más densa. Le parecía una misión imposible.

Salió del garaje derrapando y aminoró un poco la marcha para orientarse. Coches patrullas con luces azules. Habían cortado el viaducto de Klarabergsviadukten en ambos sentidos, pero vio un hueco entre una

furgoneta policial y un coche de la policía, en dirección a los grandes almacenes de Åhléns y la plaza Sergels Torg. Sin duda, no era el camino que debía tomar, por ahí se llegaba al corazón de la ciudad, pero no había otra alternativa. Tenía que irse de allí. En cualquier momento podía ser demasiado tarde, y su intento de evitar la catástrofe habría fallado. Pisó a fondo y tocó la bocina para urgir a la gente a que se apartara. Al menos una persona entendía lo que estaba haciendo. Billy. Sebastian lo vio acercarse corriendo y agitando los brazos para que los agentes no trataran de detenerlo. Sebastian embutió el coche por el hueco, era más estrecho de lo que había creído y el Audi rascó los dos laterales, un espejo retrovisor salió volando. De pronto, el Klarabergsviadukten y la calle Klarabergstgatan se abrían ante sus ojos. Él era el único coche que conducía en aquella dirección. Más adelante vio colas masivas en el carril contrario. Aceleró la marcha.

¿Adónde podía ir?

Comenzó a entrar en pánico. No le quedaba mucho tiempo, pero no podía bajarse del coche y abandonarlo allí mismo. Era su responsabilidad. No le quedaba otra que terminar lo que había empezado. Aunque eso implicara pagar el precio más caro.

Vio el cruce de la callejuela de la iglesia de Klara Kyrka que mediante otra callejuela bajaba a la Vasagatan, una calle más grande. Era la mejor alternativa. Ciertamente, la calle Vasagatan pasaba por la estación central, pero después el entorno era más abierto y con un poco de suerte incluso lograría llegar al agua. Pisó a fondo el freno al mismo tiempo que giraba el volante. Los neumáticos se desgañitaron y por un momento el eje trasero dejó de responder, pero Sebastian logró mantener el control del Audi desbocado y se metió por la callejuela. El siguiente giro repentino a la derecha no lo cogió desprevenido y no derrapó de forma tan descontrolada. De pronto, la calle Vasagatan apareció ante sus ojos, y para su amarga sorpresa, aún no la habían cortado, pero Sebastian no pensaba aminorar la marcha. Se lanzó sobre la bocina. Tuvo tiempo de ver que el carril derecho estaba repleto de coches que no se movían y giró de golpe a la izquierda, metiéndose en contra dirección. Lo primero que hizo fue estar a punto de chocar con un autobús. Logró evitarlo por los pelos al colarse delante de un taxi. Volvió a rascar el coche,

ahora el lateral del acompañante, pero no perdió demasiada velocidad. Los vehículos con los que se topaba paraban o se echaban a un lado. Sebastian sabía que tenía que volver al otro carril, el correcto, pero la elevada medianera en el centro de la calle se lo impedía y, además, la cola de aquel carril se prolongaba hasta el cruce con la calle Tegelbacken. Así que siguió avanzando, contra el tráfico. Más adelante vio un paso de cebra por donde, a pesar del ruido de frenazos de los coches y de los iracundos bocinazos, unos cuantos peatones comenzaron a cruzar. Sebastian se puso a tocar el claxon con insistencia para hacer que se apartaran. Los transeúntes lo vieron y salieron corriendo en todas las direcciones para salvarse.

Había ido de un pelo, pero por fin Sebastian vio el agua detrás de la avenida Klarastrandsleden, un poco más lejos. Pero también vio los coches patrulla con sus luces azules bloqueando de forma efectiva su paso hasta el mar.

Su mejor oportunidad se había esfumado.

Sebastian giró por el cruce sin reducir la marcha, derrapó a la derecha y aceleró al pasar por debajo del puente Centralbron. En cualquier momento se habría terminado todo. En cualquier momento se mezclarían los productos químicos. Por lo menos sería rápido. No tendría tiempo de darse cuenta de nada. Debía de ser la única ventaja, pensó. Puestos a morir, lo mejor era que fuera instantáneo.

Echó un rápido vistazo a la izquierda. Un muro de un metro de altura lo separaba del agua. Mierda. Allí tampoco. Ya tenía la sensación de estar viviendo de tiempo prestado.

¿Cuánto hacía que había salido del garaje?

¿Un minuto? ¿Dos?

Siguió adelante. Ya no se molestaba en mirar el velocímetro. Iba deprisa. No necesitaba saber más. El muro iba reduciendo su altura y terminaba en una escalera. Seguía habiendo cierto desnivel, pero Sebastian ya no se atrevía a ir más lejos. Se estaba acercando al ayuntamiento, y un poco más lejos comenzaban los bloques de viviendas. Giró el volante todo lo que pudo a la izquierda. Las ruedas golpearon el bordillo alto y con la maniobra se debió de partir algo en el coche, porque de pronto se hizo difícil girar el volante y éste

tiró hacia la derecha. Ya no estaba lejos. El coche sólo tenía que aguantar un poquito más. Entonces vio los barcos de vapor en el muelle que tenía enfrente.

No había reparado en ello. Pero ya era demasiado tarde para evitarlo. Tenía que jugársela. Bajó al muelle. La gente se apartaba corriendo. Sacaba los móviles. Sebastian apuntó al espacio que se abría entre los barcos rojos, negros y blancos que chapaleaban pacíficamente al sol de la tarde. Deseó con todo su corazón no acertar en ninguno de ellos, pero ya no tenía elección.

En algún sitio iba a terminar aquel viaje.

Tendría que ser ahí.

Pisó el acelerador a fondo y abrió la puerta. Le iba a doler, pero ¿qué otra cosa podía hacer? Pretendía lanzar el coche lo más lejos posible en la titilante ensenada. Así que necesitaría el máximo de velocidad. El borde del muelle se abalanzaba sobre él. Cuando lo tuvo apenas a unos metros de distancia, Sebastian soltó el volante y saltó del coche. Por un segundo notó que volaba, después llegó el dolor. Salió rodando por el durísimo suelo. Todo daba vueltas. Su cuerpo gritaba. Luego lo oyó. Una explosión apagada seguida de un estruendoso géiser de agua que lo duchó por completo. Vio cómo los barcos de vapor por un segundo casi se levantaban del agua.

Sebastian se incorporó.

No podía mover el brazo izquierdo.

Le dolía cada vez que respiraba.

El muelle estaba inundado y el aire estaba cargado de gotas de agua tan minúsculas que parecían niebla. Los barcos chocaron los cascos de metal. Los rayos del sol se abrieron paso en mitad del caos, y por un segundo Sebastian pudo ver un arco iris.

Era hermoso, pensó.

Luego cayó de bruces y se quedó tendido.

Por fin había conseguido reunirlos a todos.

Así era como él lo veía, aunque Sebastian no estuviera allí. Así era como tenía que ser, como debería ser. En realidad, Torkel no quería definirse como nostálgico, pero en este caso no cabía duda de que era mejor que nunca.

Así era como funcionaban mejor.

Sin Sebastian Bergman.

Torkel quiso pensar que aquello no los hacía únicos en ningún sentido. Lo más seguro era que valiera para la mayoría de las constelaciones.

Desde hacía pocas horas estaban oficialmente de vacaciones. Hacía tiempo que Torkel había entregado el informe definitivo del caso al fiscal, y ahora lo estaban celebrando en la terraza del Moon Cake, a tan sólo unos cientos de metros de la comisaría. Habían pedido diferentes entrantes y platos variados que estaban compartiendo. Cerveza para quien quisiera. Vino para Ursula.

La prensa se había vuelto loca del todo tras los incidentes en el Waterfront. El Asesino de los realities, ministros, altos cargos de la industria y el comercio, coche bomba en la ensenada de Riddarfjärden rodeado de turistas. Era como una tromba de agua de varios días en plena sequía de noticias del verano.

Habían tenido tantos ángulos de enfoque distintos entre los que escoger que el motivo real no tardó en quedar en segundo plano. Durante las más de dos semanas que habían pasado desde el incidente, Lagergren había ido teniendo cada vez menos espacio y la semilla del debate que sus acciones

habían sembrado en un primer momento ya no parecía interesarle a nadie, puesto que después de lo del Waterfront fue etiquetado como terrorista y ni el comentarista más abierto de miras quería defender las ideas que había detrás del terror.

Lagergren había entrado en prisión provisional poco después de los acontecimientos en el evento de la Dirección de Correos y Telecomunicaciones, y quizá él mismo comprendía que el atentado frustrado lo haría más famoso, pero que también sería más difícil que los ciudadanos empatizaran con él, porque había reconocido un crimen tras otro dando largas explicaciones de por qué se había visto obligado a actuar y sobre la importancia de que alguien se opusiera a la idiotización.

Él era quien había iniciado la cruzada contra la estupidez.

Nada de lo que dijo había llegado a la prensa, él lo sabía, así que era más como si estuviera ensayando ante un juicio que, le había insistido repetidas veces a su abogado, quería que no se celebrara a puerta cerrada. Cómo acabaría aquel asunto no lo sabrían hasta agosto, fecha prevista para su celebración. Torkel no dudó ni un segundo en que David Lagergren sería condenado a cadena perpetua y que dado su caso bien podía terminar así.

Siempre era satisfactorio cuando los esfuerzos del equipo daban resultado, pero lo mejor era que Vanja había vuelto. Después del Waterfront había estado fuera dos días, pero luego se había presentado en su despacho preguntando si podía echar una mano.

Procurar que todo el material llegara al fiscal.

Que no se les escapara nada.

Que Lagergren fuera condenado.

Zanjar, simplemente.

Ahora Torkel la miró de reojo. Ya estaba un poco quemada por el sol, blusa amarilla, pantalones cortos de color blanco, gafas de sol, sonriéndole a Billy con una cerveza en la mano. Qué contento estaba de tenerla de vuelta.

Se inclinó sobre la mesa, cogió un tenedor y repicó con él en una de las copas de cerveza vacías delante de Billy. Se aclaró un poco la garganta, pero no hizo ademán de ponerse de pie. Los demás callaron y lo miraron con risueña expectación. Los entendía, no era hombre de discursos.

—Sólo quería compartir la alegría que siento de estar aquí con vosotros —comenzó—. Con todos —continuó, lanzándole una mirada cálida a Vanja—. Y sólo quiero decir que hemos hecho un buen trabajo. Cogeos unos días libres más que merecidos, y yo cruzaré los dedos para que pasen varias semanas antes de que nos tengamos que volver a ver.

Tras varios «salud» y «que paséis un buen verano», Torkel dejó su copa y se levantó. Billy se subió las gafas de sol a la frente y lo miró desubicado.

—¿Te vas ya?

—Sí, voy a casa a hacer la maleta, me marcho mañana a primera hora. Estaré localizable en el móvil, si queréis algo.

—¿Adónde vas? —preguntó Vanja.

—Primero a Ulricehamn, después ya se verá.

No pudo contener una sonrisita de satisfacción al hablar de los días que tenía por delante. Ursula dio un trago al vino. Dejó la copa vacía. Algo que Torkel observó.

—Quedaos el rato que queráis, pedid lo que os apetezca, ya me he ocupado de que me pasen la cuenta a mí.

Luego dio media vuelta y comenzó a caminar en dirección a la comisaría y su coche. Paso liviano. Alejándose de sus compañeros de trabajo, acercándose a Lise-Lotte.

—Torkel.

Se detuvo y se volvió, vio que Vanja se dirigía andando deprisa hacia él.

—¿Qué pasa?

Vanja llegó a su lado y se detuvo. Se contempló los pies, con sandalias de verano. A Torkel le pareció ver que se mordía el labio. Fuera lo que fuera lo que le quería decir, no era fácil para ella.

—No sabía si... —empezó, guardó silencio y lo miró a los ojos—. Pero es mejor que lo sepas ya.

—¿El qué? —quiso saber él, pero ya se le había hecho un pequeño nudo en el estómago.

—No seguiré trabajando en Homicidios después del verano.

Lo había dicho. Lo último que Torkel quería oír. Cuántas cosas que responderle, protestar, convencerla.

—No, no puedes... —fue lo único que le salió.

—Tengo que hacerlo.

—Él no volverá. Sebastian no volverá.

—No es eso y tú sabes que adoro trabajar contigo, pero tengo que cambiar de patrón. Hacer algo nuevo.

—Eres la mejor que tengo.

—Seguiré como policía, pero voy a buscar otro departamento.

Torkel se limitó a asentir en silencio. ¿Qué podía hacer? La conocía muy bien. No conseguiría hacerla cambiar de idea si ya se había decidido. Era Vanja. Además, no deseaba tenerla en el equipo si ella no lo quería.

—Pero volverás. —Torkel oyó que le había salido más como una orden que como una pregunta.

—Sí, volveré, quiero volver, sólo tengo que poner un poco de orden primero.

¿Qué más se podía decir? Nada. Se deslizó con total naturalidad entre sus brazos y él la estrechó. Fuerte y sin prisa por soltarla. Vanja notó que le brotaba una lágrima en el rabillo del ojo.

—Cuídate y llámame si necesitas... cualquier cosa —dijo Torkel con la boca hundida en su pelo.

—Lo haré.

Él dejó de abrazarla, la miró como si pensara decir algo, pero se limitó a asentir con la cabeza, dio media vuelta y se fue.

Vanja regresó con los demás. Miró la hora mientras cruzaba la calle. Tenía que volver a casa. Ella y Jonathan iban a tomar el tren nocturno a Copenhague.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Ursula cuando Vanja llegó a la mesa para coger el bolso y despedirse.

Vanja respiró hondo, se había dicho a sí misma que la peor parte ya estaría hecha en cuanto se lo hubiera contado a Torkel, pero se percató de que no había estado del todo en lo cierto.

—Voy a dejar Homicidios —declaró con la mayor ligereza y el menor dramatismo que pudo.

Vio en las caras de ambos que creían que estaba bromeando. Así que tuvo



que explicar por qué, cuánto tiempo estaría fuera, la alternativa que había pensado, y luego ellos no se rindieron hasta que se hubo tomado una cerveza —dos para Billy— más antes de irse.

—¿Conoces a Jonathan? —quiso saber Ursula mientras seguía a Vanja con la mirada de camino a la estación de metro de Rådhuset.

—Sí, lo vi alguna vez hace bastante tiempo —respondió Billy—. Un tío majo. ¿Tú conoces a la nueva de Torkel?

—Lise-Lotte. Sí, de un día. Los desperté cuando Weber acababa de publicar la entrevista.

—¿Cómo te sentiste?

Ursula se quedó de piedra. La mera pregunta sobre Lise-Lotte le había resultado un tanto incómoda, pero ahora la cosa empeoró de golpe.

—¿Qué quieres decir?

—¿No teníais algo, tú y Torkel?

Lo dijo como si fuera lo más normal del mundo y públicamente conocido. Un tema de conversación como cualquier otro, como si Billy le estuviera preguntando si había visto cierta serie o película en televisión.

—Todo el mundo lo sabe, ¿no? —dijo Ursula, y negó con la cabeza.

—No sé si todo el mundo. Yo lo sabía.

—No fue nada —zanjó ella, y se llenó la boca de vino—. Y si fue algo, ya se ha terminado. Así que todo bien. ¿Tú qué vas a hacer ahora? —inquirió para cambiar de tema.

—No lo sé.

—¿No os iréis fuera, tú y tu nueva esposa?

—Se cansó de esperar a que terminara el trabajo, así que se marchó a casa de unos amigos en la costa Oeste. Yo iré mañana.

—Entonces ¿no haces nada en especial esta noche?

—No, ¿tú tampoco?

—No.

—Pues ya está.

Dejaron que sus copas chocaran con un tintineo, se bebieron lo que quedaba en ellas y alzaron la vista en busca de alguno de los camareros.

No estaba borracha.

Pero estaba más animada que con el puntillo.

¿Existía alguna palabra para lo que quedaba en medio?

Era lo que Ursula se preguntaba mientras bajaba del taxi y se acercaba a su portal. Ningún problema a la hora de introducir el código. Lo acertó a la primera, prueba de que no iba borracha. Una vez dentro pulsó el interruptor de la luz y se quedó allí de pie un momento. Cogió una bocanada de aire para recomponerse. Tras el pequeño esfuerzo de empujar la puerta, la cabeza le había dado unas vueltas de más, lo cual era la prueba de que no iba del todo sobria. Algo intermedio.

Dio los cuatro pasos que había hasta la pared donde los inquilinos tenían sus buzones. Aún ponía M., U. y B. Andersson en el suyo, a pesar de que M. y B. llevaran tiempo sin vivir allí. Ursula se había pasado medio año planteándose si cambiaba el cartelito, pero no había logrado decidirse del todo. No porque creyera que M. fuera a volver. A M. ni siquiera lo echaba de menos y B. no la echaba de menos a ella. ¿Había dejado el cartelito en su sitio porque le recordaba otros tiempos? No mejores, en ningún sentido, sólo otros, diferentes, probablemente más fáciles.

Ursula sacó las llaves del bolso, encontró la pequeñita que pertenecía al buzón y lo abrió. Vacío, a excepción de una revista local, el menú semanal del restaurante de la esquina y una hoja de colores de una inmobiliaria que le prometía el mejor precio por su piso si escogía venderlo con ellos.

Nada personal para ella.

¿Cuándo fue la última vez que alguien le escribía?, pensó. Quitando los recibos, ¿qué era lo último que le había llegado por correo que fuera dirigido a ella? Sólo a ella. Debió de ser la invitación a la boda de Billy y My.

¿Cuánto hacía de aquello?

Varios meses.

Siendo francos, había que reconocer que actualmente había muy pocas personas que escribieran cartas o mandaran postales, pero en su buzón de entrada de correo electrónico brillaba la misma ausencia de cartas personales que en el buzón de su casa. Todo lo que le entraba era de trabajo, publicidad o recordatorios de Facebook de que tenía mensajes sin leer o que había eventos que se había perdido. Se había hecho una página de Facebook unos años atrás, creyendo que podía ser una buena manera de mantener un poco el contacto con antiguos compañeros de clase y de trabajo. Pero lo había aborrecido. No sabía qué actualizar y se había cansado de las vidas en apariencia perfectas de los demás, con sus fines de semana en spas, viernes de vino blanco y gambas, la mejor marca personal en esquí de fondo, las puestas de sol y la repostería para la fiesta de verano.

Sólo tenía que aceptarlo. Estaba sola. Siempre lo había estado, incluso cuando vivía con Micke y Bella. En verdad, no la perturbaba. Era quien era, quizá incluso quien había escogido ser.

Pero la noche le pesaba.

Era verano. Estaba libre.

¿Por qué iba a subir a sentarse en un piso vacío?

Sobre todo cuando había una alternativa.

Lo dejó todo en el buzón, cerró de golpe, giró la llavecita y volvió a la puerta. Quizá no era la mejor alternativa para ella, pensó mientras salía a la acera y la recibía una bocanada de aire caliente.

Pero estaba a medio camino entre el puntillo y la borrachera.

Tenía derecho a tomar decisiones equivocadas.

Faltaban dos días para que se cumplieran tres semanas.

Tres semanas desde que había lanzado el coche de Jonathan a la ensenada de Riddarfjärden, desde que se había roto tres costillas y el brazo izquierdo por dos sitios.

Torkel había subido a verlo mientras esperaba a que lo escayolaran en el hospital. Le había dado las gracias, pero al mismo tiempo estaba un poco cabreado con él.

Todo el mundo los había felicitado por su actuación, pero ¿acaso Sebastian era incapaz de tener mínimamente en cuenta las consecuencias? Sí, había evitado una catástrofe, pero ¿qué habría pasado si la bomba hubiese explotado en la calle Vasagatan, a las puertas de la estación central?

Sebastian no había entendido por qué estaban hablando de cosas que eventualmente podrían haber ocurrido cuando se podía demostrar que no habían pasado. Era muy improbable que se volviera a ver nunca en una situación similar, por lo que no necesitaba aprender ninguna lección de lo sucedido.

No habían intercambiado ni una palabra sobre una posible continuación de Sebastian en Homicidios.

Él no había preguntado.

Torkel no había sacado el tema.

Cuando la enfermera había ido a buscarlo para escayolarlo, Torkel se había despedido y se había marchado.

Después de la única visita, nada.

Sebastian había tenido la esperanza de que Vanja se presentara. La última vez que había sido herido de gravedad en acto de servicio ella le había hecho una visita. Y en aquella ocasión él sólo se había ofrecido a cambiarle el sitio.

Como rehén.

De Edward Hinde.

Edward no había aceptado el cambio y por poco habían muerto los dos.

Ahora él sí le había cambiado el puesto, había logrado mantenerla alejada del peligro por completo, pero esta vez ella no había ido a verlo.

Ni al hospital. Ni a casa.

No había llamado.

Sebastian experimentó una curiosa sensación de *déjà vu*. Salir de un hospital y darte cuenta de que has perdido a una hija. Se obligó a aceptar que ella no quería tener nada que ver con él.

Le dolía.

Más que las costillas y el brazo roto.

En situaciones normales, Sebastian sabía cómo gestionar el dolor, la pena, el desasosiego, el abatimiento. El remedio era el mismo para todos los estados de ánimo.

Mujeres y follar.

Ahora apenas podía respirar hondo sin gemir de dolor. El sexo quedaba descartado. Las mamadas y las pajas seguían siendo posibles, eso sí, pero no acababa de tener ánimos para seguir el juego y cumplir los requisitos necesarios hacia el final de la seducción. Las probabilidades de fracasar eran demasiado elevadas.

Así que no salía de casa. Estaba a punto de volverse loco.

Se paseó inquieto por el piso. Supuso que debería comer algo. ¿Acaso había llegado a comer algo al mediodía? Le parecía que no. Pero, por otro lado, tampoco tenía hambre. El timbre de la puerta. Sebastian paró en seco. Había comenzado a tener una leve sensación de incomodidad cada vez que llamaban. Pero no tanto como para no ir a abrir. Aún sin usar la mirilla.

Cruzó los dedos, como siempre, para que fuera Vanja.

Era Ursula.

—Hola.

Logró la proeza de trabar la lengua con una sola palabra.

—¿Has bebido?

—Hemos salido a tomar unas copas de vino.

—¿Quiénes?

—Los compañeros.

—¿Vanja?

—Y Torkel y Billy.

Sebastian llevaba tres semanas sin formar parte del equipo, no esperaba que lo invitaran a tomar algo después del trabajo o a ir de bares, pero aun así, para su asombro, notó una punzada de melancolía por haber sido desterrado.

—Pasa —dijo, y se hizo a un lado.

¿Se lo parecía a él o Ursula titubeó antes de entrar al recibidor? Fuera lo que fuera, no pensaba ser él quien le recordara lo que había pasado la última vez que ella había acudido a su casa.

—¿Quieres café, algo para comer?

—Café, gracias.

Ursula se sentó en una de las sillas de la mesa de la cocina. Sebastian estaba entretenido colocando un filtro en la cafetera eléctrica y sirviendo café molido de un paquete que apresaba entre el brazo que tenía enyesado en el cabestrillo y la barriga.

—¿Necesitas ayuda? —preguntó ella.

—No, me las apañó, gracias.

Ursula se reclinó en la silla. Notó que el alcohol le infundía un agradable estado de relajación. Recordó la última vez que se había sentado allí.

Habían cenado.

Había sido agradable.

Torkel la había llamado un tanto tocado por la bebida y le había dicho que la quería. Eso no pasaría esta noche. Después habían tomado café en el salón. Los dos sabían de forma tácita que acabarían en la cama. Eso tampoco pasaría esta noche.

Luego ella había ido a por leche a la cocina, habían llamado al timbre de

la puerta...

No quería pensar en ello.

—¿Cómo estás? —prefirió preguntar cuando vio a Sebastian haciendo muecas de dolor al volver a guardar el paquete de café en el armarito.

—Mejor.

—Pero ¿te duele?

—Sí.

—¿Es por eso que parece estar triste?

Vio cómo Sebastian se quedaba de piedra por un instante. Claramente sorprendido ante la velocidad con que la conversación había pasado de ser una charla a un nivel más personal.

—¿Lo parezco? —dijo él, vigilante, y a ella le pareció que se cuidaba mucho de no dejar de darle la espalda.

—¿Es por Vanja? —siguió ella, por alguna razón decidida con firmeza a no dejarlo escaquearse con tanta facilidad. No tan sorprendida al no obtener respuesta—. ¿Qué hiciste para cabrearla tanto?

Sebastian se dio la vuelta y la miró. Una voluntad sincera de saberlo, en aquel ojo un tanto nebuloso. Sin ganas de hacer daño. Sin juzgar. Quizá incluso con una cierta compasión.

Él reflexionó un instante.

Ursula estaba allí. Era la única que había ido a verlo. Ebria y sola, cierto, pero aun así... Habían tenido algo juntos. Tiempo atrás, cuando él había estado seguro de que ella lo amaba, antes de acostarse con la hermana de Ursula, pero también hacía poco, recientemente. Antes de que Ellinor le disparara. Ahora volvía a estar aquí.

En su piso. En su cocina. Con él.

Alguien que había ido a buscarlo por propia voluntad.

Alguien que sí lo había perdonado.

Se merecía la verdad.

—Me acosté con su madre —dijo al fin.

—Ella odia a su madre.

—Lo sé.

Se hizo silencio en la cocina. Lo único que se oía era el borboteo

incesante de la cafetera, que revelaba que era hora de descalcificarla.

—Realmente, no puedes parar de joderte la vida a ti mismo, ¿verdad?

Sin acusación, más bien una triste constatación. Compasión. ¿Qué le iba a decir? ¿Qué le podía decir? No tenía argumentos para replicarle. Ursula tenía razón. Cada vez que la cosa iba un poco bien él tenía que fastidiarla.

Antes de conocer a Lily, su pulsión había sido una especie de hambre.

Una sensación de que el césped siempre estaba más verde en otro jardín.

Una idea inmadura de que quizá se estaba perdiendo algo mejor si se contentaba.

Una incapacidad de decidir, un deseo de tener todo lo que pudiera. Tenerlo todo. Todo el tiempo.

Desde el tsunami de 2004 era otra cosa.

Ursula estaba esperando una respuesta, una reacción, algo.

¿Qué le iba a decir? ¿Qué le podía decir?

Lo dicho, ella se merecía la verdad.

—No creo que me lo merezca —dijo entre dientes.

—¿Merecer, el qué?

—Ser feliz.

El silencio en la cocina casi se podía palpar con la mano. Él la miró. Para hacerlo empleó prácticamente todas las fuerzas que tenía. Esperaba una reacción. Cualquier cosa. Ella se levantó sin decir nada y se fue hacia él. Cuanto más se acercaba, más le costaba a Sebastian mirarla. Ursula se detuvo justo delante. Cerca. Él dejó caer la mirada al suelo. Sin mencionar una palabra, ella apartó con cuidado el cabestrillo a un lado y se deslizó en su regazo. Lo abrazó con cariño. Apoyó una mejilla en su pecho. Él percibió el calor de su cuerpo, el olor de su champú y desodorante, un leve olor a alcohol. Le pasó el brazo que tenía sano por la cintura. Se dejó abrazar. Aceptó el consuelo al tiempo que se decía a sí mismo que era la presión que Ursula ejercía sobre sus costillas rotas lo que le estaba haciendo llorar.

El sol de la mañana se le clavó en los ojos.

Muerto de sed y con ganas de mear. Volvió la cabeza para esquivar la



penetrante luz, y entonces le vino el dolor de cabeza. Ayer se había emborrachado.

Mucho.

No lograba recordar la última vez que había estado tan borracho. Tampoco podía recordar toda la velada de la noche anterior. Tenía lagunas. Cuando Ursula se subió al taxi delante del Moon Cake, él había llamado a algunos colegas. Un leve recuerdo de haber quedado primero en algún sitio del barrio de Söder para echar unas cervezas, luego habían continuado al jardín de Björn para tomarse algunas más y después habían cogido el autobús a Gärdet para combinar la cerveza con un poco de fútbol.

El último metro que volvía a la ciudad.

Una mujer que gritaba.

Rojo.

Abrió los ojos. El piolet y la cuerda en la pared. Ah, sí. No había vuelto a su casa. Había ido a casa de Jennifer. La había llamado. La había despertado. Casi las dos de la madrugada.

Le había parecido un poco como si hubiese sido la última noche con el equipo.

Vanja iba a dejarlo. Temporalmente, pero estaba afectado. Habían cerrado el caso. El trabajo estaba hecho. Al día siguiente iba a bajar a Marstrand a pasar unos días en un cuartito con una sola cama individual con My, en una casa que habían alquilado junto con dos amigas de My y sus novios.

Durante una semana.

Una semana en la que no iba a ver a Jennifer.

Billy había comprendido que el montaje que había hecho en el último mes no iba a funcionar durante demasiado tiempo. Tenía que coger al toro por los cuernos. Cortar con alguna de las dos. My o Jennifer. Pero eso era algo en lo que el día anterior tampoco había querido pensar. Otro motivo para echar unos tragos.

Jennifer se había reído al ver lo borracho que iba. Pero sí, claro, podía pasarse. Mira, eso sí lo recordaba. Había cogido un taxi hasta allí. Se había quedado dormido. El conductor lo había despertado.

Se incorporó.

Se le quitó un poco la sed, pero tuvo más ganas de mear.

Y mucho más dolor de cabeza.

No recordaba muy bien cómo había terminado en el sofá. Debía de apestar demasiado o roncar demasiado fuerte. Chasqueó la lengua contra el paladar. Al menos no tenía la sensación de haber vomitado. Aunque tampoco tenía la impresión de haber usado ningún cepillo de dientes.

Rojo.

Logró levantarse. Arrastró los pies hasta el baño. ¿Qué hora era? Le parecía haber dormido dos horas, como mucho. Pero debía de ser más tarde. El sol estaba bastante alto. Todavía estaba borracho, notó mientras meaba.

Tenía que marcharse.

No había preparado la maleta para irse a la costa. El tren salía a las 11.22. No podía ser tan tarde. No, Jennifer lo habría despertado.

Tiró de la cadena y abrió el grifo de agua fría. La cabeza protestó ante la diferencia de alturas y el movimiento al agacharse para beber. Terminó llenando ambas manos y enjuagándose la cara varias veces. Luego se enderezó con cuidado y se cruzó por primera vez con su propia imagen. Qué piltrafa. Parpadeó varias veces y trató de tensar la cara. Parecer despierto. Alerta. No le salió demasiado bien. Se inclinó hacia delante y se pasó un dedo por la mejilla. Era como acariciar plastilina. La piel conservaba el surco marcado.

Rojo.

Se quedó de piedra.

La resaca le bajó de golpe.

La adrenalina y todo lo que tenía dentro se disparó de golpe.

Rojo era la palabra de seguridad.

Billy no lograba recordar que hubiesen... Pero sí, lo habían hecho.

Él iba borracho y estaba caliente y... ¡joder!

Salió corriendo del cuarto de baño y entró en el dormitorio. Se detuvo justo pasada la puerta. Jennifer yacía desnuda en la cama. Las manos por encima de la cabeza, aún esposadas al cabecero de la cama. Las piernas separadas, atadas con las delgadas cintas de cuero que solían utilizar. La cara mirando hacia el otro lado sin que él pudiera verla. La respiración de Billy

era tan pesada que lo hacía temblar, por lo que no podía distinguir si el tórax de Jennifer se movía o no. Pero tenía que hacerlo, ¿verdad? A lo mejor se había desmayado. ¿Algo del flujo sanguíneo? Los brazos le debían de doler una barbaridad, podría haber sufrido daños musculares, pero...

Se abalanzó sobre la cama.

—Jenn...

Pensaba agitarla con suavidad del hombro, pero se detuvo.

De pronto, todo desapareció.

La habitación, la cama, el suelo, todo.

Todos los sonidos. Todos los colores. Todo, simplemente, desapareció.

Billy ya no lo veía. No veía nada.

Excepto una cosa.

Las marcas moradas alrededor del cuello de Jennifer.

# AGRADECIMIENTOS

Ya van unos cuantos libros sobre Sebastian Bergman y el resto de los miembros de Homicidios, y cada vez sois más los que nos animáis y nos mostráis vuestro apoyo. Pero, como de costumbre, como siempre, gracias a todas y cada una de las excepcionales personas de la editorial Norstedts, sobre todo a Susanna Romanus y Peter Karlsson, sin cuyo optimismo hacia nosotros y nuestra escritura no podríamos salir adelante. Gracias también a todos nuestros nuevos amigos de la agencia Salomonsson Agency liderada por Niclas, Tor, Federico y Marie, que siempre hacen que nuestra vida como escritores sea más divertida y fácil. Gracias también a nuestros editores extranjeros, que, para nuestra gran alegría, son cada vez más numerosos, y a todos nuestros traductores por hacer un trabajo cojonudo.

MICKE:

Aparte de los ya mencionados, pienso también en mis compañeros y amigos de las productoras SF y Tre Vänner, por inspirarme y apoyarme. Pero las mayores gracias quiero reservarlas para quienes siempre han estado ahí para mí, en momentos de duda y de alegría. Los que llenos de paciencia me han visto demasiado poco y se han visto forzados a aceptar que a veces unos personajes ficticios han tenido que pasar por delante de ellos y me han alejado de su lado, tanto física como mentalmente. Mi maravillosa familia:

Astrid, Caesar, William y Vanessa, sois los que significáis más para mí. Me habéis hecho alcanzar la meta tantas veces... Sin vosotros no sería nada. Os quiero.

HANS:

Trabajo demasiado, no es ningún secreto. Así que mi mayor agradecimiento a todos los que hacéis lo mejor que podéis para darme fuerzas a base de arrancarme del despacho con motivo de viajes, diabluras, cenas, vino y compañía. Camilla, Pilla, todo SFS, la familia Krieg, Jessica, los Carlsson, los Wallin, los Bergners y unos cuantos más. Y, cómo no, gracias a los más guapos, divertidos, listos y maravillosos. Mi familia. Lotta, Sixten, Alice y Ebba. Amor y respeto.

*Castigos justificados*

Michael Hjorth & Hans Rosenfeldt

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *De underkända*

© del diseño de la cubierta, Planeta Arte & Diseño

© diseño de la colección, Covenkitchen

© de la fotografía de la portada, Roine Magnusson - Getty Images

© Michael Hjorth & Hans Rosenfeldt, 2015

Publicado de acuerdo con Salomonsson Agency

© por la traducción, Pontus Sánchez, 2018

Canciones del interior: © *Can't Hold Us*, 2012 Macklemore, LLC., interpretada por Macklemore & Ryan Lewis ft. Ray Dalton

© Editorial Planeta, S. A., 2018

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.editorial.planeta.es](http://www.editorial.planeta.es)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición en libro electrónico (epub): enero de 2018

ISBN: 978-84-08-18156-9 (epub)

Conversión a libro electrónico: El Taller del Llibre, S. L.  
[www.eltalldellibre.com](http://www.eltalldellibre.com)

**¡Encuentra aquí tu próxima  
lectura!**

## **NOVELA NEGRA**



**¡Síguenos en redes sociales!**







SERIE BERGMAN 5

# CASTIGOS JUSTIFICADOS

HJORTH & ROSENFELDT

 Planeta